Mi vida

Isadora Duncan

EDITORIAL CENIT
MADRID

EDITORIAL CENIT

publica las obras más sugestivas del pensamiento contemporáneo; las novelas de más intensidad humana y de más emoción social; los ensayos literarios de más agudeza crítica; las biografías de los más altos valores de la Historia y los libros sobre cuestiones económicas, políticas o sociales de los autores de más autoridad universal.

En resumen: EDITORIAL CENIT aspira a publicar las obras más modernas y de más interés humano, artístico o político. EDITORIAL CENIT se ha propuesto ir desarrollando un programa de publicaciones con arreglo a un criterio de selección. No busca EDITORIAL CENIT solamente las obras de fácil venta; frente a la producción heterogénea y caótica de las demás Editoriales, EDITORIAL CENIT tiene su propia orientación. Queremos servir a un importante núcleo de lectores españoles que se interesa por la buena producción literaria moderna y deseamos establecer una relación permanente con nuestros lectores.

OBRAS PUBLICADAS:

El problema religioso en Méjico

por RAMÓN J. SENDER

PRÓLOGO

de D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Un libro periodístico, de información directa y desnuda, sobre el problema capital de Méjico. En España, este problema se interpreta como un conflicto de carácter religioso, y se asimila a las grandes epopeyas de la fe, con sus héroes, sus mártires. El señor Sender ha escrito la obra más documentada sobre tan importante cuestión.

250 páginas
5 ptas.

EL CEMENTO

por FEDOR GLADKOV

PRÓLOGO

de JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO

Fedor Gladkov ha conseguido con *EL CEMENTO* uno de esos grandes esfuerzos de realización y desintegración que consagran a un novelista. El mayor éxito de venta de los dos últimos años. En menos de dos meses se han vendido cuatro mil ejemplares de la edición española. *EL CEMENTO* se lee con la atención vehemente que producen los testimonios vividos, la descripción de la vida real.

420 páginas
6 ptas.

Teatro de la Revolución

por ROMAIN ROLLAND

PRÓLOGO

de LUIS ARAQUISTAIN

En este tomo se reúnen las dos obras dramáticas de más intensidad humana del ilustre autor. Ninguna obra publicada en castellano ha alcanzado en tan poco tiempo un éxito tan extraordinario de Prensa. Romain Rolland ha acertado a recoger toda la fuerza apasionada de los hombres de la Revolución francesa. *Dantón* es uno de los dramas de más valor de la literatura universal.

230 páginas
5 ptas.

La Revolución española

por CARLOS MARX

Obra de extraordinario interés histórico y político. El fundador del socialismo científico estudia en ella los principales acontecimientos españoles del siglo pasado. Marx dedica un capítulo del libro a la guerra de la Independencia y otro a las Cortes de Cádiz. El mayor éxito de librería del año.

230 páginas
5 ptas.

M I V I D A

por ISADORA DUNCAN

Extraordinario libro lleno de audacia y de sentido social. La verdad desnuda sobre los amores y la vida artística de Isadora Duncan. Obra apasionada y de gran fuerza humana. El más impresionante relato de la vida de una mujer genial. Un libro para las mujeres inteligentes y para hombres de todas clases.

EN PRENSA:

Un notario español en Rusia

por DIEGO HIDALGO

La obra imparcial, ecuánime, sincera de un notario español que ha realizado un viaje de estudios a la Unión Soviética. Este libro tiene un gran valor documental. El autor ha estudiado muy especialmente la organización soviética de la Justicia y del Notariado. Libro de grandísimo interés para cuantos se preocupan de la organización administrativa de Rusia.

Veinticuatro horas de la vida de una mujer

por STEFAN ZWEIG

PRÓLOGO de CORPUS BARGA

Actualmente es Stefan Zweig el autor que más vende en los países de habla alemana. Sus obras están traducidas a casi todos los idiomas. En este tomo se insertarán sus dos mejores novelas: *Veinticuatro horas de la vida de una mujer* y *Amok*. El novelista más moderno y de estilo más personal. El novelista de la pasión.

Manhattan Transfer

por JOHN DOS PASOS

John Dos Pasos es, actualmente, el literato joven de más prestigio en los Estados Unidos. En el ensayo crítico de su obra que ha escrito Sinclair Lewis, el novelista más leído en Norteamérica, éste señala a Dos Pasos como el literato joven de más positivo valer. Las obras de Dos Pasos son siempre muy discutidas y alcanzan grandes tiradas. En *Manhattan Transfer* se describe de manera maestra la vida de Nueva York.

El arte y la vida social

por JORGE PLEJANOV
(Traducción directa del ruso)

La obra más famosa del gran teórico marxista ruso, maestro de Lenin. Este autor, traducido a todos los idiomas, será por primera vez traducido al español. En este libro se expone su concepción socialista sobre el arte y su relación con la vida social. *El arte y la vida social* es la crítica más documentada y científica que se ha escrito contra la teoría del *arte por el arte.*

El caso del sargento Grischa

por ARNOLD ZWEIG

La mejor novela escrita sobre la guerra. En los Estados Unidos, a los ocho meses de haberse traducido, se han vendido ya 115.000 ejemplares. Grischa es un prisionero de guerra ruso que se fugó de la prisión. Detenido tras largo vagar, lo confunden con otro ruso condenado a muerte. Aclarado el error, le devuelven la libertad; pero el jefe de aquel frente ve en la *benevolencia* de no ejecutar a un reo inocente una grave falta político-estratégica, y, después de reconstituir el juicio anterior, lo fusilan.

Aquellos de nuestros lectores que deseen recibir información sobre las obras que publiquemos, deben enviarnos en una tarjeta postal su dirección y les remitiremos todo nuestro material de propaganda.

ISADORA DUNCAN

MI VIDA

TRADUCCION DIRECTA DEL
INGLÉS POR LUIS CALVO

«Si mi virtud es una virtud de bailarín, y si he saltado a menudo con ambos pies, en un rapto dorado-esmeralda, y es mi Alfa y Omega consiste en que toda cosa pesada se aligere y todo cuerpo se haga bailarín y todo espíritu pájaro: verdaderamente, esto es mi Alfa y Omega.»

NIETZSCHE

EDITORIAL CENIT -- LAGASCA, 55
Madrid, 1929

ES PROPIEDAD
Derechos reservados
EDITORIAL CENIT

Imprenta ARGIS. Tarragona, 22. Teléf.º 71843.—Madrid.

Nota del traductor

Quiero hacer al lector una breve advertencia. He utilizado para mi traducción el volumen publicado en 1927 en Nueva York por la Casa Editorial «Boni and Liveright» ; y creo que esta advertencia no es inútil si añado que, en el curso de mi trabajo, llegó a mis manos la versión francesa de la *Nouvelle Revue,* en la cual advertí mutilaciones de tal importancia en la vida maravillosa de Isadora Duncan, que llegué a pensar un momento que el traductor francés no había empleado el mismo texto que yo. Y, sin embargo, el de «Boni and Liveright» parece el único auténtico. Copio aquí la nota con que estos editores abren el libro de Isadora :

«El manuscrito—dicen—de este libro extraordinario fué concluído por Isadora Duncan algunos meses antes de su trágica muerte, acaecida en un accidente de automóvil, en Niza, el 14 de septiembre de 1927. Isadora Duncan estuvo muchos años planeando su autobiografía, y en el verano de 1927 dió remate a su obra. Cuantas personas hayan mantenido correspondencia con ella, reconocerán aquí su característico estilo. Cuando murió, el libro no estaba impreso ; no pudo, por tanto, leer pruebas ni hacer correcciones ; pero la obra, tal como ahora se presenta al público, es esencialmente la que ella escribió. Concluye con la salida de Isadora Duncan para Rusia en el año 1921. Tenía planeado un segundo

libro, *Mis dos años en la Rusia bolchevique,* en el cual hubiera aprendido América cuán grande era la admiración y simpatía—ajenas a todo interés político y partidista—que Isadora profesaba a aquel país combativo. En realidad, si se exceptúa al ministro de Educación, Lunatcharsky, no tuvo ella ninguna relación con los jefes de la política rusa, y sus actividades se limitaron a una labor educativa.»

Otra advertencia es que he pretendido traducir este libro con escrupulosa fidelidad, con un literalismo que incide, a ratos, en incorrecciones gramaticales y en monotonía y pobreza de léxico y oraciones. Pero las memorias de Isadora Duncan aparecen, en inglés, desnudas de galas y tropos literarios : y tal es el encanto primordial de su narración. Su alma apasionada, enriquecida por las más exquisitas prerrogativas de la feminidad—ternura, sentimentalismo, simpatía hacia todos y hacia todo, ingenuidad, alegría, instinto artístico—, se revela aquí espontáneamente y con una sinceridad que excluye todo afeite de estilo. Isadora es, en su autobiografía, la misma mujer excepcional y anárquica que amó, luchó y padeció todos los dolores ; la misma que se alzó sobre el mundo con las alas de su genio artístico y trágico. Y esta clase de confesiones, o se traducen literalmente, o se desvirtúan literariamente : y yo he preferido la fidelidad a la brillantez.

L. C.

Introducción

Confieso que me infundió terror la proposición primera de escribir este libro. Y no porque mi vida no haya sido más interesante que cualquier novela ni más azarosa que cualquier película, al punto de que no pudiera servir, en el caso de estar realmente bien escrita, de relato que «hiciera época», sino porque...—y he ahí el busilis—porque había que escribirla.

He necesitado años de lucha, de estudio y de duro trabajo para aprender un simple gesto; y en cuanto al arte de escribir, conozco lo suficiente para comprender que necesitaría de nuevo otros tantos años de esfuerzo concentrado para redactar una frase bella y sencilla. He pensado muchas veces que un hombre podría llegar él solo al Ecuador, y luchar heroicamente con leones y tigres, y fracasar luego en su tentativa de escribir el relato de lo que vió y vivió. Y, viceversa, otro hombre que no hubiese salido nunca de su hogar, podría acaso describir la muerte de los tigres en la selva con un arte que transmitiera a sus lectores la sensación de hallarse en el propio lugar de la lucha, compartiendo sus temores e infortunios, percibiendo el hedor de los leones y escuchando el espantoso ruido del crótalo que se acerca. Parece que nada existe sino es en la imaginación, y todas las cosas maravillosas que a mí me han ocurrido pueden perder su sabor si yo no tengo la plu-

ma de un Cervantes o, por lo menos, de un Casanova.

Y aún más. ¿Cómo podemos escribir la verdad sobre nosotros mismos? ¿Es que acaso la conocemos? Hay la visión que nuestros amigos tienen de nosotros; la visión que nosotros tenemos de nosotros mismos, y la visión que nuestro amante tiene de nosotros. Hay también la visión de nuestros enemigos. Y todas ellas son diferentes. Poseo una gran experiencia sobre todo esto: muchas mañanas me han servido con el café críticas de periódicos en que se me decía que era un genio y bella como una diosa, y apenas había terminado de sonreír satisfactoriamente, cuando cogía otro periódico y leía que yo no tenía ningún talento, que estaba mal hecha y que era una perfecta arpía.

Tuve que renunciar a leer las críticas de mi trabajo, porque no podía pedir que todas me elogiaran y porque las malas críticas eran demasiado deprimentes y me incitaban al homicidio. Hubo en Berlín un crítico que me abrumaba de insultos. Entre otras cosas decía que yo carecía totalmente de instinto musical. Un día le escribí suplicándole que viniera a verme para convencerle de su error. Vino, y se sentó conmigo a la mesa de té. Hora y media estuve defendiendo mis teorías acerca del movimiento visual creado por la música. Me dí pronto cuenta de que era un hombre bastante prosaico y estólido; pero ¡cuál no sería mi desencanto al ver que sacaba del bolsillo una trompetilla, al tiempo que me confesaba que era completamente sordo y que ni aun con ese aparato podía apenas oír la orquesta, aunque se sentara en la primera fila de butacas! Los juicios de tal hombre me habían hecho perder el sueño muchas veces.

Así, pues, si todos los demás ven en nosotros a una persona diferente, ¿cómo vamos a encontrar en nosotros mismos una nueva persona de quien escribir en este libro? ¿Será de una Virgen María, de una Mesalina, de una Magdalena o de una Marisabidilla? ¿Dónde puedo

encontrar a la mujer de todas estas aventuras? Me parece que no es una sola, sino centenares, y que mi alma está muy lejana, sin que ninguna de aquellas aventuras la roce en realidad.

Se ha dicho muy bien que la primera condición para escribir sobre algo es que el escritor no haya vivido el asunto. Si se quiere transcribir con palabras un asunto que se ha vivido efectivamente, las palabras huyen. Los recuerdos son menos tangibles que los sueños. Yo he tenido muchos sueños que hoy me parecen más reales que el recuerdo de hechos efectivos. La vida es un sueño, y tanto mejor que así sea, porque ¿quién podrá sobrevivir a algunas de sus experiencias, al hundimiento del *Lusitania,* por ejemplo? Una experiencia como aquélla debería dejar una eterna expresión de terror en la cara de los hombres y mujeres que la vivieron. Y, sin embargo, los vemos sonrientes y felices por todas partes. Tan sólo en las novelas cambian de súbito, radicalmente, los personajes. En la vida real, aun después de las más terribles peripecias, el carácter permanece, en su base, exactamente igual. Ved a esos príncipes rusos que han perdido todo lo que poseían y que, diariamente, acuden de noche a Montmartre, y allí cenan alegremente con las *girls* del coro, lo mismo que antes de la guerra.

Una mujer o un hombre que escribieran la verdad de su vida, escribirían una gran obra. Pero nadie se ha atrevido a escribir la verdad de su vida. Jean-Jacques Rousseau hizo este supremo sacrificio por la Humanidad: revelar la verdad de su alma, sus acciones y pensamientos más íntimos. El resultado fué un gran libro. Walt Whitman ofrendó su verdad a América. Su libro estuvo algún tiempo prohibido como «libro inmoral», expresión que hoy nos parece absurda. Ninguna mujer ha dicho toda la verdad de su vida. Las autobiografías de las mujeres más famosas constituyen una serie de relatos de su existencia exterior, detalles y anécdotas

livianos que no dan ninguna idea de su vida verdadera. Los grandes momentos de gozo o de tristeza quedan en silencio.

Mi Arte es precisamente un esfuerzo que tiende a expresar, en gestos y movimientos, la verdad de mi Sér. He necesitado muchos años para encontrar el más pequeño movimiento absolutamente verdadero. Las palabras tienen un significado distinto. No he vacilado nunca ante los públicos que se apelotonaban para verme trabajar. Les he dado los impulsos más secretos de mi alma. Desde el primer momento, yo no he hecho sino bailar mi vida. De niña, bailaba el gozo espontáneo de las cosas que crecían. De adolescente, bailaba con un gozo que se transformaba en captación de las primeras sensaciones de trágicas corrientes subterráneas; captación de la brutalidad despiadada y del progreso aplastante de la vida.

Cuando tenía dieciséis años, bailé en público sin música. Al terminar, una voz surgió súbitamente del concurso: «Es la Muerte y la Virgen», dijo, y aquella danza se llamó desde entonces, y para siempre, *La Muerte y la Virgen*. Pero yo no lo había querido: yo había pretendido únicamente expresar mi primer contacto con la tragedia que existe en todas las manifestaciones jubilosas. A mi juicio, aquella danza hubiera debido llamarse *La Vida y la Virgen*.

Más tarde, bailé mi lucha con esta misma vida, que el público había llamado muerte, y mi afán por arrancarle sus goces efímeros.

Nada tan lejano de la verdad efectiva de una persona como el héroe o la heroína de una película o de una novela corrientes. Dotados generalmente de todas las virtudes, les sería imposible cometer una mala acción. Nobleza, valor, fortaleza, etc., etc., son las virtudes del héroe. Pureza, dulzura, etc., las de la heroína. Todas las cualidades mediocres y todos los pecados corresponden al traidor de la fábula y a la «Mala Mujer». Pero

ya sabemos que nadie es enteramente bueno ni enteramente malo. Quizá no pequemos contra los diez mandamientos, pero todos somos capaces de pecar. En nosotros alienta el violador de todas las leyes, dispuesto a salir a la superficie a la menor oportunidad. Los hombres virtuosos son sencillamente aquellos que no han sido suficientemente tentados porque viven en un estado vegetativo, o porque sus deseos se hallan tan concentrados en una sola dirección, que no tienen ocio para mirar a su alrededor.

Una vez vi un *film* maravilloso. Se llamaba *El rail*. El tema desarrollado era que la vida de los seres humanos es como una máquina lanzada sobre una vía fija. Y si la máquina se sale de la vía o encuentra en su camino un obstáculo insuperable, viene el desastre. Dichosos aquellos conductores que, a la vista de una pendiente pronunciada, no sienten el impulso diabólico de abandonar todos los frenos y de precipitarse a la destrucción.

Algunas veces se me ha preguntado si creía yo que el amor era superior al arte, y he contestado que no podía separarlos, porque el artista es el amante único, el único amante que tiene la pura visión de la belleza, y amor es la visión del alma al contemplar la belleza inmortal.

Una de las personalidades más asombrosas de nuestro tiempo es acaso Gabriele d'Annunzio. Es pequeño y, excepto cuando su rostro se ilumina, no puede decirse que sea hermoso. Pero si habla a una mujer a quien ama, se transforma hasta semejarse al mismo Phoebus Apolo. D'Annunzio ha logrado el amor de algunas de las más grandes y bellas mujeres de su tiempo. Cuando ama a una mujer, eleva su espíritu por encima de esta tierra y escala la región divina donde Beatriz alienta y resplandece. Y a su vez, transforma a la mujer, haciéndola partícipe de la esencia divina, y la eleva tan alto que ella se cree la misma Beatriz cantada por el

Dante en estrofas inmortales. Hubo un tiempo, en París, en que el culto de D'Annunzio alcanzó tal magnitud, que era amado por todas las más famosas bellezas. En aquella época ponía, por turno, un velo de luz a cada favorita. Y ella se alzaba sobre la cabeza de los mortales y paseaba rodeada de una extraña claridad. Pero cuando terminaba el capricho del poeta, este velo de luz desaparecía, la claridad se eclipsaba y la mujer volvía a la arcilla común. Ella no comprendía lo que le ocurría, pero tenía conciencia de un súbito descenso a la tierra, y al volver la mirada hacia su sér transformado cuando D'Annunzio la adoraba, percibía que nunca más en su vida volvería a encontrar a este genio del amor. Lamentando su suerte, cada vez crecía más su desolación, hasta que alguien, al verla, exclamaba: «¿Cómo pudo D'Annunzio amar a esta mujer superficial de los ojos morados?» Tan gran amador era D'Annunzio, que podía transformar a la mortal más ordinaria en una apariencia momentánea de sér celestial.

En toda la vida del poeta, una mujer tan sólo se resistió a esta prueba. Era la reencarnación misma de la divina Beatriz, y sobre ella no necesitó D'Annunzio arrojar su velo. Porque yo he creído siempre que Eleanora Duse era la Beatriz efectiva del Dante, reencarnada en nuestros días, y por eso, ante ella, D'Annunzio no podía sino hincar en tierra sus rodillas para adorarla. Fué la única experiencia beatífica de su vida. En las otras mujeres encontraba la materia que él mismo les transmitía; únicamente Eleanora se elevó sobre él, revelándole la inspiración divina.

¡Qué poca gente conoce el poder del halago sutil! Oírse alabar con esa magia peculiar a D'Annunzio es —yo creo—algo semejante a la sensación de Eva cuando oía la voz de la serpiente en el Paraíso. D'Annunzio podía hacer creer a una mujer que ella era el centro del Universo.

Recuerdo un maravilloso paseo que di con él en el

Forêt. Nos detuvimos, y se hizo el silencio. Entonces D'Annunzio exclamó: «¡Oh, Isadora, únicamente con usted es posible estar solo en la Naturaleza! Todas las demás mujeres destruyen el paisaje; usted es la única que se convierte en una parte de él.» (¿Podía una mujer resistir a tal homenaje?) «Usted forma parte de los árboles y del cielo; es usted la diosa dominante de la Naturaleza.»

Así era el genio de D'Annunzio. Daba a cada mujer la sensación de que era la diosa de un dominio diferente.

Tendida aquí en mi lecho, en el Negresco, quiero analizar eso que llaman Memorias. Siento el calor del sol del Mediodía. Oigo las voces de los niños que juegan en el parque vecino. Barrunto el calor de mi propio cuerpo. Dirijo la mirada hacia mis piernas desnudas, mientras las estiro; hacia la dulzura de mis senos; hacia mis brazos, que nunca están quietos, sino que flotan en suaves ondulaciones, y me doy cuenta de que estoy cansada desde hace doce años. Este pecho encierra un dolor incurable; estas manos que aquí tengo delante están marcadas por la tristeza, y cuando estoy sola, estos ojos tienen una rara sequedad. Las lágrimas han brotado durante doce años, a partir del día—hace doce años—en que, tendida en otro lecho, fuí repentinamente despertada por un gran alarido, y en que, al volverme, vi a L. que gritaba, como un hombre herido: «Los niños han sido muertos.»

Recuerdo que el grito me produjo un extraño malestar, y que sentí en mi garganta un fuego como si me hubiera tragado algunos carbones encendidos. Pero no podía comprender aquello. Le hablé en voz baja; intenté calmarlo; le dije que no podía ser verdad. Llegaron más personas, y yo continuaba sin comprender lo que había sucedido. Entonces entró un hombre de barba negra. Era el doctor. «No es verdad—dijo—; yo los salvaré.»

Le creí. Quise acompañarle, pero los amigos me lo impidieron. Luego supe que no me dejaron salir porque no había esperanza. Temían que la impresión me produjera alguna enfermedad ; me hallaba en un estado de gran exaltación. Todos lloraban a mi alrededor, pero yo no podía llorar. Por el contrario, sentía un inmenso deseo de consolar a todos. Hoy, al mirar hacia el pasado, no puedo comprender mi extraña situación espiritual de aquel momento. ¿ No sería que logré un estado tal de clarividencia que comprendí en seguida que la muerte no existe, y que aquellas dos pequeñas imágenes de cera no eran mis hijos, sino únicamente los vestidos de mis hijos, y que mis hijos vivían y vivirían eternamente ? Dos veces lanza la madre ese grito que parece ajeno a ella misma : al alumbrar y al perder al hijo ; cuando sentí el roce de aquellas dos pequeñas manos frías que ya nunca volverían a estrecharme, escuché mi grito—el mismo grito que escuché cuando nacieron. ¿ Por qué el mismo, siendo el uno grito de suprema alegría y el otro de suprema tristeza ? No sé por qué, pero sé que era el mismo. ¿ No será que en todo el Universo no hay más que un solo Gran Grito, que expresa la Angustia, la Alegría, el Extasis y el Dolor : el Grito de Creación de la Madre ?

CAPITULO PRIMERO

El carácter de un niño está ya en su plenitud en el seno de la madre. Antes de que yo naciera, mi madre sufría una gran crisis espiritual ; su situación era trágica. No podía tomar ningún alimento, excepto ostras y champaña helados. Si se me preguntara cuándo empecé a bailar, contestaría : «En el seno de mi madre, probablemente por efecto de las ostras y del champaña—el alimento de Afrodita.»

Mi madre estaba en aquellos tiempos soportando una experiencia tan trágica, que solía decir con frecuencia : «Este niño que va a nacer no será normal», y esperaba a un monstruo. Y, de hecho, desde el momento de mi natalicio, parece que empecé a agitar brazos y piernas con tal frenesí, que mi madre exclamó : «Ya veis que tenía razón : esta niña es maniática.» Pero más tarde, colocada con mis andadores en el centro de la mesa, era el divertimiento de toda la familia y de los amigos, y quería bailar todas las músicas que se tocaban.

Mi primera memoria es de un fuego. Recuerdo que fuí lanzada a los brazos de un *policeman* desde lo alto de una ventana. Debía de tener entonces dos o tres años, pero recuerdo distintamente la sensación de seguridad que, en medio de toda aquella excitación—gritos y llamas—, tuve al rodear con mis bracitos el cuello del *policeman*. Debía de ser un irlandés. Oigo aún

gritar a mi madre con frenesí: «¡Hijos míos, hijos míos!», y la veo contenida por la multitud, que la impedía penetrar en la casa, donde creía ella que quedaban mis dos hermanos. Después recuerdo que encontramos a los dos muchachos sentados en el suelo de una tienda, poniéndose sus calcetines y zapatos. Recuerdo también que subimos a un carruaje y que, finalmente, nos sentamos en un sitio a tomar chocolate hirviendo.

Nací a la orilla del mar, y he advertido que todos los grandes acontecimientos de mi vida han ocurrido junto al mar. Mi primera idea del movimiento y de la danza me ha venido seguramente del ritmo de las olas. Nací bajo la estrella de Afrodita—Afrodita, que nació también del mar. Cuando su estrella está en ascensión, me sucede siempre algo agradable. En estos períodos, la vida se me hace más ligera, y me siento capaz de crear. He comprobado que la desaparición de la estrella de Venus va unida a sucesos que me son desagradables. La ciencia astrológica no tiene hoy quizá la importancia que tuvo en tiempos de los antiguos egipcios y caldeos; pero no hay duda que nuestra vida psíquica está bajo la influencia de los planetas, y si los padres lo comprendieran así, estudiarían la rotación de las estrellas para crear hijos más hermosos.

Creo también que existe una gran diferencia en la vida de un niño, según nazca junto al mar o en las montañas. El mar siempre me ha atraído, en tanto que las montañas me infunden un sentimiento de malestar y un deseo de huir: me dan la sensación de que soy prisionera de la tierra. Cuando dirijo mi vista a las cimas, no siento la admiración del turista corriente, sino que deseo brincar sobre ellas y escapar. Mi vida y mi arte nacieron del mar.

Tengo que estar agradecida al hecho de que, siendo yo joven, fuera pobre mi madre. No podía tener sirvientes ni ayas para sus hijos, y a esto debo la vida espontánea que pude expresar siendo niña, y que no

he perdido nunca. Mi madre enseñaba música para ganarse la vida, y como daba sus lecciones a domicilio, estaba fuera de casa todo el día y muchas horas de la noche. Cuando podía escaparme de la prisión de la escuela, era libre ; podía vagar sola, a la orilla del mar, y seguir mi fantasía. ¡ Qué lástima me dan los niños seguidos constantemente por sus ayas, constantemente protegidos, cuidados y vestidos con elegancia ! ¿ Qué vida es la suya ? Mi madre estaba muy atareada para pensar en los peligros que pudieran sobrevenir a sus hijos, y por eso mis dos hermanos y yo podíamos libremente seguir nuestros impulsos vagabundos. Por fortuna, mi madre era deliciosamente descuidada. Digo «por fortuna» porque a esta vida salvaje y sin obstáculos de mi niñez debo la inspiración de la danza que he creado y que no es sino la expresión de la libertad. Nunca estuve sujeta a esos continuos «niña, no hay que hacer esto ni lo otro», que hacen miserable la vida de la infancia.

A la edad de cinco años fuí a la escuela pública. Me parece que mi madre prevaricó sobre mi edad. Era necesario encontrar un sitio donde dejarme. Creo que lo que uno está llamado a hacer en su vida es claramente expresado en la infancia. Yo era ya una bailarina y una revolucionaria. Mi madre, que había sido bautizada y educada por una familia católica irlandesa, fué una católica devota hasta el momento en que descubrió que mi padre no era el modelo de perfección que ella había creído siempre. Se divorció y abandonó el hogar con sus cuatro hijos, cara a la vida. Desde entonces su fe en la religión católica se convirtió violentamente en un ateísmo definido. Y se hizo adepta de Bob Ingersholl, cuyos libros solía leernos.

Entre otras cosas decidió que todo sentimentalismo carece de sentido, y siendo yo una niña todavía, nos reveló el secreto de los Reyes Magos. El resultado fué que, cuando, por Pascuas, estaba la maestra repartiéndonos bombones y pasteles, con la frase : «Mirad, ni-

ñas, lo que os han traído los Reyes», yo me levanté y exclamé solemnemente : «No le creo a usted. Los Reyes no existen.» La maestra quedó muy descontenta, y dijo : «Los bombones son únicamente para las niñas que creen en los Reyes.» «Entonces—contesté yo—no quiero sus bombones.» La maestra montó torpemente en cólera y, para hacer un ejemplo conmigo, me ordenó que me acercara y me sentara en el suelo. Me acerqué y, volviéndome a la clase, pronuncié el primero de mis famosos discursos. «Yo no creo mentiras», grité. «Mi madre me ha dicho que era muy pobre para fingir la historia de los Reyes ; únicamente las madres ricas pueden aspirar a ser Reyes Magos y hacer regalos a sus hijos.»

En esto, la profesora me cogió por un brazo y quiso obligarme a sentarme en el suelo. Entonces yo encogí mis piernas y me agarré con tal fuerza a la profesora que no pudo conseguir otra cosa que golpear con mis talones el entarimado. Después de este fracaso, me envió a un rincón, para que quedara allí mirando a la pared. Así lo hice, pero, de vez en cuando, volvía la cabeza y exclamaba : «No son los Reyes ; no son los Reyes», hasta que, finalmente, se vió obligada a enviarme a casa. Por el camino, yo no dejaba de gritar : «No son los Reyes», y nunca he podido comprender la injusticia con que había sido tratada, privada de bombones y castigada por decir la verdad. Cuando conté luego el caso a mi madre, dicidiéndole : «¿No tenía yo razón? ¿No es verdad que no existen los Reyes?», ella contestó : «No hay Reyes Magos ; no hay Dios ; no hay nada más que tu propio espíritu para que te ayude.» Y aquella noche, según me senté, en cuclillas, a sus pies, mi madre nos dió a todos una lectura de Bob Ingersholl.

Creo que la educación general que el chico recibe en la escuela es absolutamente inútil. Recuerdo que en la escuela se me consideraba como una chica asombrosamente lista, y a la cabeza de toda la clase, o como

una estúpida sin remedio, en el último extremo de la cola. Todo dependía de un poco de memoria y de si yo me tomaba o no el trabajo de aprender a repetir los temas que se nos indicaba. Pero nunca tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Estuviera a la cabeza o a la cola de la clase, el tiempo transcurría muy lentamente y yo no dejaba de mirar al reloj hasta que sonaban las tres, y nos sentíamos en libertad. Mi verdadera educación se realizaba por las noches, cuando mi madre nos tocaba obras de Beethoven, Schumann, Schubert, Mozart o Chopin y nos leía en voz alta pasajes de Shakespeare, Shelley, Keats o Burns. Eran para nosotras horas encantadas. Mi madre recitaba casi todas las poesías de memoria, y yo, por imitarla, un día, en la escuela, a la edad de seis años, durante un festival, arebaté a mi auditorio recitando *Antony to Cleopatra*, de William Lytle :

«I am dying, Egipt, dying!
Ebbs the crimson life-tide fast.»

En otra ocasión, la maestra nos pidió que escribiéramos nuestra historia, y mi relato fué como sigue :

«Cuando tenía cinco años, vivíamos en una casa de la calle 23. No pudiendo pagar nuestra renta, nos marchamos a la calle 17, y como, al poco tiempo, el propietario nos llamara la atención, por falta de dinero, nos mudamos a la calle 22, donde tampoco nos dejaron vivir en paz y de donde nos trasladamos a la calle 10.»

La historia continuaba por este camino, con un infinito número de mudanzas. Cuando me levanté en la clase para dar lectura a mi relato, la maestra montó en cólera. Creía que le estaba gastando una broma pesada, y me envió a la directora, la cual hizo llamar a mi madre. Y cuando mi pobre madre leyó aquel papel, estalló en lágrimas y confesó que todo era muy cierto. Tal ha-

bía sido y continuaba siendo nuestra existencia de nómadas.

Las escuelas han debido cambiar desde que yo era chica. Lo que yo recuerdo de la enseñanza pública es una brutal incomprensión de lo que es la niñez. También recuerdo la tortura de permanecer inmóvil, sentada en un banco, con el estómago vacío y los pies helados en los zapatos húmedos. La maestra me parecía un monstruo inhumano que estaba allí para torturarnos. Los niños no hablan nunca de estas angustias.

No recuerdo de ningún sufrimiento que tuviera por causa la pobreza de nuestro hogar. A nosotros nos parecía muy natural esa pobreza. Donde yo sufría era en la escuela, únicamente. Para un niño sensible y orgulloso, el sistema de la escuela pública es tan humillante como el de un penal. Yo siempre estaba en rebeldía.

Un día, a mis seis años, mi madre se encontró, al llegar a casa, con un espectáculo inusitado. Había reunido yo a una media docena de chicos de la vecindad, todos ellos muy pequeños e incapaces de correr, y, después de sentarlos en el suelo, los estaba enseñando a mover los brazos. Al pedirme una explicación, le dije que era mi escuela de baile. Mi idea le divirtió mucho, y se puso al piano para tocar algunos aires en mi obsequio. Esta escuela continuó abierta y llegó a ser muy popular. Al poco tiempo acudían a ella todas las chicas del barrio, y sus padres me pagaban pequeñas sumas por enseñarlas a bailar. Esta fué la iniciación de lo que, más adelante, constituyó un empleo muy lucrativo.

Cuando tenía diez años, mis clases eran tan numerosas que confesé a mi madre que me parecía inútil volver a la escuela, donde no hacía sino perder el tiempo, dejando de ganar dinero. Me arreglé el pelo, peinándomelo con moño a lo alto de la cabeza, y dije que tenía dieciséis años. Como estaba demasiado crecida para mi verdadera edad, todo el mundo se lo creía. Mi

hermana Isabel, que había sido educada por nuestra abuela, llegó entonces a nuestra casa para vivir con nosotros, y me ayudó a dar clase de baile. Se nos solicitaba mucho, y dábamos lecciones a la gente más rica de San Francisco.

CAPITULO II

Mi madre se divorció de mi padre cuando yo era una niña de pecho. Nunca había visto, por lo tanto, al autor de mis días. En cierta ocasión, pregunté a una de mis tías si tenía yo padre, y me respondió: «Tu padre fué un demonio que destrozó la vida de tu madre.» Desde entonces, me imaginé siempre a mi padre como a uno de esos diablos que se ven en las estampas de los libros, con cuernos y cola, y cuando las otras chicas hablaban en la escuela de sus padres, yo me callaba.

Tenía yo siete años, y vivíamos en dos habitaciones desmanteladas de un tercer piso, cuando, un buen día, al oír la campanilla de la puerta de entrada, salí a abrir y vi a un hombre bien parecido, tocado con un sombrero de copa.

—¿Puede usted—me dijo—indicarme la habitación de la señora Duncan?

—Yo soy la hija menor de la señora Duncan—repliqué.

—¿Eres tú mi princesa Pug? (Así me llamaba mi padre cuando yo era un bebé.)

Y, de repente, me cogió en sus brazos y me cubrió de lágrimas y besos. Me quedé atónita y le pregunté quién era. A lo cual replicó llorando: «Soy tu padre.»

La noticia me produjo una emoción agradable y eché a correr para llamar a mi familia.

—Ahí hay un hombre que dice que es mi padre.

Mi madre se levantó, pálida y convulsa, y, retirándose a la habitación próxima, cerró con llave tras de sí, con violencia, la puerta. Uno de mis hermanos se ocultó debajo de la cama, y el otro, en un armario, mientras que mi hermana era víctima de una fuerte crisis de histerismo.

—Dile que se marche, dile que se marche—gritaban todos.

La cosa me produjo una gran sorpresa ; pero como yo era una niña bien educada, volví a la puerta y dije al desconocido :

—Mi familia está algo indispuesta, y no puede recibirle hoy—, a lo cual el forastero me cogió por la mano y me rogó que le acompañara a dar un paseo.

Bajamos a la calle. A su lado, corría y brincaba de júbilo, pensando que aquel señor tan guapo era mi padre y que mi padre no tenía ni los cuernos ni la cola con que siempre me lo pintaron.

Me llevó a una tienda y me convidó a pasteles y a helados. Regresé a casa excitada y jubilosa, pero encontré a mi madre, a mis hermanos y a mi hermana terriblemente abatidos.

—Es un hombre perfectamente encantador y volverá mañana para convidarme a helados—les dije.

Pero mi familia se negó a verle, y, al poco tiempo, mi padre se fué a Los Angeles, donde vivía su otra familia.

No volví a ver a mi padre en algunos años, hasta que reapareció inopinadamente. Mi madre accedió esta vez a verlo, y él nos regaló una hermosa casa que tenía una gran sala de baile, un campo de tennis, una granja y un molino. Mi padre, que había perdido tres fortunas ganadas por su solo esfuerzo, consiguió ser rico por cuarta vez. Y esta cuarta fortuna desapareció también, y

con ella la casa y todo lo demás. Vivimos en la finca muy pocos años ; fué un cobijo de náufragos, un cobijo entre dos viajes tormentosos.

Antes de la ruina, vi algunas veces a mi padre ; me confesó que era poeta, y me enseñó a quererle. Entre otros poemas, tenía uno que era una profecía de mi carrera artística.

Traigo a colación estos detalles de la vida de mi padre porque estas impresiones de mis primeros años tuvieron una tremenda influencia en toda mi vida. Por una parte, alimentaba yo entonces mi inteligencia con novelas sentimentales, y, por otra, tenía ante mis ojos un ejemplo práctico de lo que es el matrimonio. Toda mi niñez parecía dominada por la sombra de este padre misterioso, de quien nadie quería hablar, y la terrible palabra—«divorcio»—estaba grabada en la placa sensible de mi inteligencia. Como no podía pedir a nadie una explicación de estas cosas, intenté razonarlas por mi cuenta. Casi todas las novelas que yo leía terminaban en matrimonio y en un estado de felicidad tan inefable que era inútil proseguir el relato. Pero en algunos de estos libros, y particularmente en *Adam Bede,* de George Eliot, había siempre una muchacha que no se casaba, un hijo que llegaba sin que nadie lo quisiera y un terrible infortunio que se abatía sobre la madre desgraciada. Me impresionó profundamente la injusticia que padecían las mujeres, y relacionando mis lecturas con la historia de mi padre y de mi madre, decidí, de una vez para siempre, que consagraría mi vida a luchar contra el matrimonio y en favor de la emancipación de la mujer y de los derechos de toda mujer a tener uno o varios hijos cuando le plazca, sin mengua de su honor. Para una niña de doce años podrían parecer extrañas estas razones, pero las circunstancias de mi vida me habían hecho precoz. Me informé de las leyes matrimoniales, y me indignó la condición de esclava que se adjudicaba a la mujer. Empecé

a observar las caras de las mujeres casadas que eran amigas de mi madre, y noté que en cada una de ellas había la huella del monstruo y los estigmas de la esclavitud. Hice votos de no rebajarme nunca a ese estado degradante. He permanecido siempre fiel a este voto, aun cuando me costó regañar con mi madre y desafiar la incomprensión del mundo. Una de las mejores cosas que ha hecho el Gobierno de los Soviets es la abolición del matrimonio. Un hombre y una mujer escriben sus nombres en un libro, y debajo de la firma se leen las palabras siguientes: «Esta firma no implica ninguna responsabilidad para ninguna de las dos partes, y puede ser anulada a la sola petición de una de ellas.» Un matrimonio así es el único convenio que puede admitir una mujer de inteligencia libre, y la única forma de matrimonio que yo he suscrito.

Creo que en estos tiempos, mis ideas son, sobre poco más o menos, las de todas las mujeres libres, pero, hace veinte años, mi negativa a casarme y el ejemplo que yo personalmente daba del derecho de una mujer a tener hijos fuera del matrimonio me originaron grandes contrariedades. Las cosas han cambiado, y se ha producido tal revolución en las costumbres, que hoy cualquier mujer inteligente estará de acuerdo conmigo en reconocer que la moral del código del matrimonio no puede ser admitida por ninguna mujer libre. Si, a pesar de todo, continúan casándose mujeres inteligentes, ello es porque no tienen el valor de defender sus convicciones, y si leemos una lista de los divorcios de estos diez últimos años veremos que lo que digo ahora es cierto. Muchas mujeres a quienes he predicado la doctrina de la libertad, han tenido la debilidad de replicarme: «¿Pero quién cuidaría de los niños?» Me parece que si la ceremonia del matrimonio es necesaria como una protección que asegure el cuidado y educación de los niños, ello quiere decir que usted se casa con un hombre de quien usted sospecha que, en determinadas condi-

ciones, negaría su apoyo a sus hijos ; y en este caso lo que usted firma es un contrato plebeyo. Porque usted se casa con un hombre de quien usted ya sospecha que es un villano. Pero yo no tengo de los hombres una opinión tan triste que crea que la mayoría son *specimens* lamentables de humanidad.

* * *

Gracias a mi madre, nuestra niñez estuvo impregnada de música y poesía. Por las noches se sentaba al piano y tocaba durante horas enteras ; no teníamos horas fijas para levantarnos ni para acostarnos ; no había ninguna disciplina en nuestras vidas. Por el contrario, creo que mi madre se olvidaba completamente de nosotros, distraída con su música o declamando sus poesías, ajena a cuanto ocurría a su alrededor. Una de sus hermanas, nuestra tía Augusta, que tenía también mucho talento, nos hacía frecuentes visitas y organizaba representaciones privadas de teatro. Era muy guapa, de ojos y cabellos negros, y aún la recuerdo con sus pantalones de terciopelo haciendo el Hamlet. Tenía una hermosa voz ; hubiera podido hacer una gran carrera de cantante si sus padres no hubieran creído que todo lo que se relaciona con el teatro pertenece al dominio de Satanás. Ahora comprendo que toda su vida fué destrozada por una cosa que hoy sería difícil de explicar : el espíritu puritano de América. Los primeros colonos de América trajeron una moral que ha desaparecido por completo. Y la fuerza de su carácter se impuso en este país primitivo, domando absolutamente a los hombres, a los indios y a los animales salvajes. Pero ellos también intentaban siempre domarse a sí mismos, y ello produjo desastrosos resultados artísticos.

Desde su más temprana edad, mi tía Augusta fué ahogada por este espíritu puritano. Su belleza, su espontaneidad, su voz espléndida fueron aniquiladas.

¿Por qué razón exclamaban los hombres de aquel tiempo: «Antes que en el teatro preferiría ver muerta a mi hija?» Hoy, cuando vemos que los más grandes actores y actrices son admitidos en los círculos más exclusivos, nos es casi imposible comprender estas ideas. Supongo que gracias a nuestra sangre irlandesa nos sublevábamos nosotros, niños aún, contra la tiranía puritana.

Uno de los primeros resultados de la instalación en la casa regalada por nuestro padre fué la inauguración de un teatro de mi hermano Agustín en la granja de aquella propiedad. Recuerdo que cortó un pedazo de piel de un tapiz de la sala para hacerse la barba de Rip Van Winkle, cuyo papel interpretó de una manera tan realista que yo rompí a llorar, en medio del auditorio. Todos estábamos muy emocionados y no queríamos que se nos calmara.

Aquel teatrito creció y se hizo célebre entre la vecindad. El éxito nos inspiró la idea de hacer una excursión artística por la costa. Yo bailaba, Agustín recitaba poemas, y luego representábamos juntos una comedia, donde trabajaban también Isabel y Raimundo. Aunque yo no tenía más que doce años y los demás no llegaban a los veinte, estas excursiones a lo largo de la costa, por Santa Clara, Santa Rosa, Santa Bárbara, etcétera, tuvieron un gran éxito.

La nota dominante de mi niñez era un constante espíritu de rebeldía contra la estrechez de la sociedad en que vivíamos y contra las limitaciones de la vida, y un deseo creciente de huir hacia el Este, hacia algún sitio que yo imaginaba más amplio. Recuerdo que muchas veces arengaba a mi familia y a mis relaciones, y que siempre terminaba diciendo: «Debemos abandonar este lugar; nunca podremos hacer aquí nada.»

* * *

Yo era la más valerosa de toda mi familia, y cuando en casa no había nada que comer, yo era la voluntaria a quien se enviaba a la carnicería para que obtuviera, sin pagar, mediante engaños y promesas, algunas chuletas de cordero. Yo era quien iba a la panadería para gestionar una renovación de crédito. Experimentaba una especie de alegría aventurera cuando realizaba estas excursiones, y sobre todo cuando triunfaba, lo cual, en realidad, no era nada infrecuente. Solía emprender la vuelta bailando por la calle, bailando de júbilo, cargada con mi botín, y sintiéndome semejante a un salteador de caminos. Era una excelente educación, porque, aprendiendo a engañar a los feroces carniceros, aprendía también la técnica que me capacitaría, más tarde, para afrontar a los feroces empresarios.

Recuerdo que una vez, siendo todavía muy chica, encontré llorando a mi madre porque en un almacén no la habían querido aceptar no sé qué labor que había estado cosiendo afanosamente. Yo, ni corta ni perezosa, cogí su canasto, me puse una gorra en la cabeza y unos mitones en las manos, y fuí, de puerta en puerta, ofreciendo mi mercancía, hasta que logré venderla y regresar a casa con el doble del dinero que mi madre hubiera sacado del almacén.

Cuando oigo a los padres de familia que trabajan para dejar una herencia a sus hijos, me pregunto si se darán cuenta de que, por ese camino, contribuyen a sofocar el espíritu de aventura de sus vástagos. Cada dólar que les dejan, aumenta su debilidad. La mejor herencia consiste en dar a los niños la mayor libertad para desenvolverse por sí mismos. Nuestras lecciones proporcionaron, a mi hermana y a mí, el acceso en las casas más ricas de San Francisco. Yo no envidiaba a los chicos ricos, sino que los compadecía. Me asombraba el comprobar la pequeñez y la estupidez de sus vidas, y, por comparación con estos hijos de millonarios,

me consideraba yo mil veces más rica en todo lo que da valor a la existencia.

Nuestra reputación de maestros fué creciendo. Nosotros decíamos que nuestro sistema de baile era nuevo, pero, en realidad, no había ningún sistema. Yo seguía mi fantasía, e improvisaba, enseñando a los discípulos cualesquiera cosas bonitas que se me ocurrían. Una de mis primeras danzas fué el poema de Longfellow *I shot an arrow into the air.* (Disparé una flecha al aire.) Solía recitar el poema y enseñaba a los niños a seguir su sentido con gestos y movimientos. Por la noche, mi madre nos acompañaba al piano mientras yo componía mis danzas. Una adorable señora, ya vieja, amiga de casa, una señora que venía frecuentemente a pasar con nosotros las noches y que había vivido en Viena, decía que yo la recordaba a Fanny Essler. «Isadora será una segunda Fanny Essler», solía exclamar, y alentaba así mis sueños ambiciosos. Recomendó a mi madre que me llevara a un famoso profesor de baile de San Francisco, pero las lecciones de este profesor no me agradaron. Cuando el maestro me decía que me sostuviera sobre la punta de los pies, yo le preguntaba por qué, y cuando él me replicaba : «Porque es bello», yo le decía que era feo y antinatural. Hasta que, a la tercera lección, tuve que dejar su clase, para no volver más. La gimnasia rígida y vulgar que, según el tal profesor, era la danza, venía a destruir mis sueños. Porque yo soñaba con una danza completamente distinta. No sabía lo que habría de ser mi danza, pero yo sentía que iba avanzando por un mundo invisible, donde preveía que llegaría a entrar si encontraba la llave. Mi arte ya estaba en mí, cuando era niña, y si no quedó ahogado fué gracias al espíritu heroico y aventurero de mi madre. Estoy convencida de que todo lo que un hombre hace en la vida empieza cuando es muy niño. Hay muy pocos padres que comprendan que la llamada educación conduce a sus hijos a la vulgaridad y les im-

pide hacer algo bello y original. Pero también creo que las cosas deben ser como son, porque, ¿de dónde, si no, íbamos a extraer los millares y millares de horteras y dependientes de banca que requiere la organización de la vida civilizada?

Mi madre tenía cuatro hijos. Empleando un sistema coercitivo de educación, hubiera acaso hecho de nosotros unos ciudadanos prácticos. A veces se lamentaba ella misma: «¿Por qué han de ser los cuatro artistas, y ninguno hombre práctico?» Y era su espíritu, su propio espíritu de actividad y de belleza, el que nos había hecho artistas a todos los hijos. Mi madre no se preocupaba por las cosas materiales, y nos enseñaba a despreciar, con finas burlas, la propiedad: casas, muebles y posesiones de todo género. Al ejemplo que me dió, debo el no haber llevado nunca una sola alhaja. Ella nos enseñó que todas esas cosas son obstáculos, y nada más que obstáculos.

Al dejar la escuela, me convertí en una lectora infatigable. En Oakland, donde residíamos entonces, había una biblioteca pública, situada a varias millas de distancia, a pesar de lo cual iba yo y volvía diariamente, corriendo, danzando o brincando. La bibliotecaria era una mujer extraordinaria y bella, una poetisa de California, llamada Ida Coolbrith, que alentaba mi afición a la lectura, y cuando la pedía buenos libros se quedaba muy contenta. Tenía hermosísimos ojos, que brillaban de fuego y pasión. Más tarde supe que mi padre había estado muy enamorado de ella. Fué, evidentemente, la gran pasión de su vida y probablemente yo me sentía atraída hacia ella por el hilo invisible de la fatalidad.

En aquel tiempo leí todas las obras de Dickens, Thackeray y Shakespeare y millares de novelas, buenas y malas, libros inspirados y ramplones. Todo lo devoraba entonces. Solía pasar las noches en vela, leyendo hasta el alba, a la luz de velas que recogía du-

rante el día. Intenté escribir una novela y hasta edité un periódico, que yo misma escribía íntegramente, desde los editoriales hasta las noticias locales y el cuento breve. Además de esto, escribía un diario, para redactar el cual había inventado un lenguaje secreto. Y es que en aquel tiempo yo tenía un gran secreto. Estaba enamorada.

Aparte de las clases de niños, mi hermana y yo teníamos otros discípulos, ya mayores, a quienes enseñábamos lo que entonces se llamaban «bailes de sociedad» : el vals, la mazurka, la polka, etc. Entre estos alumnos había dos jóvenes : uno era médico, otro farmacéutico. El farmacéutico era extraordinariamente guapo y tenía un nombre adorable : Vernon. Yo era entonces una chica de doce años, pero parecía mayor, porque me peinaba por encima de la cabeza y usaba faldas largas. Como las heroínas de Rita, decía en mi diario que estaba loca y apasionadamente enamorada, y llegaba a creer que era cierto. No sé si Vernon se daba cuenta. En aquella época era yo muy tímida para decidirme a declarar mi pasión. Ibamos juntos a los bailes y bailábamos siempre los dos todas las veces. Al regresar a mi casa, velaba hasta el amanecer confiando a mi diario los terribles estremecimientos que barruntaba según iba «flotando—así lo escribía—en sus brazos». Durante el día, Vernon trabajaba en una droguería de la calle principal, y yo hacía un largo viaje para pasar una vez por lo menos delante de su tienda. Algunas veces me sentía capaz de entrar en la droguería para decirle : «¿Cómo está usted?» Descubrí la casa donde habitaba, y por las noches salía corriendo de la mía, para ver desde la calle la luz de su ventana. Esta pasión, que me duró dos años, creo que me hizo padecer mucho. Al cabo de los dos años, Vernon anunció su boda con una señorita de la sociedad de Oakland. Yo me limité a confiar a mi diario toda mi desesperación. Recuerdo aún el día en que le vi salir de la iglesia,

del brazo de una chica vulgar que llevaba un velo blanco. Luego no lo volví á ver.

La última vez que bailé en San Francisco, vino a mi cuarto un hombre, de cabellera blanca como la nieve, pero de aspecto juvenil y extraordinariamente guapo. Lo reconocí en seguida. Era Vernon. Pensé que, al cabo de tantos años, podría, al fin, revelarle la pasión de mi juventud. Pensé, además, que le divertiría saberlo. Pero cuando se lo dije se asustó tanto que me habló de su mujer, de aquella plácida y vulgar señorita de San Francisco. Parece que los dos viven todavía y que se quieren entrañablemente. ¡Qué sencilla es la vida de algunas gentes!

Tal fué mi primer amor. Estaba locamente enamorada, y creo que desde entonces no he cesado de amar con locura. En este momento estoy convaleciendo de mi último ataque, que, al parecer, ha sido violento y desastroso. Estoy, por decirlo así, viviendo el entreacto de la convalecencia, preliminar del acto último. ¿O será que acaso ha terminado la representación? Quisiera poder publicar aquí mi fotografía y preguntar a mis lectores lo que piensan de mi belleza.

CAPITULO III

Influída por mis libros, llegué a concebir la idea de salir de San Francisco y de conocer el mundo. Mi propósito era marcharme con alguna gran agrupación teatral, y un día fuí a ver al director de cierta compañía transeúnte que había ido a trabajar por una semana a San Francisco, y me puse a bailar en su presencia. Era por la mañana, en un escenario grande, obscuro y destartalado. Mi madre me acompañaba al piano. Vestida con una pequeña túnica blanca, bailé algunos *Sonidos sin palabras,* de Mendelssohn. Al terminar la música,

el director quedó un rato en silencio, y luego, dirigiéndose a mi madre, exclamó :

—Esas cosas no sirven para el teatro. Es mejor para una iglesia. Le recomiendo que tenga a su hija en casa.

Descorazonada, pero no convencida, urdí otros planes para salir de San Francisco. Reuní en consejo a mi familia, y, en un discurso que duró cerca de una hora, les hice ver las razones por las cuales era imposible vivir en San Francisco. Mi madre estaba como aturdida, pero dispuesta a seguirme donde fuera. Y las dos salimos en seguida : dos billetes de turistas para Chicago. Mi hermana y mis dos hermanos quedaron en San Francisco, con la idea de que nos seguirían cuando yo hiciera la fortuna de toda la familia.

Llegamos a Chicago en un día abrasador del mes de junio. Nuestro equipaje consistía en un baúl, algunas joyas pasadas de moda, que habían pertenecido a mi abuela, y veinticinco dólares. Yo esperaba que en Chicago encontraría inmediatamente un contrato y que todo sería sencillo y placentero. Pero no sucedió así. Con mi blanca túnica griega debajo del brazo, visitaba, uno tras otro, a todos los directores, y bailaba ante ellos. Pero su opinión era siempre la misma. Todos me decían lo que el de San Francisco : «¡ Adorable ! ¡ Adorable ! Pero eso no sirve para el teatro.»

Así pasaban las semanas y se agotaba nuestro dinero. Empeñamos las joyas de mi abuela, pero no nos dieron gran cosa. Y sucedió lo inevitable. Como no podíamos pagar la casa, se quedaron con nuestro modesto equipaje y nos pusieron en la calle sin un solo céntimo.

Yo conservaba todavía un pequeño collar de encaje pegado a mi vestido, y me dediqué a recorrer las calles horas y horas, bajo un sol abrasador, en busca de compradores. (Creo que lo vendí por diez dólares.) Era un hermoso encaje de Irlanda, que me proporcionó el dinero suficiente para pagar la habitación. Con el dinero sobrante compré una caja de tomates, y durante

una semana estuvimos comiendo tomates, sin pan y sin sal. Solía lanzarme a la calle a primera hora de la mañana para entrevistarme con los empresarios; pero, finalmente, decidí aceptar el primer trabajo que saliera, y me encaminé a una oficina.

—¿Qué sabe usted hacer?—me preguntó la señora del mostrador.

—Todo—contesté.

—Pues tiene usted cara de no saber hacer nada.

Desesperada ya, me dirigí un día al director del Masonic Temple Roof Garden, el cual, un gran cigarro en la boca y el sombrero sobre un ojo, me miró con aire altanero, mientras yo iba de un lado a otro, a los acordes de la *Canción de primavera,* de Mendelssohn.

—Bueno—dijo, al terminar—; es usted muy bonita y muy graciosa, y si se decide usted a cambiar todo eso y a hacer otra cosa con algo de pimienta, la contrataré.

Pensé en mi pobre madre, que desfallecía en casa con el último tomate, y le pregunté qué es lo que entendía por «algo de pimienta».

—Pues nada de lo que usted hace—me dijo—. Una cosa así... con enaguas, con las piernas al aire y poco adorno, ¿eh? Primero podría usted hacer las cosas griegas y luego cambiarlas por una camisita y unas pataditas; resultaría muy interesante.

Pero ¿dónde iba yo a encontrar aquellas ropas que se me pedían? Solicitar un préstamo o anticipo me parecía inoportuno, y me limité a decir a mi empresario que al día siguiente volvería con la *pimienta.* Salí del teatro. Era un día caluroso, un día normal de Chicago. Empecé a vagar por las calles, cansada y desfallecida por el hambre. De repente me encontré ante los almacenes de Marshall Field. Entré y pregunté por el director. Me indicaron su despacho, y en él me encontré, sentado en un pupitre, a un hombre joven, de simpática apariencia. Le expliqué que necesitaba para el día siguiente una camisa y otras prendas ligeras, y que si

me las vendía a crédito le pagaría fácilmente con mi próximo sueldo. No sé lo que indujo a aquel hombre a complacerme en el acto, pero así fué. Años más tarde lo volví a encontrar convertido en un multimillonario. Se llamaba Mr. Gordon Selfridge. Con el paquete debajo del brazo llegué a casa. Mi madre estaba en una lastimosa situación de agotamiento ; pero se pasó toda la noche y toda la mañana siguiente sentada en la cama cosiendo mi ropa de teatro. Cuando volví a ver al director del Roof Garden, la orquesta estaba apercibida para el ensayo.

—¿Cuál es su música?—me preguntó.

Yo no había pensado en tal cosa, pero repliqué en seguida :

—*El correo de Wáshington*—que era a la sazón un aire de moda.

La música lanzó sus notas, y yo procuré improvisar una danza *con pimienta*. El director quedó muy satisfecho, y, quitándose el cigarro de la boca, me dijo :

—¡Muy bonito! Trabajará usted por la noche. Voy a hacer unos anuncios especiales.

Me fijó un sueldo de cincuenta dólares por semana, y tuvo la amabilidad de concederme un anticipo.

Logré un clamoroso éxito y hasta adquirí cierto renombre ; pero como todo aquello me disgustaba, al terminar la semana rechacé la prórroga de mi contrato. Nos habíamos salvado de la muerte por hambre, pero ya era suficiente aquel ensayo de divertir al público con una cosa que repugnaba a mis ideales. Fué la primera y la última vez que lo hice.

Creo que aquel verano es uno de los más penosos episodios de mi vida. Cada vez que he ido luego a Chicago, la vista de sus calles me ha producido una nauseabunda sensación de hambre.

A pesar de aquella terrible experiencia, mi madre, valerosa, no me sugirió nunca la idea de volver a casa.

Un día me dieron una tarjeta de presentación para

una periodista llamada Amber, subdirectora de un gran periódico de Chicago. Fuí, en efecto, a visitarla. Era una mujer alta y magra, de unos cincuenta y cinco años, de cabello rojo. La expliqué mis ideas sobre la danza ; me escuchó amablemente y me invitó a ir con mi madre a *Bohemia,* donde, según dijo, se reunían artistas y gentes de teatro. Aquella misma noche llegamos al club. Estaba en lo alto de un gran edificio, y se componía de algunas habitaciones desnudas, con mesas y sillas, donde se apelotonaba la gente más rara que he visto en mi vida. En medio de todos, se situaba Amber, la cual los llamaba con voz de hombre :

—Unámonos todos los buenos bohemios—decía.

Y cada vez que invitaba a sus colegas a la unión, alzaban todos un vaso de cerveza y contestaban con aplausos y canciones.

Yo irrumpí en la asamblea con mi danza religiosa. Los bohemios quedaron desconcertados. No sabían qué hacer ; pero, a pesar de todo, pensaron que yo era una chica muy agradable y me invitaron a pasar allí todas las noches y a «unirme a los buenos bohemios». Había en *Bohemia* los tipos más extraordinarios : poetas, artistas y actores de todas las nacionalidades. Sólo tenían una cosa común : el no poseer ni un céntimo. Llegué a sospechar que muchos de aquellos bohemios, como nosotras mismas, no tenían qué comer e iban al club a buscar los bocadillos y la cerveza que les suministraba la generosidad de Amber.

Entre los bohemios había un polaco llamado Miroski. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de greña roja e hirsuta, barba roja y penetrantes ojos azules. Solía sentarse en un ángulo y fumaba en pipa, mientras observaba, con una deliciosa sonrisa irónica, las *diversiones* de los bohemios. El fué el único, en toda aquella asamblea, ante la cual bailé varios días, el único que comprendió mis ideales y mi trabajo. Era también muy pobre ; pero a mi madre y a mí nos invitaba frecuen-

temente a cenar en un pequeño restaurante o nos llevaba a las afueras, en tranvía, para comer en el campo. Un hombre, en fin, muy raro, poeta y pintor. Quería ganarse la vida haciendo negocios en Chicago, pero nunca lo consiguió, y casi se moría de hambre.

En aquel tiempo yo era una chiquilla y no podía comprender su tragedia ni su amor. Hoy nadie es capaz de suponer lo extraordinariamente inocentes e ignorantes que eran entonces los americanos. Yo tenía de la vida una idea puramente lírica y romántica. Como carecía de toda experiencia e ignoraba las reacciones físicas del amor, estuve mucho tiempo sin darme cuenta de la insana pasión que había inspirado a Miroski. Este hombre de cuarenta y cinco años estaba loca y frenéticamente enamorado—como sólo puede enamorarse un polaco : con ingenuidad—de la inocente muchacha que era yo entonces. Mi madre no tenía evidentemente la menor sospecha y nos dejaba solos mucho tiempo. Los largos paseos por el bosque y los diálogos solitarios surtieron el efecto psicológico. Cuando, finalmente, no podía resistir la tentación de besarme y de pedirme que me casara con él, pensaba yo que éste sería uno de los grandes amores de mi vida.

El verano terminaba, y estábamos sin fondos. Decidí que no había nada que esperar de Chicago, y que debíamos marcharnos a Nueva York. Pero ¿cómo? Un día leí en el periódico que el gran director Agustín Daly y su compañía habían llegado a la ciudad, con la «estrella» Ada Rehan. Tomé inmediatamente la resolución de ir a ver a este hombre, que pasaba por ser el director más preocupado por el arte. Me situaba todas las tardes en la puerta del teatro y mandaba, a cada paso, recados a Daly pidiéndole que me recibiera. Siempre se me contestaba lo mismo : que estaba muy ocupado y que viera al subdirector. Me negué a ser recibida por nadie que no fuera el mismo Daly, a quien hice saber que tenía que hablarle personalmente de un

asunto muy importante. Por último, una noche fuí conducida, por la obscuridad, frente al potentado. Agustín Daly era un hombre simpático, pero ante la gente extraña aparentaba una expresión de ferocidad. A primera vista, me amedrentó su cara, y sacando fuerzas de flaqueza desenvolví un largo y extraordinario discurso.

«Tengo—le dije—una gran idea para usted, señor Daly. Usted es probablemente la única persona que puede comprenderla en este país. Yo he descubierto la danza. He descubierto un arte que ha estado perdido durante dos mil años. Usted es un artista supremo del teatro ; pero hay una cosa que falta en su teatro, una cosa que dió grandeza al viejo teatro griego : el arte de la danza, el coro trágico. Sin este arte, un teatro es como una cabeza y un cuerpo sin piernas para conducirlos. Yo le traigo a usted la danza. Le traigo a usted la idea que va a revolucionar a toda nuestra época. ¿Que dónde lo he descubierto? En el Océano Pacífico, entre los pinos de Sierra Nevada. He visto la figura ideal de la joven América danzando en la cumbre de una roca. El supremo poeta de nuestro país es What Whitman. Yo he descubierto una danza que es digna de un poema de What Whitman. Crearé para los hijos de América una danza que será la expresión de América. Traigo a su teatro el alma vital de que carece, el alma del bailarín. Porque usted sabe...», y yo continuaba mi discurso sin atender las impacientes interrupciones del gran director, que me decía : «Basta, basta.» «Porque usted sabe—proseguí, alzando la voz—que la cuna del teatro fué la danza, que el primer actor fué el bailarín. Danzaba y cantaba. Era la iniciación de la tragedia, y hasta que el bailarín no vuelva, con todo su gran arte espontáneo, al teatro, vuestro teatro no vivirá en su verdadera expresión.»

Agustín Daly no sabía qué hacer con aquella extraña y delicada muchacha, que tenía la audacia de arengarle de tal manera. Pero, al fin, contestó :

—Bueno; tengo un papel para una pantomima que voy a hacer en Nueva York. Venga usted el día primero de octubre a los ensayos, y si sirve, la contrataré. ¿Cómo es su nombre?

—Me llamo Isadora.

—¡Isadora! ¡Qué bonito nombre! Bueno, Isadora; nos veremos en Nueva York el primero de octubre.

Al llegar me abalancé, radiante de júbilo, sobre mi madre.

—Por fin—le dije—alguien me aprecia, mamá. He sido contratada por el gran Agustín Daly. Estaremos en Nueva York el primero de octubre.

—Sí—contestó mi madre—; pero ¿cómo vamos a sacar los billetes del tren?

Esta era la cuestión. Entonces se me ocurrió enviar a una amiga de San Francisco el siguiente telegrama:

«Contrato triunfante. Agustín Daly. Debemos ir a Nueva York el primero de octubre. Mándeme cien dólares para el viaje.»

Y el milagro se hizo. Llegó el dinero, y con él mi hermana Isabel y mi hermano Agustín, los cuales, informados de mi telegrama, decidieron espontáneamente que nuestra fortuna era un hecho. Nos metimos todos en el tren de Nueva York, locos de contento y felices de esperanza. Al fin—pensaba—el mundo iba a hacerme justicia. Si yo hubiera sabido entonces los duros trabajos que me aguardaban, hubiera perdido el valor.

Cuando Iván Miroski se enteró de mi marcha, quedó desesperado. Pero nos juramos amor eterno, y le expliqué que nos sería muy fácil casarnos cuando yo hubiera triunfado en Nueva York. Y no es que yo creyera en el matrimonio, sino que entonces era preciso complacer a mi madre. Aun no había enarbolado la bandera del amor libre, bajo la cual di luego tantas batallas.

CAPITULO IV

Mi primera impresión de Nueva York fué la de que había allí más belleza y más arte que en Chicago. Nuevamente sentí la alegría de encontrarme junto al mar. Siempre he experimentado una sensación de ahogo en las ciudades del interior.

Nos hospedamos en una pensión de familia de una calle que daba a la Sexta Avenida. Había en aquella casa gentes muy raras, que, como los bohemios, parecía que no tenían nada de común : nadie podía pagar su cuenta, y todos vivían en constante propincuidad de expulsión.

Una mañana me dirigí a la puerta del teatro de Daly, el cual me hizo pasar de nuevo a su presencia. Quise explicarle otra vez mis propósitos, pero él parecía muy ocupado.

—Hemos traído—me dijo—una gran «estrella» de pantomima, Jane May, de París. Si usted quiere, puede trabajar en la pantomima. Hay un papel para usted.

Pero la pantomima nunca me ha parecido un arte. El movimiento es una expresión emotiva y lírica, que no tiene nada que ver con las palabras, y en la pantomima se substituyen los gestos por palabras, de tal suerte que no es ni el arte del bailarín ni el arte del actor, sino un género intermedio e irremediablemente infecundo. Sin embargo, no había otro recurso que aceptar la intervención en la pantomima. Me la llevé a casa para estudiarla, y me pareció muy estúpida y perfectamente indigna de mis ambiciones y de mis ideales.

El primer ensayo me produjo una terrible desilusión. Jane May era una mujercita de carácter sobremanera violento, y por cualquier motivo montaba en cólera. Cuando me dijeron que debía señalarla con el dedo para

decir «usted», apretar mi corazón para decir «amor» y golpearme violentamente el pecho para decir «yo», el espectáculo me pareció completamente ridículo. Y, como no tenía ninguna convicción, lo hice tan mal, que Jane May se disgustó mucho, y volviéndose a Mr. Daly le dijo que yo no tenía talento de ningún género y que era imposible que yo participara en la pantomima. Cuando oí estas palabras, comprendí su exacta significación; es decir, que íbamos a caer y a fracasar en aquella pensión de familia, a merced de una propietaria despiadada. Y vi, con los ojos de la inteligencia, a una pobre corista que habían arrojado a la calle el día antes, sin entregarle siquiera su baúl, y recordé todo lo que mi pobre madre había hecho en Chicago. Y las lágrimas vinieron a mis ojos y descendieron por mis mejillas. Debía de tener un aspecto trágico y miserable, porque Mr. Daly, adoptando una expresión de benevolencia, me dió en un hombro y dijo a Jane May:

—Ahí tiene usted: cuando llora es muy expresiva. Ya aprenderá.

Pero los ensayos eran un martirio para mí. Se me pedía que hiciera movimientos que, a mi juicio, eran muy vulgares y estúpidos y que, además, no acordaban con la música que servía de acompañamiento. Pero la juventud es dúctil, y terminé por entrar en el espíritu de mi papel.

Jane May representaba el de Pierrot, y había una escena donde yo tenía que hacer el amor a Pierrot. En tres tiempos diferentes, debía acercarme a Pierrot para besarle tres veces en la mejilla. En el ensayo general con trajes, lo hice con tanta vehemencia que dejé una huella roja de mis labios en las blancas mejillas de Pierrot. En vista de lo cual Pierrot volvió a ser Jane May, una Jane May iracunda que me golpeó en los oídos. ¡Deliciosa entrada en la vida teatral!

Y, sin embargo, según avanzaban los ensayos, yo no podía substraerme a la admiración hacia esta extraor-

dinaria, vibrante y expresiva actriz de pantomimas. Si no hubiera quedado aprisionada por el falso y vacuo género de la pantomima, hubiera sido una gran bailarina. Pero el género era muy limitado. Siempre me han dado ganas de decir a la pantomima: «Si quieres hablar, ¿por qué no hablas? ¿A qué vienen los esfuerzos para gesticular como en un asilo de sordomudos?»

Vino, por fin, el estreno. Yo llevaba un vestido Directorio, de seda azul, una peluca rubia y un gran sombrero de paja. ¿Adónde había ido a parar la revolución artística que yo venía a ofrecer al mundo? Estaba completamente disfrazada; no era yo misma. Mi madre querida, que tomó asiento en la primera fila de butacas, quedó desilusionada, y si no llegó a decirme que regresáramos a San Francisco, pude advertir, por lo menos, su terrible decepción. ¡Tanta lucha para tan pobre resultado!

Mientras duraron los ensayos de aquella pantomima, no tuvimos dinero. Nos despidieron de la pensión y alquilamos dos habitaciones vacías, totalmente vacías, sin el menor mobiliario, en la calle 180. No había dinero para vehículos, e iba diariamente a pie al teatro de Agustín Daly, en la calle 29. Corría sobre el fango, saltaba sobre el pavimento de piedra y andaba por la madera para distraer el viaje y hacerlo más corto. Había inventado toda clase de procedimientos para darme esta ilusión. No almorzaba porque no tenía dinero. Solía ocultarme en un palco mientras almorzaban las demás, y allí, extenuada, dormía, hasta que empezaba el ensayo de tarde, con el estómago vacío. De este modo estuve ensayando durante las seis semanas que precedieron al estreno, y aun después del estreno trabajé una semana sin percibir un céntimo.

Al cabo de otras tres de representaciones en Nueva York, salió una noche la compañía de *tournée*. Cobraba quince dólares por semana, con los cuales pagaba todos mis gastos y enviaba la mitad a casa, para que mi ma-

dre pudiera vivir. Cuando llegábamos a una estación, yo no me dirigía al hotel, sino que cogía mi maleta y marchaba a pie por las calles del pueblo en busca de una pensión barata. No podía gastar más de cincuenta céntimos diarios, todo incluído, y muchas veces, fatigada, rendida y sin fuerzas, caminaba millas enteras en busca de mi pobre pensión. Y muchas veces mis pesquisas me llevaban a barrios muy extraños. Recuerdo de un sitio donde me dieron una habitación sin llave y donde los hombres de la casa, borrachos en su mayoría, estuvieron haciendo continuos esfuerzos por sorprenderme a solas. Yo estaba amedrentada, y arrojando al suelo un armario de ropa, lo adherí a la puerta para que me sirviera de barricada. A pesar de lo cual no pude dormir, y pasé la noche sentada y en guardia. No puedo imaginarme una existencia más abandonada de la mano de Dios que la existencia de una compañía teatral *por carretera*.

Jane May era infatigable. Exigía un ensayo todos los días y nunca estaba satisfecha.

Yo llevaba conmigo algunos libros, y los leía incesantemente. Todos los días escribía una extensa carta a Iván Miroski : no creo que le dijera hasta qué punto era desgraciada.

Después de dos meses de viaje, la pantomima volvió a Nueva York. La aventura había sido un desastroso fracaso financiero para Mr. Daly, y Jane May regresó a París.

¿Qué iba a ser de mí? Volví a ver a Mr. Daly y traté de interesarle nuevamente en mi arte. Pero parecía completamente sordo y no hacía ningún caso de mis preocupaciones.

—Voy a enviar por provincias a una compañía con *El sueño de una noche de verano*—me dijo—. Si usted quiere, puede bailar en la escena de las hadas.

Mis ideas sobre la danza eran que había que expresar los sentimientos y emociones de la Humanidad. No me

interesaban las hadas. Pero acepté, y me ofrecí a bailar el *scherzo* de Mendelssohn en un escenario de madera, antes de la entrada de Titania y Oberón.

Cuando empezó *El sueño de una noche de verano,* estaba yo vestida con una larga túnica de gasa blanca y dorada, a la que se adherían dos alas inquietas. Protesté mucho contra las alas, porque me parecían ridículas. Intenté convencer a Mr. Daly de que yo podía sugerir la idea de las alas sin necesidad de que me colocaran unas de papel, pero todo fué inútil. La primera vez salí a bailar sola. Estaba encantada. Aquí, al fin, iba a encontrarme sola en un gran escenario, ante un gran público, y podría danzar. Y dancé. Dancé tan bien, que el público estalló en un aplauso espontáneo. Era lo que se llama un éxito. Al volver a meterme entre bastidores, creí que iba a encontrar regocijado a Mr. Daly y que me iba a felicitar. Todo lo contrario. Estaba indignado. «Esto no es un *music-hall*», me dijo. Y es que no se había previsto aquel aplauso del público. A la noche siguiente, cuando salí a bailar, vi que todas las luces estaban apagadas. Y todas las veces que dancé en *El sueño de una noche de verano,* lo hice en la obscuridad. Nadie podía ver en el escenario sino una cosa blanca que flotaba.

Al cabo de dos semanas de representación en Nueva York, *El sueño de una noche de verano* salió de *tournée,* y de nuevo conocí los tristes viajes y la busca de pensiones humildes. Mi sueldo, sin embargo, había subido a veinticinco dólares por semana.

De este modo transcurrió un año.

Era muy desgraciada. Mis sueños, mis ideales, mi ambición : todo parecía fútil. Trabé pocas amistades en la compañía. Me miraban como a una extravagante. Iba y venía por el escenario con un libro de Marco Aurelio. Quería adoptar la filosofía estoica para aliviar el sufrimiento constante de la miseria. Hice, sin embargo, una amistad durante el viaje : la de una muchacha llamada

Maud Winter, que interpretaba el papel de reina Titania. Era muy cariñosa y simpática. Tenía la rara manía de alimentarse con naranjas y no tomar otra cosa. Me parece que no estaba hecha para este mundo : algunos años después leí que había muerto tuberculosa.

La «estrella» del teatro de Agustín Daly era Ada Rehan—una gran actriz, aunque muy antipática para sus subordinados—, y la única satisfacción que yo tenía era verla trabajar. Ella casi nunca iba a provincias con nosotros ; pero cuando regresábamos a Nueva York, la veía yo hacer de Rosalinda, Beatriz y Portia. Era una de las más grandes actrices del mundo. Pero esta gran actriz no se preocupaba, en la vida, de hacerse querer por sus compañeras. Era muy orgullosa y reservada, y le costaba, al parecer, mucho trabajo darnos los buenos días, porque en cierta ocasión hizo poner el siguiente aviso en la tablilla :

Se comunica a la compañía que no es preciso que den los buenos días a miss Rehan.

En los dos años que actué con los artistas de Daly, nunca tuve el placer de hablar con miss Rehan. Evidentemente, todos los artistas de poca altura eran para ella indignos de su atención. Recuerdo que un día, como tuviera que esperar a que Daly terminara de dirigir a un grupo de actores, exclamó, señalándolos con una mano despreciativa : «Director, ¿por qué nos hace usted esperar por esas nulidades?» (Y, siendo yo una de esas nulidades, no me hizo ninguna gracia la alusión.) No puedo comprender por qué una artista tan grande y una mujer tan fascinadora como Ada Rehan incurría en tales extravíos, y sólo me lo explico cuando pienso que tenía entonces cincuenta años. Había sido durante mucho tiempo la adoración de Agustín Daly, y quizá se resentía ahora de que el empresario escogiera por costumbre a una chica bonita cada dos o tres semanas—o meses—y la elevara de categoría artística, sin razón aparente, pero posiblemente por alguna razón que ofendía a miss

Rehan. Como artista, yo profesaba la más grande admiración hacia Ada Rehan, y en aquella época el menor aliento amable de su parte hubiera significado mucho en mi vida. Pero en aquellos dos años no me dirigió una sola mirada. Me acuerdo incluso de un día en que, al final de la *Tempestad,* mientras yo danzaba en homenaje a las bodas de Miranda y de Fernando, ella volvió la cabeza y me estuvo observando atentamente durante toda la danza, lo cual me produjo tal azoramiento, que apenas si pude terminar.

En el curso de nuestra *tournée* con *El sueño de una noche de verano,* recalamos un día en Chicago. Me dió una enorme alegría encontrar allí al hombre que yo consideraba como mi novio. Era verano, y cuando no había ensayo, dábamos largos paseos por el bosque. Cada día apreciaba más la inteligencia de Iván Mirovski. Cuando, algunas semanas más tarde, salí yo para Nueva York, convinimos en que él me seguiría y que nos casaríamos. Mi hermano, que se informó de nuestros amores, tuvo, por fortuna, la idea de averiguar los antecedentes de Iván, y supo que estaba casado en Londres, donde residía su mujer. Mi madre, asustada, insistió en nuestra separación.

CAPITULO V

Y he aquí a toda la familia en Nueva York. Alquilamos un estudio con cuarto de baño, y como yo quería que no hubiera muebles, pues necesitaba espacio donde bailar, compramos cinco *sommiers* metálicos y colgamos cortinas alrededor de las paredes del estudio, con el fin de ocultar tras de ellas, durante el día, nuestros cinco *sommiers.* No teníamos camas, ni otra ropa para dormir que un cubrepiés. Isabel comenzó a dar lecciones en el estudio, como en San Francisco. Agustín ingresó en

una compañía teatral y casi nunca estaba en casa. Se pasaba el tiempo en *tournées* por provincias. Raimundo iniciaba su carrera periodística. Para cubrir nuestros gastos, alquilábamos por horas el estudio a profesores de dicción, de música, de canto, etc. Pero, como no teníamos más que una sola habitación, era preciso que toda la familia saliera de paseo, y recuerdo que subí muchas veces al Central Park estando cubierto de nieve, para calentarme así un poco. Luego volvíamos a casa y pegábamos el oído a la puerta, porque había que averiguar si continuaban las lecciones. Uno de los profesores de dicción enseñaba siempre el mismo poema :

Mabel, little Mabel, with her face against the pane,

y lo repetía con un patetismo hiperbólico. El alumno lo declamaba con voz opaca, y entonces el profesor exclamaba :

—Pero ¿no siente usted el patetismo que hay en ese verso? ¿Será posible que no lo sienta usted?

Por aquellos días, Agustín Daly tuvo la idea de representar *Geisha,* y me dió un papel de cantante en un cuarteto. ¡Nunca he sido capaz de cantar una sola nota! Las otras tres artistas decían que yo les obligaba a desentonar, en vista de lo cual decidí colocarme bonitamente a un lado con la boca abierta y sin lanzar un sonido. Mi madre decía que era realmente extraordinario el que las otras hicieran, al cantar, toda clase de muecas, en tanto que yo conservaba siempre una encantadora expresión de boca.

La estupidez de la *Geisha* contribuyó a poner término a mis relaciones con Agustín Daly. Recuerdo que un día, atravesando el teatro a obscuras, vino a mí y me encontró tirada en el suelo de un palco, llorando. Se inclinó y me preguntó qué me ocurría. Le contesté que no podía soportar por más tiempo la estupidez de lo que se representaba en su teatro. Entonces me confesó que a

él no le gustaba la *Geisha* más que a mí, pero que tenía que pensar en la parte financiera del negocio. Y, para consolarme, Daly deslizó una mano por mi espalda; el gesto me desagradó, francamente.

—¿Por qué—le dije—me tiene usted aquí, con mi genio de artista, sin hacer ningún uso de él?

Daly se limitó a dirigirme una mirada de sorpresa, y con un «¡bah!» me dejó sola.

Fué ésta la última vez que vi a Agustín Daly; algunos días más tarde, en un momento de valor, presenté mi dimisión. En aquella casa había aprendido a sentir repugnancia por el teatro: los continuos ensayos de las mismas palabras y de los mismos gestos, noche tras noche; la peculiar manera que los artistas tenían de ver la vida, su lenguaje anfibológico... todo, en fin, me disgustaba.

Abandoné a Daly y volví al estudio de Carnegie Hall. Teníamos muy poco dinero, pero volví a ponerme mi túnica blanca y volvió mi madre a acompañarme al piano. Como por el día no podíamos disponer mucho tiempo del estudio, mi pobre madre tocaba para mí durante la noche.

En aquel tiempo me cautivaba la música de Ethelbert Nevin. Compuse danzas sobre su *Narciso*, sobre *Ofelia*, sobre *Las ninfas del agua*, etc. Un día en que practicaba en el estudio, se abrió la puerta y vi entrar a un joven de ojos iracundos, con el pelo revuelto sobre la frente. Aunque era muy joven, parecía ya presa de la horrible enfermedad que produjo su muerte. Se precipitó hacia mí, diciéndome:

—He oído decir que baila usted con mi música. ¡Se lo prohibo! ¿Entiende? ¡Se lo prohibo! Mi música no sirve para el baile. Nadie puede bailar con mi música.

Le cogí de la mano y le llevé a una silla.

—Siéntese ahí—le dije—. Voy a bailar con su música. Si no le gusta, le juro que no volveré a hacerlo.

Entonces bailé para él su *Narciso*. Había encontrado

yo en la melodía el sueño de aquel joven Narciso que se asomaba a un arroyo y allí permanecía hasta que se enamoraba de su propia imagen, moría de pena y se transformaba en flor. Todo esto lo bailé entonces para Nevin. No había terminado la última nota cuando se levantó de un salto, se precipitó hacia mí y me estrechó en sus brazos. Me miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Es usted un ángel—me dijo— ; es usted una *devinatrice*. Todos esos movimientos los vi yo cuando estaba componiendo mi música.

Luego bailé su *Ofelia* y sus *Ninfas del agua*. Cada vez parecía más desbordante su entusiasmo. Finalmente, se sentó al piano y compuso para mí, en el acto, una hermosa danza que tituló *Primavera*. ¡Cuánto he lamentado siempre que esta danza, compuesta y tocada al piano para mí, no fuera escrita nunca por su autor! Nevin estaba muy exaltado y me propuso que bailara algunos conciertos, en la pequeña sala de música de Carnegie Hall, donde él me acompañaría al piano.

Organizó personalmente el concierto, alquilando la sala, haciendo la propaganda, etc. Todas las noches venía a ensayar conmigo en el estudio. He creído siempre que Ethelbert Nevin tenía todas las posibilidades de un gran compositor. Hubiera podido ser el Chopin de América ; pero la espantosa lucha que sostenían su cuerpo y su alma en las crueles circunstancias de su vida, fueron probablemente la causa del terrible mal que le produjo su muerte temprana.

El primer concierto constituyó un gran éxito, y fué seguido de otros que causaron mucha sensación en Nueva York, y es muy probable que, si hubiéramos tenido sentido práctico para buscar en aquel momento un buen empresario, mi carrera se hubiera iniciado con brillantez ; pero éramos muy cándidos.

Muchas señoras de la alta sociedad me vieron trabajar en los conciertos, y llegaron a contratarme para bai-

lar en sus salones. Compuse entonces una danza sobre los poemas de Omar Khayyam, traducidos por Fitzgerald. Unas veces Agustín y otras mi hermana Isabel me los leían mientras yo bailaba.

Se acercaba el verano. La señora Astor me invitó a bailar en su villa de Newport. Mi madre, Isabel y yo fuimos a Newport, que era entonces la estación de moda. La señora Astor representaba en América lo que una reina en Inglaterra. La gente que era recibida por ella experimentaba más miedo y más respeto que si estuviera ante la realeza. Conmigo se mostró muy amable. Organizó la función en el campo. Acudió a verme la mejor sociedad de Newport. Tengo una fotografía de esta representación, en que se ve a la venerable señora Astor sentada junto a Harry Lair, y a su alrededor, filas de Vanderbilts, Belmonts, Fishes, etc. Más tarde bailé en otras villas de Newport. Pero aquellas señoras eran tan económicas, que apenas si me pagaban los gastos de viaje y de pensión. Además, aunque me miraban mucho cuando bailaba y parecían encantadas, estoy segura de que no comprendían un ápice y de que, en realidad, nuestra visita a Newport les produjo desencanto. Era gente tan forrada de *snobismo* y tan orgullosa de su riqueza, que no tenían el menor sentido artístico. En aquel tiempo se consideraba a los artistas como a seres inferiores, o, por lo menos, como a unos criados de categoría. Este sentimiento ha cambiado mucho, sobre todo desde que Paderewski ascendió a presidente de una República.

Así como antes la existencia en California no me satisfacía en modo alguno, así empezaba ahora a querer buscar otra atmósfera que me fuera más propicia que la de Nueva York. Soñaba con Londres y con los escritores y pintores que allí podría encontrar: George Meredith, Henry James, Watts, Swinburne, Burne-Jones, Whistler... Estos nombres tenían para mí algo de mágico, pues, si he de decir la verdad, durante todo el

tiempo que estuve en Nueva York no encontré ni una sola simpatía inteligente ni un solo apoyo para mis ideas.

Entretanto crecía la escuela de Isabel y nos mudábamos del estudio de Carnegie Hall a dos grandes habitaciones del entresuelo del hotel Windsor. El alquiler de estas habitaciones era de noventa dólares por semana; en seguida nos dimos cuenta de que con el importe de nuestras lecciones de baile no podíamos atender al pago del alquiler y los otros gastos indispensables para la vida. A pesar de nuestra aparente prosperidad, nuestra cuenta en el Banco se liquidaba todavía con déficit. El Windsor era un hotel triste, donde no sentíamos aquella alegría de vivir que era necesaria para ganar el dinero con que ir pagando las dos habitaciones. Una noche en que mi hermana y yo estábamos sentadas a la lumbre, como nos preguntáramos de qué manera íbamos a arreglárnoslas para pagar la cuenta, tuvo, de repente, esta idea: «La única cosa que podría salvarnos es que estallara un fuego en el hotel.» En el tercer piso, en unas habitaciones llenas de cuadros y muebles antiguos, vivía una señora vieja y muy rica, que tenía la costumbre de bajar todas las mañanas, a las ocho en punto, al comedor para tomar su desayuno. Convinimos en que yo la asaltaría a la mañana próxima y le pediría un préstamo. Así lo hice. Pero la vieja tenía un carácter insoportable, se negó a prestarme el dinero y se puso a protestar contra el café.

—Una está viviendo en el hotel—decía—demasiados años, y si no me dan mejor café, me marcharé.

Y, en efecto, iba a marcharse aquella misma tarde, pero no pudo. El fuego hizo presa del hotel, y ella pereció abrasada. Isabel salvó heroicamente su clase, con gran presencia de espíritu, obligando a sus alumnos a cogerse de la mano y a ir saliendo del edificio en fila india. Nosotras no pudimos salvar nada: todo lo perdimos, incluso algunos retratos de familia que nos eran

muy queridos. Nos refugiamos en la misma calle, en una habitación del hotel Buckingham, y en muy pocos días nos encontramos en el mismo estado en que llegamos a Nueva York, es decir, sin un penique. «Es el destino—decía yo— ; debemos irnos a Londres.»

CAPITULO VI

Todas estas desgracias nos dejaron arruinados y derrotados en Nueva York, a fines del verano. Entonces fué cuando concebí la idea de ir a Londres. Desde el incendio del hotel Windsor estábamos sin bagajes y sin más ropa que la puesta. Mi contrato con Agustín Daly y mi actuación ante las elegantes de Newport me habían dejado una amarga desilusión. Pensaba que si América respondía de tal modo, era inútil llamar por más tiempo a una puerta tan herméticamente cerrada, ante un público tan frío. Mi mayor anhelo era marchar a Londres.

La familia se había reducido a cuatro : durante uno de sus viajes teatrales por provincias, Agustín se había enamorado, haciendo de Romeo, de una chica de dieciséis años, que hacía de Julieta, y un día llegó a casa y nos anunció su boda. Ello fué considerado como un acto de traición. Por razones que nunca pude comprender, mi madre se puso furiosa. Hizo lo que el día de la primera visita de mi padre : huyó a su habitación y se encerró con llave. Isabel se acogió al silencio, y Raimundo tuvo un verdadero ataque de histerismo. Yo era la única que sentía cierta simpatía por Agustín, el cual estaba pálido y angustioso. Le dije que quería ver a su mujer. Me llevó a una casa sombría de una calle obscura, subimos hasta el quinto piso y nos encontramos con Julieta, que era muy guapa y débil. Parecía enferma, pero me dijeron que estaban esperando a un bebé.

Por esta razón descartamos a Agustín de nuestros

planes de viaje a Londres. La familia lo miraba como a un fracasado, indigno del gran porvenir que a nosotros nos esperaba.

Llegó otro verano y nos encontramos en otro estudio destartalado y sin fondos. Tuve entonces la luminosa idea de ir a pedir dinero a las damas millonarias en cuyas casas había bailado. Era preciso pedirles el dinero necesario para marchar a Londres. En primer lugar me dirigí a casa de una señora que vivía en un palacio de la calle 59, junto al Central Park. Le hice un relato del incendio del hotel Windsor, donde habíamos perdido cuanto teníamos ; me quejé de la falta de comprensión de Nueva York, y, finalmente, le expuse mi certeza de que en Londres encontraría mi arte más aprecio.

Terminó por ir a su mesa y escribir un cheque, que dobló y me entregó. Se lo agradecí con lágrimas en los ojos y salí a la calle saltando de júbilo. Pero—¡ay!—, al llegar a la Quinta Avenida, se me ocurrió mirar el cheque y vi que era de cincuenta dólares. No podíamos, por lo tanto, marcharnos a Londres.

Entonces decidí visitar a otra mujer de millonario que vivía a lo último de la Quinta Avenida y, a grandes pasos, me dirigí a su casa. Pero fuí recibida con mayor frialdad por una buena mujer de edad indefinida, la cual me endilgó un sermón sobre la improcedencia de mi demanda, y se atrevió a decirme que no me sucedería lo mismo si yo hubiera estudiado los bailes de *ballet,* que eran muy diferentes, al punto de que ella había conocido a una bailarina de *ballets* que había reunido una verdadera fortuna. A medida que perdía terreno y me hallaba a punto de fracasar, defendía mi causa con mayor ahinco. Eran las cuatro de la tarde y no había almorzado. Por fin la dama, en un rapto como de locura, tiró de un cordón y vino un magnífico *maître d'hôtel,* el cual me trajo una taza de chocolate y pan. Mis lágrimas cayeron dentro de la taza y sobre el pan ; pero

tuve fuerzas para persuadir a la dama de la absoluta necesidad de nuestra salida para Londres.

—Algún día seré muy célebre—dije—, y su crédito redoblará cuando se sepa que fué usted quien descubrió un talento americano.

Por último, aquella propietaria de sesenta millones me entregó otro cheque. ¡También era de cincuenta dólares! Pero ésta añadió:

—Cuando usted gane dinero, me lo devolverá.

Nunca se lo devolví. Preferí dárselo a los pobres.

Hasta que nos encontramos en posesión de trescientos dólares, la mayoría de las mujeres de millonarios de Nueva York recibieron mi visita. Si queríamos llegar a Londres con algún dinero, esta cantidad no nos permitía tomar ni siquiera el pasaje de segunda.

A Raimundo se le ocurrió la idea de ir buscando por el puerto un pequeño navío que condujera ganado a Hull. El capitán quedó tan impresionado por el relato de mi hermano, que, infringiendo el reglamento, decidió llevarnos como pasajeros, y embarcamos una buena mañana, provistos de algunos sacos de mano, pues nuestras maletas habían sido quemadas en el Windsor. Creo que fué esta travesía lo que convirtió a Raimundo al vegetarianismo, pues la vista de aquel par de centenares de pobres bestias llegadas del Middle-West, que se agitaban día y noche en la bodega, que se golpeaban con los cuernos y que bramaban de modo lastimero, nos produjo una gran impresión.

Cuando luego he viajado en cabina de lujo en los grandes transatlánticos, he pensado a menudo en esta travesía en una embarcación de bestias, donde nos sentíamos en todo momento alegres, y he llegado a convencerme de que la atmósfera constante de lujo nos lleva a la neurastenia. Nuestro alimento se componía exclusivamente de buey salado y de té que olía a paja; los camastros eran durísimos, y las cabinas, pequeñas; pero nuestra dicha fué absoluta en las dos semanas que duró el

viaje a Hull. Nos había dado vergüenza dar nuestros nombres y habíamos firmado con el de la madre de mi madre : O'Gorman. Yo me llamaba Maggie O'Gorman.

El segundo de a bordo era un irlandés, con el que pasaba conversando las noches de luna. Constantemente me decía cosas como ésta : «Maggie O'Gorman, seré un buen marido si usted quiere. Tenga la seguridad.» Otras noches, el capitán, que era un hombre muy fino, sacaba una botella de *whiskey* y nos hacía ponches. A pesar de la dureza de aquella vida a bordo, pasábamos días muy felices ; nuestra alegría era tan sólo interrumpida por los mugidos y bramidos de las pobres bestias que yacían en la bodega. ¿Se obligará todavía al ganado a hacer viajes de una manera tan bárbara ?

Los O'Gorman desembarcaron en Hull, en una mañana de mayo, y en seguida tomaron el tren para Londres. Y a Londres llegaron los Duncans. Creo que fué por un anuncio que pusimos en el *Times* por lo que encontramos una habitación cerca de Marble Arch. Nuestros primeros días de Londres fueron invertidos en conocer la ciudad, al azar, viajando en ómnibus, en un estado de continua admiración, asombrados y deleitados por las maravillas que nos rodeaban, olvidados totalmente de la limitación de nuestros recursos pecuniarios. Queríamos verlo todo, y pasábamos las horas muertas en la Abadía de Westminster, en el Museo Británico, en el Museo de South Kensington, en la Torre de Londres ; visitábamos Kew Gardens, Richmond Park y Hapmton Court, y regresamos a nuestra casa fatigados y exaltados, como esos turistas que tienen un padre en América para que les envíe fondos. A las pocas semanas, una airada señora, que nos pedía el dinero de la pensión, nos despertó de nuestro sueño de turistas.

Un día en que regresábamos de la Galería Nacional, donde habíamos estado oyendo una lectura interesante acerca de *Venus y Adonis* del Correggio, nos encontramos en la escalera con la puerta cerrada herméticamen-

te, y las maletas dentro. Registrando nuestros bolsillos, reunimos hasta seis chelines. Volvimos a Marble Arch y Kesington Garden, y allí, sentados en un banco, nos pusimos a divagar acerca de nuestro próximo porvenir.

CAPITULO VII

Si pudiéramos ver un *film* psíquico de nuestra vida, nuestro asombro sería tal que exclamaríamos: «Pero ¿todo eso me ha sucedido a mí?» Las cuatro personas que paseábamos por las calles de Londres éramos de tal catadura, que hubieran podido existir en la imaginación de Carlos Dickens, y hoy apenas si puedo creer en su realidad. Que nuestra juventud conservara su alegría a través de aquella serie de desastres, no es sorprendente; pero que mi pobre madre, víctima de tantas pruebas y miserias anteriores, vieja ya y vencida, las soportara como una cosa normal, me parece increíble cuando repaso nuestra existencia de aquellos días.

Ibamos por las calles de Londres sin dinero, sin amigos, sin esperanza de hallar un refugio nocturno. Entrábamos en muchos hoteles, y en todos nos pedían dinero anticipado, porque no llevábamos equipaje. Hasta que, finalmente, decidimos tomar alojamiento en un banco de Green Park; un enorme *policeman* se plantó a nuestro lado y nos exigió la mudanza.

Así vivimos tres días y tres noches. Nos alimentábamos con panes de diez céntimos. Nuestra vitalidad era tan extraordinaria, que teníamos valor para visitar todos los días el Museo Británico. Y recuerdo que me puse a leer una traducción del *Viaje a Atenas,* de Winckelmann, y que, olvidando totalmente nuestra angustiosa situación, lloraba, no por nuestro propio infortunio, sino

por la trágica muerte de Winckelmann al regreso de su ardiente viaje de descubrimientos.

Al despuntar el cuarto día, decidí que era preciso hacer algo. Convencí a mi madre, a Raimundo y a Isabel para que me siguieran sin decir palabra, y llegamos a uno de los mejores hoteles de Londres. El portero nocturno estaba medio dormido. Nos abrió, y le dije que llegábamos del tren ; que nuestros equipajes habían sido facturados en Liverpool ; que nos diera, entretanto, habitaciones y que nos subiera un desayuno consistente en café, pasteles de alforfón y otras golosinas americanas.

Aquel día lo pasamos durmiendo en camas suntuosas. De vez en cuando telefoneaba al portero para quejarme de que no hubiera llegado nuestro equipaje.

—Como usted comprenderá—le decía—, no podemos salir a la calle con la ropa que llevamos puesta.

Y aquella noche cenamos también en nuestras habitaciones.

Al amanecer el siguiente día, acordamos que la estratagema había llegado a su límite, y salimos a la calle como habíamos entrado, pero sin despertar al portero.

Nos encontrábamos, pues, en la calle, frescos y apercibidos para la lucha con el mundo. Bajamos hasta Chelsea, y estábamos sentados en el cementerio de la vieja iglesia, cuando vi un periódico tirado por el suelo. Lo recogí, y mis ojos cayeron sobre una noticia : cierta dama, en cuya casa de Nueva York había estado yo bailando, acababa de instalarse en Grosvenor Square y organizaba grandes recepciones. Tuve una súbita inspiración.

—Esperadme aquí—dije.

Me encaminé hacia Grosvenor Square, y llegué a la casa antes del almuerzo. La dama me recibió muy atentamente. Yo le dije que me dedicaba a bailar en los salones.

—Pues eso es lo que yo necesito para mi fiesta del

viernes—me contestó—. ¿Podría usted darnos algunas interpretaciones después de la comida?

Accedí, y le hice comprender discretamente que necesitaba un anticipo para poder cumplir mi compromiso. Se portó muy bien; me extendió un cheque de diez libras, con el cual volví rápidamente al cementerio de Chelsea. Allí estaba Raimundo pronunciando un discurso sobre la idea platónica del alma.

—Tengo que bailar el viernes por la noche en casa de la señora de X..., en Grosvenor Square; irá probablemente el príncipe de Gales; nuestra fortuna está hecha.

Y les enseñé mi cheque. Entonces Raimundo exclamó:

—Debemos coger ese dinero y tomar un estudio, pagando un mes anticipado, para no volvernos a someter a los insultos de esas vulgares y groseras dueñas de pensión.

Buscamos, en efecto, un estudio, y encontramos uno, muy pequeño, en King's Road, en Chelsea, donde pasamos aquella noche. Como no había camas, dormimos en el suelo, y convinimos con Raimundo en que no volveríamos a vivir como burgueses en una pensión de familia.

Con el dinero que nos quedaba, después de pagar el alquiler del estudio, compramos alimentos en conserva para tener provisiones en lo futuro, y algunos metros de gasa para que yo pudiera presentarme el viernes en la recepción de la señora X... Bailé el *Narciso*, de Navin, en el cual representaba a un frágil adolescente—yo era entonces muy delgada—, enamorado de su propia imagen, que se reflejaba en el agua. Bailé también *Ofelia*, de Nevin, y oía que la gente murmuraba: «¿Dónde habrá hallado esta chica esa expresión trágica?» Al terminar la velada, bailé *La canción de primavera*, de Mendelssohn.

Mi madre me acompañó al piano; mi hermana Isabel leyó algunos poemas de Teócrito, traducidos por

Andrew Lang, y Raimundo dió una pequeña conferencia acerca de la danza y de sus posibles efectos sobre la psicología de la Humanidad futura. Todo estaba muy por encima de las cabezas de aquel auditorio bien alimentado; pero, no obstante, tuvimos un gran éxito, y la anfitriona se hallaba encantada.

Era una asamblea representativa de lo que es el público bien educado de Inglaterra; no se dieron por enterados cuando aparecí en sandalias, con los pies desnudos, y ataviada con un velo transparente. La misma aparición produjo gran *klatch* en Alemania algunos años más tarde. Pero el inglés es un pueblo tan educado, que nadie se fijó en la originalidad de mi vestido, ni tampoco—¡ay!—en la originalidad de mi baile. Todos decían: «¡Qué bonito! ¡Qué extraordinariamente bello! ¡Gracias, gracias, muchas gracias!», y así por el estilo. Y nada más.

Desde aquella velada empecé a recibir invitaciones para bailar en muchas casas encopetadas. Un día bailaba ante la Familia Real, o en el jardín de lady Lowther, y al siguiente no tenía que comer. Algunas me pagaban, otras no. Hubo damas que me despacharon diciendo: «Usted bailará delante de la duquesa de Tal o de la condesa de Cual, y será usted tan admirada, que todo Londres la conocerá.»

Recuerdo que un día en que había estado bailando cuatro horas en una función de beneficencia, una señora de la aristocracia me sirvió el té y me obsequió con fresas; pero era tal mi debilidad, a causa de no haber tomado ningún alimento sólido en varios días, que la crema y las fresas aumentaron mi malestar. Al mismo tiempo, otra dama de aquéllas me decía, mostrándome un saco lleno de oro: «Vea usted el dinero que hemos recogido para las señoritas ciegas.»

Mi madre y yo teníamos demasiado orgullo para explicar a esas señoras la crueldad inaudita que estaban

cometiendo, y nos privábamos de los alimentos para aparecer bien vestidas y en posición espléndida.

Compramos algunos catres, y alquilamos un piano; pero la mayor parte del tiempo la invertíamos en el Museo Británico, donde Raimundo hacía croquis de todos los vasos y bajorrelieves, mientras que yo intentaba darles expresión con la música que me parecía más adecuada al ritmo de los pies, al porte dionisíaco de la cabeza y a la arrogancia del torso. Pasábamos también las horas en la Biblioteca del Museo Británico, y almorzábamos en un bar un poco de pan y café con leche.

La belleza de Londres nos volvía locas de entusiasmo. En América me habían faltado la cultura y la belleza arquitectónicas; pero ahora podía colmar mis deseos.

Había transcurrido un año desde que vi por última vez a Iván Miroski, antes de nuestra salida para Nueva York. Un día me escribió un amigo de Chicago para decirme que Miroski se había alistado como voluntario en la guerra con España; que había estado en un campo de instrucción de Florida; que había cogido la fiebre tifoidea, y que había muerto. La carta me produjo una terrible impresión. No podía creer que fueran ciertas aquellas noticias. Me dirigí al Instituto Cooper y empecé a ojear las colecciones de periódicos; en pequeños caracteres, confundido entre otros muchos, vi el nombre de Miroski en una lista de muertos.

La carta de Chicago me indicaba también el nombre y la dirección de su mujer, que, como ya he dicho, vivía en Londres. Un día tomé un coche y fuí al encuentro de la señora Miroski. Era muy lejos, junto a Hemmersmith. Me hallaba aún bajo la influencia del puritanismo de América, y pensé que era espantoso que Iván Miroski dejara en Londres a su mujer y no me hablara nunca de ella. No había contado a nadie mi proyecto. Después que hube dado la dirección al cochero, rodé kilómetros y kilómetros, hasta el límite casi de Londres. Filas y filas de casitas grises e idénticas pasaban a nues-

tro lado, con unos portales melancólicos y sucios, con unos nombres cada vez más imponentes. Sherwood Cottage, Glen House, Ellesmere, Ennismore y, al fin, Stella House, donde llamé. Me abrió una criada más triste aún que la mayoría de las criadas de Londres. Pregunté por la señora Miroski, y me introdujeron en una sala que olía a obscuridad. Llevaba un vestido blanco de muselina «Kate Greenaway», un gran sombrero de paja y los cabellos en bucles sobre la espalda.

Oí pasos en el piso de encima y una voz clara que decía: «Ahora, silencio, señoritas; y orden, orden.» Stella House era una escuela de niñas. Luchaba yo con una emoción en la que se mezclaba el espanto y, a pesar de la trágica muerte de Iván, los celos, cuando entró la personilla más rara que he visto en mi vida, de una delgadez transparente, ojos grises y ardientes, cabellos escasos y grises también, una carita blanca y unos labios delgados, pálidos y enjutos.

Me recibió muy cordialmente. Yo quise explicarle quién era.

—Ya sé—me dijo—; usted es Isadora; Iván me hablaba mucho de usted en sus cartas.

—¡Qué pena!—murmuré—. A mí nunca me habló de usted.

—Lo creo, pero ahora me hubiera ido con él y... ya ve usted... ha muerto.

Dijo estas palabras con voz tan dolorosa, que prorrumpí en llanto. Ella también empezó a llorar. Parecía que habíamos sido amigas toda la vida.

Me llevó a su cuarto, cuyas paredes estaban cubiertas de retratos de Iván Miroski.

Eran retratos de cuando joven: una cara de extraordinaria belleza y energía. Había también un retrato, rodeado de crespón—el último que envió a su esposa—, donde aparecía vestido de soldado. Me contó la historia de su vida y por qué la falta de dinero le había llevado a América en busca de fortuna.

—Ahora iba a unirme con él—me dijo—. Siempre me escribía lo mismo : «Dentro de poco tendré dinero y vendrás conmigo.»

Los años pasaban, continuaba regentando la escuela de niñas, sus cabellos se hacían blancos, e Iván no enviaba nunca el dinero para que ella marchara a América.

Comparé el hado de esta paciente y vieja damita—porque es que a mí me parecía muy vieja...—con mis propios viajes aventureros, y no lo comprendía. Siendo como era la mujer de Iván Miroski, ¿ por qué no se había marchado con él si ella lo deseaba ? Aunque fuera viajando como emigrante... Nunca, ni entonces ni más tarde, he podido comprender por qué, si uno desea hacer una cosa, no la hace. Nunca he esperado para hacer lo que yo quería hacer. Ello me ha proporcionado desastres y calamidades ; pero, por lo menos, me ha dado la satisfacción de realizar mi capricho. ¿ Cómo pudo esa criaturita, pobre y paciente, esperar, año tras año, a que un hombre que era su marido la mandara llamar ?

Me senté en su cuarto, rodeado por los cuadros de Iván ; me apretaba mi mano entre las suyas y hablaba, hablaba de él, hasta que se hizo de noche.

Me obligó a prometerla que volvería, y yo le dije que fuera ella a vernos ; pero me confesó que no tenía ni un momento libre, porque trabajaba desde la madrugada hasta muy avanzada la noche, enseñando a sus alumnas y corrigiendo sus ejercicios.

Como había despedido el coche, volví a casa en un ómnibus. Y recuerdo que por el camino, al meditar en la suerte de Iván Miroski y de su pobre mujercita, lloré. Lloré por su suerte ; pero al mismo tiempo experimentaba un extraño y alborozado sentimiento de poder y un cierto desprecio por las gentes que fracasan o que ahogan su vida esperando cosas. Tal es la crueldad de la extrema juventud.

Hasta entonces había estado durmiendo con una fotografía de Iván Miroski y con sus cartas debajo de la almohada. Desde aquel día los envolví en un paquete bien atado y los metí en mi baúl.

* * *

Transcurrido el mes primero de nuestro alquiler del estudio de Chelsea, cambió el tiempo y, con el calor, nos instalamos en un estudio amueblado que encontramos en Kensington. Tenía allí un piano y una habitación amplia para bailar. Pero, repentinamente, a fines de julio, se concluyó la «saison» de Londres, y los primeros días de agosto nos sorprendieron con muy poco dinero. Pasamos todo el mes de agosto entre el Museo de Kensington y la Biblioteca del Museo Británico, de donde volvíamos frecuentemente a pie, hasta el estudio de Kensington.

Con gran sorpresa por mi parte, la diminuta señora Miroski se presentó una tarde en nuestra casa y me invitó a cenar. La noté muy excitada. Esta visita equivalía, para ella, a una gran aventura. Llegó incluso a pedir en la cena una botella de Burgundy. Me pidió que le dijera cómo vivía Iván, cuando yo lo conocí en Chicago, y lo que él me decía. Se lo conté lo mejor que pude, sin fuerzas para contener las lágrimas. Bebimos otra botella de Burgundy y caímos en una perfecta orgía de reminiscencias. Por fin, se despidió de mí para buscar su camino en un laberinto de ómnibus.

Vino septiembre, e Isabel, que había mantenido correspondencia con las madres de nuestras primeras alumnas de Nueva York, una de las cuales le había enviado un cheque para nuestro pasaje de regreso, decidió volver a América para ganar dinero.

—Porque—decía—si yo hago dinero, puedo enviaros algo, y como vosotras seréis muy pronto ricas y famosas, regresaré en seguida a Londres.

Recuerdo que fuimos a un almacén de Kensington ligh Street, para comprarle un buen manto de viaje, y ue la acompañamos hasta el tren. Ya de regreso en el studio, los tres que quedábamos pasamos unos días de bsoluta depresión.

Se nos había ido la gentil y alegre Isabel. Octubre parecía frío y triste. Conocimos por primera vez la niela de Londres y un régimen de sopa de penique que os iba a dejar anémicos. Hasta el Museo Británico haía perdido sus encantos. ¡Qué días aquellos en que os faltaba valor para salir a la calle, en que permaneamos sentadas en el estudio, envueltas en mantas, juando al ajedrez en un tablero improvisado con piezas e cartón!

Así como me sorprende nuestra extraordinaria vitadad en tiempos pasados, así, cuando repaso imaginatiamente aquel triste período de Londres, me sorprende uestro absoluto abatimiento. Hubo muchas mañanas n que nos faltó energía para levantarnos, y estuvimos, or lo tanto, durmiendo todo el día.

Por fin, llegó una carta de Isabel, con la que nos enaba algún dinero. Había llegado a Nueva York, se haía hospedado en el hotel Buckingham, en la Quinta venida, había abierto su escuela y había triunfado. sto nos dió alientos. Al expirar el alquiler de nuestro studio, alquilamos una casita amueblada en Kensingon Square. De este modo, teníamos derecho a una llave e los jardines de Square.

Una noche, una noche de verano indio, Raimundo y nos pusimos a bailar en los jardines. Y una mujer traordinariamente hermosa, tocada con un gran somero blanco, apareció ante nosotros y nos dijo: «¿De é parte de la Tierra han llegado ustedes?»

—No hemos llegado de la Tierra—le contesté—, sino la Luna.

—Bueno—contestó—; de la Tierra o de la Luna, lo

cierto es que son ustedes deliciosos. ¿Quieren ustedes venir a verme?

La seguimos hasta su adorable casa de Kensington Square, donde unos cuadros maravillosos de Burne Jones, Rossetti y William Morris reflejaban su imagen.

Era la señorita Patrick Campbell. Se sentó al piano y nos obsequió con viejas canciones inglesas y con poesías. Yo, por último, bailé también en su obsequio. Era una mujer espléndidamente bella, de magníficos cabellos negros, grandes ojos negros también, piel de marfil y garganta de diosa.

No pudimos por menos de rendirnos a sus seducciones. Aquel encuentro nos arrancó definitivamente del estado de tristeza y abatimiento en que habíamos caído. Fué el principio de un cambio de fortuna, porque la señora Patrick Campbell manifestó tal entusiasmo por mis danzas, que me dió una carta de recomendación para la señora George Wyndham. Nos contó que cuando era joven hizo sus estudios en casa de la señora Wyndham, representando Julieta. La señora Wyndham me recibió de una manera cautivadora. Por primera vez pasé una tarde inglesa de té, sentada al fuego.

Hay en estas reuniones ante el fuego—sandwiches, pan y manteca, té muy fuerte, la niebla rubia en la calle, la lentitud civilizada de las voces inglesas—hay algo que hace a Londres muy atrayente, y si ya había quedado antes fascinada por la ciudad, desde aquel momento la adoraba. Había en aquella casa una atmósfera mágica de seguridad y de confort, de cultura y de sencillez, y tengo que decir que me sentía allí como el pez en el agua. La biblioteca, que era muy bella, también me atraía con fuerza.

Fué en esta casa donde por primera vez comprobé el aire extraordinario de los servidores ingleses, que van y vienen con una especie de seguridad aristocrática y que, lejos de avergonzarse de su servidumbre o de intentar, como en América, un ascenso en la escala so-

cial, se sienten orgullosos de trabajar «para las mejores familias». Sus padres hicieron antes lo mismo, sus hijos lo harán también. Es un sistema que forma parte de un estado de cosas que contribuye a la tranquilidad y seguridad de la existencia.

La señora Wyndham me organizó en su salón una función nocturna, a la cual concurrió casi toda la gente literaria y artística de Londres. Allí encontré a un hombre que había de dejar en mi vida una honda huella. Era a la sazón un hombre de cincuenta años de edad, con una de las más bellas cabezas que he conocido. Bajo una frente prominente, los ojos de profundas ojeras ; una nariz clásica y una boca delicada ; esbelto, arrogante, de talla elevada, cabellos grises, partidos en dos bandos y caídos sobre las orejas ; expresión singularmente dulce. Era Carlos Hallé, el hijo del famoso pianista. Fué raro que no me atrajera ninguno de los hombres jóvenes a quien conocí entonces, todos los cuales me hacían, sin excepción, la corte. No paré mientes en ningún mozo. Pero, en cambio, me enamoré en seguida, y con pasión, de aquel hombre de cincuenta años.

Había sido en su juventud un gran amigo de Mary Anderson, y me invitó a tomar el té en su estudio, donde me enseñó la túnica que Mary utilizaba en el tipo de «Virgilia» del *Coriolano,* túnica que conservaba como recuerdo sagrado. Después de esta primera visita, nuestra amistad se hizo muy profunda, y no había noche que no fuera yo a su estudio. Me contó muchas cosas de Burne-Jones, con quien había tenido intimidad ; de Rossetti, de William Morris y de todos los prerrafaelistas ; de Whistler y Tennyson, a quienes había conocido muy bien. Pasaba encantada horas enteras en su estudio, y fué a este artista cautivador a quien debí la revelación del arte de los viejos maestros.

En aquel tiempo Carlos Hallé era director de la New

Gallery, donde exponían todos los pintores modernos : una pequeña y amable galería con un patio central y una fuente. Allí me hacía bailar Hallé, que me presentó también a sus amigos sir William Richmond, el pintor ; Mr. Andrew Lang y sir Hubert Parry, el compositor, cada uno de los cuales me daba conferencias : sir William Richmond, sobre la danza en sus relaciones con la pintura, y sir Hubert Parry, sobre la danza en sus relaciones con la música. Bailaba en el patio central, en torno a la fuente, rodeada de plantas extrañas flores y palmeras. Estas representaciones tuvieron mucho éxito. Los periódicos hablaron con entusiasmo, y Carlos Hallé parecía muy contento de mi triunfo. Todas las personas de algún viso de Londres me invitaban al té o a la comida, y hubo un corto período durante el cual me sonrió la fortuna.

Una tarde, en una recepción muy concurrida en casa de la señora Ronald, fuí presentada al príncipe de Gales, futuro rey Eduardo, el cual dijo que yo tenía una belleza a lo Gainsburough. Este elogio aumentó el entusiasmo que por mí sentía la sociedad londinense.

Como mejoraba nuestra fortuna, alquilamos un estudio en Warwick Square, donde pasaba mis días trabajando en unas nuevas danzas de inspiración propia bajo la influencia del arte italiano, que conocí a través de la galería nacional, aunque creo que en aquel período por quien estaba yo más influída era por Burne-Jones y Rossetti. Se interpuso entonces en mi vida un poeta joven que tenía una voz dulce y unos ojos soñadores. Acababa de salir de Oxford. Era descendiente de los Stewarts y se llamaba Douglas Ainslie. Todas las tardes, a la hora del crepúsculo, se presentaba en el estudio con tres o cuatro libros debajo del brazo y me leía poemas de Swinburne, Keats, Browning, Rossetti y Oscar Wilde. Le gustaba mucho leer en voz baja y yo adoraba su dicción.

Mi pobre madre, que creía que era absolutamente ne

cesaria su actuación de acompañante en estas ocasiones, no entendía la manera de recitar de Oxford, y aunque conocía y amaba aquellos poemas, al cabo de una hora, solía dormirse, sobre todo cuando se trataba de William Morris. Entonces el joven poeta se volvía a mí y me besaba levemente en las mejillas.

Me sentía muy feliz con aquella amistad, y entre Ainslie y Carlos Hallé me consideraba tan satisfecha, que no deseaba otros amigos. Los jóvenes normales me aburrían abrumadoramente, y aunque en aquel tiempo había muchos que después de verme bailar en los salones de Londres hubieran deseado hablarme o entablar amistad conmigo, me mostraba yo tan orgullosa, que en seguida los decepcionaba.

Carlos Hallé vivía en una vieja casita de Cadogan Street con una encantadora señorita, ya de edad y hermana suya. Miss Hallé era también muy amable conmigo y solía invitarme a pequeñas comidas, en las cuales nos reuníamos los tres solos. Con ellos fuí a ver por primera vez a Henri Irving y Ellen Terry. Vi a Irving en *Las campanas,* y su gran arte me produjo tal entusiasmo y admiración, que viví mucho tiempo bajo aquella impresión y no pude dormir durante algunas semanas. En cuanto a Ellen Terry, se convirtió entonces, y continuó siéndolo siempre, en el ideal de mi vida. Quien no haya visto a Irving no puede comprender la belleza emocionante y la grandeza de sus interpretaciones. Es imposible descubrir el encanto de su potencia intelectual y dramática. Era un artista de tal genio, que sus mismos defectos se convertían en cualidades dignas de admiración. Tenía, en su continente, algo del genio y de la majestad del Dante.

Un día de aquel verano, Carlos Hallé me llevó a ver a Watts, el gran pintor, en cuyo jardín me puse a bailar. Allí vi reproducido en muchos cuadros el maravilloso rostro de Ellen Terry. Paseamos juntos por el jar-

dín, y Watts me contó muchas bellas cosas de su arte y de su vida.

Ellen Terry se hallaba entonces en la plena madurez de su magnífica feminidad. No era ya aquella muchacha esbelta y de prócer estatura que había cautivado la imaginación de Watts. Tenía un torso robusto, amplias caderas y una presencia majestuosa, muy distinta del ideal de hoy. Si los auditorios de ahora pudieran ver a la Ellen Terry de entonces, la darían infinidad de consejos acerca de la manera de adelgazar por medio de regímenes, dietas, ejercicios, etc., y me atrevo a decir que la grandeza de su expresión amenguaría si, como hacen las actrices de hoy, malgastaba su tiempo en simular esbeltez y juventud. No era ni ligera ni esbelta, pero sí un ejemplo bellísimo de feminidad.

De este modo entré en contacto con las personalidades más ilustres del mundo artístico e intelectual del Londres de entonces. El invierno terminaba y los salones disminuían, en vista de lo cual ingresé en la compañía de Benson ; pero ni entonces ni luego hice otra cosa que representar el papel de primera hada en *El sueño de una noche de verano*. Me parecía que los directores de teatro no comprendían mi arte ni sabían cómo emplear mis ideas en provecho de sus representaciones, lo cual parece hoy chocante cuando, en las funciones de Reinhardt, Gemier y otros directores de vanguardia, se ven tan malas copias de mi arte.

Un día me presentaron a lady Tree (señora Tree á la sazón). Me recibió muy cordialmente ; pero cuando, a requerimientos suyos, me puse mi túnica y empecé a danzar la *Canción de primavera,* de Mendelssohn, delante de Beerbohn Tree, ella, distraída con las moscas, apenas si me miraba. Algún tiempo después se lo dije en Moscú, un día en que había brindado por mí al terminar un banquete y en que me había tratado como a una de las más grandes artistas del mundo.

—Pero ¿qué dice usted?—me contestó—. ¿Que yo

he visto sus danzas, su belleza y su juventud y que no las he admirado? ¡Oh, qué tonta era yo entonces! Y ahora—añadió—, ahora es tarde, muy tarde, demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde—le repliqué, y desde aquel momento me dió muchas pruebas de admiración. De ellas hablaré luego.

En aquella época me resultaba difícil comprender por qué, habiendo despertado tal frenesí de entusiasmo y admiración en hombres como Andrew Lang, Watts, sir Edwin Arnold, Austin Dobson, Carlos Hallé y todos los pintores y poetas a quienes conocí en Londres, por qué los directores de teatro permanecían insensibles, como si la irradiación de mi arte fuera demasiado espiritual para la gruesa y materialista concepción que ellos tenían del teatro.

Trabajaba todo el día en mi estudio, y, al atardecer, venía el poeta a leerme versos, o el pintor a invitarme a un paseo o a verme bailar. Nunca coincidieron; se tenían una violenta y mutua antipatía. El poeta me decía que no comprendía cómo podía yo gastar tanto tiempo con aquel viejo, y el pintor, que no acertaba a averiguar lo que una chica tan inteligente como yo podía encontrar en aquel mequetrefe. Pero, en realidad, yo me sentía feliz con la amistad de ambos y no sabía a cuál de ellos amaba más. Los domingos estaban reservados a Hallé; almorzábamos en su estudio «foie gras» de Strasburgo, vino de Jerez y café, que él hacía muy bien.

Un día me consintió que me pusiera la famosa túnica de Mary Anderson, y con ella puesta me hizo muchos dibujos.

Y así pasó el invierno.

CAPITULO VIII

Continuaba el déficit entre nuestros gastos y nuestras ganancias, pero era aquél un período de paz. Precisamente la atmósfera pacífica traía inquieto a Raimundo, el cual salió para París, y en la primavera empezó a bombardearnos con telegramas donde nos imploraba que fuéramos a verle. Hasta que un día hicimos mi madre y yo nuestras maletas y tomamos el barco de la Mancha.

Después de las nieblas de Londres, henos aquí en Cherburgo en una mañana de primavera. Francia nos pareció un jardín. De Cherburgo a París no nos separamos en todo el viaje de la ventanilla de nuestro departamento de tercera. Raimundo nos esperaba en la estación. Se había dejado crecer el pelo, que le cubría las orejas ; llevaba un cuello largo y vuelto, y una chalina. Quedamos atónitas ante aquella metamorfosis ; pero nos explicó que era la moda del Barrio Latino, donde vivía. Nos llevó a su pensión ; mientras subíamos las escaleras, vimos bajar a una pequeña modista. Agustín nos obsequió con una botella de vino tinto que, según nos dijo, costaba treinta céntimos. Después del vino tinto nos dedicamos a buscar un estudio. Raimundo sabía dos palabras de francés, en vista de lo cual íbamos por las calles gritando : «Chercher atelier.» (Lo que no sabíamos nosotros era que «atelier» no sólo significa «estudio» en francés, sino toda clase de lugares donde trabajan obreros.) Finalmente, a última hora de la tarde, encontramos un estudio amueblado, al fondo de un patio, por el extraordinario precio de cincuenta francos. Nos pusimos contentísimos, y pagamos un mes adelantado. No podíamos imaginar la razón de su baratura ; pero aquella misma noche tuvimos la solución.

Apenas acabábamos de prepararnos para el descanso, cuando unos espantosos terremotos sacudieron el estudio y todas las cosas saltaron por el aire, hasta dar en tierra. El fenómeno se repitió muchas veces. Raimundo bajó a ver lo que pasaba, y comprobó que vivíamos sobre una imprenta nocturna. De ahí la baratura del estudio. Nos quedamos algo decepcionados ; pero como cincuenta francos eran muchos francos para nosotros en aquella ocasión, les convencí de que era un ruido semejante al del Océano y que daba la ilusión de que vivíamos a la orilla del mar. La portera nos suministraba la alimentación : veinticinco céntimos el almuerzo y un franco por cabeza la comida, incluído el vino. Solía traernos una fuente de ensalada y nos decía, sonriendo cortésmente : «Il faut tourner la salade, monsieur et mesdames, il faut tourner la salade.»

Raimundo renunció a su modista y se dedicó a mí sola. Nos levantábamos a las cinco de la mañana : tal era nuestra fiebre de conocer París. Empezábamos el día bailando en los jardines del Luxemburgo, caminábamos luego kilómetros y kilómetros a través de París y nos pasábamos horas enteras en el Louvre. Raimundo tenía ya una cartera cubierta de dibujos de todos los vasos griegos ; invertíamos tanto tiempo en la sala de los vasos griegos, que el guardián empezó a sospechar, y cuando le expliqué, por medio de una pantomima, que yo iba únicamente a bailar, acordó que se trataba de locos inofensivos, y nos dejó solos. Recuerdo que pasábamos horas y horas sentados en el piso de cera, o arrastrándonos para ver los rayos inferiores, o erguidos sobre la punta de los pies, diciendo, por ejemplo : «Mira ; ahí está Dionysos», o «Ven aquí ; mira a Medea matando a sus hijos.»

Día tras día visitábamos el Louvre y apenas si podían echarnos a la hora de cerrar. En París no teníamos ni dinero ni amigos, pero tampoco necesitábamos nada. El Louvre era nuestro Paraíso. Luego me he encontra-

do en la vida con gente que nos vió entonces—a mí, con un vestido blanco y un sombrero Liberty ; a Raimundo, con un sombrero de amplias alas, cuello abierto y chalina—, y que decía que formábamos dos tipos peregrinos, tan jóvenes y tan absolutamente absorbidos en la contemplación de los vasos griegos. Cuando cerraban el Museo, volvíamos a casa a pie, a través de la obscuridad, deteniéndonos ante las estatuas de los jardines de las Tullerías, y después de cenar nuestras judías blancas, nuestra ensalada y nuestro vino blanco, nos sentíamos todo lo felices que uno puede sentirse.

Raimundo era muy inteligente con el lápiz en la mano. En pocos meses copió todos los vasos griegos del Museo. Existen algunas siluetas, publicadas más tarde, en las cuales el modelo no fué ningún vaso griego, sino yo, yo, que había sido fotografiada por Raimundo bailando desnuda, y que así servía de modelo para perfectos vasos griegos.

Además del Louvre, visitábamos el Museo de Cluny, el Museo Carnavalet, Notre-Dame y todos los Museos de París. Me entusiasmaba particularmente el grupo Carpeau y el de Rude en el Arco del Triunfo. No había monumento ante el cual no nos detuviéramos en adoración ; nuestras almas juveniles se exaltaban en presencia de aquella cultura, que hallábamos, por fin, al cabo de tanta lucha.

La primavera se prolongó en el verano, y se inauguró la Gran Exposición de 1900, en ocasión en que, con gran regocijo mío, pero con disgusto de Raimundo, Carlos Hallé apareció una mañana en nuestro estudio de la rue de la Gaieté. Había venido a ver la Exposición, y desde aquel momento fuí su constante compañera. No podía yo tener una guía más encantadora ni más inteligente. Pasábamos el día visitando monumentos, y de noche cenábamos en la Torre Eiffel. Era la bondad misma, y cuando estaba cansada me colocaba en una silla rodante ; me sentía frecuentemente fatigada, por-

que el arte de la Exposición no me parecía igual al del Louvre, pero era feliz: adoraba a París y a Carlos Hallé.

Los domingos tomábamos un tren e íbamos al campo a vagar a través de los jardines de Versalles, o del bosque de Saint-Germain. Danzaba para él en el bosque, y él me hacía diseños. Así pasó el verano, no tan feliz para mi pobre madre y para Raimundo como para mí.

La Exposición de 1900 me dejó una gran impresión: las danzas de Sadi Yacca, la gran danzarina trágica del Japón. Noche tras noche, Carlos Hallé y yo nos estremecíamos ante el maravilloso arte de esta gran trágica.

Otra—aunque más grande—impresión, que me ha acompañado toda la vida, fué la visita al «Pavillon Rodin», donde se exponían al público por primera vez las maravillosas obras del escultor. Cuando entré en este pabellón, permanecí atónita ante la obra del maestro. Sin conocer en aquel tiempo a Rodin, me parecía que me hallaba en un mundo nuevo, y cada vez que lo visitaba me indignaba la gente vulgar que decía: «¿Dónde está su cabeza? ¿Dónde están sus brazos?», y muchas veces sucedía que, volviéndome a la muchedumbre, la apostrofaba con palabras como éstas: «Pero ¿no saben ustedes que esto no es la cosa en sí, sino el símbolo, o sea una concepción del ideal de la vida?»

Se acercaba el otoño, y con él los últimos días de la Exposición. Carlos Hallé tenía que regresar a Londres; pero antes de marcharse me presentó a su sobrino Carlos Noufflard. «Dejo a Isadora a tu cuidado»—le dijo al marchar.

Noufflard era un joven de unos veinticinco años, algo fatigado. Le cautivó en seguida la ingenuidad de aquella muchachita americana que le dejaban confiada. Se encargó de completar mi educación en arte francés, me enseñó mucho de arte gótico y me hizo apreciar por primera vez las épocas de Luis XIII, XIV, XV y XVI.

Habíamos abandonado el estudio de la rue de la Gaieté, y con los restos de nuestros pequeños ahorros alquilamos un amplio estudio en la avenue Levillier. Raimundo arregló este estudio de la manera más original. Tomando hojas de estaño, las enrolló y colocó sobre los tubos de gas, de suerte que las llamas de gas pasaban por ellas como viejas antorchas romanas. El resultado era un considerable aumento en el consumo.

En este estudio volvió mi madre a su música, y, como en los días de nuestra niñez, tocaba horas y horas trozos de Chopin, Schumann y Beethoven. No había alcoba ni cuarto de baño. Raimundo pintaba columnas griegas en las paredes, y, como teníamos algunos baúles, en ellos colocábamos nuestros colchones. Por la noche los sacábamos y los extendíamos sobre los mismos baúles. En aquellos días Raimundo inventó sus famosas sandalias, porque había descubierto que los zapatos son cosa aborrecible. Tenía ciertas disposiciones de inventor, y se pasaba tres cuartas partes de la noche trabajando a martillazos en sus inventos, mientras mi pobre madre y yo dormíamos como podíamos sobre los baúles.

Carlos Nouffiard nos visitaba frecuentemente, y un día trajo a nuestro estudio a dos camaradas, un joven hermoso llamado Jacques Beaugnies y un joven escritor llamado André Beaunier. Carlos Noufflard estaba muy orgulloso de mí y le encantaba mostrarme a sus amigos como a un producto fenomenal de América. Naturalmente, yo bailaba para ellos. Estaba entonces estudiando los preludios, los valses y las mazurcas de Chopin, que mi madre tocaba al piano admirablemente, con la firmeza y la dureza de un hombre y con gran sentimiento e inteligencia. Así me acompañaba horas y horas.

Jacques Beaugnies tuvo la idea de pedir a su madre, Mme. de Saint Marceau, esposa del escultor, que me llevara una tarde a bailar ante sus amistades. Madame de Saint Marceau tenía uno de los salones más elegan-

tes y artísticos de París, y convinimos hacer un ensayo en el estudio de su marido. Se sentó al piano un hombre extraordinario, que tenía dedos de mago. Inmediatamente sentí la atracción de este hombre.

—¡Qué encanto—exclamaba él—, qué encanto! ¡Qué niña tan bonita!—y cogiéndome en sus brazos me besaba en ambas mejillas, a la manera francesa. Era Messager, el gran compositor.

Llegó la noche de mi debut. Bailé ante un grupo de gentes tan amables y tan entusiastas, que estaba conmovida. Apenas si esperaban al final del baile para gritar: «¡Bravo, bravo! ¡Qué exquisito! ¡Qué niña!», y al terminar la primera danza, una figura alta y de ojos penetrantes se levantó de su asiento y me abrazó.

—¿Cómo te llamas?—me preguntó.

—Isadora—contesté.

—Pero ¿cuál es tu nombre de pila?

—Cuando era niña me llamaban Dorita.

—¡Oh Dorita!—exclamó, besándome en los ojos, en las mejillas y en la boca—. Eres adorable.

Y entonces Mme. Saint Marceau me cogió de la mano y dijo: «Ese es el gran Sardou.»

A decir verdad, en aquella habitación estaba reunido todo lo que representaba algo en la vida de París, y cuando salí a la calle, cubierta de flores y de elogios, mis tres caballeros, Noufflard, Jacques Beaugnies y Andrés Beaunier, me escoltaron hasta casa, henchidos de orgullo y de satisfacción porque su *pequeño fenómeno* había tenido un éxito tan grande.

De estos tres jóvenes, el que llegó a ser mi mayor amigo no fué el esbelto y agradable Carlos Noufflard, ni el bello Jacques Beaugnies, sino el pequeño y pálido Andrés Beaunier. Era pálido, de faz redonda, y llevaba lentes; pero ¡qué inteligencia!

He sido siempre una cerebral, y aunque la gente no lo crea, mis amores de la cabeza, que fueron muchos, han sido para mí tan interesantes como los del corazón.

Andrés, que estaba entonces escribiendo sus primeros libros, *Petrarch* y *Simonde,* venía todos los días a verme, y gracias a él entré en comercio con la mejor literatura francesa. Ya había aprendido yo a leer y a conversar fácilmente en francés, y Andrés Beaunier leía para mí en voz alta, en nuestro estudio, por las tardes y por las noches. Su voz tenía una cadencia exquisitamente suave. Me leía las obras de Molière, de Flaubert, de Teófilo Gautier y de Maupassant, y él fué quien me leyó por primera vez *Pélleas y Mélisande,* de Maeterlinck, y todos los libros modernos franceses de entonces.

Todas las tardes había una tímida llamada a la puerta del estudio. Era Andrés Beaunier, siempre con un nuevo libro o una nueva revista debajo del brazo. Mi madre no comprendía mi entusiasmo por este hombre, que no era, a su juicio, el «beau idéal» para un amor, pues además de gordo y pequeño tenía unos ojos diminutos, y únicamente una cerebral podía comprender que aquellos ojos llameaban de ingenio e inteligencia. Cuando había leído sus libros durante dos o tres horas, tomábamos, Andrés y yo, la imperial de un ómnibus del Sena e íbamos por la Ile de la Cité para contemplar Notre-Dame a la luz de la luna. Conocía todas las figuras de la fachada y me contaba la historia de cada piedra. Luego íbamos paseando hacia casa. Todavía hoy, al evocarle, siento la tímida presión de sus dedos en mi brazo. Los domingos salíamos en tren para Marly. En uno de los libros de Beaunier hay una escena donde describe este paseo por el bosque y donde cuenta cómo íbamos : yo bailando a lo largo del sendero, atrayéndole como una ninfa o una driada y escapándome con risas.

Me confiaba todas sus impresiones y me hablaba de la clase de literatura que él deseaba hacer, la cual no tendría nunca *buena venta.* Estoy, sin embargo, convencida de que Andrés Beaunier será, a través de los siglos, uno de los más exquisitos escritores de su tiem-

po. En dos ocasiones advertí en él gran emoción : una fué a la muerte de Oscar Wilde. Vino a mí blanco y trémulo, en un terrible estado de depresión. Yo había leído algo de Oscar Wilde y había oído ciertas cosas de su vida, pero le conocía muy poco. Había leído algunos de sus poemas y los amaba, y Andrés me había contado algo de su historia ; pero cuando le pregunté por qué razón había sido encarcelado Oscar Wilde, enrojeció hasta la raíz de los cabellos y se negó a contestarme.

Me cogió de las manos. Temblaba. Estuvo conmigo hasta muy tarde y se fué diciéndome : «Usted es mi única confidente.»

Me dejó bajo la extraña impresión de que alguna calamidad inexplicable había caído sobre el mundo. Poco tiempo después apareció una mañana con un rostro pálido y trágico. No quiso decirme la razón de su emoción, pero permaneció en silencio, el rostro inmóvil y los ojos fijos. Al marcharse me besó en la frente de una manera tan significativa, que tuve el presentimiento de que iba a morir, y quedé en un estado de penosa ansiedad, hasta que tres días más tarde volvió muy alegre y me confesó que había tenido un duelo y que había herido a su adversario. Nunca supe los motivos de este duelo. En realidad, yo no sabía nada de su vida particular. Aparecía generalmente de cinco a seis todas las tardes y me leía sus libros o salíamos a pasear, según estuviera el tiempo o según tuviéramos el humor. Una vez nos sentamos en el centro de cuatro carreteras en el bosque de Meudon. Me dijo que a mano derecha estaba la Fortuna, y a la izquierda, la Paz... y que la carretera colocada delante de nosotros era la Inmortalidad.

—¿ Y ésta donde estamos sentados ?—le pregunté.

—El Amor—me contestó en voz baja.

—Entonces, prefiero continuar aquí—exclamé deleitada, y él se limitó a contestar :

—No puedo continuar aquí.

Y levantándose se puso a andar muy de prisa por el camino colocado delante de nosotros.

Muy decepcionada y desconcertada, acudí corriendo a llamarle.

—Pero ¿por qué, por qué me deja?

Pero no quiso hablarme más en todo el trayecto hasta casa y me abandonó súbitamente en la puerta de mi estudio.

Duraba ya un año esta rara y apasionada amistad, cuando en la inocencia de mi corazón soñé darle otra expresión. Una tarde me las arreglé para enviar a mi madre y a Raimundo a la Opera y estar sola. Aquella tarde compré clandestinamente una botella de champán. Adorné una mesita con flores, con champán y dos vasos, y me puse una túnica transparente, coroné mis cabellos con rosas y así esperé a Andrés. Me creía una Thais. Llegó, al fin, y quedó asombrado y terriblemente embarazado. Apenas si se atrevió a tocar el champán. Bailé en su obsequio, pero él parecía distraído y, finalmente, me dejó de súbito, diciendo que tenía que escribir muchas cosas que era preciso terminar aquella tarde. Me dejó sola con las rosas y el champán, y lloré amargamente.

Cuando piensen ustedes que entonces era yo joven y notablemente bella, les será difícil encontrar una explicación a este episodio. Yo, por mi parte, tampoco se la he encontrado nunca; pero entonces mi único desesperado pensamiento era éste: «No me ama», y, como un resultado de la vanidad herida, inicié un violento flirteo con uno de los otros dos de mi trío de admiradores, con el que era alto, rubio y guapo y tan osado como Andrés tímido para el abrazo y los besos. Pero esta experiencia terminó también muy mal, porque una noche, después de una verdadera comida con champán en un «cabinet particulier», me llevó a una habitación de hotel, tomada a nombre del señor y la señora X.

Estaba yo temblando, y era feliz. Por fin iba a saber lo que es el amor. Me arrojé a sus brazos, me sumergí en una tormenta de caricias. Mi corazón latía. Cada nervio se bañaba en el placer. Todo mi sér se anegaba en un goce extático.

—Por fin despierto a la vida—exclamé.

Y repentinamente se irguió él, y cayendo de rodillas junto al lecho, con indescriptible emoción exclamó:

—¿Por qué no me lo dijo antes? ¡Qué crimen voy a cometer! No, no, usted debe continuar siendo pura; y vístase, vístase en seguida—. Y, sordo a mis lamentos, me puso mi manto sobre los hombros y me arrastró hasta un coche. Durante todo el camino estuvo injuriándose a sí mismo de una manera tan salvaje, que me dió miedo.

«¿Qué crimen—me preguntaba yo a mí misma—será el que iba a cometer este hombre?» Y enferma, destrozada, aturdida, me encontré de nuevo abandonada en la puerta de mi estudio, en un estado de gran desaliento. Mi joven y rubio amigo no volvió nunca. Salió al poco tiempo para las colonias, y cuando le encontré años más tarde, me dijo: «¿Me ha perdonado usted?» «Pero ¿de qué?»—le contesté.

Tales fueron mis primeras aventuras juveniles en las fronteras del extraño país del amor, donde yo deseaba entrar y que permaneció varios años cerrado para mí por el efecto demasiado religioso y espantoso que producía sobre mis amantes.

Pero este último choque tuvo un efecto decisivo sobre mi naturaleza emotiva, y devolvió todas mis fuerzas a mi arte, proporcionándome los goces que el amor me negaba.

* * *

Pasaba días y noches enteros en el estudio, buscando aquella danza que pudiera ser la divina expresión del

espíritu humano a través del movimiento corporal. Permanecía horas y horas inmóvil y extática con las dos manos cruzadas sobre mis senos, cubriendo el plexo solar. Mi madre se alarmaba al verme tanto tiempo inmóvil, como en éxtasis ; pero yo pude, al fin, descubrir el resorte central de todo movimiento, el cráter de la potencia creadora, la unidad de donde nace toda clase de movimientos, el espejo de visión para la creación de la danza. De este descubrimiento nació la teoría en la que fundé mi escuela. Las escuelas de baile enseñaban a sus alumnos que ese resorte se hallaba en el centro de la espalda, en la base de la espina dorsal. «De esta base—decían los maestros de baile—, brazos, piernas y tronco brotan en libre movimiento.» El resultado era una impresión de muñecas articuladas. Este método producía un movimiento mecánico artificial, indigno del alma. Yo, por el contrario, busqué el manantial de la expresión espiritual para encauzarlo en los canales del cuerpo, inundándolo de una luz vibrante : la fuerza centrífuga que reflejara la visión del espíritu. Al cabo de muchos meses, cuando había aprendido ya a reunir todas mis fuerzas en ese centro, me di cuenta de que, según escuchaba yo la música, las vibraciones de esta música afluían al manantial único de luz que había dentro de mí, y que en este manantial se reflejaban en una visión espiritual. No era un espejo del cerebro, sino del alma, y según fuera la visión reflejada podía yo expresar en forma de baile las vibraciones musicales. He procurado siempre explicar a los artistas esta primera teoría básica de mi arte. Stanislavski da cuenta de ella en su libro *Mi vida en el Arte*. Me parecía dificilísimo explicar todo esto con palabras ; pero cuando me hallaba en clase ante los niños más pequeños y pobres, les decía : «Escuchad la música con vuestra alma, y ahora, mientras escucháis, ¿no sentís dentro de vosotros mismos a un sér interior que se despierta y que os hace levantar la cabeza, elevar los bra-

zos y marchar lentamente hacia la luz?» Y todos me comprendían.

Este despertar es el primer paso de la danza, tal como yo la concebía.

A partir de esta primera lección, el niño más pequeño comprendía que todos sus movimientos y que sus andares mismos poseían una fuerza espiritual que no existe en los mivimientos nacidos del sér físico o creados por el cerebro. Esta es la razón por la cual todos los niños de mi escuela han podido, frente a los auditorios numerosos del Trocadero y de la Metropolitan Opera House, mantener un dominio magnético reservado únicamente a los grandes artistas; pero, según iban creciendo estos muchachos, la influencia contraria de nuestra civilización materialista mataba aquella fuerza natural que en ellos alentaba, y perdían su inspiración.

El ambiente peculiar en que se desenvolvió mi niñez y mi juventud había desarrollado este poder que en mí era más fuerte, y en diferentes épocas de mi vida he podido rechazar todas las influencias exteriores para vivir únicamente de aquella fuerza. De este modo, después de mis esfuerzos patéticos para llegar al amor terrenal, tuve una súbita reacción y volví a mi fuerza instintiva.

Cuando Andrés volvió a verme con su mirada tímida y cierta expresión de disculpa en su mirada, le endilgué un discurso de varias horas acerca del arte de la danza y de la nueva escuela del movimiento humano. Debo decir que nunca parecía aburrido ni cansado de mis palabras, sino que escuchaba con la más suave paciencia y simpatía mientras le explicaba yo cada uno de los movimientos que había descubierto. Entonces soñaba también con descubrir un movimiento inicial de donde nacerían una serie de movimientos ajenos a mi voluntad, como una reacción inconsciente de ese movimiento inicial. Había desarrollado estos movimientos en una serie de diferentes variaciones sobre diversos

temas, como, por ejemplo, el primer movimiento de miedo seguido de las reacciones naturales nacidas de la emoción inicial, la tristeza de donde surgía una danza de lamentación o el amor que se desvanece como los pétalos de una flor y del cual se elevaba la bailarina como un perfume.

Estas danzas eran sin música efectiva, pero parecían nacer del ritmo de alguna música invisible. Con estos estudios intenté expresar los preludios de Chopin, e inicié también la música de Gluck. Mi madre no se cansaba nunca de tocar el piano y repetía toda la partitura de *Orfeo,* hasta que el alba apuntaba en el estudio por los vidrios que había en el tejado.

Estos vidrios nos permitían ver el sol, las estrellas y la luna, pero no eran impermeables, y cuando llovía, el agua inundaba la habitación, y si en invierno el estudio estaba helado y a merced de las corrientes del aire, en verano nos asábamos allí dentro. Y como, además, no había sino una sola habitación, resultaba muy precario para nuestras diversas ocupaciones. Pero la elasticidad de la juventud despreciaba las incomodidades, y mi madre era un ángel de sacrificio y abnegación, deseosa únicamente de ayudarme en mi trabajo.

En aquel tiempo la condesa Greffuhl era la reina de la sociedad de París. Recibí una invitación para bailar en su salón, en el cual se reunían una muchedumbre de elegantes y todas las celebridades del mundo parisiense. La condesa saludó en mí al renacimiento del arte griego, pues vivía entonces bajo la influencia de *Afrodita* de Pierre Louys y de la *Chanson de Bilitis,* en tanto que yo conservaba el espíritu de las columnas dóricas y de los frontones del Partenón, contemplados a la fría luz del Museo Británico. La condesa había hecho construir en su salón un pequeño escenario, al fondo del cual colocó una pequeña celosía y en cada agujero de ella una rosa roja. Este fondo de rosas no acordaba muy bien con la simplicidad de mi túnica y con

la expresión religiosa de mi danza, pues en aquella época, si bien había leído ya a Pierre Louys y la *Chanson de Bilitis,* las *Metamorfosis* de Ovidio y los *Cantos* de Safo, la significación sensual de estas lecturas me había escapado completamente, lo cual viene a demostrar que no es necesario censurar la literatura de la juventud ; lo que uno no ha sentido por sí mismo, continúa siendo incomprensible a través de los libros.

Yo era todavía un producto del puritanismo americano, no sé si por la sangre de mi abuelo y de mi abuela, que, en 1849, habían cruzado las llanuras sobre un carromato de campesinos, abriéndose camino a través de los bosques vírgenes, por las Montañas Rocosas y las planicies quemadas por el sol, huyendo de las hordas hostiles de indios o luchando con ellas, o por la sangre escocesa de mi padre, o por cualquier otra cosa. La tierra de América me había confeccionado como ella confecciona a la mayoría de sus hijos : había hecho de mí una puritana, una mística, un sér que lucha por la expresión heroica y no por la expresión sensual. La mayoría de los artistas americanos son, a mi juicio, de la misma vena. Walt Whitman, cuya literatura ha sufrido prohibiciones y calificaciones de indeseable, y que ha cantado los goces corporales, es, en el fondo, un puritano, y lo mismo sucede con la mayoría de nuestros escritores, escultores y pintores.

¿ Es ello a causa de la inmensa y ruda tierra de América, o por las vastas extensiones barridas por el viento, o a causa de la sombra de Abraham Lincoln ? Todas estas influencias gravitan sobre nosotros y hacen a nuestro arte muy dispar del arte sensual de los franceses. Se podría decir que toda la educación americana tiende a reducir los sentidos casi a la nada. El verdadero americano no es un buscador de oro o un amante del dinero, como cree la leyenda, sino un idealista y un místico. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que los americanos carezcan de sentidos. Por el contrario, el

anglosajón en general y el americano en particular, por su sangre celta, es en los momentos críticos más ardiente que el italiano, más sensual que el francés, más capaz de excesos desesperados que el ruso ; pero la costumbre que ha creado su educación ha encerrado a su temperamento en un muro de acero, frío por fuera, y esas crisis no se producen sino cuando un incidente extraordinario rompe la monotonía de su vida. Podría decirse que el anglosajón o el celta es el hombre más apasionadamente amoroso. He conocido a gentes que se acostaban con dos pijamas, uno de seda para el roce de la piel y otro de lana para el calor, el *Times*, el *Lancet* y una pipa de escaramujo, las cuales gentes se transformaban de súbito en sátiros, al extremo de eclipsar a los griegos, rompiendo en un volcán de pasiones que incendiaría a un italiano por una semana.

Así, pues, aquella noche en casa de la condesa de Greffuhl, en un salón rebosante, donde había mujeres maravillosamente vestidas y alhajadas, sofocada yo por el perfume de los millares de rosas rojas, contemplada por las miradas de una *jeunesse dorée,* cuyas narices daban en el extremo mismo del escenario y casi rozaban mis zapatos de baile, me sentí sobremanera infeliz y tuve la impresión de un fracaso, pero al día siguiente por la mañana recibía una carta muy amable de la condesa en que me daba las gracias y me decía que la portera me entregaría mi remuneración. Estuve a punto de no recogerla, porque siempre he sido muy delicada para cosas de dinero, pero aquella cantidad me era necesaria para el pago del alquiler del estudio.

Mucho más placer me proporcionó otra velada en casa de la famosa Mme. Madeleine Lemarre, donde estuve bailando la música de *Orfeo* y donde entre los espectadores vi por primera vez el rostro inspirado de la Safo de Francia, la condesa de Noailles. Jean Lorrain figuraba también en la asamblea y escribió luego sus impresiones en *Le Journal.*

Además de las dos grandes fuentes de regocijo que eran el Louvre y la Biblioteca Nacional, descubrí una tercera : la encantadora biblioteca de la Opera. El bibliotecario se interesaba afectuosamente en mis investigaciones y ponía a mi disposición todos los libros escritos sobre el arte de la danza y sobre la música y el arte teatral de los griegos. Me dedicaba a leer todo lo que se había escrito en el mundo sobre el arte de la danza, desde los primeros egipcios hasta el día, y tomaba nota especial de todo lo que iba leyendo ; pero cuando hube terminado esta tarea colosal, comprobé que los únicos maestros de baile que yo podía tener eran Juan Jacobo Rousseau (*Emilio*), Walt Whitman y Nietzsche.

Una tarde gris llamaron a la puerta de mi estudio. Era una mujer. Tenía una estatura tan imponente y una personalidad tan poderosa que su entrada hubiera debido ser anunciada por uno de esos motivos wagnerianos, largos y profundos, que parecen traer obscuros presagios. Y, en efecto, el motivo de aquella visita no cesó nunca de resonar en mi vida con vibraciones procelosas y trágicos acontecimientos.

—Soy la princesa de Polignac—me dijo—, una amiga de la condesa de Greffuhl. Me ha interesado mucho su arte y, sobre todo, le ha interesado a mi marido, que es compositor.

Era una mujer bella, de una belleza disminuída por una mandíbula inferior algo prognática y fuerte. Tenía la cara de un emperador romano, si se olvidaba uno de su altiva expresión, que no concordaba muy bien con las promesas voluptuosas que prometían sus ojos y sus otros rasgos. Cuando hablaba, su voz tenía cierta cosa dura y metálica que parecía extraña a ella misma, pues su rostro hacía esperar tonos más dulces y profundos. Luego comprendí que aquella expresión fría y aquel tono de voz eran, en realidad, máscaras para

ocultar una condición de extremada y sensible timidez, en contraste con su alta posición social.

Le hablé de mi arte y de mis esperanzas, y la princesa me ofreció organizar un concierto en su estudio. Pintaba y era también muy entendida en música : tocaba el piano y el órgano. La princesa tuvo rápidamente la concepción de la pobreza de nuestro frío y desnudo estudio y de nuestra triste situación, pues, despidiéndose bruscamente, dejó con timidez en la mesa un sobre en el cual encontramos luego dos mil francos. Creo que acciones como aquella son habituales en Mme. de Polignac, pese a su reputación de mujer antipática y fría.

La tarde próxima fuí a su casa, donde encontré al príncipe de Polignac, un músico de gran talento, un caballero exquisito y finísimo, que llevaba siempre un gorro de terciopelo blanco muy adecuado a la belleza delicada de su rostro.

Me puse mi túnica y dancé en el salón de música. El príncipe quedó cautivado. Me dijo que yo era como una visión y un sueño, por cuya realización hubiera estado esperando mucho tiempo. Se interesó profundamente por mi teoría de la relación del movimiento con los sonidos y por mis esperanzas e ideales en favor del renacimiento de la danza como un arte. Tocó para mí, deliciosamente, un viejo clavicordio que era su adoración y que acariciaba con finos dedos. En seguida me dí cuenta del calor y sinceridad de sus alabanzas, y cuando, finalmente, me dijo : «¡ Qué criatura tan adorable ! ¡ Isadora, qué adorable eres !», le contesté tímidamente : «Yo también le adoro. Quisiera bailar siempre para usted y componer danzas religiosas inspiradas en su música.» A partir de entonces decidimos una colaboración, pero—¡ ay !—cuántas cosas se pierden en este mundo. La muerte quebró nuestra esperanza de trabajar juntos, y mató una ilusión tan querida y deseada por mí.

El concierto en el estudio de la princesa constituyó

un gran suceso, y, como ella había tenido la generosa idea de abrir su casa al público, sin limitar el auditorio a sus amigos personales, de esta velada se siguió un gran interés general por mi trabajo. Luego organizamos en nuestro estudio toda una serie de conciertos por subscripción. Nuestra casa era solamente capaz para veinte o treinta personas. El príncipe y la princesa de Polignac vinieron a todos estos conciertos, y recuerdo que una vez, llevado de su admiración y agitando en el aire su gorro de terciopelo, exclamó el príncipe : «¡ Viva Isadora !»

También asistieron a estos conciertos Eugenio Carrière y su señora, y en cierta ocasión Carrière me hizo el gran honor de pronunciar un discurso sobre la danza, en el que dijo, entre otras cosas :

«Isadora, en su deseo de expresar sentimientos humanos, ha encontrado en el arte griego los más bellos modelos. Llena de admiración hacia las hermosas figuras de los bajorrelieves, se inspiró en ellas, y como está dotada del instinto del descubrimiento, volvió a la Naturaleza, en la que aprendió todos esos gestos, y, finalmente, convencida de que hay que imitar y reanimar la danza griega, encontró su propia expresión. Isadora piensa en los griegos, pero no obedece más que a ella misma. Lo que nos ofrece es su propio júbilo y su propia tristeza. El olvido del momento y la busca de la felicidad son sus propios deseos, y al expresarlos tan bien, los despierta en nosotros. Ante las obras griegas, que, por un instante, reviven para nosotros, nos sentimos jóvenes con ella y una nueva esperanza triunfa en nosotros. Y, cuando expresa su sumisión a lo inevitable, nos resignamos también con ella.»

«La danza de Isadora Duncan no es ya un mero divertimiento ; es una manifestación personal, como una obra de arte más viviente quizá, como una fecunda incitación a realizar las obras a las cuales estamos destinados.»

CAPITULO IX

Aunque mis danzas eran conocidas y apreciadas por mucha gente de nota, mi situación financiera continuaba siendo precaria, y carecíamos frecuentemente del dinero necesario para pagar nuestro alquiler. Como, además, no teníamos para carbón, sufríamos en invierno un frío espantoso. Y, sin embargo, recuerdo que, en medio de nuestra pobreza y de nuestras privaciones, permanecía en pie horas y horas, completamente sola en aquel taller helado e inhospitalario, esperando que viniera a mí el momento de la inspiración que me ayudara a expresarme con movimientos. Por fin, sentía que brotaba de mi alma el soplo, y seguía su inspiración.

Un día en que me hallaba así esperando, llamó a la puerta un caballero florido, con un rico cuello de piel en su gabán y un diamante en la sortija.

—Vengo de Berlín—dijo—. Hemos oído hablar de sus danzas con los pies desnudos. (Como pueden ustedes suponer, esta descripción de mi arte me causó una espantosa sorpresa.) Me envía el *music-hall* más importante para que firme ahora mismo un contrato con usted.

Se frotaba las manos y tenía un aire de pavo satisfecho, como si me trajera una maravillosa fortuna. Pero yo volví a mi concha, como un caracol, y le respondí con orgullo :

—¡Oh! Muchas gracias. Nunca accederé a exhibir mi arte en un *music-hall*.

—Pero usted no comprende—me replicó— ; en nuestro *hall* aparecen las más grandes artistas, y ofrecemos mucho dinero. Desde ahora le ofrezco quinientos marcos por noche. Luego le daremos más. Será usted magníficamente presentada como «la primera bailarina de

los pies desnudos del mundo». Será un gran éxito. *(Die erste Barfuss Tänzerin. Kolossal, kolossal. Das wil so ein Erfolge.)* Por consiguiente, acepta usted, ¿no?

—No, señor; no, señor—repetí, algo colérica—. Por ninguna condición.

—Pero es imposible. *Unmöglich. Unmöglich.* No puedo admitir ese «no» como una respuesta. Tengo ya preparado el contrato.

—No—le dije—; mi arte no es un arte de *music-hall.* Algún día iré a Berlín, y espero danzar con su Orquesta Filarmónica, pero en el Templo de la Música, no en un *music-hall,* con acróbatas y animales sabios. ¡Qué horror, Dios mío! No; no hay condiciones posibles. Vaya usted con Dios, y muy buenos días.

Este empresario alemán, al contemplar nuestros vestidos usados y toda la pobreza circundante, apenas si podía creer a sus oídos. Cuando, después de una visita, y otra y otra, llegó a ofrecerme mil marcos por noche durante un mes, y rechacé de nuevo, montó en cólera y me trató de *Dumines Mädel* (chica boba), hasta que por último le grité que yo había venido a traer a Europa un renacimiento de la religión por medio de la danza, para elevar al público al conocimiento de la Belleza y de la Santidad del cuerpo humano mediante la expresión de sus movimientos. Y que no había venido de ningún modo a bailar para distraer a los burgueses engreídos tras de una buena cena.

—Haga el favor de marcharse. *Allez vous en!*

—¿Rechaza usted mil marcos por noche?—murmuró.

—Naturalmente—le repliqué con energía—, y rechazaría diez mil y cien mil. Lo que yo busco es una cosa que usted no puede comprender.

Y, mientras se iba, añadí:

—Algún día iré a Berlín, y bailaré para los campesinos de Goethe y de Wagner, pero en un teatro que sea digno de ellos, y probablemente por más de mil marcos.

Mi profecía se cumplió, y este mismo empresario tuvo la gentileza de traerme flores a mi cuarto, tres años más tarde, en la Opera, donde tocó para mí la Orquesta Filarmónica de Berlín, con unos ingresos de más de veinte mil marcos. Entonces me confesó su error con un amistoso: *Sie hatten Recht, Gnädiges Fraulein, Küss die Hand.* (Usted tenía razón, señorita. Beso su mano.)

Pero en la época de su primera visita teníamos gran necesidad de fondos. Ni la admiración de príncipes ni mi creciente fama nos daban lo suficiente para comer. Por aquellos días nos visitaba frecuentemente en el estudio una dama diminuta que parecía una princesa egipcia, si bien procedía del oeste de las Montañas Rocosas y llevaba el apellido del país de su nacimiento, que ella dió a conocer en su larga y famosa carrera. Cantaba con voz de sirena. Eché de ver que, con frecuencia, a primera hora de la mañana se deslizaban por debajo de la puerta unas cartitas perfumadas con violeta, y que entonces Raimundo desaparecía subrepticiamente. Como no tenía la costumbre de pasear antes del desayuno, me dí a atar cabos y saqué mis conclusiones. Y de este modo llegó un día en que Raimundo nos anunció que había sido contratado en muy buenas condiciones para un viaje de conciertos por América.

Así quedamos solas en París mi madre y yo. Como mi madre estaba enferma, nos trasladamos a un pequeño hotel de la rue Marguerite, donde por fin pudo dormir en un buen lecho, sin el temor de las corrientes de aire, y donde pudo tomar comidas regulares, pues estábamos *en pension.*

En la pensión había una pareja que llamaba la atención de todos. Ella era una mujer de unos treinta años, grandes ojos—los más extraños ojos que he visto en mi vida—, dulces, profundos, tentadores, magnéticos, llenos de ardiente pasión y, al mismo tiempo, con cierta humildad sumisa de gran perro terranova. Sus ca-

bellos castaños encuadraban en un rostro de llamas, y cada una de sus actitudes vibraba como un llamamiento al amor. Recuerdo que pensé que, cuando miraba a sus ojos, era como si penetrara en el cráter de un volcán.

Tenía él una frente fina y una expresión de fatiga en su rostro, en contraste con su juventud. Estaban casi siempre en compañía de una tercera persona, absorbidos en una conversación tan animada y alegre que parecía como si aquel trío no conociera nunca un minuto de reposo o de aburrimiento—tan frecuentes en la gente ordinaria—, y que estuvieran continuamente devorados por llamas interiores ; consumido él por la llama intelectual de la belleza pura ; consumida ella por la llama de una mujer dispuesta siempre a ser devorada o destruída por el fuego. La tercera persona parecía algo más lánguida, algo más imbuída del continuo goce sensual de la vida.

Una mañana, la mujer joven vino a mi mesa y me dijo :

—Este es mi amigo, Henri Bataille. Este es Jean Lorrain, que se ha ocupado ya de su arte, y yo soy Berta Baby. Desearíamos ir una tarde a su estudio para verla bailar.

Esta presentación me hizo estremecer de júbilo. Nunca había oído, ni he oído nunca, una voz de tal calor magnético, una voz que vibrara de vida y de amor como la voz aquella de Berta Baby. ¡ Y cómo admiraba yo su belleza ! En aquellos días, en que las modas femeninas eran tan antiestéticas, ella aparecía siempre vestida con trajes maravillosos, de colores cambiantes y muy ajustados a su cuerpo. La vi una vez así ataviada, con la cabeza coronada de flores violetas, a punto de salir para una reunión donde iba a leer poemas de Bataille, y pensé que ningún poeta había tenido nunca una Musa tan bella.

Desde aquel encuentro se presentaron muchas veces en nuestro estudio, y Bataille nos leyó un día sus ver-

sos. De este modo, yo, una *girl* americana mal educada, encontré, por vía misteriosa, la llave que me abría los corazones y las inteligencias de la *élite* intelectual y artística de París : París, que es, en nuestro mundo de ahora, lo que Atenas fué en la época de gloria de la antigua Grecia.

Teníamos Raimundo y yo la costumbre de dar largos paseos por París, en los cuales recalábamos con frecuencia en sitios de un gran interés. Por ejemplo : un día encontramos, en el distrito del Parque Monceau, un Museo chino, dejado por un excéntrico millonario francés. Otro día encontramos el Museo Guimet, con todos sus tesoros orientales, y el Museo Carnavalet, donde nos conmovimos ante la mascarilla de Napoleón, o el Museo Cluny, donde no se cansaba Raimundo de contemplar los platos persas y donde se enamoró locamente de la dama y del unicornio de un tapiz del siglo xv. En nuestros deambuleos llegamos un día al Trocadero. Nuestros ojos se detuvieron ante el cartel que anunciaba la aparición para aquella misma tarde de Mounet-Sully, en *Edipo rey*, de Sófocles. El nombre de Mounet-Sully era entonces desconocido para nosotros, pero deseábamos ver la comedia. Al informarnos de los precios, consultamos nuestros bolsillos. Teníamos exactamente tres francos, y la localidad más barata era de setenta y cinco céntimos. Esto quería decir que no podíamos cenar aquella noche si nos permitíamos el lujo de ir al teatro ; optamos por el lujo y nos instalamos en la última tribuna del gallinero.

El escenario del Trocadero no tenía cortina. Se había arreglado la escena imitando muy pobremente lo que la gente moderna entiende por arte griego. El coro aparecía muy mal vestido, con esos trajes que en algunos libros se describen como trajes griegos. Una música mediocre, un aire dulce e insípido, vino hacia nosotros desde la orquesta. Raimundo y yo cambiábamos miradas. Barruntábamos que el sacrificio de nuestra

cena había sido baldío. Entonces irrumpió en el escenario por la parte de la izquierda, que representaba un palacio, una figura. Sobre aquel coro de ópera de tercera clase y sobre aquella escena de comedia francesa de segunda clase, alzó su mano y dijo:

Enfants, du vieux Cadmus jeune posterité,
Pourquoi vers ce palais vos cris ont-ils monté?
Et pourquoi ces rameaux suppliants, ces guirlandes?

¡Ah, ah! ¿Cómo describir la emoción que me produjeron los primeros acentos de aquella voz? Dudo que en todos los días famosos de la antigüedad; dudo que en la grandeza helena, ni el arte dionisíaco, ni en los más grandes días de Sófocles, ni en toda Roma, ni en ningún país, ni en ningún tiempo, haya habido una voz semejante. Y desde aquel momento, la figura de Mounet-Sully y la voz de Mounet-Sully, que iban creciendo y que abarcaban todas las palabras, todas las artes y todas las danzas, se alzaron a tal altura y adquirieron tal volumen, que todo el Trocadero parecía, con su altura y extensión, pequeño para contener a aquel gigante del arte. Raimundo y yo reprimíamos nuestra respiración, pálidos y desfallecientes. De nuestros ojos brotaban las lágrimas, y cuando terminó el primer acto no pudimos hacer otra cosa que abrazarnos en un delirio de júbilo. Durante el entreacto acordamos que aquella fiesta era la apoteosis de nuestra peregrinación y la razón por la cual habíamos venido de tan lejos.

Empezó el segundo acto, y ante nosotros se desarrolló la gran tragedia. A la confidencia del joven rey triunfante siguieron las primeras dudas, las primeras inquietudes, el apasionado deseo de conocer la verdad a toda costa, y, por fin, el momento supremo. Mounet-Sully bailó. ¡Ah! Esto era lo que yo había preconizado siempre: la gran figura heroica bailando.

Otro entreacto. Miré a Raimundo : estaba pálido. Sus ojos llameaban. Ibamos mecánicamente de un lado a otro.

Acto tercero. Nadie podría describirlo. Unicamente aquellos que lo han visto, aquellos que han visto a Mounet-Sully, pueden comprender lo que sentíamos entonces. Cuando en el momento final de soberbia angustia, en el delirio y paroxismo del doble horror—el horror del pecado religioso y del orgullo herido provocado por el convencimiento de que había sido él la causa de todo mal, del mal que todos buscaban— ; cuando, después de arrancar sus ojos de las órbitas, se da cuenta de que ya no ve, y llama a sus hijos, y, solo en el escenario, hace la escena final, la numerosa concurrencia del Trocadero, unas seis mil personas, prorrumpió en sollozos.

Raimundo y yo bajamos por la gran escalera, tan lenta y pensativamente, que nos quedamos los últimos, y los acomodadores tuvieron que llamarnos la atención. Fué entonces cuando comprendí que tenía la gran revelación del arte. Sabía ya cuál era mi camino. Volvimos a casa a pie, ebrios de inspiración ; aquella impresión nos duró varias semanas. ¡ Qué lejos estaba yo entonces de pensar que algún día subiría yo al mismo escenario con el gran Mounet-Sully !

* * *

Desde que vi expuestas sus obras me preocupaba el genio de Rodin. Un día me encaminé a su estudio, situado en la rue de l'Université. Mi peregrinación hacia Rodin se parecía a aquella de Psyche en busca del dios Pan en su gruta. Sólo que mi camino no me llevaba a Eros, sino a Apolo...

Rodin era pequeño, cuadrado, fuerte, con una cabeza completamente rapada y una barba abundante. Me fué enseñando sus obras con la sencillez de los verdadera-

mente grandes. De vez en cuando musitaba algunas palabras ante sus estatuas; pero una comprendía que esas palabras tenían muy poco significado. Pasaba las manos sobre ellas y las acariciaba. Recuerdo que me dió la sensación de que bajo sus manos el mármol corría como plomo fundido. Cogió un poco de yeso y, respirando con fuerza, lo estrujó en la palma de su mano. El fuego salía de él como de un horno radiante. En pocos momentos hizo un seno de una mujer, palpitante bajo sus dedos.

Me cogió de la mano, me metió en un coche y llegamos a mi estudio. Cambié a toda prisa mi vestido por mi túnica y bailé un idilio de Teócrito que Andrés Beaunier había traducido para mí de esta manera:

Pan amaba a la ninfa Eco;
Eco amaba al sátiro, etc...

Me detuve luego a explicarle mis teorías sobre una nueva danza; pero en seguida me dí cuenta de que no me escuchaba, sino que me contemplaba con los párpados entornados y los ojos penetrantes, y así, con la misma expresión que tenía ante sus obras, vino hacia mí. Pasó sus manos por mi cuello y por mis senos, acarició mis brazos, y sus dedos rozaron mis caderas, mis piernas y mis pies desnudos. Palpaba mi cuerpo como si fuera yeso, despidiendo un fuego que me ahogaba y derretía. Quería yo entonces entregarle todo mi sér, y así lo hubiera hecho si una educación absurda no me hubiera inspirado en aquel momento una actitud de espanto. Me puse mi traje sobre la túnica y le despedí llena de asombro. ¡Qué pena! ¡Cuántas veces he lamentado esta ridícula incomprensión, que me arrebató del goce divino de ofrecer mi virginidad al Gran Dios Pan, al Poderoso Rodin! Mi arte y toda mi vida se hubieran enriquecido en aquel momento. No volví a

ver a Rodin en dos años, hasta mi regreso de Berlín. Fué luego durante mucho tiempo mi amigo y mi maestro.

De una manera diferente, pero también muy feliz, trabé conocimiento con otro gran artista, con Eugenio Carrière. La mujer del escultor Keyzer me llevó a su estudio, porque se compadecía de nuestra soledad, y nos invitó frecuentemente a su mesa, donde una nieta suya, que aprendía el violín, y su hijo Luis, ya entonces muy inteligente y famoso compositor joven en la actualidad, formaban un grupo armonioso bajo la lámpara familiar. Había visto en aquella casa un cuadro raro, triste y fascinador. Madame Keyzer me dijo : «Es mi retrato, hecho por Carrière.»

Y un día me llevó a casa del pintor, situada en la calle de Hégésippe-Moreau. Subimos hasta el último piso, donde Carrière vivía rodeado de sus libros, de su familia y de sus amigos. Irradiaba la más poderosa fuerza espiritual que yo he sentido nunca. Sabiduría y luz. Brotaba de su persona una gran ternura. Toda la belleza, toda la fuerza, todo el milagro de sus cuadros no era otra cosa que la expresión directa de su alma sublime. Cuando llegué a su presencia sentí algo de lo que creo que sentiría si me encontrara frente a Jesucristo : el mismo respeto me inundaba. Quise arrodillarme, y así lo hubiera hecho si la timidez y reserva de mi carácter no me lo hubieran impedido. Describiendo años después este encuentro, la señora Yorska decía :

«La recuerdo mejor que todas las cosas de mi juventud, exceptuando quizá mi primer encuentro con Eugenio Carrière, en cuyo estudio la vi por primera vez un día en que su rostro y su nombre penetraron para siempre en mi alma. Había yo llamado a la puerta de Carrière con el corazón agitado, como de costumbre. Nunca pude acercarme a aquel santuario de la pobreza sin hacer un desesperado esfuerzo para ahogar mi emoción.

En aquella casa de Montmartre trabajaba el magnífico artista en un silencio dichoso, entre aquellos adorables seres que eran los suyos—su mujer y su madre, vestidas con trajes de lana negra, y sus hijos, que nunca tenían juguetes—, cuyas caras expresaban luminosamente el cariño hacia el gran hombre. ¡Santas criaturas!

Isadora estaba de pie entre el humilde maestro y su amigo el inquieto Metchnikoff, del Instituto Pasteur, más tranquila que ninguno de los dos. Exceptuando Lilliam Gish, nunca he visto que una chica americana estuviera tan tímida como Isadora lo estaba aquel día. Cogiéndome por la mano, como se coge a un chico para colocarle delante de algo que se quiere que admire, Eugenio Carrière me dijo, mientras yo la contemplaba: «Es Isadora Duncan.» Luego hubo un silencio para encuadrar aquel nombre.

Súbitamente, Carrière, que hablaba siempre muy bajo, exclamó con voz elevada y profunda: «Esta joven americana va a revolucionar el mundo.»

No he podido pasar nunca sin llorar por delante del retrato de la familia de Carrière, en el Luxemburgo, pues me recuerda aquel estudio que yo frecuenté tan asiduamente. Es uno de los más dulces recuerdos de mi juventud. Fuí admitida en sus corazones entre los mejores amigos de la casa. Algunas veces, cuando he dudado de mí misma, he pensado en aquella afectuosa acogida y he recobrado la confianza. Como una bendición se ha extendido sobre toda mi vida el genio de Eugenio Carrière, incitándome a permanecer fiel a mi más elevado ideal, llamándome a una mayor pureza en la visión santa del arte, y cuando el dolor ha estado a punto de volverme loca, una obra de Carrière que tenía a mi lado me devolvía la fe en la vida. Ningún arte ha tenido nunca la fuerza del suyo. Ninguna vida de artista ha revelado tanta compasión divina y tanto sacrificio hacia los seres humanos que le rodeaban. Sus cuadros no de-

harían estar en un museo, sino en un templo erigido a la fuerza espiritual, en un templo donde pudiera toda la Humanidad comulgar con este gran espíritu, para purificarse y santificarse.

CAPITULO X

El Ruiseñor Occidental me había dicho un día: «Sara Bernhardt es una gran artista, pero, ¡qué pena!, no es una mujer buena. Fíjate en Loie Fuller, que es, no solamente una gran artista, sino también una mujer pura. Su nombre no ha estado nunca mezclado en ningún escándalo.»

Ella fué quien trajo una noche a Loie Fuller a mi estudio. Naturalmente, bailé en su obsequio y le expliqué todas mis teorías, como hacía con cada uno de mis visitantes y como hubiera hecho con el mismo plomero si hubiera entrado en casa. Loie Fuller se expresó con gran entusiasmo. Me dijo que al día siguiente salía para Berlín, y me propuso que fuera a reunirme con ella. Además de una gran artista, era empresaria de Sada Yacco, cuyo arte me había producido tanta admiración. Se le ocurrió organizar conciertos en Alemania, conmigo y con Sada Yacco. La proposición me produjo tal alegría que acepté, y convinimos en que yo iría más tarde a Berlín.

Andrés Beaunier vino a despedirme. Dimos un paseo hacia Notre Dame y me acompañó hasta la estación. En el momento de partir, me besó con su timidez de costumbre, pero me pareció advertir detrás de sus lentes un fulgor de angustia.

En Berlín me hospedé en el Hotel Bristol, donde, en una magnífica habitación, encontré a Loie Fuller, rodeada de su compañía. Había una docena de chicas guapas que le acariciaban las manos y le daban besos.

En mi extrema simplicidad recordé que mi madre, a pesar del gran amor que sentía hacia nosotros, no nos acariciaba casi nunca, y me quedé verdaderamente estupefacta ante tales muestras de afecto, nuevas para mí. Había una atmósfera de afección tan cálida como yo no había encontrado nunca. La generosidad de Loie Fuller no tenía límites. Llamó al timbre y ordenó que me trajeran una cena, y fué una cena tan suntuosa que no pude por menos de pensar en su precio extravagante. Loie Fuller iba a bailar aquella noche en el Jardín de Invierno, y, viéndola sufrir de terribles dolores en la columna vertebral, me admiraba cómo iba a cumplir su compromiso. Sus entusiastas compañeras le traían de vez en cuando bolsas de hielo que colocaban entre su espalda y la silla.

—Un poco más de hielo, querida mía—decía ella—; parece que esto me calma.

Aquella noche estuvimos todos en un palco para ver bailar a Loie Fuller. ¿Tenía aquella visión luminosa que veíamos ante nosotros alguna relación con la paciente que habíamos visto sufrir momentos antes? A nuestros ojos aparecía metamorfoseada en muchos colores, en orquídeas brillantes, en flores marinas, en lilas que se elevaban como espirales. Era toda la imagen de Merlín: un cuento de hadas, de luces, de colores y de formas flúidas. ¡Qué genio tan extraordinario! Ninguna imitadora de Loie Fuller ha podido nunca aproximarse a su genio. Yo estaba en éxtasis, pero comprendía que este arte no era sino una súbita ebullición de la Naturaleza que ya no podría repetirse. Se transformaba en millares de imágenes de color a los ojos de su público. Increíble. No puede repetirse ni describirse. Loie Fuller personificaba los colores innumerables y las formas flotantes de la Libertad. Era una de las primeras inspiraciones originales de la luz y del color.

Regresé al hotel admirada y edificada por esta mara-

villosa artista. A la mañana siguiente salí por primera vez a visitar Berlín, y por primera vez, yo, que había soñado con Grecia y con el arte griego, quedé sorprendida por la arquitectura berlinesa.

«Pero si esto es Grecia»—exclamé. Luego, al estudiarla más de cerca, comprendí que Berlín no se parecía a Grecia. Era una impresión nórdica de Grecia. Aquellas columnas no son las columnas dóricas que se remontan al cielo de nubes olímpicas ; son la concepción que unos profesores, germanos y pedantes, de Arqueología tienen de Grecia, y cuando vi la Guardia Real del Káiser, que salía con paso de ganso de las columnas dóricas de Potsdamer Platz, volví al Bristol y dije : *Geben Sie mir ein Glas Bier Ich bin muede.* (Deme un vaso de cerveza ; estoy cansada.)

Quedamos algunos días en Berlín y dejamos el Hotel Bristol para seguir a la *troupe* de Loie Fuller hasta Leipzig. Salimos sin equipajes, y la única y modestísima maleta que había traído yo de París fué abandonada con las demás. No me explicaba cómo una artista de éxito podía quedar reducida a tal situación. Después de aquella vida lujosa, de cenas con champán y de habitaciones principescas, no podía comprender por qué nos veíamos obligadas a abandonar nuestras maletas. Luego descubrí que todo era debido a Sada Yacco, de quien era empresaria Loie Fuller, y que había fracasado varias veces, al punto de que los ingresos de Loie Fuller no eran suficientes para pagar el hotel.

En medio de esta aparición irisada de ninfas y nereidas había una mujer extraña que llevaba un traje negro de hechura sastre. Era tímida, reticente, de un rostro de finos rasgos aunque enérgicos, cabellos negros, peinados hacia atrás, y ojos tristes e inteligentes. Llevaba invariablemente las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Se interesaba por las cosas de arte y hablaba con especial elocuencia del arte perso-

nal de Loie Fuller. Circulaba por entre toda la brillante compañía de mariposas de colores, como un escarabajo del antiguo Egipto. Sentí en seguida su atracción, pero me dí también cuenta de que su entusiasmo por Loie Fuller absorbía enteramente su fuerza emotiva, y que no le quedaba nada para mí.

También en Leipzig iba todas las noches a ver a Loie Fuller desde un palco, y cada día me entusiasmaba más su maravilloso arte efímero. Esta criatura extraordinaria se hacía flúida, se convertía en luz, llama y color y terminaba en milagrosas espirales de fuego que se elevaban hacia lo Infinito. Recuerdo que una noche fuí despertada en Leipzig a eso de las dos por unas voces extrañas y confusas, en las que reconocí a una muchacha de cabellos rojos, a quien llamábamos Nursey, porque estaba siempre dispuesta a cuidarnos como una *nurse* cuando sentíamos dolor de cabeza. A través de sus palabras, musitadas con excitación, pude comprender que Nursey decía que se marchaba a Berlín para encontrar a cierta persona que nos proporcionaría el dinero suficiente para irnos a Munich. Más tarde, la muchacha de los cabellos rojos se acercó a mí y me besó apasionadamente, diciéndome con voz abrasada: «Me voy a Berlín.» El viaje exigía dos horas de tren y yo no acertaba a comprender por qué estaba tan emocionada y tan excitada con la idea de dejarnos. Vino en seguida con el dinero, y nos marchamos a Munich.

De Munich quisimos ir a Viena, y de nuevo nos encontramos sin los fondos necesarios; mas, como parecía completamente imposible en aquel tiempo adquirir dinero, me ofrecí a ir como voluntaria al Consulado americano en busca de ayuda. Le dije al cónsul que nos proporcionara billetes para Viena y saqué la impresión de que los tendríamos pronto. Vivíamos en las habitaciones más lujosas del Hotel Bristol, si bien nos encontrábamos sin equipaje. A pesar de mi admiración por el arte de Loie Fuller empecé entonces a pregun-

tarme por qué había dejado abandonada a mi madre en París y qué es lo que yo tenía que hacer en aquella compañía de bellas, aunque dementes, señoritas. Mi papel se había limitado a una simpática e inútil actuación de espectadora de todos aquellos acontecimientos dramáticos *en route*. En el Hotel Bristol de Viena tuve como compañera de habitación a la chica de los cabellos rojos llamada Nursey. A eso de las cuatro de la mañana, Nursey se levantó una noche y, encendiendo una vela, avanzó hacia mi cama, diciendo: «Dios me ha ordenado que te ahogue.»

Yo había oído decir que cuando una persona se vuelve repentinamente loca no hay que contrariarla nunca. A pesar de mi terror, pude dominarme lo suficiente para replicar: «Perfectamente, pero déjame que rece primero.»

—De acuerdo—me contestó, y puso la vela en la mesilla de noche.

Me deslicé cautelosamente del lecho como si me persiguiera un diablo, corrí a la puerta y volé las escaleras abajo hasta llegar a la oficina del hotel, vestida como estaba con mi traje de dormir y con los bucles al aire, tras de mi cabeza.

—Una señorita se ha vuelto loca—exclamé.

Nursey me seguía. Sobre ella se abalanzaron seis dependientes, que la contuvieron mientras llegaban los médicos. Este incidente me produjo tal inquietud que decidí telegrafiar a mi madre para que viniera desde París. Así lo hizo, y cuando le dije todo lo que me había sucedido entre aquella gente, acordamos salir de Viena.

Mientras estuve en Viena con Loie Fuller bailé una noche en el Künstler Haus ante un público de artistas. Todos me entregaron ramos de flores rojas, y cuando bailé la Bacanal estaba completamente cubierta por ellas. Aquella noche me presentaron a un empresario húngaro, Alejandro Gross, el cual vino a mí y me dijo:

«Cuando quiera usted tener un porvenir, búsqueme en Budapest.»

Y así, amedrentada como estaba por mis compañeras, y deseosa de salir con mi madre de Viena, pensé en aquel momento en el ofrecimiento del señor Gross y marché a Budapest con la esperanza de hallar un porvenir brillante. Me ofreció un contrato para bailar sola treinta noches en el Teatro Urania.

Como era la primera vez que tenía un contrato para bailar sola ante un público teatral vacilé, y dije: «Mis danzas son para escogidos: artistas, escultores, pintores, músicos, pero no para el público en general.» Alejandro Gross protestó diciendo que los artistas formaban el auditorio de mayor capacidad crítica y que si mis danzas les agradaban era lógico que agradaran cien veces más a un gran público.

Me decidí a firmar el contrato y la profecía de Alejandro Gross se cumplió. La primera noche en el Teatro Urania constituyó un triunfo indescriptible, y durante treinta noches estuve bailando con el teatro atestado.

¡Oh Budapest! Era en el mes de abril. Era la primavera del año. Una noche, inmediatamente después de la primera representación, fuimos invitadas por Alejandro Gross a una comida en un restaurant donde se tocaba una música de cíngaros. ¡Oh, la música de cíngaros! Era el primer llamamiento al despertar de mis sentidos juveniles. ¿Cómo sorprenderse de que con tal música sintiera yo nacer en mi alma nuevas emociones? ¿Hay alguna música semejante a esa música de cíngaros que brota del suelo mismo de Hungría? Recuerdo que años más tarde conversaba una noche con John Wanamaker. Estábamos en el departamento de gramófonos de su almacén y me llamó la atención acerca de la música maravillosa que sus aparatos producían. Entonces le dije: «Ninguna de esas máquinas perfectamente construídas, producto de diestros inventores,

puede reemplazar a la música de cíngaros tocada por un solo campesino húngaro, a lo largo de los caminos enfangados de su país. Un músico de éstos vale más que todos los gramófonos del mundo.»

CAPITULO XI

En primavera, la hermosa ciudad de Budapest tenía —cubierta de flores—un inefable encanto. A orilla del río, y en las colinas, las lilas embalsamaban los jardines. Todas las noches el vehemente concurso húngaro me aclamaba con frenesí, y los espectadores, arrojándome a escena sus sombreros, gritaban: «Eljen.» (Viva.)

Una noche, una noche en que tenía grabado en la imaginación el curso del río, que había visto de mañana brillar por los rayos del sol, envié al director de orquesta el recado de que, al final de la función, tocara el «Danubio Azul», de Strauss. Fué como una descarga eléctrica. Toda la sala se puso en pie, delirante de entusiasmo. Y hube de repetir el vals muchas veces antes de que el público depusiera su actitud de locura.

Entre los espectadores que me aclamaban en la sala, había un joven húngaro, con facciones y estatura de dios. Aquel joven debía transformar a la casta ninfa que yo era entonces en una bacante salvaje y desenfrenada. Todo conspiraba a este cambio. La primavera, la dulzura de las noches de luna llena, el aire cargado de perfumes de lilas, el loco entusiasmo del público y las primeras cenas en compañía de gente absolutamente libre y sensual, la música de los cíngaros, el «gulás» (1) húngaro y los pesados vinos de Hungría (eran mis

(1) Plato nacional de Hungría. *(N. del T.)*

primeras comidas verdaderas, las primeras veces que me sentía alimentada y estimulada por la abundancia de alimentos) ; todo, en fin, contribuyó a que yo advirtiera en mi cuerpo algo más que un instrumento con que expresar la sagrada armonía de la música. Mis senos, que hasta entonces habían sido casi imperceptibles, empezaron a desarrollarse suavemente, y me producían sensaciones encantadoras y embarazosas. Mis caderas, que días antes me daban un aspecto de muchacho, adquirían otra ondulación, y por todo mi sér brotaba un deseo equívoco y apremiante ; no podía dormir por las noches, y daba vueltas en la cama, febril, fatigada y doliente.

Una tarde, en una reunión de amigos, me encontré, sobre un vaso de dorado tokay (1), con dos grandes y brillantes ojos negros que brillaban. Su llama penetró en mí ; tenían una expresión tan ardorosa y había en ellos una pasión tan húngara que me dieron todo el sentido de la primavera de Budapest. Pertenecían a un joven alto, de magníficas proporciones y de una cabellera rizosa y fastuosa, cuya negrura se dulcificaba con reflejos azules. Hubiera podido servir de modelo para el David de Miguel Angel. Cuando sonreía, entre sus labios rojos y sensuales lucían unos dientes fuertes y blancos. A la primera mirada, todo el poder de atracción que poseíamos afluyó en un loco deseo de abrazarnos. A la primera mirada, ya estábamos desnudos, uno en los brazos del otro, y ninguna potencia terrena hubiera sido capaz de separarnos.

—Su rostro es como una flor—me dijo—. Es usted mi flor.

Y de nuevo repitió : «Mi flor, mi flor», que en húngaro equivale a «mi Angel».

Me entregó un papelito donde había escrito estas pa-

---

(1) Vino generoso de Hungría. *(N. del T.)*

labras: «Palco para el Teatro Real Nacional.» Mi madre y yo fuimos aquella misma noche a verle representar Romeo. Era un actor de talento; luego se convirtió en el actor más grande de Hungría (1).

Su interpretación de la llama juvenil de Romeo acabó de conquistarme. Después de la representación fuí a verle en su cuarto. Toda la compañía me miraba con sonrisas curiosas. Se diría que todos lo sabían ya, y que a todos les agradaba. Tan sólo una persona—una actriz—parecía disgustada. Nos acompañó a mi madre y a mí hasta el hotel, donde se nos servía una pequeña cena, pues sabido es que los actores no cenan hasta después de la función.

Al poco rato, cuando mi madre parecía dormida, volví a encontrar a mi Romeo en el salón de nuestra habitación. Me dijo que había modificado aquella noche su interpretación de Romeo.

—Hasta ahora solía saltar por el muro, y en seguida declamaba con voz ordinaria:

«El que no ha recibido heridas se burla siempre de las cicatrices. Pero, ¿qué dulce luz alumbra en esa ventana? He ahí el Oriente, y Julieta es el Sol.»

Pero esta noche, como recordará usted, he musitado estas palabras como si me ahogaran; y es que, desde que la he visto, ya sé cómo debe el amor transformar el acento de Romeo. Hasta hoy no lo sabía. Porque, Isadora, usted me ha hecho comprender lo que era el amor de Romeo. En adelante, interpretaré este papel de distinta manera.

Y, poniéndose en pie, me repitió todo el papel, escena por escena, deteniéndose a menudo para decir:

—Sí; ahora veo que si Romeo ama de verdad es así como debe hablar: completamente distinto a lo que yo

---

(1) Isadora alude a Beregi, el galán más famoso del teatro húngaro, a quien el Gobierno expulsó en septiembre de 1919 del Teatro Nacional, tras la efímera dictadura del proletariado, en la cual tuvo Beregi una intervención activa y personal. *(N. del T.)*

imaginaba cuando hacía este papel por primera vez. Ahora *ya sé*. ¡Ah, adorada niña de la cara de flor! Usted me ha inspirado. Su amor va a hacer de mí un gran artista.

Y estuvo declamándome el papel de Romeo hasta que la aurora asomó por la ventana.

Le miraba y le escuchaba en éxtasis. De vez en cuando me arriesgaba a darle la réplica o a sugerirle un gesto, y, en la escena del monje, nos arrodillamos los dos y nos juramos fidelidad hasta la muerte. ¡Ah, juventud y primavera, y Budapest y Romeo! Cuando os recuerdo, no me parecéis tan lejanos, y hasta creo que todo sucedió en la noche última.

Una noche, al concluir su trabajo y el mío, nos fuimos a un salón completamente desconocido de mi madre, la cual pensaba que yo estaba durmiendo. Al principio, Romeo recitaba felizmente sus papeles o hablaba de su arte y del teatro, y yo me sentía dichosa oyéndole. Pero luego noté que iba gradualmente perdiendo la ecuanimidad y que se quedaba sin voz y en un estado de desasosiego. Las manos se le agarrotaban y su hermoso rostro aparecía congestionado, inflados sus ojos, y los labios hinchados y apretados, hasta que vino una hemorragia.

Yo misma me sentía enferma y desvanecida, y un deseo irresistible de estrecharle fuertemente en mis brazos me apremiaba, hasta que, perdiendo toda serenidad y estallando en ira, me llevó a la habitación. Amedrentada, pero embelesada al mismo tiempo, lo comprendí todo con claridad. Confieso que mis primeras impresiones fueron de horrible temor, pero sentí luego una gran piedad por su padecimiento.

Siguiendo, pues, con mi relato de la noche primera, diré que, por la mañana, al amanecer, salimos los dos juntos del hotel y, tomando un coche de dos caballos, nos fuimos al campo, a varias millas de la ciudad. Nos

detuvimos en la cabaña de un campesino, cuya mujer nos dió un lecho de columnas, a la antigua moda.

Pasamos todo aquel día en el campo. Romeo apagaba mis gritos y enjugaba mis lágrimas.

Creo que la noche aquella ofrecí al público una representación bastante mala, pues me sentía muy estropeada. Y, sin embargo, cuando volví a ver a Romeo en nuestro salón, se hallaba en tal estado de alegría y exaltación que me sentí recompensada de todos mis sufrimientos y sólo deseé volver a empezar, sobre todo cuando me dijo que cesaría el dolor y que, por fin, conocería lo que es el Paraíso en la tierra. Profecía que se cumplió muy pronto.

Romeo tenía una hermosa voz y me cantaba todas las canciones de su país, y las de los cíngaros, cuyas palabras y significado me enseñaba. Una noche, Alejandro Gross organizó una función de gala en la Opera de Budapest, y se me ocurrió—una vez terminado el programa, que era de música de Gluck—montar en el escenario una sencilla orquesta de cíngaros e interpretar sus canciones. Entre otras había una de amor, que decía así:

«Csak egy lány
van a világon.
Az is az éi draga
galabom.
A jó Isten de nagyon
zerethet.
Hogy én nékem adott tégedet.»

Y cuya traducción es:

«Hay en el mundo una muchacha, que es tierna como una paloma. Dios debe de quererme mucho cuando me ha entregado a ti.»

La melodía era dulce, inflamada de pasión, de deseos, de lágrimas, de adoración. Bailé con tal emoción que todo el numeroso concurso estalló en lágrimas, y terminé con la *Marcha* de Rakowsky, que yo bailaba con mi túnica roja, como un himno revolucionario, en homenaje a los héroes de Hungría.

Con esta función de gala terminaba la temporada de Budapest. Al día siguiente, Romeo y yo nos fuimos al campo a pasar algunos días en la cabaña del campesino. Por primera vez conocimos el placer de dormir juntos y abrazados toda la noche, y, al despertarme con la aurora, saboreé el goce de encontrar mis cabellos enredados en sus bucles negros y perfumados, y de sentir sus brazos en torno a mi cuerpo. Regresamos a Budapest. La primera nube en aquel firmamento de felicidad fué la angustia de mi madre y el retorno de Nueva York de Isabel, la cual parecía creer que yo había cometido un crimen. La ansiedad de ambas me parecía tan insoportable que concluí por convencerlas de que debían hacer un pequeño viaje al Tirol.

Por experiencia supe entonces que mi temperamento era de tal índole—y siempre me ha sucedido así—que, por muy violenta que fuera la sensación o la pasión, mi cerebro trabajaba con vivacidad luminosa y exuberante. Nunca he perdido la cabeza, como suele decirse, sino que al placer más agudo de mis sentidos ha correspondido una mayor agilidad de pensamiento, y cuando llego a ese estado en que el cerebro se convierte en un crítico directo de los sentidos, entorpeciendo y avergonzando al placer que reclama la voluntad de vivir, el conflicto que se sigue es tal que me pone en el trance de recurrir a un calmante para apagar los incesantes e inoportunos comentarios de la inteligencia. ¡Cómo envidio a las naturalezas que pueden entregarse por entero a la voluptuosidad del momento sin temor a esa crítica, situada en un lugar frío y aislado, a esa crítica que

quiere imponer a los sentidos acurrucados a sus pies una opinión que los sentidos no solicitan!

Y, sin embargo, siempre llega el momento en que el cerebro, capitulando, exclama: «Sí; reconozco que todo el resto de la vida, incluyendo tu arte, no tiene importancia al lado de la suprema gloria del minuto presente; abdico de buen grado ante este minuto de disolución, de destrucción y de muerte.» Y esta derrota de la inteligencia es la convulsión final, el naufragio en la nada, y trae a menudo los más graves desastres para la inteligencia y el espíritu.

Y así me sucedía entonces que, al conocer lo que era el deseo, al aproximarme gradualmente a la locura última de aquellas horas, al entregarme al frenético abandono de aquel momento final, no pensaba ya en la posible ruina de mi arte, ni en la desesperación de mi madre, ni en la ruina, ni en la pérdida del mundo entero.

Que me juzguen los que puedan, pero que censuren a la Naturaleza o a Dios, porque El fué quien hizo de aquel momento el más deseable y estimable de cuantos nos es dado conocer en el Universo. Y, naturalmente, el despertar es tan terrible como elevado el vuelo.

Alejandro Gross me arregló un viaje a través de Hungría. Dí representaciones en muchas ciudades, incluyendo a Sieden Kirchen, donde quedé muy impresionada por la ejecución de siete generales revolucionarios. En un gran campo, fuera de la ciudad, compuse en honor de estos generales una Marcha, sobre la música heroica y sombría de Listz.

Durante este viaje, recibí ovaciones delirantes de todos los públicos de las pequeñas ciudades húngaras. En cada una de ellas, Alejandro Gross ponía a mi disposición un coche victoria cubierto de flores blancas y arrastrado por caballos blancos. Vestida yo también de blanco, en medio de las aclamaciones y gritos de la multitud, iba a través de la ciudad como una joven diosa caída de otro mundo. Pero, a pesar del júbilo que mi

arte me proporcionaba y a pesar de la adulación de la muchedumbre, sufría continuamente con el irreprimible afán de verme junto a mi Romeo. Sufría especialmente de noche, cuando me quedaba sola. Creo que hubiera dado todos mis triunfos, y aun todo mi arte, por vivir nuevamente un minuto entre sus brazos, y anhelaba con vehemencia el regreso a Budapest. Llegó, por fin, este día. Romeo fué a recibirme a la estación con pasión ardiente, pero advertí en él una extraña transformación. Me dijo que iba a ensayar el papel de Marco Antonio para hacer con él su debut. ¿Podía influir tanto en su intenso temperamento artístico el cambio de papel? No sé; pero noté que toda la primitiva pasión y todo el amor de mi Romeo habían cambiado. Hablaba de nuestro matrimonio como de algo que estuviera ya definitivamente decidido, e incluso me llevaba a ver cuartos para que escogiéramos uno donde vivir. Conforme íbamos visitando alcobas y cocinas y subiendo escaleras interminables, sentía yo una extraña sensación de frialdad y de aburrimiento.

—¿Qué vamos a hacer nosotros viviendo en Budapest?—le pregunté.

—¿Por qué?—me contestó—. Tendrás todas las noches un palco a tu disposición para verme trabajar y aprenderás a darme las réplicas y a ayudarme en mis estudios.

Me recitaba todo el papel de Marco Antonio, pero ahora el interés apasionado estaba concentrado en el populacho de Roma, y ya no era yo—yo, su Julieta—la parte principal.

Un día, durante un largo paseo por el campo, sentados junto a un almiar, me preguntó si no pensaba yo que sería mejor que continuara con mi carrera y que le dejara a él con la suya. Estas no fueron sus palabras exactas, pero tenían ese sentido. Recuerdo todavía el almiar y el campo que se extendía ante nosotros, y recuerdo también perfectamente el grito que salió de mi

pecho. Aquella tarde firmé un contrato con Alejandro Gross para Viena y Berlín y todas las ciudades de Alemania.

Vi el debut de Romeo en Marco Antonio. De la última vez que vi trabajar a aquel hombre recuerdo el loco entusiasmo del auditorio teatral. Presenciaba yo el espectáculo desde un palco, llorando amargamente y enjugándome las lágrimas. Sentía en mi garganta como si hubiera comido varios kilos de cristales rotos.

Al día siguiente salí para Viena. Romeo había desaparecido para mí. Me despedí de Marco Antonio, el cual me pareció tan serio y tan preocupado que mi viaje de Budapest a Viena fué uno de los más amargos y tristes que he hecho en mi vida. Parecía como si de súbito hubiera desaparecido para mí toda la alegría del Universo. Caí enferma en Viena, y Alejandro Gross me llevó a una clínica. Pasé varias semanas en un estado de amarga postración y de horrible sufrimiento. Romeo vino de Budapest. Se instaló junto a mi habitación. Fué tierno y considerado ; pero una mañana, al despertarme con la aurora, vi el rostro de la enfermera, una monja católica, vestida de negro, la cual entraba en la habitación para separarme de mi Romeo. Oí entonces las campanas que tocaban los funerales del Amor.

Estuve convaleciendo mucho tiempo, y Alejandro Gross me llevó a Franzensbad para reponerme. Estaba triste y lánguida y no me preocupaba ni del paisaje de aquella hermosa tierra ni de los amables amigos que me rodeaban. Vino a mi lado la mujer de Gross, que me cuidaba sin descanso, con encantadora amabilidad y velando toda la noche. Por fortuna para mí, los gastos de médicos y enfermeras agotaron mi cuenta corriente, y Gross organizó entonces representaciones en Franzensbad, Marienbad y Carlsbad ; de este modo un buen día abrí nuevamente mi maleta y saqué mis túnicas de baile. Recuerdo que estallé en sollozos y que besé aquel vestidito rojo con el cual había bailado todas mis dan-

zas revolucionarias. Juré que no abandonaría nunca mi arte por el amor. En aquel tiempo mi nombre era ya una cosa mágica en el país : una noche, estando cenando con mi director y su mujer, la multitud se aglomeró tan densamente ante las ventanas de cristales del restaurant, que las rompió, con gran desesperación del director del hotel.

Las angustias, las penas y las desilusiones del amor transformaron mi arte. Compuse un baile con la historia de Efigenia y con su adiós a la Vida en el Altar de la Muerte. Por último, Alejandro Gross organizó mi aparición en Munich, donde me reuní con mi madre y con Isabel, que se alegraron mucho al verme sola de nuevo, aunque me encontraron muy cambiada y entristecida.

Antes de llegar a Munich, Isabel y yo nos detuvimos en Abbazia, por cuyas calles estuvimos deambulando en busca de un hotel. Como nuestras pesquisas eran infructuosas y como aquel pueblo pacífico atraía considerablemente nuestra atención, nos dedicamos a pasear, y fuimos vistas por el Gran Duque Fernando, que se interesó por nosotras y nos saludó con toda simpatía. Nos invitó a hospedarnos en su *villa* de los jardines del hotel Estefanía. Todo aquel episodio era de una absoluta inocencia, pero produjo un gran escándalo en los círculos cortesanos. Las grandes señoras empezaron a visitarnos en seguida, pero no porque les inspirara interés mi arte, como entonces suponía yo ingenuamente, sino llevadas del deseo de descubrir nuestra verdadera situación en la villa ducal. Estas mismas señoras hacían todas las noches profundas reverencias al Gran Duque cuando se sentaban en el comedor del hotel. Yo imitaba esta costumbre, pero hacía más profunda la reverencia.

Fué entonces cuando inventé el traje de baño que luego llegó a hacerse popular : una túnica azul celeste del más fino crespón de China, escote muy bajo, con pequeñas aplicaciones en la espalda, un faldón hasta las rodillas y los pies y piernas desnudos. Como la costum-

bre de las señoras en aquella época era entrar en el agua severamente cubiertas de negro, con faldones hasta los tobillos, medias negras y zapatos negros de nadar, pueden ustedes fácilmente imaginarse la sensación que produje. El Gran Duque Fernando solía dar un paseo con gemelos de ópera, y al verme en aquella guisa murmuró con voz perfectamente inteligible: *Ach, wie schön ist diese Duncan. Ach; wunder schön! Diese Frühlingzeit is nicht so schön wie sie.* («¡Qué hermosa es esa Duncan! ¡Qué maravillosa! Es más bella que la primavera misma.»)

Algún tiempo después, bailando yo en el Carl Theatre de Viena, el Gran Duque tomó la costumbre de venir a mi cuarto del teatro con su séquito de jóvenes y hermosos ayudantes, y, como es lógico, se hablaba de todo. Pero el interés que por mí sentía el duque era de un orden puramente estético y artístico. Parecía que huía de la sociedad del bello sexo y que se hallaba muy a gusto en su círculo de jóvenes y hermosos oficiales. Cuando algunos años más tarde me dijeron que el Tribunal austríaco había ordenado su encarcelamiento en un triste castillo de Salzburgo, sentí gran simpatía por Fernando. Era quizá un hombre muy distinto de los demás; pero ¿qué persona realmente simpática no tiene algún pequeño defecto?

En la villa de Abazzia había una palmera ante nuestras ventanas. Era la primera vez que yo veía crecer una palmera en un clima dulce. Solía detenerme a contemplar sus hojas, que temblaban con la brisa matutina, y ellas me inspiraron ese aleteo ligero de brazos, manos y dedos de que tanto han abusado mis imitadoras. Las cuales se olvidan de acudir a la fuente original y contemplar los movimientos de la palmera para recibir de ella la inspiración interna que ha de darse luego traducida en movimientos externos. Y así, contemplando aquella palmera, nacían en mí los pensamientos artísticos, y recordaba los versos de Heine:

Una palmera solitaria en el Sur...

Desde Abazzia nos fuimos Isabel y yo a Munich. En aquel tiempo la vida de Munich estaba concentrada en Künstler Haus, donde todas las noches un grupo de maestros—Karlbach, Lembach, Stuck, etc.—se reunían a tomar la excelente cerveza de Munich y discurrían sobre Filosofía y Arte. Gross quería organizar mi presentación en Künstler Haus; Lembach y Karlbach eran del mismo deseo, pero Stuck opinaba que el baile no era cosa adecuada para un templo de arte como la Künstler Haus de Munich. Una buena mañana fuí a casa de Stuck para convencerle de la dignidad de mi arte. Me quité mi traje, me puse mi túnica, y bailé. Luego, le dí una conferencia de cuatro horas, sin interrupción, acerca de mi aislamiento y de las posibilidades de la danza como arte. Supe más tarde que, hablando Stuck con sus amigos, les dijo que no había sentido en su vida una emoción semejante, y que le parecía como si una driada del Monte Olímpico bajara repentinamente del otro mundo. Dió, pues, su consentimiento. Mi presentación en la Künstler Haus de Munich constituyó un gran acontecimiento artístico y produjo una sensación como hacía muchos años no se conocía en la ciudad.

Bailé luego en la Kaim Saal, donde los estudiantes me hicieron objeto de locas demostraciones de entusiasmo. Noche tras noche desenganchaban los caballos de mi coche y me conducían por las calles, cantando sus canciones estudiantiles y alumbrando mi «victoria» con antorchas. Sucedía también que se pasaban las horas enteras a la ventana de mi hotel, cantando hasta que yo me asomaba y les arrojaba flores y pañuelos, que querían romper para que todos pudieran coser un recuerdo a sus gorras.

Una noche me llevaron a su café, y allí me hicieron

bailar sobre las mesas. Cantaban sin cesar, con un estribillo que decía : *Isadora, Isadora, ach, wie schön das Leben ist.* (Isadora, Isadora, ¡ah!, qué hermosa es la vida.) *Simplicissimus* hizo un relato de aquella algarada estudiantil, y los burgueses de la ciudad se escandalizaron. No fué sino una inocente broma, a pesar de que mi traje y mi chal quedaron hechos harapos para que los estudiantes pudieran llevarse a casa, al amanecer, trozos de mi indumento.

En aquel tiempo Munich era una colmena de actividades artísticas e intelectuales. Las calles estaban llenas de estudiantes. Todas las muchachas llevaban debajo del brazo una cartera o un rollo de música. Los escaparates de las tiendas exhibían verdaderos tesoros de libros raros y de ediciones lujosísimas. Todo esto, unido a las maravillosas colecciones de los museos, al refrescante aire otoñal que venía de las montañas doradas, a las visitas al estudio del maestro de los cabellos de plata, Lembach, y a la frecuentación de filósofos como Carvelhorn y otros, me devolvieron a mi interrumpida concepción intelectual y espiritual de la vida. Empecé a estudiar alemán, a leer a Schopenhauer y a Kant, en su texto original, y muy pronto pude seguir con gran placer las largas discusiones de artistas, filósofos y músicos que de noche se reunían en la Künstler Haus. Aprendí también a beber la buena cerveza de Munich, y la reciente crisis de mi sensualidad quedó algo calmada.

Una noche, en cierta representación de gala en la Künstler Haus, me fijé en la silueta de un hombre que estaba aplaudiendo en la primera fila de butacas. Esta silueta me recordó la del gran maestro cuyas obras se me revelaban entonces por primera vez. Tenía la misma frente prominente y la misma robusta nariz. Después de la representación supe que era Sigfrido Wagner, el hijo de Ricardo Wagner, el cual se unió a nuestro grupo y me proporcionó el placer de conocer y admirar a

uno de los hombres que luego figuraron entre mis más queridos amigos. Su conversación era muy brillante; contaba muchas anécdotas de su gran padre, cuyo recuerdo gravitaba sobre su persona como un halo sagrado.

Entonces leí por primera vez a Schopenhauer, y quedé subyugada por la revelación de su luz filosófica acerca de las relaciones de la música con la voluntad.

Conocí ese extraordinario estado de espíritu que los alemanes llaman *geist,* ese estado de sagrada presencia —*der Heiligthum des Gedankes*—, y me parecía como si hubiera penetrado en un mundo de pensadores superiores y divinos cuya inteligencia era más amplia y más santa que ninguna de las que había encontrado en mis viajes por el mundo. La concepción filosófica se consideraba allí como el punto más elevado de la satisfacción del hombre, únicamente comparable al mundo, más sagrado todavía, de la música. En los museos de Munich se me revelaron también las gloriosas obras de Italia, y al advertir que estábamos tan cerca de la frontera, siguiendo un impulso irresistible, Isabel, mi madre y yo tomamos el tren para Florencia.

CAPITULO XII

Nunca olvidaré el maravilloso viaje al Tirol, y el descenso por las montañas doradas en la llanura de Umbria.

En Florencia pasamos como en éxtasis varias semanas, visitando los museos, los jardines y los olivares. En aquella época Botticelli cautivaba mi juvenil imaginación. Permanecía días enteros sentada ante *Primavera,* su famoso cuadro, e inspirada por él creé una danza en la cual quise expresar los suaves y maravillosos movimientos que de él emanaban: la dulce ondulación

de la tierra cubierta de flores, el círculo de ninfas y el vuelo de los céfiros, reunido todo en torno a la figura central, mitad Afrodita, mitad Virgen, que representa la procreación de la primavera, en una actitud significativa.

Pasaba ante este cuadro horas y horas. Estaba enamorada de él. Un viejo y simpático guardián me traía un taburete y, con amable interés, fijaba en mí su atención. Quedé allí hasta que efectivamente vi crecer las flores, vi bailar a los pies desnudos y moverse los cuerpos: hasta que un mensajero del placer vino a visitarme y me dijo: «Bailaré este cuadro y transmitiré a los demás el mensaje de amor, de primavera y de creación de vida que yo he recibido con tanta emoción. A través de la danza transmitiré a los demás mi éxtasis.»

La hora del cierre me sorprendía siempre ante el cuadro de Botticelli. Quería yo encontrar el sentido de la primavera por medio del misterio de este momento inefable. Tenía la impresión de que la existencia no había sido para mí sino un tanteo, un ciego desorden, y que, si encontraba el secreto de esta obra, podría mostrar al mundo el camino que conduce a la riqueza de la vida y al desenvolvimiento del placer. Meditaba yo acerca de la vida como el hombre que saliera gozosamente para la guerra y que se dijera después de haber recibido una terrible herida: «¿Por qué no enseñaría yo al mundo un evangelio que ahorrara tantos dolores?»

Así meditaba yo ante la *Primavera* de Botticelli en Florencia. Más tarde procuraba transformar este cuadro en una danza. ¡Oh dulce vida pagana, entrevista apenas, donde Afrodita adquiría la forma de una graciosa y tierna Madre de Jesucristo y donde Apolo se ocultaba tras de San Sebastián! Sentía que todo esto entraba en mi pecho con una afluencia de pacífico goce, y anhelaba intensamente traducirlo en ritmos que tendrían el nombre de *Danza del futuro.*

En los salones de un viejo palacio bailé ante un con-

curso de artistas florentinos, con música de Monteverde y algunas melodías de viejos y anónimos maestros. Sobre una exquisita melodía de una Viola de Amor, bailé como un ángel que tocara un violín imaginario.

Con nuestra despreocupación habitual y nuestro desprecio hacia las cosas prácticas, sucedió que se agotaron de nuevo nuestros ahorros y que tuvimos que telegrafiar a Alejandro Gross para que nos mandara el dinero preciso para volver a Berlín, donde preparaba entonces mi debut.

Al llegar a Berlín quedé estupefacta al ver que por toda la ciudad ondeaban carteles y letreros con mi nombre, anunciando mi presentación en la Kroll's Opera, con la Orquesta Filarmónica. Alejandro Gross nos llevó al hotel Bristol, en Unter den Linden, donde esperaban ya los periodistas alemanes para hacerme mi primera *interview*. Después de mis estudios en Munich y de mi viaje a Florencia, me hallaba en un estado de espíritu tan grave y espiritual, que dejé atónitos a estos señores de la Prensa cuando les expuse, en un alemán americanizado, mi ingenua y grandiosa concepción del arte del baile como el *grösste ernste Kunst* (el arte serio más grande) que traía al mundo el renacimiento de todas las otras artes.

¡ De qué distinta manera me escuchaban aquellos periodistas alemanes con relación a los americanos que, más tarde, habían de oír también mis teorías sobre la danza ! Me escuchaban llenos de respeto y de interés, y al día siguiente aparecían en los periódicos alemanes extensos artículos que hablaban de mis danzas con un tono grave y filosófico.

Alejandro Gross era un bravo precursor. Había arriesgado todo su capital para lanzar mis representaciones en Berlín, sin retroceder ante ningún gasto de publicidad, contratando la primera sala de ópera y el mejor director de orquesta, y si, al levantarse el telón sobre una decoración sencillísima de una cortina azul,

no hubiera estallado un aplauso del público berlinés, mis danzas le hubieran acarreado una ruina total. Pero fué un excelente profeta. Produje el efecto que él había previsto. Gané a Berlín por asalto. Después de bailar dos horas seguidas, el público se negaba a salir de la Opera y reclamaba nuevos bailes. Centenares de estudiantes jóvenes subieron al escenario, y hasta llegué a temer que me aplastaran con sus excesivas adoraciones. En las noches—y fueron muchas—que siguieron a este triunfo, recibí el encantador homenaje habitual en Alemania : el público desenganchaba los caballos de mi coche y me arrastraba en triunfo por las calles berlinesas, a lo largo de Unter den Linden, hasta mi hotel.

Desde el día de mi presentación, el público alemán me conocía por los nombres de *die göttliche, heilige Isadora* (la divina y santa Isadora). Una de estas noches, Raimundo se presentó inopinadamente. Volvía de América. Tenía la nostalgia de la familia, y nos dijo que no podía permanecer más tiempo separado de nosotros. Reanudamos entonces un proyecto que habíamos estado acariciando durante mucho tiempo : hacer una peregrinación al templo sagrado del Arte, ir a nuestra adorada Atenas. Entonces me sentía yo en el umbral de mi arte, y, tras una breve estancia en Berlín, conseguí vencer las súplicas y lamentos de Alejandro Gross. Volvimos a tomar el tren de Italia, con los ojos brillantes y palpitante el corazón : íbamos a hacer juntos nuestro largo viaje por Grecia, pasando antes por Venecia.

En Venecia nos quedamos varias semanas, visitando reverentemente las iglesias y los museos. Pero, naturalmente, Venecia carecía entonces para nosotros de todo sentido. Admirábamos cien veces más la superior belleza intelectual y espiritual de Florencia. Venecia no se me reveló en todo su secreto encanto hasta años después, cuando volví en compañía de un amante de cuerpo ágil y gracioso, de ojos negros y piel de aceituna.

Hasta entonces no comprendí el sortilegio de Venecia. En mi primera visita sentía demasiada impaciencia por tomar el barco y caminar hacia esferas más elevadas.

Raimundo decidió que nuestro viaje a Grecia debía ser tan primitivo como fuera posible, y, por lo tanto, despreciando los grandes y cómodos navíos, subimos a bordo de un vaporcito que hacía la travesía de Brindisi y Santa Maura. Bajamos en Santa Maura para admirar el sitio de la antigua Itaca y la roca desde donde Safo se arrojó al mar, en un momento de desesperación. Ahora mismo, cuando evoco aquel viaje, recuerdo los versos de Byron que entonces cantaban en mi oído :

The isles of Greece,
The isles of Greece, the isles of Greece,
Where burning Sappho lived and sung,
Where grew the arts of war and peace,
Where Delos rose and Phoebus sprung!
Eternal summer gilds them yet,
But all, except their sun, is set.

(Islas de Grecia, islas de Grecia, donde la ardiente Safo amó y cantó, donde prosperaron las artes de la guerra y de la paz, de donde se elevó Delos y surgió Phoebus. Un eterno verano os dora todavía ; pero, exceptuando vuestro sol, todo duerme ahora.)

Desde Santa Maura tomamos al amanecer un pequeño barco de vela con dos hombres solamente, y en un día abrasador de junio navegamos por el Jónico azul. Entramos en el golfo de Ambracia y tomamos tierra en la pequeña ciudad de Karvasaras.

En alabanza de nuestra embarcación, Raimundo había explicado, con gran expresión de gesto y algunas citas del griego antiguo, que deseábamos hacer nuestro viaje lo más semejante posible al de Ulises. El pescador

no pareció comprender muy bien lo que quería decir Ulises ; pero la vista de muchos dracmas le alentó a echar la vela, si bien dudaba de si debía ir más lejos, y, señalando con frecuencia a las nubes, nos decía : «Huy, huy», y, haciendo con los brazos un ademán de tormenta en el mar, nos advertía que el tiempo era amenazador. Nosotros pensamos en los versos de la *Odisea* que describen este estado del mar :

«Dijo ; y, echando mano al tridente, congregó las nubes y turbó el mar ; suscitó grandes torbellinos de toda clase de vientos ; cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Soplaron a la vez el Euro, el Noto, el impetuoso Céfiro y el Bóreas, que, nacido en el éter, levanta grandes olas. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Ulises ; y el héroe, gimiendo, lanzaba profundos suspiros.» (*Odisea,* V.)

Pues no hay mar tan cambiante como el mar Jónico. Arriesgamos nuestras preciosas vidas en este viaje y estuvimos a punto de sufrir la misma suerte de Ulises :

«Mientras esto decía, vino una grande ola que desde lo alto cayó horrendamente sobre Ulises, e hizo que la balsa zozobrara. Fué arrojado el héroe lejos de la balsa, sus manos dejaron el timón, llegó un horrible torbellino de mezclados vientos que rompió el mástil por la mitad, y la vela y la entena cayeron en el ponto a gran distancia. Mucho tiempo permaneció Ulises sumergido, que no pudo salir a flote inmediatamente por el gran ímpetu de las olas y porque le apesgaban los vestidos que le había entregado la divinal Calipso. Emergió, por fin, despidiendo de la boca el agua amarga que asimismo le corría de la cabeza en sonoros chorros.»

Y más tarde, cuando Ulises naufraga y encuentra a Nausicaa :

«Ayer pude salir del vinoso ponto, después de veinte días de permanencia en el mar, en el cual me vi a merced de las olas y de los veloces torbellinos desde que

desamparé la isla Ogigia ; y algún numen me ha echado acá, para que padezca nuevas desgracias, que no espero que éstas se hayan acabado ; antes los dioses deben de prepararme otras muchas todavía. Pero tú, oh reina, apiádate de mí, ya que eres la primer persona a quien me acerco después de soportar tantos males y me son desconocidos los hombres que viven en la ciudad y en esta comarca.»

Nos detuvimos en la pequeña ciudad turca de Prevesa, en la costa del Epiro, donde compramos provisiones consistentes en un gran queso de cabra, grandes cantidades de aceituna y peces secos. Como en la embarcación no había ningún lugar donde conservar aquellas provisiones, no olvidaré nunca mientras viva el olor que despedían el queso y el pescado, expuestos el día entero a un sol abrasador, y unido todo ello a un gentil aunque poderoso paso ondulante, de que sin duda tenía la exclusiva nuestra barca. La brisa cesaba con frecuencia y nos veíamos obligados a coger los remos. Por fin, al anochecer, tomamos tierra en Karvasaras.

Los habitantes bajaron en su totalidad a recibirnos. El mismo Cristóbal Colón no produjo tanta expectación entre los indígenas de América : los nuestros quedaron sin habla cuando Raimundo y yo hincamos las rodillas en tierra y besamos el suelo. Raimundo se puso a declamar esta invocación a Grecia :

Cold is the heart, fair Greece! That looks on thee,
Nor feels as lovers o'er the dust they loved;
Dull is the eye, that will not weep to see
Thy walls defaced, thy mouldering shrines removed.

Estábamos locos de alegría. Anhelábamos abrazar a todos los habitantes del pueblo y exclamar : «¡ Por fin henos aquí, al cabo de tantos trabajos, en la sagrada tierra de la Hélade ! ¡ Salud, oh olímpico Zeus ! ¡ Y Apolo ! ¡ Y Afròdita ! ¡ Preparaos, oh musas, a bailar

de nuevo! Nuestros cantos despertarán a Dionysos y a las bacantes dormidas.»

«De pie, oh bacantes, mujeres y doncellas. Venid, oh vosotras, bacantes, venid y traed al maestro de goces. Que Bromios con todo su poder descienda de la cima del Monte de Frigia, y adornad vuestras carnes con su toisón blanco.»

En Karvasaras no había ni hotel ni ferrocarril. Aquella noche tuvimos que dormir en una sola habitación de posada. Pero no dormimos mucho, porque Raimundo se pasó la noche discurriendo acerca de la sabiduría de Sócrates y de la compensación celestial del amor platónico, y, además, porque las camas eran durísimas y la Hélade poseía muchos millares de pequeños habitantes que tomaron festín de nuestros cuerpos.

Salimos del pueblo al amanecer. Mi madre tomó asiento en un coche de dos caballos donde iba nuestro equipaje, y nosotros la escoltábamos llevando en la mano ramas de laurel. Todo el pueblo nos acompañó un buen trecho por la carretera. Tomamos el antiguo camino que Felipe de Macedonia recorrió con su ejército hace dos mil años.

* * *

El camino de Karvasaras a Agrinion está abierto a través de unas montañas de hosca y salvaje grandeza. Era una bella mañana de aire claro como cristal. Corríamos con las alas ligeras de nuestros pies juveniles, saltando y brincando delante del carro, acompañando nuestros pasos con gritos y canciones de júbilo. Cuando atravesamos el río Aspropotamos (antiguo Acheloos), Raimundo y yo, a pesar de las súplicas lacrimosas de Isabel, quisimos tomar un baño—el bautismo—en sus limpias aguas. No nos dábamos cuenta de la fuerza de la corriente, y estuvimos a punto de ser arrastrados por ella.

Durante el viaje, dos perros salvajes de pastor se abalanzaron sobre nosotros, cruzando todo un valle. Nos hubieran atacado con ferocidad de lobos si nuestro bravo carretero no los hubiera asustado con un gran látigo.

Almorzamos en una posada del camino, donde tomamos por primera vez el vino conservado con resina en las clásicas pieles de cerdo. Tenía un sabor de barniz ; pero, a pesar de las muecas que hacíamos, confesábamos que era delicioso.

Llegamos, por fin, a la antigua ciudad de Stratos, que estuvo en otro tiempo colocada sobre tres colinas. Ésta fué nuestra primera aventura entre las ruinas de Grecia. La contemplación de las columnas griegas nos produjo éxtasis. Seguíamos a Raimundo, el cual nos guiaba al lugar del teatro del templo de Zeus, en la colina occidental. Conforme iba poniéndose el sol, nuestras imaginaciones exaltadas eran víctimas de un espejismo y veíamos de nuevo a la ciudad, pacífica y hermosa, sobre sus tres colinas.

Llegamos de noche a Agrinion, exhaustos, pero con una embriaguez de felicidad que raramente conocen los mortales. Al día siguiente tomamos la diligencia para Missolonghi, donde rendimos un tributo al corazón inflamado de Byron, que allí se conserva como una reliquia entre los recuerdos de aquella heroica ciudad regada por la sangre de los mártires. ¿ No es extraño pensar que fué el mismo Byron quien retiró el corazón de Shelley de las cenizas rojas de su hoguera funeraria? El corazón de Shelley se conserva en Roma, y quizá los corazones de estos dos poetas se comunican todavía y comulgan místicamente desde «la gloria que fué Grecia hasta la grandeza que fué Roma». Todos estos recuerdos disminuían y entristecían nuestro júbilo vehemente y pagano. La ciudad conservaba aún la trágica atmósfera del famoso cuadro de Delacroix *La Sortie de Missolonghi,* cuando casi todos los habitantes, hom-

bres, mujeres y niños, fueron asesinados por sus desesperados esfuerzos para romper las líneas turcas.

Byron murió en Missolonghi en abril de 1924. Dos años después, también en abril, casi en el aniversario de la muerte de Byron, aquellos héroes se unían a él en la tierra de las sombras; a él, que estuvo tan dispuesto a entregarlo todo por su liberación. ¿Hay algo más conmovedor que la muerte de Byron en esta brava ciudad de Missolonghi? Su corazón se conserva entre aquellos mártires que murieron para que el mundo conociera de nuevo la belleza inmortal de la Hélade. Porque, verdaderamente, todos los martirios son fructuosos. Con el corazón inflamado y los ojos lacrimosos salimos de Missolonghi a la débil luz del crepúsculo. Desde la pequeña embarcación que nos llevaba a Patras contemplábamos todavía la ciudad.

En Patras sostuvimos una dura lucha para decidirnos entre las atracciones de Olimpia y las de Atenas; pero prevaleció nuestra gran impaciencia por conocer el Partenón y tomamos el tren de Atenas. El tren corría a través de la radiante Hélade. A ratos veíamos el Olimpo cubierto de nieve y a ratos estábamos rodeados por coros de ninfas y de hamadriadas que bailaban y que procedían de un bosque de olivos. Nuestro deleite no conocía límites. A veces era tan violenta nuestra emoción, que no teníamos otro medio de expresarla que abrazándonos con lágrimas en los ojos. Los campesinos estólidos de las estaciones nos miraban con estupefacción. Pensarían acaso que estábamos bebidos o que éramos unos locos, pero nadie creería que nuestra exaltación tenía su origen en la más alta y más brillante de todas las sabidurías, en los ojos azules de Atenea.

Aquella noche llegamos a Atenas, coronada de violetas; y la aurora nos sorprendió escalando su templo con paso tembloroso y el corazón inflamado de adoración. Según subíamos la escalinata me parecía que toda la vida que yo había conocido hasta aquel momento se

desgajaba de mí como un adorno abigarrado ; que nunca había vivido antes y que estaba naciendo por primera vez en aquel largo aliento y en aquella primera contemplación de la belleza pura.

El sol se elevaba por detrás del monte Pentélico, revelando su maravillosa claridad y el esplendor de sus flancos marmóreos, brillantes por los rayos solares. Llegamos al último escalón de los Propíleos y contemplamos el templo, iluminado por la luz matinal. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, se hizo el silencio. Nos separamos levemente uno de otro. Era una belleza demasiado sagrada para las palabras. Golpeaban nuestros corazones con un extraño terror. Ni gritos ni abrazos. Cada uno de nosotros había encontrado el punto supremo de adoración, y permaneció horas enteras en un éxtasis de meditación del que salimos debilitados y como destrozados.

Ahora estábamos todos juntos : mi madre y sus cuatro hijos. Decidimos que el Clan Duncan se bastaba a sí mismo y que los demás no habían hecho otra cosa que distraernos de nuestros ideales. Nos parecía también, según contemplábamos el Partenón, que habíamos alcanzado el pináculo de la perfección, y nos juramentamos para no salir nunca de Grecia, pues era en Atenas donde habíamos encontrado todo lo que satisfacía a nuestro sentido estético. Quizá sorprenda a alguien que, después de los éxitos públicos que había tenido y después de mi apasionado interludio en Budapest, no sintiera el menor deseo de regresar. La verdad es que cuando yo empecé aquella peregrinación no tenía ningún afán de gloria ni dinero. Era una peregrinación puramente espiritual, y me parecía que el espíritu que yo buscaba era la invisible diosa Atenea que habitaba todavía en las ruinas del Partenón. Por eso decidimos que el Clan Duncan viviría eternamente en Atenas, donde construiría un templo que sería exclusivamente nuestro.

De mis representaciones en Berlín conservaba en el Banco una cantidad que me parecía inagotable, y nos dedicamos a buscar un sitio a propósito para nuestro templo. Agustín era el único que no se sentía perfectamente feliz. Se quejaba de continuo, y, por fin, confesó su tristeza por el alejamiento de su mujer y de su hijo. Consideramos esta añoranza como una gran debilidad, y accedimos—puesto que ya estaba casado y tenía un hijo—a que fuera a buscarlos. No podíamos hacer otra cosa.

Llegó su mujer con la niñita. Vestía con elegancia y llevaba tacones Luis XV. Le miramos con insistencia a los tacones, pues nosotros habíamos adoptado ya las sandalias, que eran muy adecuadas para no ensuciar el mármol blanco del piso del Partenón. Pero se negó rotundamente a lo de las sandalias. Nosotros habíamos decidido que, incluso los trajes Directorio que yo llevaba, los pantalones de Raimundo, su cuello abierto y su chalina, eran indumentos degenerados, y que se hacía preciso volver a las túnicas de los antiguos griegos. Y así lo hicimos, con gran estupefacción de los griegos modernos.

Habiéndonos vestido con túnicas, clámides y peplos, y habiendo rodeado con cintas nuestros cabellos, nos dedicamos a buscar el espacio para nuestro templo. Exploramos Colonos, Phaleron y todo el valle de Atica, pero no pudimos encontrar nada digno de nuestro templo. Finalmente, un día en que paseábamos por el Himeto, donde están las colmenas que producen la famosa miel, cruzamos un terreno elevado, y Raimundo, plantando repentinamente su bastón sobre la tierra, exclamó: «Mirad: estamos al nivel de la Acrópolis.» Y, en efecto, mirando hacia el oeste, vimos el templo de Atenea, muy cercano a nosotros, aunque en realidad nos hallábamos a cuatro kilómetros de distancia.

Pero había dificultades en aquel terreno. En primer

lugar, nadie conocía a los propietarios ; estaba lejos de Atenas y era frecuentado solamente por pastores que allí llevaban a pacer a sus cabras y a sus corderos. Nos costó mucho trabajo descubrir que el terreno pertenecía a cinco familias de campesinos, que lo poseían desde unos cien años. Estaba dividido, como un pastel, del centro a la periferia, en secciones. Tras largas pesquisas dimos con los jefes de aquellas cinco familias. Les preguntamos si lo querían vender, y quedaron atónitos, porque nadie les había manifestado antes el menor interés por sus tierras. Era un suelo rocoso, distante de Atenas, que no producía sino cardos. Además, no había agua en toda la comarca. Nadie atribuía valor a aquel terreno. Pero, desde el momento en que nosotros dimos a entender que deseábamos comprarlo, los campesinos, sus propietarios, se reunieron aparte y decidieron que el valor de aquella tierra era inestimable. Nos pidieron una cantidad totalmente desproporcionada. Sin embargo, el Clan Duncan estaba determinado a comprarlo, y realizamos el trato con los campesinos de la manera siguiente : Invitamos a las cinco familias a un banquete, en que se sirvió cordero asado y otros platos suculentos, y en que les dimos a beber *raki* y una especie de *cognac* del país. A los postres, con la ayuda de un abogado ateniense, redactamos un contrato de venta en el cual los campesinos, que no sabían escribir, pusieron sus rúbricas. Y, aunque pagamos muy cara la tierra, consideramos que el banquete había sido un gran éxito. La colina desnuda, al mismo nivel de la Acrópolis, conocida desde la antigüedad con el nombre de Kopanos, pertenecía ahora al Clan Duncan.

El paso siguiente consistió en proporcionarnos papel e instrumentos de arquitectura y en hacer los planos de la casa. Raimundo halló en un plano del palacio de Agamenón el modelo exacto que deseábamos. Desdeñó la ayuda de los arquitectos, y él mismo contrató a los

obreros y a los acarreadores de piedras. Convinimos en que las únicas piedras dignas de nuestro templo eran las del Monte Pentélico, de cuyos flancos luminosos habían salido las nobles columnas del Partenón. Nos conformamos, sin embargo, modestamente, con las piedras rojas que había en las faldas de la montaña. Desde entonces, una fila de carretas nos traía diariamente nuestras piedras rojas, cruzando el camino tortuoso que va del Pentélico a Kopanos. A medida que descargaban en nuestro terreno las piedras rojas, crecía y crecía nuestro júbilo.

Llegó por fin el día solemne en que fué colocada la piedra angular de nuestro templo. Quisimos que este gran acontecimiento fuera celebrado con una ceremonia digna. La Divinidad sabe que ninguno de nosotros era inclinado a cosas de iglesia, pues todos estábamos completamente emancipados por nuestras ideas científicas modernas y por el libre pensamiento. Sin embargo, creímos que sería más bello y adecuado colocar esta piedra angular a la usanza de Grecia, con una ceremonia dirigida por un sacerdote griego. Invitamos a todos los campesinos del país, de muchas millas a la redonda.

Llegó el viejo sacerdote, vestido de negro y tocado con un sombrero también negro, del que flotaba un velo del mismo color que caía en amplios vuelos. El sacerdote nos pidió un gallo negro para ofrecerlo como un sacrificio. Este es el mismo rito que, de los tiempos del templo de Apolo, llegó a los sacerdotes bizantinos. Se encontró, no sin dificultad, el gallo negro, y se lo presentamos al sacerdote, con el cuchillo de los sacrificios. Entretanto llegaban de todos los ángulos del país bandas de campesinos. Venían, además, algunos elegantes de Atenas. Al ponerse el sol, una gran muchedumbre estaba reunida en Kopanos.

Con solemnidad impresionante empezó su rito el viejo sacerdote. Nos pidió que designáramos nosotros las líneas exactas de los cimientos de la casa, y lo hicimos

bailando en torno a un cuadro que Raimundo había trazado ya sobre la tierra. Colocó luego la piedra angular, y, precisamente en el momento en que se ponía el gran sol rojo, cortó el cuello del gallo dorado, cuya sangre de carmín cayó sobre la piedra. Cogiendo el cuchillo con una mano y el ave degollada con la otra, dió solemnemente tres vueltas al lugar de los cimientos. Siguieron los rezos y conjuros. Bendijo todas las piedras de la casa y, después de preguntarnos nuestros nombres, rezongó una oración en la cual oíamos frecuentemente los nombres *Isadora Duncan* (mi madre), *Agustín,* Raimundo, Isabel e Isadorita (yo). Pronunciaba nuestro nombre Duncan como si fuera Thuncan, con una dura «th», en lugar de la «D». Una vez y otra nos exhortó a vivir piadosa y pacíficamente en aquella casa. Rezó por que nuestros descendientes vivieran en ella piadosa y pacíficamente también. Cuando terminó sus plegarias, llegaron los músicos con los primitivos instrumentos del país. Se abrieron grandes toneles de vino y *raki.* Encendimos un fuego chisporroteante, en plena colina, y pasamos toda la noche con nuestros vecinos los aldeanos, bailando, bebiendo y divirtiéndonos.

Decidimos continuar para siempre en Grecia. Y no sólo eso, sino que, como dice Hamlet, hicimos también votos de que no habría bodas. «Que aquellos que estén casados continúen casados», etc.

Aceptamos a la mujer de Agustín con reserva mal disimulada. Pero por nuestra parte nos trazamos un plan de vida que quedó escrito en un cuaderno, y que afectaba exclusivamente al Clan Duncan. En este plan figuraban las reglas de nuestra vida en Kopanos. Era un plan muy parecido al de Platón en su *República.* Obligación de levantarse al salir el sol. Salutación al sol con canciones jubilosas y danzas. Luego, el refrigerio de un modesto tazón de leche de cabra. Las mañanas, consagradas a enseñar a los habitantes la danza y el canto. Les debíamos enseñar la veneración de sus

antiguos dioses y el desprecio de sus terribles trajes modernos. Después, al terminar nuestro ligero almuerzo de legumbres verdes—porque habíamos decidido renunciar a toda carne y hacernos vegetarianos—, nos dedicaríamos por la tarde a la meditación, y al anochecer, ceremonias paganas con música apropiada.

Entonces empezamos la construcción de Kotanos. Como los muros del palacio de Agamenón eran de un espesor de cerca de dos pies, los de Kopanos no podían ser menos. Hasta que los muros no estuvieron erigidos no me dí cuenta de la cantidad de mármol del Pentélico que necesitaríamos y del precio de cada una de las carretas. Algunos días más tarde decidimos acampar en otro sitio, y entonces vino súbita y efectivamente a nuestra conciencia la idea de que no había agua en muchas millas a la redonda. Mirábamos a las alturas del Himeto, donde estaba la miel de las abejas, y ante nosotros se deslizaban muchos arroyos y fuentes. Luego contemplábamos el Pentélico, cuyas eternas nieves caían en cascadas por la montaña abajo. ¡Ay! Comprobamos que Kopanos era totalmente abrupto y árido. La fuente más cercana estaba a cuatro kilómetros.

Pero Raimundo no desesperó; contrató más trabajadores y les ordenó que hicieran puentes artesianos. Como hallara algunas reliquias, decidió que allí había existido, en la antigüedad, un pueblo; pero yo tenía mis razones para creer que era un cementerio, pues cuanto más se cavaba en la profundidad de los pozos artesianos más seco era el terreno. Por fin, después de buscar infructuosamente durante varias semanas el agua de Kopanos, volvimos a Atenas para pedir consejo a los espíritus proféticos que, sin duda, habitaban la Acrópolis. Se nos concedió un permiso especial para visitarla en las noches de luna, y tomamos la costumbre de sentarnos en el anfiteatro de Dionysos, donde Agustín recitaba versos de las tragedias griegas y donde yo bailaba.

Nuestro clan se bastaba a sí mismo. No teníamos la menor relación con los habitantes de Atenas. Un día nos dijeron los campesinos que el rey de Grecia había ido a caballo a ver nuestro templo, y la noticia no nos produjo la menor impresión. Porque vivíamos bajo el reinado de otros reyes : Agamenón, Menelao y Priamo.

CAPITULO XIII

Una noche de luna en que estábamos sentados en el teatro de Dionysos, oímos un grito agudo que se elevaba en la noche con una sonoridad tan patética y sobrenatural que únicamente podía venir de un muchacho. Era, en efecto, la voz de un muchacho. Súbitamente, otra voz, y luego otra, se unieron a la primera. Estaban cantando alguna vieja canción griega. Quedamos emocionados, y Raimundo dijo : «Así debieron de ser las voces de los muchachos del antiguo coro griego.»

A la noche siguiente se repitió aquel concierto. Como distribuíamos una buena cantidad de dracmas, el coro aumentó la tercera noche, y gradualmente todos los chicos de Atenas fueron dándose cita en el teatro de Dionysos para cantar a la luz de la luna.

Nos interesábamos mucho por la música bizantina en la iglesia griega. Visitamos la iglesia griega y oímos el maravilloso canto lastimero del sacerdote. También visitamos el seminario de jóvenes sacerdotes, situado en las puertas de Atenas, y examinamos la biblioteca de manuscritos que databan de la Edad Media. Como muchos helenistas distinguidos, opinamos que los himnos de Apolo, de Afrodita y de todos los dioses del paganismo habían pasado a la iglesia griega a través de algunas transformaciones.

Entonces se nos ocurrió la idea de resucitar el primitivo coro griego con aquellos muchachos atenienses,

Todas las noches organizábamos concursos en el teatro de Dionysos, y dábamos premios a aquellos que presentaban las canciones más antiguas de Grecia. Recurrimos también a los servicios de un profesor de música bizantina, y de este modo conseguimos formar un coro con los diez muchachos que poseían las voces más bellas de toda Atenas. Un joven seminarista, que estaba estudiando el antiguo griego, nos hizo una adaptación de *Las suplicantes,* de Esquilo, para nuestro flamante coro ; su letra era, al efecto, una de las más hermosas que se han escrito. Recuerdo especialmente una de ellas, en que se pinta el terror de las doncellas agrupadas en torno al altar de Zeus para implorar su protección contra los primos incestuosos que venían por el mar.

Con nuestros estudios sobre la Acrópolis, la edificación de Kopanos y la danza de los coros de Esquilo vivíamos absorbidos por el trabajo, y, exceptuando algunas excursiones por los pueblos cercanos, no hacíamos otra cosa.

La lectura de los *Misterios de Eleusis* nos impresionó extraordinariamente.

«Estos misterios de los cuales nadie puede hablar. Solamente es feliz quien los ha visto con sus ojos ; su suerte al morir no es como la suerte de los otros hombres.»

Organizamos una visita a Eleusis, a trece millas y media de Atenas. Con las piernas desnudas y calzados con sandalias caminábamos bailando por una carretera blanca y polvorienta que bordea las antiguas alamedas de Platón, a lo largo del mar. Deseábamos que los dioses nos fueran propicios, y con este propósito, en lugar de andar, bailábamos. Atravesamos el pueblecito de Dafne y la capilla de Higia Trias. A través de las colinas veíamos, a intervalos, el mar y la isla de Salamina, donde nos detuvimos un momento para reconsti-

tuir la famosa batalla de Salamina, en que los griegos derrotaron al ejército persa mandado por Xerxes.

Se dice que Xerxes contemplaba la lucha, sentado en su trono de pies de plata, desde una columna enfrentada con el Monte Aegaleos. Era en el año 480 antes de Jesucristo : los griegos, con una flota de trescientos navíos, destruyeron a los persas y ganaron su independencia. Unos seiscientos guerreros persas, armados de picas, estaban situados en un islote para degollar a los griegos que pudieran salvarse del naufragio. Pero Arístides, sabedor de los planes de Xerxes para arruinar a la flota griega, despistó a los persas.

«Un navío griego emprendió el ataque y arrancó la figura esculpida en la proa de un navío fenicio ; vino entonces la lucha encarnizada, unidos los barcos unos a otros. Al principio, los navíos de la flota persa sufrieron bravamente el choque ; pero en seguida su misma muchedumbre de guerreros fué la causa de su pérdida ; en aquel reducido brazo de mar no podían desplegar su fuerza. Estrechados unos contra otros, los barcos de espolones de bronce se destripaban y rompían sus remos. Sin embargo, los griegos asestaban contra ellos golpes repetidos, y los navíos persas mostraban sus quillas, en tanto que el Mar Azul desaparecía bajo la multitud innumerable de residuos y cadáveres.»

Así, pues, bailando, hicimos el viaje. Sólo nos detuvimos una vez en la pequeña iglesia cristiana, cuyo sacerdote griego, que nos había visto, con creciente estupor, avanzar por la carretera, insistió en que debíamos visitar la iglesia y tomar un poco de su vino. Invertimos dos días en Eleusis, visitando sus misterios. Al tercer día regresamos a Atenas, pero no solos. Nos acompañaba un grupo de sombras iniciadas : Esquilo, Eurípides, Sófocles y Aristófanes.

No deseábamos ir más lejos. Habíamos llegado a nuestra Meca, la cual, para nosotros, significaba el esplendor de la perfección : Hélade. He abandonado un poco

aquella primera y pura adoración de la sabia Atenas; y la última vez que estuve en la capital de Grecia, confieso que ya no me atraía su culto, sino más bien un rostro de Cristo sufriendo en la pequeña capilla de Dafne. Pero, en aquella época, en la mañana de la vida, la Acrópolis era mi único manantial de gozo y de inspiración. Éramos demasiado fuertes y retadores para comprender la piedad.

La aurora nos sorprendía todas las mañanas en la ascensión a los Propíleos. Terminamos por conocer la historia de las columnas sagradas a través de las épocas sucesivas. Llevábamos nuestros libros y seguíamos la historia de cada piedra. Estudiábamos las teorías de los más distinguidos arqueólogos acerca del origen y significación de ciertos signos y presagios.

Raimundo hizo por su cuenta algunos descubrimientos originales. Se entretenía con Isabel en buscar las huellas de las cabras que, antes de la construcción del templo, subían por las piedras para pastar en la colina. Y consiguieron, en efecto, descubrir algunas, pues la Acrópolis fué empezada primero por un sencillo grupo de pastores que allí buscaban abrigo y protección para sus ganados durante la noche. Consiguieron dar con los caminos que seguían las cabras, mil años antes de la construcción de la Acrópolis.

En el concurso de los doscientos niños pobres y mal trajeados, escogimos, con la ayuda del joven seminarista del colegio bizantino, unos diez muchachos que tenían voz verdaderamente divina, y comenzamos a ensayar los coros. En el ritual de la Iglesia griega encontramos estrofas y antistrofas tan entonadas con la armonía de los coros que convinimos en que eran los himnos verdaderos de Zeus, Padre, Tonante y Protector, los cuales himnos habían sido aprovechados por los primitivos cristianos y transformados en himnos a Jehová. En la biblioteca de Atenas hallamos, en diferentes libros que trataban de la música antigua de Gre-

cia, gamas y motivos de la misma condición. Según realizábamos estos descubrimientos, aumentaba nuestra febril exaltación. Íbamos, por fin, al cabo de dos mil años, a entregar al mundo aquellos tesoros perdidos.

El Hotel de Inglaterra, donde nos hospedábamos, puso generosamente a mi disposición un gran salón, donde trabajábamos todos los días. Pasaba las horas adaptando la música de *Las Suplicantes* a los movimientos y gestos inspirados por el ritmo de la música de la Iglesia griega. Era tal nuestro entusiasmo y estábamos tan convencidos de nuestras teorías, que nunca nos detuvimos a pensar en la mezcla cómica de las expresiones religiosas.

Atenas atravesaba entonces, como de costumbre, un estado revolucionario. Pero esta vez la revolución tenía por origen una diferencia de criterio entre la Casa Real y los estudiantes acerca de si debían o no representarse en lenguaje clásico las gloriosas tragedias de sus antecesores. Multitud de estudiantes desfilaban por las calles, con banderas desplegadas, para pedir que se respetara el lenguaje antiguo. El día en que regresamos de Kopanos rodearon nuestro coche, aclamaron nuestras túnicas helenas y nos pidieron que nos sumáramos a su manifestación, lo que hicimos nosotros de buen grado, por amor a la antigua Hélade. A consecuencia de esta manifestación se organizó en el Teatro Municipal una representación escénica por estudiantes. Los diez muchachos griegos y el seminarista bizantino, adornados con túnicas flotantes y de muchos colores, cantaron en el viejo idioma de Grecia los coros de Esquilo, y yo bailé. Entre los estudiantes se produjo un delirio de entusiasmo.

El rey Jorge, informado de este acontecimiento, expresó el deseo de que fuera a repetir la función al Teatro Real. Pero la representación dada ante la Familia Real y ante todos los embajadores en Atenas careció del fuego y del entusiasmo de aquella otra función popular de

estudiantes. Los aplausos de sus manos, calzadas con guantes de cabritilla, no expresaban mucho convencimiento. El rey Jorge vino a mi cuarto y me pidió que fuera a saludar a la reina, que estaba en el palco regio. Ninguno de los dos parecía muy satisfecho, y advertí inmediatamente que ni amaban ni comprendían mi arte. El *ballet* será siempre la danza por excelencia de todos los personajes reales.

Todo esto ocurría al mismo tiempo que yo me enteraba de que nuestras reservas se agotaban en el Banco. Recuerdo que la noche de la representación regia no pude dormir y que, al amanecer, fuí yo sola a la Acrópolis. Entré en el Teatro de Dionysos y bailé. Sentía que era la última vez. Subí a los Propíleos, y me coloqué, sola, en pie, ante el Partenón. Tuve repentinamente la sensación de que todos nuestros sueños estallaban como brillantes pompas de jabón, y que éramos, y que no podíamos ser, otra cosa que modernos. No podíamos tener los mismos sentimientos de los antiguos griegos. Este templo de Atenea, ante el cual me hallaba, había tenido en otro tiempo otros colores. Yo no era, después de todo, sino una americana, con sangre irlandesa y escocesa. Poseía quizá más afinidades con los pieles rojas que con los griegos. La hermosa ilusión de todo un año pasado en la Hélade se quebraba súbitamente. Las cadencias de la música bizantina se desvanecían y el gran canto de la muerte de Iseo flotaba en torno a mis oídos.

Tres días más tarde, entre una muchedumbre entusiasta, entre los padres sollozantes de los diez niños griegos, salimos de Atenas para Viena. En la estación rodeé mi cuerpo con una bandera griega, blanca y azul, y los diez chicos y toda la muchedumbre entonaron el bello himno de Grecia:

Op ta kokolá vgalméni
Ton Elinon to yera

Chéré o chéré Elefteria
Ké san prota andriomeni
Chéré o chéré Elefteria.

Cuando evoco aquel año pasado en Grecia, pienso que fué un año realmente hermoso ; hermoso, y muy hermoso, aquel esfuerzo para encontrar las huellas que, dos mil años atrás, dejó una belleza que quizá no comprendíamos nosotros, que quizá no puede comprender nadie, pero que hizo escribir a Renán :

«¡ Oh nobleza ! ¡ Oh belleza sencilla y verdadera ! Diosa cuyo culto significa razón y sabiduría, cuyo templo es una eterna razón de conciencia y de sinceridad : llego tarde al umbral de tus misterios : traigo muchos remordimientos a tu altar. Para encontrarte he necesitado infinitas investigaciones. La iniciación que conferías tú con una sonrisa al nacimiento del ateniense, la he conquistado yo a fuerza de reflexiones, al precio de grandes esfuerzos.»

Y de este modo dejamos la Hélade y llegamos una mañana a Viena, con nuestros coros de niños griegos y su profesor, el sacerdote bizantino.

CAPITULO XIV

Nuestro deseo de hacer revivir los Coros Griegos y la antigua danza trágica constituyó un esfuerzo verdaderamente digno, aunque de amarga inutilidad. Después de los éxitos financieros de Budapest y Berlín, no tuve el menor deseo de dar la vuelta al mundo, sino que preferí gastar mi dinero en la erección de un templo griego y en el resurgimiento del coro de Grecia. Hoy, al repasar mi vida, me parece un fenómeno realmente curioso aquella aspiración de nuestra juventud.

Llegamos, pues, una mañana a Viena y presenta-

mos a la admiración del público austríaco los coros de *Las Suplicantes,* de Esquilo, cantados por nuestros niños griegos, en el escenario, mientras yo bailaba. Como eran cincuenta las hijas de Danao, tropecé con muchas dificultades para expresar yo sola, con mi leve figura, las emociones de cincuenta doncellas juntas; pero tuve el sentimiento de multiplicar mi unidad, y me salió bien.

Viena está a cuatro horas de Budapest. Aunque parezca extraordinario, el año que viví ante el Partenón me había separado tanto de Budapest que no me pareció raro el que Romeo no hiciera un viaje de cuatro horas para verme. Estaba tan interesada en los Coros Griegos que mi devoción hacia ellos absorbía todas mis energías y emociones. A decir verdad, nunca pensé en él. Mi sér era entonces presa de asuntos intelectuales, que se concentraban admirablemente en una amistad que trabé con un hombre de inteligencia superior: Herman Bahr.

Herman Bahr me había visto bailar dos años antes en la Künstler Haus, de Viena, ante una asamblea de artistas, y cuando volví a Viena, con los coros de niños griegos, se interesó vivamente en mi trabajo y escribió una maravillosa crítica en la *Neue Presse.*

Herman Bahr era entonces un hombre de unos treinta años. Tenía una magnífica cabeza, cubierta de suntuosa cabellera castaña, y llevaba una barba del mismo color. Aunque venía frecuentemente al Bristol después de la representación y conversábamos hasta el alba; aunque frecuentemente me ponía yo a bailar en su presencia, a modo de ilustración de nuestra charla, nunca hubo entre nosotros nada que no fuera de un orden intelectual o emocional. Habrá escépticos que digan que es muy duro de creer; pero nada tan cierto como que, después de la experiencia de Budapest, siguieron muchos años en que mis reacciones emotivas sufrieron tal cambio que creí realmente que aquella fase había terminado

y que en lo futuro me consagraría exclusivamente a mi arte. Ahora, cuando recuerdo que mi cuerpo se asemejaba al de Venus de Milo, pienso en mi abstención como en algo extraordinario. Por muy extraño que parezca, mis sentidos durmieron, después de su brutal despertar. Esto no quiere decir que se extinguieran mis deseos, sino que mi vida quedó concentrada en mi arte.

Logré de nuevo un gran éxito en el Karl Theatre, de Viena. El público recibió primero fríamente al coro de los diez niños griegos en *Las Suplicantes,* y, al final de la función, cuando bailé *El Danubio azul,* estalló en un entusiasmo exaltado. Concluída la representación, pronuncié un discurso para explicar lo que yo deseaba. Y lo que yo deseaba era dar espíritu a la tragedia griega. «Debemos reanimar la belleza del coro», dije, y el público gritaba sin cesar : *Nein. Mach nicht. Tanze. Tanze die Schöne Blaue Donau. Tanze noch einmal.* (No, no ; baila otra vez *El Danubio azul.*) Y cada vez eran más calurosos los aplausos.

Así, cargados de nuevo oro, salimos de Viena y llegamos a Munich. La presentación en Munich de mi Coro Griego produjo sensación en los círculos intelectuales y entre los profesores. El gran catedrático Fürtwangler dió una conferencia en que habló de los himnos griegos, puestos en música por el profesor bizantino de la Iglesia griega.

Los estudiantes de la Universidad estaban muy *aufgeregt,* muy excitados. En realidad, nuestros bellos chicos griegos causaron profunda sensación. Yo era la única que, al bailar como las cincuenta Danaides, no me sentía muy a tono, y, cuando terminaba la representación, me creía muchas veces obligada a pronunciar unas palabras explicando que yo no era, en realidad, yo misma, sino cincuenta vírgenes ; que era *furchtbar traurig,* que estaba aún sola ; pero paciencia, *gedult,* que pronto formaría una escuela y me transformaría en cincuenta *kleine mädchen* (niñas pequeñas).

Berlín no recibió con mayor entusiasmo nuestros coros griegos, y, aunque un distinguido profesor de Munich, el profesor Cornelius, vino a presentarlos, Berlín, lo mismo que Viena, gritó: «¡Oh! Baile el *schöne blaue* (*El Danubio azul*), y deje esa reconstrucción de los Coros Griegos.»

Entretanto, los chiquillos griegos empezaban a sentir los efectos de su nueva e insólita vida. Recibía muchas quejas del digno propietario del hotel acerca de sus malos modales y de la violencia de su temperamento. Parece que pedían sin cesar pan negro, aceitunas negras y ajos crudos, y cuando estos condimentos no entraban en su *menú*, regañaban furiosamente a los camareros, y llegaban incluso a lanzarles sus *beefsteaks* a la cabeza y a atacarlos con sus cuchillos. De este modo fueron despedidos de varios hoteles de primera categoría, y tuve, por fin, que instalarlos junto a nosotros, en habitaciones contiguas a nuestros departamentos en Berlín, con diez catres.

Los tratábamos como a hijos, y los acompañábamos solemnemente todas las mañanas a dar un paseo por el Tiergarten, calzados con sandalias y vestidos a la antigua usanza griega. Paseando al frente de aquel raro cortejo, Isabel y yo encontramos una mañana a la kaiserina. Quedó tan admirada y sorprendida, que, al dar la vuelta, cayó de su caballo, pues el mismo excelente caballo prusiano, que no había visto en su vida un espectáculo semejante, se asustó y dió un mal paso.

Estos encantadores niños griegos estuvieron con nosotros seis meses tan sólo. No pudimos por menos de advertir que sus divinas voces empezaban a desentonar y que los amables espectadores berlineses se miraban con estupefacción. Yo continuaba bravamente personificando a las cincuenta Danaides, en postración ante el altar de Zeus. Era una tarea muy dura, especialmente desde que los chicos griegos cantaban con voz ordina-

ria y falsa y desde que el profesor bizantino parecía más distraído de nuestro trabajo.

Y es que el seminarista estaba cada día más desilusionado con su música bizantina. Se diría que dejó en Atenas todos sus entusiasmos. Sus ausencias eran cada vez más frecuentes y prolongadas. El colmo de todo esto fué el informe que las autoridades policíacas nos dieron un día. Resultaba que nuestros chicos griegos se escapaban subrepticiamente de noche, por la ventana, y, cuando todos creíamos que estaban durmiendo, frecuentaban cafés baratos y hacían amistad con los más bajos *specimens* de griegos que había en la ciudad.

Desde que llegamos a Berlín perdieron completamente aquella ingenua y divina expresión infantil que tenían en las tardes del teatro de Dionysos, y empezaron a desarrollarse y crecer. Cada noche salía un poco más desentonado el coro de *Las Suplicantes,* y no había medio de justificar el hecho diciendo que era música bizantina, pues lo que salía de sus gargantas era, sencillamente, un espantoso ruido. Un día, después de angustiosas consultas, decidimos llevar a nuestros Coros Griegos a los grandes almacenes de Wertheimer, donde compramos a los chicos pantalones largos y cortos, según la edad. Los metimos en varios taxis y los llevamos a la estación. Entregamos a cada uno de ellos un billete de segunda clase para Atenas y les dijimos adiós. Después de esta despedida abandonamos, para una fecha ulterior, el proyecto de resurgimiento de la antigua música griega y volvimos a estudiar *Efigenia y Orfeo,* de Cristóbal Gluck.

Al principio había concebido la danza como un coro o como una expresión en comunidad. De la misma manera que quise traducir las tristezas de las hijas de Danao, así, bailando en *Efigenia,* interpretaba a las doncellas de Chalcis, que jugaban con su pelota dorada sobre las arenas suaves, y luego, a las tristes exiladas de Tauride danzando con horror los sacrificios san-

grientos de sus conciudadanos y víctimas, los helenos. Anhelaba con tal vehemencia crear una orquesta de danzarinas que, en mi imaginación, ya existía todo, y, a la luz dorada de las candilejas, veía las blancas y ágiles formas de mis compañeras ; brazos ondulantes, cabezas erguidas, cuerpos vibrantes y miembros suaves. Al final de *Efigenia,* las vírgenes de Tauride danzan con júbilo báquico en homenaje a la liberación de Orestes. Mientras bailaba yo esta danza delirante, sentía sus manos ansiosas en las mías ; el empuje de sus cuerpos flexibles acordaba con los ritmos alocados y rápidos. Cuando, por fin, caía en un paroxismo de abandono jubiloso, vi que

Caían como ebrias de vino
al suspiro de las flautas,
persiguiendo sus deseos
a través del bosque en sombras.

Las recepciones que semanalmente dábamos en nuestra casa de Victoria Strasse llegaron a ser el centro del entusiasmo artístico y literario. Se entablaban muchas discusiones instructivas acerca de la danza como arte puro, pues los alemanes toman muy en serio cualquier discusión de arte y afectan en ellas la más profunda consideración. Mis danzas eran objeto de las polémicas más violentas y encarnizadas. Continuamente aparecían en los periódicos columnas enteras en que se me proclamaba el genio de un arte recientemente descubierto, o se me acusaba de destruir la verdadera danza clásica, esto es, el *ballet.* Al volver de aquellas representaciones en que el público deliraba de alegría, me sentaba con mi túnica blanca y, frente a un vaso de leche, me pasaba las noches leyendo *La crítica de la Razón pura,* de Kant, de la cual, Dios sabe cómo, creía yo que había extraído inspiración para aquellos movimientos de pura belleza, que eran todo mi afán.

Entre los artistas y los escritores que frecuentaban nuestra casa había un joven, de frente grande y ojos penetrantes, con gafas, el cual decidió que tenía por misión revelarme el genio de Nietzsche. «Unicamente por Nietzsche—me decía—llegará usted a la plena revelación de la expresión que usted busca en sus danzas.» Venía todas las tardes y me leía *Zarathustra,* en alemán, explicándome todas las frases y palabras que yo no podía comprender. La seducción de la filosofía de Nietzsche estremecía mi sér, y aquellas horas que Karl Federn me consagraba diariamente asumían una fascinación tan poderosa que accedí con enorme pena a los deseos de mi empresario y marché de mala gana a Hamburgo, Hannover, Leipzig, etc., donde me esperaban públicos curiosos y excitados, y millares de marcos. No tenía el menor deseo de hacer las excursiones triunfales a que siempre me invitaba. Deseaba estudiar, continuar mis investigaciones, crear una danza y unos movimientos que entonces no existían, y cada día era más fuerte el sueño de constituir una escuela, sueño que no me había abandonado desde mi infancia. Este deseo de estudiar y esta desgana por el trabajo y los viajes desesperaban a mi empresario, que continuamente me invitaba a salir, y venía a mi hotel, suplicante y entristecido, para enseñarme periódicos que me informaban de que, en Londres y en todas partes, copiaban mis cortinas, mis trajes y mis danzas, los cuales eran recibidos con gran éxito y aclamados como originales. Ni siquiera esto me producía el menor efecto. Su desesperación llegó al colmo cuando, próximos al verano, le expuse mi intención de pasarlo íntegramente en Bayreuth, para recibir, de su verdadero manantial, la música de Ricardo Wagner. Este propósito se convirtió en una determinación firme cuando, un día, recibí la visita de la viuda de Ricardo Wagner, nada menos.

Nunca he visto a una mujer que me impresio-

nara con tan elevado fervor intelectual como Cosima Wagner, que era de estatura elevada, continente majestuoso, ojos bellos, nariz quizá demasiado prominente para una mujer y frente radiante de inteligencia. Conocía los más profundos sistemas filosóficos y se sabía de memoria todas las frases y todas las notas del maestro. Me habló de mi arte de la manera más grata y alentadora y luego me habló del desprecio que Ricardo Wagner sentía hacia las escuelas de baile de *ballet* y sus vestidos. Me habló también del sueño que había acariciado Wagner de llevar al teatro bacanales con vírgenes floridas y de la incompatibilidad de este sueño con las funciones de *ballets* que, precisamente por entonces, se iban a dar en Bayreuth. Me preguntó si me avendría yo a trabajar en la representación de *Tannhauser* ; pero vino la dificultad, y es que mis ideales no me permitían la menor colaboración con los *ballets,* cuyos movimientos chocaban con mi sentido de la belleza y cuyas expresiones me parecían mecánicas y vulgares.

«¡Oh!—exclamaba—. ¿Por qué no tendré yo la escuela de mis sueños? Con ella podría llevar a Bayreuth el grupo de ninfas, faunos, sátiros y gracias con que el mismo Wagner soñaba. Pero ¿qué puedo hacer yo sola? Iré, sin embargo, e intentaré, por lo menos, dar una indicación de los movimientos amables, suaves y voluptuosos, que son, para mí, característicos de las Tres Gracias.»

CAPITULO XV

Llegué a Bayreuth un delicioso día de mayo, y tomé varias habitaciones en el hotel del Aguila Negra (Schwarz Adler). Como una de ellas era muy espaciosa y adecuada a mi trabajo, instalé un piano. Todos los días recibía una carta de Frau Cosima invitándome a

almorzar o a comer o a pasar la tarde en Villa Wahnfried, donde se dispensaba a todo el mundo una regalada hospitalidad. Diariamente tomaban asiento a la mesa quince o más personas. Frau Cosima presidía con dignidad y con un tacto exquisito. Entre sus huéspedes figurabau las inteligencias más grandes de Alemania, artistas y músicos, y aun grandes duques, duquesas y personas reales de todos los países.

La tumba de Ricardo Wagner está en el jardín de Villa Wahnfried, y puede ser contemplada desde las ventanas de la biblioteca. Después de almorzar, Frau Wagner me cogía del brazo, y juntas paseábamos por el jardín alrededor de la tumba. Durante el paseo, Frau Cosima conversaba con un tono de suave melancolía y de mística esperanza.

Al atardecer se organizaban frecuentemente unos cuartetos ; cada instrumento era tocado por un virtuoso célebre. La gran figura de Hans Richter, la frágil silueta de Karl Muck, el encantador Mottle, Humperding y Heinrich Thode, todos los artistas de aquella época eran recibidos en Villa Wahnfried con igual gentileza. Yo me sentía orgullosa al verme admitida con mi pequeña túnica blanca en aquel cenáculo de tan distinguidas y brillantes personas. Empecé a estudiar la música de *Tannhauser,* esa música que expresa todo el frenesí de afanes voluptuosos de una *cerebral,* pues su bacanal se desarrolla dentro del mismo cerebro de Tannhauser. La gruta cerrada de sátiros, de ninfas y de Venus fué la gruta cerrada de la inteligencia de Wagner, exasperada por el continuo afán de una explosión sensual que no pudo encontrar sino dentro de su propia imaginación.

A propósito de esta bacanal escribió :

«Sólo puedo darle una vaga indicación, un esquema indefinido de lo que serán en lo futuro la mayoría de los bailarines : musas que se precipiten como huracanes, en ritmos apresados por el loco oleaje de esta música, que fluye con fantástica sensualidad y éxtasis. Si

me atrevo a tamaña empresa, con la ayuda única de mi esfuerzo, es porque todo eso pertenece al dominio de la pura imaginación. Son únicamente las visiones de Tannhauser durmiendo en los brazos de Venus.

»En cuanto a la realización de estos sueños, un solo gesto de llamamiento podrá evocar un centenar de brazos extendidos; un solo movimiento de cabeza echada hacia atrás representará el tumulto báquico que es la expresión de la pasión abrasadora en la sangre de Tannhauser.

»Me parece que en esta música he concentrado la insatisfacción de los sentidos, el afán loco, la languidez apasionada; en resumen, todo el grito de deseo del mundo.

»¿Puede expresarse esto? ¿No serán meras visiones de la imaginación inflamada del compositor, incapaces de cubrirse con una forma manifiesta?

»¿Para qué intentar este esfuerzo imposible? Lo repito: no lo he realizado, sino únicamente indicado.

»Y cuando este terrible deseo llega al paroxismo, cuando alcanza el punto desde el cual, rompiendo todas las barreras, se precipita como un torrente irresistible, cubro la escena de nubes para que cada cual por su propio camino pueda, sin ver, realizar en su imaginación un desenlace que aventaje a toda visión concreta.

»Después de esta explosión y destrucción, después de este esfuerzo que destruye creando, después de todo eso, viene la paz.

»Son las Tres Gracias personificando el alma, la languidez y la sensualidad amorosa satisfecha. En el sueño de Tannhauser están entrelazadas y separadas, y van alternativamente uniéndose y apartándose. Cantan los amores de Zeus.

»Nos cuentan sus aventuras y nos dicen cómo Europa fué arrastrada sobre las olas. Sus cabezas se inclinan con amor, están inundadas y anegadas en el deseo de Leda, de Leda enamorada del cisne blanco. Y así or-

dena a Tannhauser que repose en la blancura de los brazos de Venus.

»¿Es preciso colocar ante los ojos la grosera representación de estas visiones? ¿No prefieren ustedes ver en un espacio brumoso a Europa rodeando con su fino brazo el cuello del enorme toro, estrechando al dios en su seno y haciendo a sus compañeros, que le llaman desde la otra orilla, un gesto final de despedida?

»¿No preferirían ustedes ver a Leda en la sombra, siempre cubierta por las alas del cisne y trémula ante la aproximación del beso?

»Quizá repliquen ustedes: «Sí, pero ¿para qué está usted?» Y yo contesto sencillamente: «Me limito a darles una indicación.»

De la mañana a la noche, en el templo de rojos ladrillos erigido sobre la colina, asistía a todos los ensayos, mientras llegaba la primera representación. *Tannhauser, El anillo, Parsifal* me tenían en un continuo estado de embriaguez. Para comprender mejor aquella música, aprendí de memoria el texto completo de las óperas, y de este modo mi espíritu quedó saturado de esas leyendas, y mi sér vibraba con las ondas de la melodía de Wagner. Llegué a ese estado en que todo el mundo exterior parece frío, irreal y tenebroso; la única realidad que existía para mí era la del teatro. Un día encarnaba la rubia Segelinda reposando en los brazos de su hermano Sigmundo, mientras se eleva y palpita el glorioso canto de primavera:

Frühling Zeit, Liebe Tanze...
Tanze Liebe.

(Tiempo de Primavera, Amor, baila; baila, Amor.)

Al día siguiente era Brunilda llorando a su perdida deidad, y luego Kundry lanzando sus salvajes imprecaciones bajo la fascinación de Klingsor. Pero la supre-

ma experiencia era cuando mi alma se alzaba temblorosa en el cáliz ensangrentado del Graal. ¡Qué encanto! ¡Ah! ¡Cómo me había olvidado de la sabia Atenea de los ojos azules, y de su templo de perfecta belleza, en la colina de Atenas! Este otro templo de la colina de Bayreuth, con sus olas y reverberaciones de magia, había eclipsado completamente al templo de Atenea.

El hotel del Aguila Negra estaba atestado y era incómodo. Un día, paseándome por los jardines de la Ermita, construída por el loco Luis de Baviera, descubrí una vieja casa de piedra de una arquitectura exquisita. Era el antiguo pabellón de caza del Margrave. Había en ella una habitación muy amplia, bella y proporcionada y una antigua escalera de mármol que daba a un jardín romántico. Se hallaba en un terrible estado de abandono, habitado por una numerosa familia de campesinos que vivían allí desde hacía unos veinte años. Les ofrecí una fabulosa suma para que me lo dejaran por lo menos durante el verano, y empezaron a trabajar los pintores y los carpinteros, que enjalbegaron los muros y los pintaron de verde claro. Corrí a Berlín para encargar sofás, cojines, butacas y libros, y finalmente tomé posesión de Phillip Ruhe, que, por ser una finca de caza, se llamaba «El reposo de Felipe».

Estaba sola en Bayreuth. Mi madre e Isabel habían marchado a veranear a Suiza. Raimundo había regresado a su adorada Atenas para continuar la construcción de Kopanos. Me enviaba frecuentes telegramas en que decía: «Puente artesiano, progresando. Seguramente tendremos agua próxima semana; envía fondos.» Esto continuó hasta que los gastos acumulados de Kopanos adquirieron tales proporciones que llegué a sentir el vértigo.

Durante los dos años que habían transcurrido desde lo de Budapest había vivido castamente, volviendo por manera curiosa al estado en que me hallaba cuando virgen. Cada átomo de mi sér, alma y cuerpo, había sido

absorbido por mi entusiasmo hacia Grecia y ahora hacia Ricardo Wagner. Dormía profundamente y me despertaba cantando temas que había estudiado la víspera, pero el amor iba a renacer en mí en una forma muy diferente. ¿O era la misma Eros con distinta máscara?

Mi amiga María y yo estábamos solas en Phillip Ruhe. Como no había cuartos para la servidumbre, el criado y la cocinera vivían en una pequeña posada vecina. Una noche, María me llamó:

—Isadora, no quiero asustarte, pero ven a la ventana. Aquí enfrente, debajo de un árbol, todas las noches después de las doce, ese hombre no aparta la vista de nuestra ventana. Temo que sea un ladrón de malas intenciones.

Un hombre esbelto y pequeño estaba, en efecto, debajo de un árbol mirando fijamente a mi ventana. Me estremecí de aprensión, pero en seguida la luna salió e iluminó su cara. María me apretó el brazo. Ambas habíamos reconocido el rostro exaltado de Heinrich Thode. Nos separamos de la ventana. Confieso que no pude dominar esa risa bulliciosa que es característica de las chicas del colegio. Era quizá una reacción de mi primer espanto.

—Hace una semana que viene al mismo sitio todas las noches—musitó María.

Dije a María que me esperara. Me puse mi manto sobre el traje de noche y salí precipitadamente de la casa para el lugar donde estaba Heinrich Thode.

—*Lieber, treuer Freund*—le dije—, *liebst du mitch so?* (Querido y fiel amigo, ¿me quieres tanto?)

—*Ja, ja*—musitó él—. *Du bist mein Traum. Du meine Santa Clara.* (Sí, sí. Tú eres mi sueño, tú eres mi Santa Clara.)

Yo no lo sabía entonces, pero luego supe—él me lo dijo—que estaba escribiendo su segunda gran obra, que era la vida de San Francisco. Su primera fué la vida de Miguel Angel. Thode, como todos los grandes artistas,

vivía su obra con la imaginación. En aquel momento era él mismo San Francisco y me imaginaba a mí como a Santa Clara. Le cogí de la mano y le llevé suavemente por las escaleras. Me pareció un hombre que soñara. Me miraba con unos ojos llenos de súplica y de luz. Súbitamente me sentí exaltada y como si atravesara con él esferas celestes o senderos de luz brillante. Nunca había experimentado tal éxtasis de amor. Transformó mi sér, que se hizo completamente luminoso. Luego que nuestras miradas se confundieron un momento, que no sé hoy cuánto duró, me sentí débil y aturdida. Todos mis sentidos desfallecían, y con una indescriptible sensación de felicidad perfecta me desmayé en sus brazos. Cuando desperté, aquellos ojos extraordinarios continuaban contemplando a los míos y su voz recitaba dulcemente:

Im Glutch mich Liebe senkte.
Im Gluth mich Liebe senkte.

(El amor me hunde en una brasa.)

De nuevo experimenté aquel sentimiento etéreo y trascendental de vuelo hacia las nubes. Thode se inclinaba hacia mí y me besaba en los ojos y en la frente, pero no eran aquéllos unos besos de pasión terrenal. Por muy extraño que parezca a los escépticos, ni aquella noche, en que nos separamos al amanecer, ni a la noche siguiente, en que vino a la villa, hizo Thode el menor gesto de fuerza terrenal. Siempre la misma luminosa mirada, hasta que, mis ojos fijamente en los suyos, todo se desvanecía en mi alrededor y mi espíritu tomaba alas para acompañar a su mirada en los vuelos astrales. Yo no pretendía de él ninguna expresión terrena. Mis sentidos, que habían dormido durante dos años, se transformaron totalmente en un éxtasis etéreo.

Comenzaron los ensayos de Bayreuth. Yo me senta-

ba con Thode en el teatro obscuro, y escuchaba las primeras notas del preludio de *Parsifal*. El sentimiento de deleite que se desparramaba por todos mis nervios llegó a ser tan fuerte, que el menor roce de su brazo me producía estremecimientos de éxtasis. Me sentía enferma y desfallecía con placer dulce, lacerante y doloroso, un placer que daba vueltas en mi cabeza como centenares de torbellinos hechos con miriadas de luces. Apretaba mi garganta con tal goce, que me entraban ganas de gritar. Frecuentemente sentía la mano ligera de Heinrich apoyada en mis labios para acallar los suspiros y exclamaciones que no podía dominar. Era como si todas las fibras de mi cuerpo estuvieran atacadas de ese paroxismo de amor que no dura generalmente más que un momento, como si todos mis nervios hubieran vibrado con tal fuerza que ya no supiera yo si experimentaba el supremo goce o un horrible sufrimiento. Mi estado participaba de ambas sensaciones y me daban ganas de gritar con Amfortas y con Kundry.

Thode venía todas las noches a Phillip Ruhe. Nunca me acarició como un amante. Nunca intentó desatar mi túnica ni tocar mis pechos, ni ninguna parte de mi cuerpo, aunque él sabía que todas le pertenecían. Bajo la mirada de sus ojos, se despertaban en mí emociones que yo ignoraba y sensaciones tan extáticas y terribles que parecía como si el placer me estuviera matando, y desfallecía para despertarme a la luz de sus ojos maravillosos. De este modo poseía tan totalmente a mi alma, que parecía como si yo no pudiera hacer otra cosa que contemplar sus ojos y desear la muerte. Pues no había, como en el amor terrenal, ninguna satisfacción ni reposo, sino esta sed delirante de morir.

Perdí completamente el apetito y el sueño. Tan sólo la música de *Parsifal*, que me provocaba el llanto, daba sosiego a este exquisito y doloroso estado de amor en que acababa de penetrar. La fuerza espiritual de Heinrich Thode era tan grande que, tras de aquellos

salvajes vuelos de éxtasis, podía, cuando él quería, despertar en mí la atención de la pura inteligencia, y en el esplendor de aquellas horas, en que me hablaba de arte, no encontraba en el mundo sino a un hombre digno de él: Gabriel d'Annunzio. Thode, en cierto modo, se parecía a D'Annunzio. Era pequeño de estatura, tenía una boca grande y unos raros ojos verdes.

Todos los días me llevaba una parte de su manuscrito sobre San Francisco. Me iba leyendo todos los capítulos según los escribía. Me leyó también, de cabo a rabo, *La Divina Comedia* del Dante. Estas lecturas nos ocupaban toda la noche hasta el alba. Salía frecuentemente de Phillip Ruhe a la luz del sol y vacilaba como un borracho, aunque durante toda la lectura no humedecía sus labios sino con un poco de agua pura. Estaba siempre borracho de la divina esencia de su supremo entendimiento. Una de aquellas mañanas, al salir de Phillip Ruhe, me cogió del brazo con terror y me dijo:

—Ahí viene Frau Cosima por la carretera.

Efectivamente, Frau Cosima aparecía a la primera luz de la mañana. Estaba pálida, y hubiera dicho entonces que encolerizada. Pero no era así. El día antes habíamos estado discutiendo acerca de la significación que yo había dado a mi danza de las Tres Gracias en la bacanal de *Tannhauser*. Aquella noche, Frau Cosima, no pudiendo dormir, estuvo revisando sus recuerdos y descubrió entre los escritos del maestro un cuaderno que contenía una definición, más precisa que todas las conocidas, de su opinión acerca de la danza de la bacanal. Aquella adorable mujer no había podido esperar, y, al romper el día, vino a mí para decirme que yo tenía razón. Y no solamente eso, sino que, presa de la mayor agitación, me dijo:

—Hijita, usted está seguramente inspirada por el maestro mismo. Mire lo que ha escrito. Coincide exactamente con su intención. En adelante no volveré a in-

tervenir, sino que le dejaré a usted en libertad para que baile en Bayreuth.

Supongo que fué en aquel momento cuando en el cerebro de Frau Cosima brotó la idea de que podría casarme con Sigfrido y proseguir con él la tradición del maestro ; pero Sigfrido, que sentía hacia mí un afecto fraternal y que siempre ha sido amigo mío, no experimentó nunca la sombra de un deseo que pudiera compararse al amor. En cuanto a mí, todo mi sér estaba absorbido por la pasión sobrenatural de Heinrich Thode y no concebía entonces la importancia que pudiera tener aquella combinación matrimonial.

Mi alma era como un campo de batalla donde Apolo, Dionysos, Cristo, Nietzsche y Ricardo Wagner se disputaran el terreno. En Bayreuth luchaba entre Venusberg y el Graal. Era arrancada, barrida y transportada por las olas de la música de Wagner, y, sin embargo, un día, durante un almuerzo en la Villa Wahnfried, exclamé con calma :

—*Der Meister hat einen fehler gemacht, eben so grosse wie seine Genie.* (El maestro ha cometido un error tan grande como su genio.)

Frau Cosima me miró con ojos espantados. Hubo un silencio de hielo.

—Sí—continué con el aplomo extraordinario que me daba mi extrema juventud— : *der Grosse Meister hait einen grossen fehler gemacht. Die Musik-Drama das ist doch ein unsinn.* (El gran maestro ha cometido un error. El drama musical es una tontería.)

El silencio se hizo cada vez más inquietante. Luego expliqué que el drama es un arte hablado. El arte hablado nace de la inteligencia del hombre. La música es el éxtasis lírico, y es absurdo esperar una unión de ambos.

Había pronunciado una blasfemia de gran calibre. Miré inocentemente a mi alrededor y me encontré con

caras expresivas de absoluta consternación. Había dicho lo que no se podía sostener.

—Sí—continué—, el hombre debe hablar, y luego cantar, y luego bailar. Pero la palabra es el cerebro, el hombre que piensa. El canto es la emoción. El baile es el éxtasis dionisíaco que todo lo arrastra. Es imposible mezclar estas tres cosas en una sola. *Musik-Drama kann nie sein* (Jamás puede existir el drama musical.)

Me llena de júbilo el haber sido joven en una época en que la gente no tenía tanta conciencia de ella misma como en la actualidad, en una época en que existía menos odio a la vida y al placer. En el entreacto de *Parsifal,* los espectadores bebían tranquilamente su cerveza, lo cual no enturbiaba su vida intelectual y espiritual. He visto frecuentemente al gran Hans Richter beber cerveza y comer salchichas muy tranquilo, y dirigir un cuarto de hora después, como un semidiós, la orquesta. Ni la bebida ni la comida le impedían a él hacerlo, ni a los espectadores que le rodeaban mantener una conversación de un alto nivel intelectual y espiritual.

En aquellos días la esbeltez no era equivalente de espiritualidad. Las gentes comprendían que el espíritu humano es algo que tiende a elevarse y que se desarrolla únicamente en virtud de una energía y de una vitalidad extraordinarias. El cerebro no es, después de todo, sino la energía superflua del cuerpo. El cuerpo absorbe todo lo que encuentra y no da al espíritu sino aquello que no le es necesario.

La mayoría de los cantantes de Bayreuth eran de enorme estatura, pero cuando abrían la boca, sus voces penetraban en el mundo de la belleza y del espíritu que habitan los dioses eternos. Esta fué la razón por la cual dije que aquellas gentes no tenían conciencia de su cuerpo, el cual no era para ellas sino máscaras de la energía y del poder extraordinarios que necesitaban para expresar su música celeste.

CAPITULO XVI

Cuando estuve en Londres leí en el British Museum las traducciones de las obras de Ernst Haeckel, que me impresionaron grandemente por la lucidez y claridad con que expresaba los diferentes fenómenos del Universo. Le escribí una carta para manifestarle mi gratitud por la impresión que sus libros me habían producido. Debía de haber en aquella carta algo que llamara su atención, pues luego, cuando bailé en Berlín, me respondió a ella.

Ernst Haeckel estaba entonces desterrado por el káiser, y no podía venir a Berlín, por culpa de su libertad de expresión; pero nuestra correspondencia era frecuente, y, encontrándome en Bayreuth, le escribí y le rogué que acudiera al Pestspiel y que me viera.

Una mañana lluviosa tomé un coche de dos caballos, pues entonces no había automóviles, y fuí a recibir a Hernst Haeckel a la estación. El gran hombre se apeó del tren. Aunque frisaba en los sesenta, tenía una magnífica figura de atleta, la barba y el cabello blancos. Llevaba unos trajes amplios y raros, y una maleta en la mano. No nos habíamos visto nunca, pero nos reconocimos inmediatamente. Sus grandes brazos me abrazaron, y mi cara quedó como enterrada en su barba. De todo su sér se desprendía un fino perfume de salud, de fuerza y de inteligencia, si es que puede hablarse de un perfume de la inteligencia.

Fuimos juntos a Phillips Ruhe, donde le habíamos reservado una habitación cubierta de flores. Me encaminé en seguida hacia Villa Wahnfried para comunicar a Frau Cosima la buena nueva: el gran Ernst Haeckel había llegado a Bayreuth, era mi huésped y oiría *Parsifal*. Advertí con gran sorpresa que la noticia era aco-

gida fríamente. Yo no había reparado en que el crucifijo colocado sobre la cama de Frau Cosima y el rosario que colgaba de la mesilla de noche no eran meros adornos, sino un resultado de sus firmes creencias católicas. El hombre que había escrito *La historia del Universo* y que pasaba por ser el más grande iconoclasta después de Carlos Darwin, cuyas teorías sustentaba, no podía tener en Villa Wahnfried una acogida calurosa. De una manera ingenua y espontánea hablé de la grandeza de Haeckel y de la admiración que hacia él sentía. Frau Cosima me dió, de mal grado, el puesto que solicité para Haeckel en su palco ; como era una amiga incondicional, no se atrevió a negármelo.

Aquella tarde me paseé durante el entreacto, ante un público atónito, vestida con mi túnica griega, las piernas y los pies desnudos y mi mano en la mano de Ernst Haeckel, cuya cabeza blanca sobresalía entre la muchedumbre.

Mientras se desarrollaba *Parsifal,* Haeckel permaneció inmutable. Pero en el tercer acto me dí cuenta de que toda aquella pasión mística le traía sin cuidado. Tenía una inteligencia demasiado científica para admitir la fascinación de una leyenda.

Como nadie le invitó a ninguna comida ni fiesta en Villa Wahnfried, se me ocurrió a mí organizar un festival en su honor, e invité al efecto a un concurso sorprendente de personajes, desde el rey Fernando de Bulgaria, que a la sazón visitaba a Bayreuth, y la princesa de Sajonia-Meiningen, hermana del káiser, mujer de extraordinaria inteligencia, hasta la esposa del príncipe Enrique de Prusia, Humperdinck, Heinrich Thode, etc.

Pronuncié un discurso elogiando la grandeza de Haeckel, y luego bailé en su honor. Haeckel comentó mi danza, comparándola a todas las verdades fundamentales de la Naturaleza, y dijo que era una expresión de monismo, en cuanto procedía de una fuente única y te-

nía una sola dirección de evolución. Después cantó el famoso tenor von Barry, y se sirvió la comida. Haeckel estaba alegre como un niño. Y, de fiesta, bebiendo y cantando, estuvimos hasta la mañana.

Sin embargo, al día siguiente, como todas las mañanas que pasó en Bayreuth, Haeckel se levantó al amanecer. Tenía la costumbre de venir a mi cuarto e invitarme a subir a la cima de la montaña, lo cual—lo confieso—me atraía mucho menos que a él. Pero eran unos paseos maravillosos, porque cada piedra del camino, cada árbol, cada capa geológica suscitaban un comentario suyo.

Cuando, por fin, llegábamos a la cúspide, se ponía en pie, como un semidiós, y contemplaba las obras de la Naturaleza, con mirada de absoluta aprobación. Llevaba a la espalda su caballete y su caja de pinturas, y hacía multitud de apuntes de los árboles forestales y de las formaciones rocosas de las montañas. Aunque era un pintor bastante bueno, su obra carecía naturalmente de la imaginación del artista. Reflejaba más bien la observación muerta del científico. No quiero decir con esto que Ernst Haeckel no pudiera apreciar el arte, sino que el arte era para él una sencilla manifestación de la evolución natural. Cuando le hablaba de nuestro entusiasmo por el Partenón, se interesaba mucho por la calidad del mármol, por las capas geológicas y por el lugar del Monte Pentélico, de donde el mármol procedía, sin reparar en mi elogio de la obra de Fidias.

Una noche me anunciaron en Villa Wahnfried la visita del rey Fernando de Bulgaria. Todo el mundo se levantó, y todo el mundo me dijo en voz baja que me levantara ; pero yo era una demócrata vehemente y continué graciosamente echada en una *chaise-longue* Récamier. Fernando preguntó en seguida quién era yo, y vino a mí, con gran escándalo de los otros *hoheits* presentes. Se sentó sencillamente a mi lado en la *chaise-longue* y me habló en seguida, con gran interés, de su

amor por las antigüedades griegas. Yo le expuse mi sueño de crear una escuela que traería un renacimiento del mundo antiguo, y él contestó, con voz que todos pudieron oír: «Es una idea adorable. Puede usted venir a crear su escuela en mi palacio del Mar Negro.»

Pero el colmo fué cuando yo le invité a que viniera una noche a comer en Phillips Ruhe, después de la representación, para explicarle más extensamente mi ideal. Aceptó gentilmente la invitación. Cumplió su palabra, y pasó con nosotros en Phillips Ruhe una velada deliciosa. Supe entonces apreciar a este hombre notable, poeta, artista, soñador y de una inteligencia verdaderamente regia.

Un criado que yo tenía con mostachos a lo káiser quedó muy impresionado por la visita de Fernando. Cuando trajo una bandeja con champaña y sandwiches, Fernando dijo: «No, gracias; nunca tomo champaña.» Pero al ver la etiqueta añadió: «¡Oh! ¡Moët et Chandon! ¡Champaña francés! Entonces, con mucho gusto. La verdad es que me han envenenado aquí con el champaña germánico.»

Aunque pasábamos la mayor parte del tiempo inocentemente sentados y discurriendo sobre arte, las visitas de Fernando a Phillips Ruhe empezaron a ser muy comentadas, porque se efectuaban a media noche. En realidad, yo no podía hacer nada sin que al momento me tacharan de extravagante, distinta a todo el mundo y, por lo tanto, *shocking*.

En Phillips Ruhe había muchos sofás, cojines, lámparas rosas, pero ni una sola silla. Algunos lo consideraban como un templo de iniquidad. Desde que el gran tenor von Barry se acostumbró a venir todas las noches a cantar mientras yo bailaba, la gente de la aldea tomó mi residencia por un antro de brujería, y nuestras inocentes veladas por «terribles orgías».

En Bayreuth había un cabaret de artistas, llamado «El Tazón», donde se cantaba y bailaba toda la noche,

sin dar ocasión a la maledicencia, porque las gentes que lo frecuentaban iban vestidas como todo el mundo y porque lo que allí se hacía era fácilmente comprensible para todas las inteligencias.

En Villa Wahnfried conocí a algunos jóvenes oficiales que me invitaron a dar paseos matutinos a caballo. Montaba con mi túnica y mis sandalias griegas, la cabeza desnuda y los bucles al viento. Parecía a Brunilda. Como Phillips Ruhe estaba a alguna distancia de Festspiel Haus, compré un caballo a un oficial y asistí a todos los ensayos vestida de Brunilda. Y como era un caballo de oficial, el animal estaba muy acostumbrado a las espuelas y a las botas y era muy difícil dominarlo. Cuando se veía solo conmigo se entregaba a toda suerte de caprichos. Solía, por ejemplo, detenerse a la puerta de todos los establecimientos públicos que hallaba en el camino, siguiendo la costumbre que le habían enseñado los oficiales bebedores, y, plantando sus cuatro patas en el suelo, se negaba a marchar hasta que no salía algún camarada de su antiguo dueño y me acompañaba un trecho del camino. Pueden ustedes imaginarse la sensación que producía mi aparición cuando, por fin, llegaba ante el vasto auditorio congregado en la Festspiel Haus.

En la primera representación de *Tannhauser,* mi túnica transparente, que mostraba todas las partes de mi cuerpo de bailarina, produjo algún efecto, en medio de las piernas rosáceas de las chicas del *ballet,* y a última hora, hasta la misma Frau Cosima perdió el valor. Me envió a mi cuarto a una de sus hijas, con una larga camisa blanca y con el ruego de que me la colocara debajo del diáfano velo que me servía de traje. Pero fuí inflexible. Yo quería vestirme y bailar a mi antojo, y de no ser así, de ningún modo.

—Usted lo verá. Antes de muchos años, todas sus bacantes y vírgenes floridas vestirán como yo lo hago ahora.

Esta profecía se cumplió.

Pero en aquel tiempo había muchas disputas acerca de mis bellas piernas, y mientras unos creían que mi piel de satín era inmoral, otros opinaban que debería cubrirla con espantosos colgajos de seda salmón. Tuve que proclamar muchas veces, desesperadamente, que lo vulgar y lo indecente eran las cintas de seda salmón, y que lo bello e inocente era el cuerpo desnudo cuando lo inspiraban bellos pensamientos.

Luchaba así—perfecta pagana—con todos los filisteos. Una pagana que iba a ser dominada por el éxtasis de un amor nacido del culto de San Francisco y que, conforme a los ritos de las trompetas de plata, iba a proclamar la ascensión del Graal.

En este mundo extraño de leyendas transcurrió todo el verano. Thode salió para un viaje de conferencias. Yo, por mi parte, preparaba una excursión por Alemania. Salí de Bayreuth, pero llevaba en la sangre un violento veneno. Había oído el llamamiento de las sirenas. Los suspiros del dolor, el remordimiento incesante, la tristeza del sacrificio, el tema del amor que llama a la muerte : todo esto debía obscurecer la clara visión de las columnas dóricas y la sabiduría razonadora Sócrates.

El primer sitio donde me detuve fué Heidelberg ; allí oí una conferencia de Heinrich a sus estudiantes, a los que hablaba de arte con una voz que era, alternativamente, dulce y enérgica. De repente, en medio de su conferencia, pronunció mi nombre e hizo el elogio de una nueva estética traída a Europa por una americana. Su elogio me hizo temblar de orgullo y de placer. Por la noche bailé ante los estudiantes, los cuales desfilaron en procesión por las calles ; y cuando todo hubo terminado, me encontré, en pie, junto a Thode, que compartía mi triunfo, en las escaleras del hotel. Toda la juventud de Heidelberg le adoraba como yo. Su retrato estaba en todos los escaparates, y en todas

las tiendas figuraba también mi pequeño volumen *Der Tanz der Zukunft* (La danza del porvenir). Nuestros dos nombres iban continuamente asociados.

La señora Thode me recibió en su casa. Era una mujer amable, pero incapaz de comprender la elevada exaltación en que Heinrich vivía. Tenía un sentido práctico demasiado profundo para ser su alma gemela. Y así sucedió que, al final de su vida, Thode la abandonó para seguir su ruta con una violinista llamada Pied Piper, con la cual vivió en una villa del lago de Garde. Frau Thode tenía un ojo castaño y otro gris, lo cual le daba una continua expresión de inquietud. Algunos años más tarde, en el curso de un proceso célebre, se discutió si era hija de Ricardo Wagner o de von Bulow. De cualquier modo, me demostró una gran amabilidad, y, aunque tuviera celos, no lo daba a entender.

Una mujer que sintiera celos de Thode hubiera estado toda la vida condenada a torturas chinas, pues todo el mundo—chicas y mujeres—lo adoraba. Era el centro magnético de todas las reuniones.

A pesar de las muchas noches que pasé con Heinrich, no hubo ninguna relación sexual entre nosotros. Y, sin embargo, su trato era tan sensible a todo mi sér, que un solo roce o una sola mirada me proporcionaban un placer tan agudo y una intensidad de amor tan cercana al placer efectivo como, por ejemplo, el placer sentido en sueños. Creo que este estado de cosas era muy anormal, pues llegué incluso a perder el apetito y fuí presa de tan rara debilidad, que mis danzas eran de un tipo cada vez más vaporoso.

Sola, durante mi excursión, sola con una doncella, llegué a tal estado que oía continuamente la voz de Heinrich llamándome por las noches. Tenía siempre la seguridad de recibir una carta suya a la mañana siguiente. La gente empezó a inquietarse por mi delgadez y por la inexplicable extenuación de mis rasgos. No podía comer ni dormir, y con frecuencia pasaba las

noches en vela ; mis manos febriles y esqueléticas recorrían mi cuerpo, que parecía poseído por millares de demonios, e intentaban en vano un consuelo o un desahogo a mis sufrimientos. Veía constantemente los ojos de Heinrich y oía su voz. Sucedía en esas noches que me levantaba de la cama, en un estado de desesperación agónica, y tomaba un tren a las dos de la mañana, para atravesar media Alemania y hallarme una hora a su lado y regresar de nuevo sola con mis angustias redobladas. El éxtasis espiritual que me había inspirado en Bayreuth fué gradualmente convirtiéndose en un estado desesperado de deseo irreprimible.

Esta peligrosa situación terminó cuando mi empresario me trajo un contrato para Rusia. San Petersburgo estaba a dos días de Berlín ; pero en el momento en que pasamos la frontera fué como si entráramos en un mundo completamente distinto. Desde la frontera, el país se convertía en grandes llanuras nevadas y en inmensos bosques. La nieve—reluciente en grandes extensiones—era tan fría que parecía calmar la brasa de mi cerebro.

¡Heinrich! ¡Heinrich! Estaba de regreso en Heidelberg ; hablaba a sus bellos adolescentes de la *Noche*, de Miguel Angel, y de la maravillosa *Madre de Dios*. Y heme aquí, yo, cada vez más lejos, en una tierra de vastas y frías blancuras, quebradas tan sólo por pobres aldeas (isbas), de cuyas ventanas escarchadas salían débiles lucecitas. Oía aún su voz, pero cada vez más lejana. Por fin, los tormentos de Venusberg, las lamentaciones de Kundry y el grito de agonía de Amfortas se congelaban en un globo de hielo transparente.

Aquella noche, en mi cama del tren, soñé que saltaba desnuda, por la puerta, a la nieve, y que me abrazaban, me rodeaban y me helaban sus brazos de hielo. ¿Qué hubiera dicho el doctor Freud de este sueño?

CAPITULO XVII

Es imposible—¿no es verdad?—creer en la Providencia o en un Destino que nos guíe cuando uno coge por la mañana el periódico y lee que han muerto veinte personas en un accidente ferroviario, las cuales no pensaban morir el día anterior, o que toda una ciudad ha sido devastada por una inundación. Entonces, ¿por qué tener el absurdo egoísmo de imaginar una Providencia que guía a cada una de nuestras pequeñas humanidades?

Y, sin embargo, hay en mi vida cosas tan extraordinarias que me hacen creer a veces en la predestinación. Por ejemplo: aquel tren de San Petersburgo que, en lugar de llegar a las cuatro de la tarde, como estaba fijado, se detuvo por la tormenta de nieve y llegó a las cuatro de la siguiente mañana, o sea con doce horas de retraso. No había, por lo tanto, nadie que me esperara en la estación; cuando bajé del tren, la temperatura era de diez grados bajo cero. Nunca había sentido tanto frío. Los cocheros rusos, mal vestidos, golpeaban sus brazos con los puños enguantados, para que la sangre circulara mejor por sus venas.

Dejé a mi doncella con el equipaje y, tomando un coche de un caballo, dí la dirección del hotel Europa. Y así iba, completamente sola, en el alba negra de Rusia, camino del hotel, cuando, de repente, me detuve para contemplar un espectáculo análogo, por lo espantoso, a cuanto pudo imaginar Edgar Allan Poe.

Era una larga procesión que avanzaba a gran distancia. Trajes negros, de luto. Hombres inclinados y abrumados, uno tras otro, por pesados fardos, que eran cajas de muerto.

El cochero detuvo la marcha, inclinó la cabeza y

se persignó. Yo contemplaba todo aquello a la hora incierta del alba, y me sentía llena de horror. Pregunté lo que era. Aunque yo no conocía el ruso, me hizo comprender que aquellos hombres eran los obreros fusilados la víspera, el día fatal del 5 de enero de 1905, en el Palacio de Invierno, y que habían sido fusilados porque se presentaron al zar sin armas para pedirle un auxilio a su miseria y un poco de pan para sus mujeres y niños. Dije al cochero que se detuviera. Las lágrimas corrían por mi cara y se helaban en mis mejillas, en tanto que el triste e interminable cortejo desfilaba ante mí. Pero ¿por qué se efectuaba el entierro tan de mañana? Porque más tarde, en la jornada, hubiera podido provocar alguna revuelta. No era aquél un espectáculo que pudiera ofrecerse a la ciudad en pleno día. Las lágrimas ahogaban mi garganta. Y contemplaba con una indignación infinita a aquellos trabajadores infortunados que llevaban en hombros a los mártires muertos. Si el tren no hubiera llegado con doce horas de retraso, nunca hubiera podido contemplar aquello.

O dark and mournful night without one sign of
[Dawn,
O sad procession of poor stumbling forms,
Haunted, weeping eyes and poor hard worked rugged
[hands
Stifling with their poor black shawls
The sobs and moans beside their dead
Guards walking stilted on either side.

(¡Oh noche negra y enlutada, sin un signo del alba! ¡Oh triste cortejo de pobres hombres vacilantes, miradas alucinadas y llorosas, y pobres manos encallecidas por el trabajo! ¡Sollozos y gemidos que se ahogan bajo los chales negros y míseros, mientras que los guardias marchan impasibles a su lado!)

Si yo no hubiera presenciado aquéllo, mi vida habría

sido otra diferente. Allí, junto a aquel cortejo, que parecía interminable ; frente a aquella tragedia, me hice a mí misma el voto de consagrar mis fuerzas al servicio del pueblo y de los oprimidos. ¡ Oh ! ¡ Cuán pequeños, cuán fútiles me parecían ahora todos mis deseos y todos mis sufrimientos y todos mis amores personales ! ¡ Cuán vano me parecía mi arte mismo, si mi arte no podía combatir aquéllo ! Por último desapareció el triste cortejo. El cochero se volvió con asombro hacia mí, y vió mis lágrimas. Se persignó de nuevo, con un suspiro de paciencia, y fustigó al caballo hacia el hotel.

Subí a mis habitaciones palatinas, y me deslicé en mi cómodo lecho, donde quedé dormida. Pero la piedad, la rabia desesperada de aquella aurora aportó luego sus frutos a mi vida.

La habitación del hotel Europa era inmensa y muy alta de techo. Las ventanas estaban selladas y no se abrían nunca. El aire penetraba por ventiladores colocados en lo alto de la pared. Me desperté muy tarde. Mi empresario vino a verme y me trajo flores. Toda la habitación se llenó en seguida de flores.

Dos noches después aparecía ante la *élite* de la sociedad de San Petersburgo en la Sala de los Nobles. ¡ Cuán extraño debió parecer a aquellos *dilettanti* de los *ballets* suntuosos, de ricos decorados y escenarios, contemplar a una muchacha vestida con una túnica de telaraña, que aparecía y bailaba ante una sencilla cortina azul, al ritmo de la música de Chopin ; que danzaba con su alma al comprender el alma de Chopin ! Y, sin embargo, la primera danza provocó una tormenta de aplausos. Mi alma, que esperaba y sufría con las trágicas notas de los *Preludios ;* mi alma, que se sublevaba con los violentos compases de las *Polonesas ;* mi alma, que lloraba de cólera legítima al pensar en los mártires de aquel cortejo funerario del alba ; mi alma despertó en aquel auditorio, rico, mimado y aristocrático, un torrente de aplausos calurosos. ¡ Qué curioso !

Al día siguiente recibí la visita de una joven encantadora, forrada en cebellina, con diamantes en las orejas, y el cuello rodeado de perlas. Con gran sorpresa por mi parte, me dijo que era la gran bailarina Sechinsky. Venía a saludarme en nombre del *ballet* ruso y a invitarme a una representación de gala que se daba aquella noche en la Opera. Estaba yo acostumbrada a la recepción fría y hostil del *ballet* de Bayreuth, donde las bailarinas habían llegado a derramar clavos sobre la alfombra para que me hiriera en los pies. Por consiguiente, el cambio que advertía en las bailarinas de San Petersburgo me halagaba y al mismo tiempo me sorprendía.

Aquella noche, un magnífico carruaje con calefacción y pieles costosas me condujo a la Opera, donde me metieron en un palco lleno de flores y de bombones, con tres bellos ejemplares de la *jeunesse dorée* de San Petersburgo. Llevaba todavía mi pequeña túnica blanca y mis sandalias, y debí parecer muy rara en aquella asamblea constituída por toda la aristocracia y toda la riqueza de San Petersburgo.

Soy enemiga del *ballet,* al que considero como un género falso y absurdo, que nada tiene que ver con el arte. Pero no pude por menos de aplaudir la figura feérica de la Sechinsky cuando la vi volando en el escenario, más parecida a un pájaro o a una mariposa adorables que a un sér humano.

Durante el entreacto miré a mi alrededor y vi las más bellas mujeres del mundo, con maravillosos vestidos descotados, cubiertas de alhajas y acompañadas por hombres de uniformes brillantes ; aquel muestrario de riqueza y de lujo era difícil de comprender cuando lo contrastaba con el cortejo funerario del alba precedente. ¿Qué parentesco tenían aquellas gentes sonrientes y afortunadas con las otras miserables ?

Después de la representación fuí invitada a cenar en el palacio de la Sechinsky, donde conocí al Gran Duque

Miguel, que escuchó, no sin asombro, mis proyectos de creación de la escuela de baile para los niños del pueblo. Debía parecerles algo muy incomprensible; pero todos me trataban con amable cordialidad y me concedían la hospitalidad más generosa.

Algunos días más tarde recibí la visita de la encantadora Pavlowa, y nuevamente tuve que ir a un palco para verla danzar en el adorable *ballet* de Gisèle. Aunque los movimientos de aquellos bailes eran contrarios a todo sentimiento artístico y humano, no pude por menos de aplaudir calurosamente la exquisita aparición de la Pavlowa, cuando flotaba sobre el escenario.

Cenamos en casa de la Pavlowa, que era una casa más modesta que el palacio de la Sechinsky, pero igualmente bella, y yo me senté entre los pintores Bakst y Benoist, y por primera vez vi a Diaghlieff, con quien entablé una ardiente discusión sobre el arte del baile, tal como yo le concebía, en oposición al *ballet*.

Aquella noche, durante la cena, el pintor Bakst me hizo un pequeño dibujo, que aparece ahora en su libro, y que me representaba con mi expresión más seria y los bucles sentimentales desparramados a un lado de mi rostro. Es curioso que Bakst, que tenía cierto poder de clarividencia, leyera aquella noche en mis manos y descubriera dos cruces. «Usted tendrá la gloria—me dijo—, pero perderá usted a las dos criaturas que ame más en este mundo.» En aquella época la profecía era para mí un enigma.

Después de la comida, la infatigable Pavlowa bailó de nuevo, con gran deleite de sus amigos. Eran más de las cinco de la mañana cuando nos despedimos; pero ella me invitó a volver a las ocho y media de aquella misma mañana para verla trabajar. Llegué, en efecto, tres horas y media más tarde (confieso que estaba considerablemente fatigada), y la encontré con su vestido de tul, haciendo en la barra ejercicios de la gimnasia más rigurosa, mientras que un caballero de edad marcaba el

tiempo con un violín y la incitaba a realizar esfuerzos cada vez más duros. Era el famoso maestro Petit Pas.

Me senté, y llena de estupefacción estuve tres horas contemplando las sorprendentes proezas de la Pavlowa. Se diría que su cuerpo era de acero y elástico ; su hermoso rostro tenía los rasgos severos de una mártir ; no se detenía ni un momento. Toda la tendencia de su entrenamiento consistía, al parecer, en separar del alma los movimientos del cuerpo. El alma, por el contrario, sólo padece cuando se la mantiene tan rigurosamente separada del cuerpo por una disciplina muscular de aquel género. Era precisamente la contradicción de todas las teorías en que fundamentaba yo mi escuela. Mi escuela, en la cual el cuerpo se hacía transparente y era intérprete del alma y del espíritu.

Como se acercaban las doce, se preparó el almuerzo. La Pavlowa se sentó, blanca y pálida, a la mesa, y apenas si tocó la comida ni el vino. Tenía apetito y comí muchas chuletas de *podarsky*. La Pavlowa me acompañó hasta mi hotel y marchó al teatro Real, donde le esperaba uno de sus interminables ensayos. Yo estaba muy fatigada ; caí en mi cama y dormí profundamente, dando gracias a las estrellas de que no me hubieran obsequiado con un destino tan cruel como el que representaba la carrera de una bailarina de *ballet*.

Al siguiente día me levanté otra vez a una hora inverosímil, a las ocho de la mañana, para visitar la Escuela Imperial de *Ballets,* donde vi en fila a todas las pequeñas alumnas realizando sus ejercicios torturadores. Se sostenían en la punta de los pies durante horas enteras, como víctimas de una cruel e innecesaria Inquisición. Las grandes y desnudas habitaciones de baile, desprovistas de toda belleza e inspiración, con un gran retrato del zar por único adorno, eran habitaciones de tortura. Me convencí más que nunca de que la Escuela Imperial de *Ballets* era una enemiga de la Naturaleza y del arte.

Después de una semana en San Petersburgo marché a Moscú. El público no fué al principio tan entusiasta como en San Petersburgo... Pero citaré aquí al gran Stanislavsky :

«En aquel período, 1908 ó 1909, no recuerdo la fecha exacta, conocía a dos grandes genios del tiempo, que me produjeron una impresión verdaderamente grande : Isadora Duncan y Gordon Craig. Fuí al concierto de Isadora Duncan por azar, pues yo no había oído hablar de ella hasta entonces y tampoco había leído los anuncios de su llegada a Moscú. Quedé, por consiguiente, muy sorprendido cuando advertí que la mayoría del pequeño concurso que había ido a verla estaba integrada por artistas y escultores, con Mamontov a la cabeza, muchas artistas de *ballet* y muchos *estrenistas* y amantes del teatro insólito. La primera aparición de la Duncan en el escenario no me produjo una gran impresión. Como no estaba acostumbrado a ver en el escenario un cuerpo casi desnudo, apenas si podía seguir o comprender el arte de la bailarina. El primer número del programa fué recibido con aplausos tibios y algunas tentativas de silbido. Pero después de los números siguientes, uno de los cuales era especialmente persuasivo, no pude ya permanecer indiferente a las protestas del público y empecé a aplaudir de una manera ostensible.

Cuando vino el entreacto, avancé hasta las candilejas para aplaudir. Era ya un discípulo de la gran artista, un discípulo recientemente bautizado. Con gran alegría encontré a mi lado a Mamontov, el cual hacía exactamente lo mismo que yo, y cerca de Mamontov a un famoso artista, a un escritor y a un escultor. Cuando el público se percató de que entre los que aplaudían figuraban artistas y actores muy conocidos en Moscú, se produjo una gran confusión. No hubo más silbidos, y, cuando el público notó que podía aplaudir, el aplauso se hizo general y fué seguido de llamadas a escena, y, al final, de una ovación.

Desde entonces no perdí un solo concierto de Isadora Duncan. La necesidad de verla estaba inspirada en un sentimiento artístico que alentaba en mi alma y que era paralelo al que la obligaba a ella a bailar. Más tarde, cuando entré en conocimiento de sus métodos y de las ideas de su gran amigo Craig, comprendí que en diferentes ángulos del mundo, por condiciones que nos son desconocidas, muchas personas de distintas esferas buscan en el arte los mismos principios de creación. Nos entendimos sin pronunciar una sola palabra. No había tenido el placer de conocer a Duncan en su primera visita a Moscú ; pero en la segunda vino a nuestro teatro y fué recibida como un huésped de honor. Toda la compañía se unió a mí en el amor a la gran artista.

Duncan no sabía hablar lógica y sistemáticamente de su arte. Sus ideas brotaban accidentalmente, como el resultado de los hechos diarios más inesperados. Por ejemplo, cuando se le preguntaba quién la había enseñado a bailar, respondía :

«Terpsícore. Empecé a bailar en el momomento mismo en que supe mantenerme en pie. He bailado toda mi vida. El hombre, la Humanidad, todo el mundo debe bailar. Así ha sido y así será siempre. Es inútil que se interpongan algunos y que no quieran comprender una necesidad natural que nos ha dado la Naturaleza misma. *Et voilà tout*», terminaba diciendo con su inimitable dialecto francoamericano.

Otra vez, hablando de una función que iba a empezar en aquel momento, como sus visitantes acudieran al cuarto y fueran un obstáculo para sus preparativos, exclamó :

«Yo no puedo bailar así. Antes de ir al escenario tengo que colocar un motor en mi alma, y cuando este motor empieza a trabajar, mis piernas, mis brazos y todo mi sér se mueven con independencia de mi alma.

Pero si no pongo este motor en mi alma, no puedo bailar.»

En aquel tiempo buscaba yo ese motor creador que el comediante debe aprender a colocar en su alma antes de salir a escena. Evidentemente debí fatigar mucho a Duncan con mis preguntas. La contemplaba durante las representaciones y los ensayos, cuando se desarrollaba su emoción, que empezaba cambiando la expresión de su rostro, y cuando sus ojos brillantes revelaban las delicias y sensaciones que iban cruzando por su alma. Recordando nuestra discusión accidental sobre el arte y comparando mi trabajo con lo que ella hacía, logré ver muy claramente que los dos buscábamos una misma cosa por diferentes ramas del arte. En nuestras charlas, Duncan citaba continuamente a Gordon Craig, al cual consideraba como a un genio y como a uno de los hombres más grandes de nuestro teatro contemporáneo.

«Pertenece—decía—no solamente a su pueblo, sino al mundo entero, y debe vivir allí donde su genio pueda desarrollarse mejor, allí donde las condiciones de trabajo y la atmósfera general ayuden mejor a sus necesidades. Su puesto está en vuestro Teatro de Arte.»

Sé que le escribió muchas cartas pidiéndole que viniera a Rusia y hablándole de mí y de nuestro teatro. Yo quise persuadir a la dirección de nuestro teatro de la necesidad de invitarle a dirigirlo y a dar un nuevo ímpetu a nuestra tarea. Debo hacer justicia a mis camaradas. Todos discutieron el asunto como verdaderos artistas, y decidieron gastar una suma importante en mejoras para nuestro arte.»

El entusiasmo que me produjo el teatro de Stanislavsky fué tan grande como el horror que me produjo el *ballet*. Iba todas las noches en que yo no trabajaba, y toda la compañía me recibía con el mayor afecto. Sta-

nislavsky venía frecuentemente a verme, y creía que por medio de un interrogatorio hábil iba a transformar mis danzas en una escuela coreográfica para su teatro; pero yo le dije que esto no podría realizarse sino empezando por los niños. Al propósito recuerdo que en mi siguiente visita a Moscú vi a algunos jóvenes y a algunas bellas muchachas de su compañía que intentaban bailar; pero el resultado era deplorable.

Como Stanislavsky estaba muy ocupado durante todo el día en su teatro con los ensayos, tenía la costumbre de venir a verme después de la representación. A propósito de nuestras conversaciones dice en su libro: «Supongo que debí fatigar mucho a Duncan con mis preguntas.» No, no me fatigaba. Experimentaba un gran entusiasmo al transmitirle mis ideas.

El aire sutil y nevado, los alimentos de Rusia, y especialmente el caviar, habían curado la debilidad causada por el amor espiritual de Thode. Y ahora todo mi sér aspiraba al contacto con una persona robusta. Como Stanislavsky estaba siempre conmigo, en él vi a la persona deseada.

Una noche me detuve a contemplarlo. Su silueta era fina y hermosa. Anchas sus espaldas, y los cabellos, negros, que empezaban a volverse grises por las sienes. Había algo que se sublevaba dentro de mí a la idea de representar continuamente el papel de Egeria. Cuando estaba a punto de salir, coloqué mis manos sobre sus espaldas y las enlacé alrededor de su cuello poderoso, y luego, bajando su cabeza a la altura de la mía, le besé en la boca. Me devolvió el beso con ternura, pero tenía un aire de extremo asombro, como si aquello fuera la cosa que menos se esperaba. Cuando quise atraerle más hacia mí, retrocedió, y mirándome con consternación exclamó:

—Pero ¿qué haríamos con el niño?

—¿Qué niño?—le pregunté.

—¡Qué niño! Pues nuestro hijo. ¿Qué haríamos con

él? Ya ve usted—continuó diciendo de una manera ponderada— : nunca consentiré que un hijo mío sea educado fuera de mi jurisdicción, y esto sería muy difícil en mi casa de ahora.

Aquella extraordinaria seriedad acerca del hijo punzó mi sentido del humorismo y no pude reprimir la risa. El me miró con pena, me dejó sola y echó a correr por el pasillo del hotel. Estuve riendo a intervalos durante toda la noche ; pero, a pesar de mi risa, me hallaba desesperada y aun colérica. Creo que fué entonces cuando comprendí por qué algunos hombres refinados pueden, después de conversar con mujeres intelectuales, coger su sombrero y marcharse a lugares de reputación dudosa ; pero yo era una mujer y no podía hacer lo mismo. Pasé toda la noche agitada, dando vueltas en la cama, y por la mañana tomé un baño ruso, cuyo vapor ardiente y cuya ducha fría dieron la tranquilidad a mi sistema nervioso.

Y, sin embargo, ¡ qué contradicción !, los jóvenes que había visto en el palco de la Kechinsky, los cuales habrían dado cualquier cosa por obtener mis favores, me aburrían tanto cuando abrían la boca, que me helaban mis sentidos hasta el verdadero centro del deseo. Creo que esto es lo que se llama una cerebral. Ciertamente, después de la sociedad culta e inspirada de Carlos Hallé y de Heinrich Thode, no podía soportar a la *jeunesse dorée*.

Algunos años más tarde contaba esta anécdota de Stanislavsky a su propia mujer, la cual se puso muy contenta y exclamó :

—¡ Oh, pero si así es en todo ! Toma la vida muy en serio.

Le atacara como le atacara, sólo recibía algunos besos suaves, y siempre que se trataba de algo más oponía una resistencia sólida y hábil que no admitía discusión. Stanislavsky ya no se arriesgó a venir a mi cuarto después del teatro ; pero un día me proporcionó

una verdadera alegría llevándome en un trineo descubierto a un restaurant del campo, donde almorzamos en una habitación reservada. Bebimos *vodka* y champaña y hablamos de arte, y me convencí finalmente de que hubiera necesitado ser la misma Circe para romper la fortaleza de la virtud de Stanislavsky.

He oído hablar con frecuencia de los terribles peligros que las jóvenes corren en la vida del teatro ; pero, como pueden ver los lectores con mi ejemplo, es todo lo contrario. Yo he sufrido realmente por el excesivo respeto y admiración que he inspirado.

* * *

Durante una breve visita que hice a Kieff después de Moscú, los estudiantes se agruparon a la puerta del teatro y se negaron un día a dejarme pasar si no les prometía una representación a la que pudieran asistir, pues mis precios eran excesivamente elevados para ellos. Cuando salí del teatro, los estudiantes continuaban en la puerta muy indignados contra el empresario. Me alcé en mi trineo y les dije que me sentiría orgullosa y feliz si mi arte podía servir de inspiración a la juventud intelectual de Rusia, pues en ninguna parte del mundo se preocupaban los estudiantes, como en Rusia, de arte y de idealismo.

Esta primera visita a Rusia fué suspendida por unos compromisos adquiridos previamente que me obligaron a volver a Berlín. Antes de salir firmé un contrato para la primavera. A pesar de la brevedad de mi visita, dejé una gran impresión. Mis ideas suscitaron muchas disputas, y se concertó un duelo entre un fanático partidario del *ballet* y un entusiasta de Duncan. Fué entonces cuando el *ballet* ruso empezó a apropiarse la música de Chopin y Schumann y de los trajes griegos. Algunos bailarines de *ballet* llegaron incluso a desprenderse de sus zapatos y de sus medias.

CAPITULO XVIII

Regresé a Berlín con la determinación de fundar la escuela de baile con que había soñado tanto tiempo, y, sin más demora, confié mis planes a mi madre y a mi hermana Isabel, que quedaron entusiasmadas. Nos pusimos inmediatamente a buscar una casa para la futura escuela, con esa rapidez que caracterizaba a todas nuestras acciones. En una semana encontramos una villa en Trauden Trasse, Grünewald, la cual acababa de salir de manos de los trabajadores, y la compramos. Hicimos exactamente lo mismo que los héroes de los cuentos de Grimm. Fuimos a casa de Wertheimer y compramos cuarenta camas pequeñas, cubiertas con cortinas blancas de muselina y adornadas con cintas azules. Queríamos hacer de nuestra villa un verdadero palacio para los niños. En el vestíbulo central colocamos una copia de la heroica figura de la *Amazona,* dos veces mayor que el natural. En la sala de baile, que era muy grande, colocamos el bajorrelieve de Luca della Robbia y los niños bailando de Donatello. En la alcoba, la Virgen y el Niño—azul y blanco—, y, también en blanco y azul, guirnaldas de frutas.

Por todas partes representábamos de esta manera ideal la forma infantil, con bajorrelieves y esculturas de niños bailando en sus años primeros, y con libros y cuadros en que se veía a los niños tal como han sido soñados por los pintores y escultores de todas las edades; pinturas de niños bailando, en vasos griegos, finas siluetas de Tanagra y Beocia, el grupo de los niños bailando de Donatello—que es una melodía radiante—y los niños bailando de Gainsburough.

Todas estas figuras tienen un cierto aire de familia en la gracia ingenua de su forma y de sus movimientos, como si los niños de todas las edades se encontraran

juntos y se cogieran de la mano a través de los siglos. La niñez efectiva de mi escuela moviéndose y danzando en medio de aquellas formas iba seguramente a parecerse a ellas, reflejando inconscientemente en sus movimientos y en sus rostros un poco del júbilo y de la gracia pueriles. Sería el primer paso hacia la belleza futura, hacia el nuevo arte del baile.

Coloqué también en mi escuela muchachas que bailaban, corrían y saltaban, jóvenes de Esparta a quienes se obligaba a realizar duros ejercicios para que luego pudieran ser madres de heroicos guerreros ; jóvenes que corrían con los pies desnudos para conquistar los premios anuales ; imágenes exquisitas de tierra cocida, con velos y vestidos flotantes ; jóvenes que bailaban con las manos juntas en las Panatenas. Representaban el futuro ideal que era preciso conquistar, y los alumnos de mi escuela, al aprender a amar aquellas formas, se asemejarían a ellas y penetrarían cada día un poco en el secreto de su armonía, pues yo creía con entusiasmo que bastaba despertar el deseo de la belleza para obtener la belleza misma.

Con el propósito de alcanzar aquella armonía que yo deseaba, los alumnos tenían que hacer diariamente algunos ejercicios especialmente escogidos ; pero eran ejercicios concebidos de manera que coincidieran con sus aspiraciones más íntimas y los realiazaran de buen grado y con avidez. Cada uno de ellos era no solamente un medio para llegar a un fin, sino un fin en sí mismo, y el fin era hacer que todos los días de la vida fueran completos y felices.

La gimnasia debe ser la base de toda educación física. Es necesario llenar el cuerpo de luz y de aire. Es esencial dirigir su desarrollo metódicamente. Es necesario extraer de él todas las fuerzas vitales que contiene, hasta llevarlas a su máximo desarrollo. Tal es el deber del profesor de gimnasia. Luego viene la danza. En el cuerpo armónicamente desarrollado y llevado a su pun-

to supremo de energía, penetra el espíritu de la danza. Para el gimnasta, el movimiento y la cultura del cuerpo son un fin en sí, pero para el bailarín no son sino medios. El mismo cuerpo debe ser olvidado ; es únicamente un instrumento armónico y bien apropiado, y sus movimientos no sólo expresan, como en la gimnasia, movimientos corporales, sino sentimientos y pensamientos del alma.

La naturaleza de estos ejercicios diarios es hacer del cuerpo, en cada grado de su desarrollo, un instrumento tan perfecto como sea posible, un instrumento para la expresión de aquella armonía que, evolucionando y cambiando a través de todas las cosas, está dispuesta a penetrar en el sér preparado para ello.

Los ejercicios comenzaban por una sencilla gimnasia de músculos, preparatoria de su elasticidad y fuerza. Después de estos ejercicios físicos venían los primeros pasos de danza, que consistían en aprender a caminar de manera sencilla, cadenciosa, avanzando lentamente con un ritmo elemental, y luego más de prisa, con ritmos más complicados. Después corrían, lentamente al principio, y saltando, más tarde, lentamente también, según ciertos momentos definidos del ritmo. Así es como se aprende la escala de los sonidos, y así es como mis alumnos aprendían la escala de los movimientos. Tales ejercicios no eran sino una parte de sus estudios. Los niños estaban siempre vestidos con trajes ligeros y graciosos que utilizaban para sus juegos y deportes, en clase y en el bosque. Saltaban y corrían libremente hasta que aprendían a expresarse por el movimiento con la misma facilidad que los otros se expresan por la palabra o por el canto.

Sus estudios y sus observaciones no se limitaban a las formas expresadas en el arte, sino que brotaban de los movimientos de la Naturaleza. Los movimientos de las nubes arrastradas por el viento, los árboles que se estremecen, los pájaros que vuelan, las hojas que dan

vueltas : todo debía tener para los alumnos un sentido especial. Debían aprender a observar la calidad peculiar de cada movimiento, debían experimentar en su alma una adhesión secreta, desconocida para los demás, capaz de iniciarlos en los arcanos de todas las cosas, porque todas las partes de su cuerpo elástico y bien preparado debían responder a la melodía de la Naturaleza y cantar con ella.

Para agrupar a los niños en nuestra escuela anunciamos en los periódicos que la escuela de Isadora Duncan estaba abierta a la adopción de niños con talento que quisieran convertirse en discípulos de este arte que yo quería dar a millares de niños del pueblo. Ciertamente la repentina inauguración de esta escuela, sin los capitales ni la organización necesarios, era la empresa más temeraria que pudiera imaginarse. Mi empresario estaba desesperado y planeaba continuamente vueltas alrededor del mundo, y yo no cesaba de explicarle que necesitaba pasar un año en Grecia, lo que a su juicio era perder el tiempo. Cuando supo que estaba preparando la escuela, dijo, como es lógico, que aquello equivalía a romper mi carrera y que era una labor absolutamente inútil ; pero yo procedía como había procedido siempre : siguiendo mis impulsos íntimos, sin ningún sentido práctico.

Raimundo nos enviaba desde Kopanos noticias cada vez más alarmantes. El pozo artesiano se hacía más y más costoso. La posibilidad de encontrar agua se hacía cada semana más difícil. Los gastos del palacio de Agamenón crecieron en proporciones tan terroríficas, que se vió obligado a desistir. Kopanos se convirtió entonces en una hermosa ruina, en una fortaleza a merced de todas las facciones de revolucionarios griegos. Allí continúa, como una esperanza quizá para lo futuro.

Decidí consagrar todos mis recursos a la fundación de una escuela para la juventud del mundo, y escogí

Alemania como el centro de la filosofía y de la cultura: así lo creía yo entonces.

Nubes de niños contestaron al anuncio. Recuerdo que un día, al regresar por la tarde del teatro, encontré la calle bloqueada por padres y vástagos. El cochero alemán se volvió a mí y me dijo:

—*Eine verrückte dame die wohn dort, die eine Ankundigung in die Zeitung gestellt has dass sie Kinder sehr gern haben will.* (Es una señora loca que vive ahí y que ha puesto un anuncio en los periódicos diciendo que le gustaría recibir niños.)

La *verrückte Dame,* la señora loca, era yo. No sé exactamente cómo se hizo la elección de aquellos niños. Era tal mi afán de llenar Grünewald y sus cuarenta camitas, que los admití sin elección, porque tenían simplemente una sonrisa graciosa o unos ojos bonitos, sin saber si eran o no capaces de convertirse en futuros bailarines. Un día, en Hamburgo, entró en la habitación de mi hotel un hombre de sombrero de copa y levita que traía en el brazo un bulto envuelto en un chal. Colocó su fardo sobre la mesa, y, al abrirlo, me encontré ante dos tristes ojos que me miraban y que pertenecían a una niña de unos cuatro años: la niña más grave que he visto en mi vida. No lanzó un grito ni dijo una palabra. Aquel caballero tenía, al parecer, mucha prisa. Me preguntó si aceptaba a la chica, y apenas si esperó mi contestación. Al observar su rostro junto al de la niña, descubrí una semejanza muy significativa, que justificaba, en cierto modo, su prisa y su deseo de pasar inadvertido. Yo, con mi ligereza de costumbre, admití a la niña, y el caballero desapareció. No lo volví a ver nunca.

Era una manera misteriosa de dejar a una criatura en mis manos, como si fuera una muñeca. En el tren de Hamburgo a Berlín comprobé que la pequeñita sufría una fiebre muy alta—un mal caso de tonsilitis—, y en Grünewald estuvimos tres semanas luchando por

su salvación, con la ayuda de dos enfermeras y del gran doctor Hoffa, el famoso cirujano. El cual sentía tal entusiasmo por mi escuela, que me ofreció gratuitamente sus servicios.

El doctor Hoffa me decía a menudo:

—Esto no es una escuela. Es un hospital. Todos estos niños tienen taras hereditarias, y necesitará usted mucho más cuidado para conservarlos vivos que para enseñarlos a bailar.

El doctor Hoffa era uno de los más grandes bienhechores de la Humanidad, uno de los más famosos cirujanos. Cobraba sumas fabulosas. En aquel tiempo invertía toda su fortuna en un hospital para niños pobres, situado en los alrededores de Berlín. Desde un principio se constituyó en médico y cirujano de nuestra escuela y atendió a todo aquello que se refería a la salud de los niños y a la higiene del establecimiento. En realidad, sin su ayuda incansable nunca hubiera podido llevar a aquellos muchachos al buen puerto de salud y de armonía que finalmente alcanzaron. Era un hombre alto, robusto y bien parecido, de mejillas encarnadas, y poseía una sonrisa tan amistosa que todos los niños le querían tanto como él a ellos.

La selección de los muchachos, la organización de la escuela, el comienzo de las lecciones y la rutina de sus vidas invertían todo nuestro tiempo. A pesar de las advertencias de mi empresario, quien no cesaba de repetirme que, en Londres y en todas partes, se copiaba con creciente fortuna mi trabajo, no pude ni quise salir de Berlín. Todos los días, de cinco a siete de la tarde, enseñaba a bailar a mis niños.

Les hice progresar mucho, y creo que su excelente salud era debida al régimen vegetariano recomendado por el doctor Hoffa, el cual opinaba que es necesario para la educación de los niños un régimen de vegetales frescos, mucha fruta y ninguna carne.

* * *

Mi popularidad en Berlín era entonces increíble. Me llamaban la *Göttliche Isadora*. Se llegó a decir que salía curada de mi teatro la gente que entraba enferma. En todas las funciones de tarde veíase a una multitud de enfermos que eran llevados en parihuelas. Nunca me he puesto otra cosa que una pequeña túnica blanca, y sandalias en los pies desnudos. Mi público acudía a las representaciones con éxtasis absolutamente religioso.

Una noche los estudiantes desengancharon los caballos de mi coche después de la función, y me condujeron a la famosa Sieges Allee, en medio de la cual, accediendo a sus requerimientos, en pie sobre mi «victoria», hablé, y dije :

—No hay arte más grande que el arte del escultor. Pero ¿ por qué vosotros, amantes del arte, permitís ese horrible ultraje en medio de vuestra ciudad ? ¡ Mirad esas estatuas ! Vosotros decís que sois estudiantes de arte ; pero, si de verdad lo fuerais, cogeríais ahora mismo las piedras y demoleríais esas estatuas. Porque eso no es arte. No. Son visiones del káiser.

Los estudiantes fueron de mi opinión, y lo proclamaron a gritos. Si no hubiera sido por la rápida intervención de la policía, hubieran realizado mi deseo y destruído aquellas horribles estatuas de la ciudad de Berlín.

CAPITULO XIX

Una noche de 1905 estaba yo bailando en Berlín, y aunque tengo la costumbre de no mirar al público cuando trabajo, porque el público me parece un gran dios que representa a la Humanidad, aquella noche me fijé en un espectador que estaba sentado en la primera fila. Y no es que yo le observara para informarme de quién era, sino que sentía la atracción física de su presencia. Al terminar la representación, entró en mi cuarto un hombre bellísimo y exaltado.

—Es usted maravillosa—exclamó—. Es usted admirable. Pero ¿por qué me ha robado mis ideas? ¿De dónde ha sacado usted mi escenario?

—Pero ¿de qué está usted hablando?—le contesté—. Estas cortinas azules son mías, y muy mías. Las inventé cuando tenía cinco años, y siempre he bailado con ellas.

—No. Son mis decorados y mis ideas. Pero usted es el sér que yo he imaginado para ellos. Es usted la realización viviente de todos mis sueños.

—¿Y quién es usted?

Y entonces salieron de su boca estas hermosas palabras:

—Yo soy el hijo de Ellen Terry.

¡Ellen Terry, mi más perfecto ideal de mujer! ¡Ellen Terry...!

—¿Por qué no viene usted a casa a comer con nosotras?—propuso, repentinamente, mi madre—. Ya que tiene usted tanto interés por el arte de Isadora, venga con nosotras.

Y Craig cenó en casa.

Estaba en un estado de salvaje excitación. Quería explayar todas sus ideas sobre su arte, todas sus ambiciones...

A mí me interesaba mucho su charla.

Uno a uno, mi madre y los otros comensales se despidieron con distintas excusas, y nos dejaron solos. Craig no cesaba de hablar del arte del teatro y afianzaba sus frases con expresiva gesticulación.

Inopinadamente, en medio de su discurso, exclamó:

—Pero ¿qué hace usted aquí? Usted, que es una gran artista, ¿cómo puede vivir en medio de esta familia? ¡Es absurdo! Yo soy el hombre que la ha inventado. Usted pertenece a mi escenario.

Craig era alto y nimbreño. Tenía una cara que recordaba la cara maravillosa de su madre, aunque todavía más delicada de rasgos. A pesar de su talla, había

en él algo femenino, especialmente en la boca, que era muy fina y delicada. Los bucles de oro de los retratos de su infancia—ese niño de cabellera dorada, ese niño de Ellen Terry, tan familiar a los auditorios londinenses—eran ya un poco más obscuros. Sus ojos, muy miopes, brillaban con un brillo metálico detrás de las gafas. Daba una impresión de delicadeza, una impresión de debilidad casi femenina. Unicamente sus manos, con los dedos alargados por la punta y con unos pulgares cuadrados y simiescos, indicaban fortaleza. Solía decir riendo que sus pulgares eran de asesino, «precisamente para estrangularte, querida mía».

Como una hipnotizada le dejé que me pusiera mi capa sobre la pequeña túnica blanca. Cogió mi mano, y fuimos escaleras abajo. Llamó a un taxi, y en el mejor alemán me dijo : *Meine Frau und mich, wir wollen nach Potsdam gehen.* (Mi mujer y yo queremos ir a Postdam.)

Varios taxis se negaron a llevarnos ; pero, por último, encontramos uno que nos llevó a Potsdam, donde recalamos a la hora del alba. Nos paramos en un pequeño hotel, que acababa de abrir sus puertas, y tomamos una taza de café. Luego, cuando había salido por completo el sol, regresamos a Berlín.

Llegamos a Berlín a eso de las nueve de la noche. «¿Qué hacemos?» No podíamos volver a casa de mi madre, y decidimos ir a la de una amiga que se llamaba Elsie de Brugaire. Elsie de Brugaire era bohemia de nacionalidad. Nos recibió con tierna simpatía. Nos dió un liviano desayuno : huevos revueltos y café. Me ofreció su cama para dormir, y no me desperté hasta por la tarde.

Craig me llevó luego a su estudio, en el último piso de un alto edificio berlinés, sobre cuyo suelo negro y encerado había muchas rosas artificiales desparramadas.

Lo contemplé ante mí, de pie, espléndido de juven-

tud, de belleza y de genio ; me inflamé de un súbito amor, y me arrojé a sus brazos con todo el ardor magnético de un temperamento que había dormido dos años y que quería estallar. Me encontré con la respuesta de otro temperamento digno del mío. Encontré en él la carne de mi carne y la sangre de mi sangre. «¡ Oh, eres mi hermana !», solía decirme, y yo sentía como si nuestro amor tuviera algo de incestuoso.

No sé cómo recuerdan las otras mujeres a sus amantes. Creo que lo correcto es no hablar de su cabeza, de sus hombros, de sus manos, etc. ; limitarse a describir sus trajes ; pero yo lo veo siempre como aquella primera noche, en mi estudio, en que su cuerpo blanco, delicado y luminoso surgió de la crisálida de sus vestidos y brilló en todo su esplendor ante mis ojos sorprendidos.

Así debió de ser Endymión cuando por primera vez apareció a la mirada brillante de Diana, con su figura blanca y esbelta ; así Jacinto y Narciso, y el luminoso y bravo Perseo. Más parecía un ángel de Blake que un joven mortal. Apenas mis ojos atónitos contemplaron su belleza, me abalancé a él desvanecida. Como la llama en la llama, nos quemamos en un mismo fuego. Al fin encontraba a mi igual, a mi amor, a mi otro yo : no éramos dos, sino uno, ese único sér maravilloso de que habla Platón en su *Fedra,* dos mitades y una misma alma.

No era un hombre joven que hacía el amor a una muchacha. Era la fusión de dos almas gemelas. La leve envoltura de la carne se hizo tan transparente con el éxtasis, que la pasión terrena convirtióse en un divino abrazo de llamas blancas y ardientes.

No deberíamos sobrevivir a placeres tan completos y tan perfectos. ¡ Ah ! ¿ Por qué mi alma inflamada no huyó aquella noche, por qué no voló como el ángel de Blake, a través de las nubes, hacia otra esfera ? Su amor era joven, fresco y fuerte. No tenía ni los nervios ni

la naturaleza de un voluptuoso, sino que prefería volver a empezar antes de saciarse.

En su estudio no había divanes, ni sillas cómodas, ni alimentos. Dormimos toda la noche en el suelo. No tenía ni un céntimo, y yo no me atrevía a ir a casa por dinero. Dos semanas estuve durmiendo allí. Cuando queríamos comer, hacía traer la comida a crédito, y yo me ocultaba en un balcón para que no me viera el camarero. Luego nos repartíamos alegremente la comida. Mi pobre madre estaba entretanto recorriendo todos los puestos policíacos y todas las Embajadas, y decía que un vil seductor había arrebatado a su hija. Mi empresario estaba indignado ; había tenido que despedir a un público muy numeroso que acudió a verme en una función anunciada y no efectuada. Nádie sabía lo que había pasado ; pero en los periódicos apareció la noticia de que miss Isadora Duncan padecía una grave tonsilitis.

Al cabo de dos semanas volvimos a casa de mi madre. A decir verdad, a pesar de mi loca pasión, estaba bastante cansada de dormir en el duro suelo y de no comer sino los alimentos que nos subían por *delicatessen* o que tomábamos, accidentalmente, cuando salíamos, muy de noche, *rara avis,* de nuestro nido.

Al ver mi madre a Gordon Craig, gritó :

—¡ Vil seductor ! Salga de esta casa.

Estaba furiosamente celosa.

Gordon Craig es uno de los genios más extraordinarios de nuestra época : una criatura, como Shelley, hecha de fuego y de luz. Es el inspirador de todo el teatro moderno. En realidad no ha tenido nunca una parte activa en la vida práctica de la escena. Ha vivido alejado, y sus sueños han inspirado todo lo que es bello en el teatro moderno de hoy. Sin él no tendríamos a Reinhardt, a Jacques Copeau ni a Stanislavsky. Sin él soportaríamos aún el viejo escenario realista, con todas las hojas temblando en los árboles y todas las casas

con sus puertas que hacen ruido al abrirse y al cerrarse.

Craig tenía una conversación brillante. Es uno de los pocos hombres que he visto en estado de exaltación desde la mañana hasta la noche. Con la primera taza de café prendía el fuego en su imaginación, y lanzaba llamas. Dar con él un vulgar paseo por las calles era como pasear por la Tebas del viejo Egipto en compañía de un Alto Sacerdote.

Ya fuera por su extraordinaria miopía o por alguna otra razón subjetiva, lo cierto es que solía pararse súbitamente, coger su lápiz y su *block* y, contemplando un espantoso ejemplar de la moderna arquitectura alemana—una de esas casas *neuer kunst praktisch*—, se ponía a explicar su belleza. Hacía febrilmente un apunte, y cuando lo terminaba aquello parecía el templo egipcio de Denderah.

Frente a un árbol o a un pájaro o a un niño que viera al pasar brotaba su exaltación. No había a su lado un momento de aburrimiento. Vivía en el ápice del entusiasmo o de la cólera : en cualquiera de los dos extremos. Pero a veces, inopinadamente, el cielo se obscurecía y una súbita angustia llenaba la atmósfera. Parecía como si, poco a poco, le fuera faltando el aliento.

Desgraciadamente, este humor sombrío fué creciendo con el tiempo y se hizo cada vez más frecuente. ¿Por qué? Ante todo porque siempre que me decía : «¡Mi obra!, ¡mi obra!», yo le contestaba con dulzura : «¡Oh, sí, tu obra! Es admirable, eres un genio. Pero, ¿sabes?, también existe mi escuela» ; y, dando un puñetazo en la mesa, replicaba : «Sí ; pero mi obra...», y yo le contestaba : «Sin duda, muy importante. Tu obra es el marco, pero lo primero es el sér viviente, porque del alma es de donde irradian todas las cosas. Ante todo, mi escuela, es decir, el sér humano moviéndose en su perfecta belleza ; luego, tu obra, el perfecto marco para ese sér.»

Estas discusiones terminaban con silencios procelo-

sos, y entonces la mujer que había en mí se despertaba, alarmada, y decía: «Oh querido mío, ¿te he ofendido?» Y él: «¿Ofendido? Oh, no. Todas las mujeres son muy molestas; y tú eres una de ellas, con la pretensión de mezclarse en mi obra. ¡Mi obra, mi obra!»

Se marchaba dando un portazo. El ruido me hubiera bastado para percibir la magnitud de la terrible catástrofe. Esperaba su regreso, y, cuando no volvía, me pasaba las noches llorando amargamente. Estas escenas, repetidas con frecuencia, acababan por hacernos la vida imposible e inarmónica: tal era nuestra tragedia.

Mi destino era inspirar un gran amor a este genio, y ese mismo destino me daba el trabajo de conciliar su amor con la continuación de mi propia carrera. Conciliación imposible. Al cabo de las primeras semanas de amor salvaje y apasionado, empezó la batalla más feroz que he conocido, una batalla entre el genio de Gordon Craig y las inspiraciones de mi arte.

—¿Por qué no dejas eso?—me decía—. ¿Por qué quieres ir al teatro y agitar tus brazos? ¿Por qué no te quedas en casa afilando mis lápices?

Y, sin embargo, Gordon Craig apreciaba mi arte como nadie. Pero su amor propio y sus celos de artista no le permitían admitir que una mujer pudiera ser también una artista verdadera.

* * *

Mi hermana Isabel había formado para nuestra escuela de Grünewald un Comité de mujeres aristocráticas y eminentes de Berlín. Cuando estas damas se enteraron de lo de Craig, me dirigieron una larga carta redactada en majestuosos términos de reproche, en la cual decían que ellas, miembros de la buena sociedad burguesa, no podían patrocinar por más tiempo una escuela cuya directora tenía unas ideas morales tan perdidas.

Frau Mendelssohn, la mujer del gran banquero, fué la encargada por aquellas señoras de entregarme la carta. Cuando me trajo este tremendo documento me miró con mucha timidez, y estallando repentinamente en lágrimas lo arrojó al suelo, me cogió en sus brazos y me dijo:

—No crea usted que yo he firmado esta carta infame. En lo que se refiere a las otras señoras, no hay nada que hacer. No continuarán por más tiempo patrocinando su escuela. Ya sólo creen en su hermana Isabel.

Isabel tenía también sus ideas propias, pero no las manifestaba en público, y llegué a la conclusión de que lo que estas señoras defendían era que todo estaba bien si no salía a la superficie. Provocaron de tal modo mi indignación, que alquilé la Sala Filarmónica y dí una conferencia sobre la danza como arte de liberación, en la cual conferencia defendí el derecho de la mujer a amar libremente y a tener los hijos que quisiera y como quisiera.

A esto habrá gentes que me digan: «Pero ¿qué se hace con los hijos?» Perfectamente. Yo puedo dar los nombres de muchas personas eminentes que nacieron fuera del matrimonio, circunstancia que no les impidió obtener fama y fortuna. Pero, dejando esto aparte, yo me pregunto cómo puede una mujer aceptar un contrato matrimonial con un hombre a quien ella cree tan vil que, en caso de conflicto, dejaría abandonados a sus propios hijos. Si esa mujer piensa tal cosa de un hombre, ¿cómo puede casarse con él? Yo creo que la verdad y la fe mutua son los primeros principios del amor. En todo caso, yo, que soy una mujer que se gana su vida, creo que si hago el gran sacrificio de mi fuerza, de mi salud y aun de mi vida por tener un hijo, renunciaría a él si pensara que en alguna ocasión futura pudiera el hombre decirme que el hijo le pertenecía por la

ley y arrebatármelo para que yo no pudiera verlo sino tres veces al año.

Un escritor americano de mucho ingenio, a quien su mujer dijo un día : «¿ Qué pensaría nuestro hijo si no estuviéramos casados ?», contestó : «Si nuestro hijo fuera de tal condición, no nos preocuparíamos de lo que pudiera pensar.»

Toda mujer inteligente que lee el contrato matrimonial y que lo acepta, merece todas sus consecuencias.

Mi conferencia provocó un gran escándalo. La mitad de la sala simpatizaba conmigo y la otra mitad silbaba y arrojaba al escenario todo lo que tenía a mano. Por fin, la mitad discrepante abandonó el local, y yo me quedé sola con mis partidarios. Entonces iniciamos un interesante debate acerca de los derechos de la mujer, discusión que en aquellos días estaba sobre el tapete del movimiento feminista.

Continué en nuestro departamento de Victoria Strasse, mientras que Isabel vivía en la escuela. Mi madre iba indistintamente a las dos casas. Y si en la época de privaciones había soportado mi pobre madre, con extraordinario valor, nuestras fatigas, ahora, en la holgura, hallaba muy monótona nuestra existencia. Ello hay que atribuirlo a nuestro temperamento irlandés, que se adapta mejor a la adversidad que a la prosperidad. Su carácter se hizo muy desigual. Se hallaba en tal estado, que nada le agradaba. Por primera vez desde nuestra salida, empezó a expresar la nostalgia de América, y decía que todo era mejor por allí : alimentos, etc.

Cuando, en nuestro deseo de agradarla, la llevábamos al mejor restaurant de Berlín y le preguntábamos : «Madre : ¿ qué quiere usted comer ?», nos contestaba : «Dadme cangrejos», y si no era tiempo de cangrejos se extendía en reproches contra el país y contra la miseria de un pueblo donde no había cangrejos , y se negaba a comer otra cosa. Si había cangrejos, también se que-

jaba y decía que eran mucho más sabrosos los de San Francisco.

Creo que este cambio de carácter era debido al estado habitual de virtud en que vivía, desde hace muchos años, mi pobre madre, consagrada como estaba en cuerpo y alma a sus hijos. Ahora que encontrábamos nosotros en la vida un interés tan absorbente que nos tenía alejados de ella, se daba ella cuenta de que había gastado en nosotros los mejores años de su vida, sin guardar nada para sí; creo que lo mismo sucede a muchas madres, sobre todo en América. La desigualdad de su carácter aumentaba día a día, y no cesaba de expresarnos su deseo de volver a la ciudad natal. Hasta que, al poco tiempo, se marchó un buen día.

* * *

Mi imaginación no se apartaba de aquella villa de Grünewald, con sus cuarenta camitas. ¡Cuán inexplicable es el Destino! Porque si yo hubiera encontrado a Craig algunos meses antes, no hubieran existido la villa ni la escuela. Encontraba en él una satisfacción tan plena, que no hubiera sentido la necesidad de fundar la escuela. Pero ahora que este sueño de mi niñez había empezado a realizarse, se convirtió en una *idée fixe*.

Poco después descubrí—y no había lugar a la menor duda—que estaba encinta. Soñé que Ellen Terry se me aparecía con un traje flotante, como el que llevaba en *Imogène*, conduciendo de la mano a una niña rubia, a una niñita parecida exactamente a ella, y que me decía: «Isadora, amor mío. Amor... Amor...»

Desde aquel momento supe lo que venía a mí desde el mundo de sombras de la Nada. Supe que una niña vendría a traerme alegrías y tristezas. ¡Alegrías y tristezas! ¡Nacimiento y Muerte! ¡Ritmo de la Danza de la Vida!

El divino mensaje cantaba por todo mi sér. Y yo con-

tinuaba bailando ante el público, enseñando en mi escuela, amando a mi Endymión.

El pobre Craig, nervioso, impaciente, desgraciado, se mordía las uñas hasta hacerse sangre, y exclamaba continuamente : «Mi obra. Mi obra. Mi obra.»

Siempre la naturaleza salvaje oponiéndose al arte. Pero a mí me aliviaba el sueño adorable de Ellen, y este sueño se repitió otras dos veces.

* * *

Vino la primavera. Tenía un contrato para Dinamarca, Suecia y Alemania. Lo que más me sorprendió en Copenhague fué la expresión inteligente y feliz de sus mujeres jóvenes, que andaban por las calles solas y libres, como muchachos, con las gorras estudiantiles sobre sus negros bucles. Me quedé sorprendida ante este espectáculo. Nunca había visto muchachas tan guapas. Y me explicaron que éste era el primer país que había aceptado el voto de las mujeres.

Tuve que hacer esta excursión con objeto de sufragar los gastos de la escuela. Había agotado todas mis reservas y ya no me quedaba dinero.

En Estocolmo encontré a un público verdaderamente entusiasta, y, después de la representación, las muchachas de la Escuela Gimnástica me escoltaron hasta el hotel, saltando y galopando junto a mi coche para expresar el júbilo que les había producido mi danza. Fuí al Instituto Gimnástico, pero mi visita no me convirtió en una devota ardiente. Me parece que la gimnasia sueca está destinada a un cuerpo estático e inmóvil, pero no al cuerpo humano, viviente y flotante. También ve en los músculos un fin en sí, en lugar de ver en ellos una armazón mecánica, un manantial inagotable de vida. La gimnasia sueca es un falso sistema de cultura física, porque no atiende a la imaginación y cree que el

cuerpo es un objeto y no un foco de energía vital y cinética.

Visité las escuelas y expliqué a los discípulos esas ideas lo mejor que pude. Pero, como era de esperar, no me comprendieron.

Mientras estuve en Estocolmo envié una invitación a Strindberg, a quien yo admiraba mucho, para que viniera a verme bailar. Me contestó que no salía nunca de casa y que odiaba a los seres humanos. Le ofrecí un puesto en el escenario, pero no vino.

Después de una campaña triunfal en Estocolmo, regresé a Alemania por mar. Caí enferma en el barco, y comprendí que lo mejor sería no hacer ningún viaje en algún tiempo. Además, sentía un gran deseo de hallarme sola y de alejarme de las miradas de todos los seres humanos.

En el mes de junio, después de una corta visita a mi escuela, sentí un fuerte anhelo de ver el mar. Marché primero a La Haya, y luego a una aldea llamada Nordwyck, a la orilla del mar del Norte. Alquilé en las dunas una pequeña villa blanca, conocida por «Villa María».

En mi inocencia creía que tener un hijo era la cosa más sencilla. Fuí a vivir a aquella villa, a cien millas de la ciudad, y me puse en manos de un médico de pueblo. Estaba muy contenta por tener un médico de aldea que no habría curado más que mujeres campesinas: tal era mi ignorancia.

De Nordwyck al pueblo más cercano, Kadwyck, había unos tres kilómetros. Vivía absolutamente sola, y todos los días iba y venía, paseando, de Nordwick a Kadwyck. Siempre tuve la pasión del mar; siempre amé la soledad, y en Nordwyck, en la pequeña «villa» blanca, aislada entre las dunas de arena que abarcan millas enteras, a ambos lados del hermoso país, me sentía dichosa. Viví en «Villa María» los meses de junio, julio y agosto.

Mantenía una activa correspondencia con mi hermana Isabel, que en mi ausencia dirigía la escuela de Grünewald. Durante el mes de julio escribí en mi diario algunos preceptos referentes a la enseñanza en la escuela, y preparé quinientos ejercicios, que iban de los movimientos más sencillos a los más complejos y que formaban un compendio de arte de la danza.

Mi sobrinita Temple, que se estaba educando en la escuela de Grünewald, vino a pasar tres semanas a mi lado, y solía bailar a la orilla del mar.

Craig llegaba nervioso. Me veía y se marchaba en seguida. Pero ya no estaba sola. El niño daba cada día mayores pruebas de su presencia. Me parecía raro ver cómo mi bello cuerpo de mármol se extendía, se rompía y se deformaba. Cuanto más finos son los nervios, más sensible es el cerebro y más grande la capacidad de sufrimiento: he aquí una misteriosa venganza de la Naturaleza. Noches sin sueño, horas de dolor. Pero siempre la alegría. Una alegría sin límites. Una alegría irreprimible, sobre todo cuando paseaba—y era todos los días—por la arena, entre Nordwyck y Kadwick, junto al mar: a un lado, las olas imponentes que lamían la arena, y a otro, las dunas hinchadas, a lo largo de la playa desierta. El viento soplaba en aquella costa como un dulce, ondulante céfiro, o como una brisa tan fuerte que había que luchar contra ella. A las veces, la tormenta se desencadenaba con terror, y entonces «Villa María» era toda la noche sacudida como un navío en alta mar.

Rehuía toda relación. Las gentes dicen tantas tonterías... ¡Qué poco se aprecia la santidad de una futura madre! Una vez vi pasar sola, por la calle, a una mujer que llevaba un niño en sus entrañas. Los transeúntes, lejos de contemplarla con respeto, se miraban unos a otros y sonreían, como si aquella mujer, que llevaba el peso de una nueva vida, fuera un espectáculo jocoso.

Cerré mi puerta a todos los visitantes, excepto a un

amigo, bueno y fiel, que venía en bicicleta desde La Haya, me traía libros y revistas y me informaba de las últimas manifestaciones del arte, de la música y de la literatura. Estaba entonces casado con una gran poetisa, de la que hablaba con ternura y admiración. Era un hombre metódico. Venía en días determinados, aunque hubiera tormenta. Si exceptúo estas visitas, hallábame siempre sola con el mar, las dunas y mi hijo, que ya parecía como si tuviera una gran impaciencia por entrar en el mundo.

Caminando junto al mar sentía a veces un exceso de fuerza y de energía, y me decía que esta criaturita sería mía, sólo mía. Pero otras veces, cuando el cielo se encapotaba y las frías olas del mar del Norte se enfurruñaban, sentía yo una súbita depresión y me creía un pobre animal cogido en el lazo, y luchaba, luchaba con un deseo incoercible de huir. Huir... ¿Adónde? Quizá al fondo de las olas negras. Luchaba contra la misantropía, y salía a veces triunfadora. Nadie se daba cuenta de lo que me ocurría. La angustia me acechaba y me sorprendía, sin que pudiera evitar sus zarpazos. Me figuraba que las gentes se apartaban de mí. Me parecía que mi madre se hallaba a millares y millares de leguas. Craig estaba también muy lejos, y sumergido, como siempre, en su arte, en tanto que yo cada vez pensaba menos en el mío y me hallaba absorbida únicamente en la tarea espantosa y monstruosa que me había caído en suerte. Misterio enloquecedor del placer y de la tristeza.

¡Cuán largas y torturadoras se deslizaban las horas! Los días, las semanas, los meses tenían un paso tan lento... Alternativamente esperanzada y desesperada, pensaba a menudo en la peregrinación de mi niñez y de mi juventud, en mis deambuleos por países distantes, en mis descubrimientos artísticos... ¡Y todo ello me parecía como un prólogo, ya lejano y brumoso, un prólogo que me llevaba a esto: a la víspera del natali-

cio de un niño! ¡Lo mismo que cualquier mujer campesina! ¡Este era el punto culminante de todas mis ambiciones!

¿Por qué no estaba mi madre a mi lado? Porque tenía el absurdo prejuicio de que yo me casara. Y, sin embargo, ella se había casado, y el matrimonio le había sido imposible, y había tenido que divorciarse. ¿Por qué quería que entrara yo en el lazo de que le había producido a ella tan crueles heridas? Yo me oponía al matrimonio con toda la fuerza inteligente de mi sér. Creía, y sigo creyendo, que era una absurda institución de esclavitud que conducía sin remedio—particularmente a los artistas—al proceso de divorcio y a una vulgar situación legal. Si alguien pone en duda lo que estoy diciendo, que me dejen hacer una pequeña lista de todos los artistas divorciados y de todos los escándalos de que han hablado los periódicos de América en los últimos diez años. El público ama a sus artistas y no puede vivir sin ellos.

En el mes de agosto vino a vivir conmigo una enfermera, una mujer que luego se hizo muy amiga mía, y que se llamaba María Kist. Nunca he visto a una persona tan paciente, tan dulce y tan bondadosa. Entonces empezaba yo a sentir toda clase de temores. En vano me decía a mí misma que todas las mujeres tienen hijos. Mi abuela tuvo ocho; mi madre, cuatro. Yo formaba parte de la corriente de la vida, etc. Sin embargo, tenía miedo. ¿De qué? No, ciertamente, de la muerte, ni de los dolores. Era un miedo desconocido, un miedo a lo que no conocía.

Huyó agosto. Vino septiembre. Mi fardo se hacía muy pesado. «Villa María» estaba colocada sobre las dunas. Se subía por una escalera de cerca de cien escalones. Pensaba con frecuencia en mis danzas, y algunas veces me asaltaba una fuerte nostalgia de mi arte. Pero entonces sentía en mi seno tres golpecitos, y un sér que daba vueltas. Sonreía y pensaba: «Después de todo,

¿qué es el arte sino un débil espejo del placer y del milagro de la vida?»

Mi cuerpo adorable se deformaba cada vez más, y yo lo contemplaba con ojos atónitos. Mis pechos, duros y pequeños, se hacían grandes, blandos y caídos. Mis pies, de ágiles se convertían en pesados; mis tobillos se hinchaban; mis caderas me producían dolores. ¿Dónde estaban mis juveniles y adorables formas de náyade? ¿Dónde mi ambición? ¿Dónde mi fama? A pesar de mí misma, sentíame a ratos miserable y fracasada. Era demasiado aquel juego con ese gigante a quien llamamos la Vida. Y entonces pensaba en el niño que iba a nacer, y cesaban de repente mis pensamientos tenebrosos.

Horas crueles, solitarias, de espera en la noche; echada sobre el lado izquierdo, el corazón se ahoga; echada sobre el lado derecho, no hay comodidad. Y, finalmente, se acuesta una sobre los hombros. Se es víctima de la energía del niño. Intenta una calmar a la criatura que se agita en su seno, y aprieta para ello el vientre con ambas manos. Horas crueles, horas de ansiosa espera, en la noche. Y cuántas noches, cuántas noches innumerables como ésa. ¡A qué caro precio pagamos la gloria de la maternidad!

Un día recibí una sorpresa muy feliz. Una dulce amiga que conocí en París—su nombre era Kathleen—vino a mí con la intención de permanecer a mi lado. Era una persona magnética, llena de vida, de salud y de valor. Luego se casó con un explorador, con el capitán Scott.

Estábamos una tarde tomando el té, cuando sentí como si me hubieran dado un fuerte golpe en medio de la espalda, y luego un dolor espantoso, como si me colocaran un barreno en la espina dorsal e intentaran abrir mi cuerpo y romperlo.

En aquel momento empezó la tortura. Era como si yo, pobre víctima, estuviera en manos de algún ver-

dugo despiadado y todopoderoso. No me había repuesto de un ataque cuando empezaba otro. ¡ Y se habla de la Inquisición española ! Ninguna mujer que haya tenido un niño puede temerla, pues debió de ser un juego insignificante comparado con nuestras angustias. Sin descanso, sin piedad, cruelmente, un genio terrible e invisible me cogía en sus garras, y, en espasmos continuados, me rompía los huesos y los nervios. Dicen que estos sufrimientos se olvidan pronto. Todo lo que tengo que contestar es que me basta cerrar los ojos para oír de nuevo mis gritos y mis lamentos, tal como los lanzaba entonces.

Es una barbarie, es inaudito que todas las mujeres se vean obligadas a soportar una tortura tan monstruosa. Debería encontrarse un remedio. Debería ponerse un término a esos sufrimientos. Es, sencillamente, absurdo que la ciencia moderna no haya resuelto el alumbramiento sin dolor. Es tan imperdonable como si los médicos operaran una apendicitis sin anestesia. Se necesita que las mujeres tengan una paciencia ridícula o que carezcan de inteligencia para que soporten un solo momento esa espantosa matanza de ellas mismas.

Durante dos días y dos noches continuó el horror indescriptible. Y, a la tercera mañana, aquel médico absurdo trajo un inmenso par de fórceps y, sin anestesia de ninguna clase, acabó la carnicería. Si exceptúo quizá a un sér a quien se ate a una vía antes del paso de un tren, creo que nadie ha sufrido lo que yo sufrí entonces. Habladme a mí del movimiento sufragista : hasta que las mujeres no hayan puesto un término a aquello, hasta que no se consiga que la operación de dar a luz se haga sin dolor, todo será inútil.

¿ Qué torpe superstición se opone a tal medida ? ¿ Qué intención criminal inspira tal desamparo ? Puede, naturalmente, decirse que todas las mujeres no sufren en el mismo grado. No, claro está. Ni las indias rojas, ni las negras africanas, ni las campesinas. Pero la mujer

civilizada necesita un remedio civilizado para ese horror.

Diréis que no me morí de aquello. No. No me morí. Tampoco muere la pobre víctima colocada temporalmente en el potro de tormento.

Y, además, podéis decir que la contemplación de mi bebé fué mi recompensa. Sí, ciertamente; experimenté un júbilo completo, pero, sin embargo, tiemblo con indignación cada vez que pienso en lo que sufrí entonces y en lo que sufren tantas mujeres, víctimas del egoísmo y de la ceguera de los hombres de ciencia que permiten que ocurran esas atrocidades sin ponerles un remedio.

¡Ah, y qué bebé! Era sorprendente. Tenía las formas de Cupido, los ojos azules, y una cabellera larga y obscura, que luego cayó y se convirtió en bucles de oro... Y—milagro de los milagros—aquella boca buscó mi pecho y aspiró y bebió mi leche. ¿Qué madre es capaz de decir lo que siente cuando brota la leche de la teta y la boquita de su nene muerde el pezón? Esta cruel boquita que muerde se parece a la boca de un amante, y la boca de nuestro amante nos recuerda, a su vez, la del bebé (1).

¡Oh mujeres! ¿Para qué aprendéis a ser abogadas, pintoras o escultoras, si existe ese milagro? Conocí, por fin, el gran amor que sobrepasa al amor del hombre. Estaba tendida y sangrante, destrozada y sin fuerzas, mientras que mi criaturita mamaba y lloraba. ¡Vida, vida, vida! ¡Oh! ¿Dónde estaba mi arte? ¿Mi arte, y todas las artes? ¿Qué me importaba a mí el arte? Sentía que yo era un dios, superior a todos los artistas.

Durante las primeras semanas me quedaba horas enteras con el bebé en brazos, contemplando su sueño;

---

(1) Freu ha analizado, por la vía psicoanalítica, este fenómeno de la sensualidad infantil. *(N. del T.)*

algunas veces salía una mirada de sus ojos ; me parecía que estaba muy cerca de la otra orilla del misterio, cerca del conocimiento de la Vida. Aquel alma, cerrada en un cuerpo recientemente creado, respondía a mi mirada con ojos que parecían muy viejos—los ojos de la Eternidad—, ojos que contemplaban a los míos con amor. Amor es acaso la respuesta a todo. ¿Qué palabras podrían pintar mi gozo? A nadie le sorprenderá que yo, que no soy escritora, sea incapaz de encontrar las palabras necesarias.

Volvimos a Grünewald con el bebé y mi dulce amiga María Kist. Todas las niñas quedaron encantadas de mi hijita. Dije a Isabel : «He aquí a nuestra alumna más joven.» Todos me preguntaban : «¿Cómo vamos a llamarla?» Craig pensó en un delicioso nombre irlandés : Deirdre. Deirdre : amada de Irlanda. La llamamos Deirdre.

Poco a poco volvían mis fuerzas. Contemplaba a menudo a la admirable Amazona, nuestra estatua votiva, y la contemplaba con simpatía, pues tampoco ella, en mi situación, debía de ser muy capaz de reanudar la lucha.

CAPITULO XX

Julieta Mendelssohn, que vivía con su marido, el rico banquero, era vecina nuestra. Se tomó mucho interés por mi escuela, pese a la hostilidad de sus amigas burguesas. Un día nos invitó a todos a bailar ante mi adorado ídolo : Eleanora Duse.

Presenté la Duse a Gordon Craig. Quedó a un tiempo encantada e interesada por sus ideas sobre el teatro. Después de algunas reuniones, en que dimos pruebas de un mutuo entusiasmo, nos invitó a ir a Florencia, y expresó el deseo de que Craig montara una obra. Deci-

dimos que Gordon Craig pusiera en escena *Rosmersholm,* de Ibsen, para que Eleanora Duse lo representara en Florencia. La Duse, Craig, María Kist, la nena y yo tomamos el tren de lujo de Florencia.

Durante el viaje se me revolvió la leche, y tuve que dar a mi nena alimentos preparados en botellas. Era, sin embargo, totalmente dichosa. Los dos seres a quien yo admiraba más en el mundo se habían unido : Craig realizaría su obra ; Duse tendría un escenario digno de su genio.

En Florencia nos hospedamos en un pequeño hotel, cercano al Gran Hotel, donde Eleanora se instaló en un departamento regio.

Empezaron las discusiones : yo actuaba de intérprete, porque Craig no entendía una palabra de francés ni de italiano, y Duse no conocía una palabra de inglés. Me encontraba frente a dos grandes genios cuyas fuerzas se rechazaban mutuamente. Mi única aspiración era hacerles felices y complacer a ambos. Lo conseguía, sí, pero a costa de la verdad. Que se me perdonen las mentiras que dije durante mi actuación de intérprete, en gracia a mi santo propósito. Yo no deseaba otra cosa que se llegara a la representación, y ello hubiera sido imposible si hubiera traducido a Eleanora Duse las palabras de Craig, y si hubiera repetido exactamente las órdenes que daba Eleanora.

En la primera escena de *Rosmersholm* creo que pinta Ibsen un salón «cómodamente amueblado a la antigua moda». Pero Craig veía allí el interior de un gran templo egipcio, con un techo altísimo que subía hasta el cielo y con muros que ensanchaban la perspectiva. Sin embargo, y en oposición a la arquitectura de un templo egipcio, colocaba al fondo un gran ventanal cuadrado. Según la descripción de Ibsen, la ventana da a una avenida de viejos árboles, que conduce a un patio. Craig daba a su ventanal unas dimensiones de diez metros por doce, sobre un paisaje de rojos, amarillos y ver-

des, un paisaje que podía evocar las orillas del Nilo, pero que no sugería en modo alguno el patio de una casa.

Eleanora contemplaba el diseño con asombro, y decía: «Yo veo en la obra una ventana pequeña, y no puedo admitir que sea grande.»

A lo cual estallaba Craig en inglés: «Dí a esta maldita mujer que no la consiento que se mezcle en mi trabajo.»

Yo traducía entonces, discretamente, a Eleanora: «Dice que admira su opinión, y que procurará complacerla.»

Luego, volviéndome a Craig, traducía, de nuevo, diplomáticamente, las objeciones de Duse: «Eleanora dice que eres un gran genio, que no quiere hacer objeciones a tus esquemas, y que los aceptará cuando los termines.»

Estos diálogos duraban a veces horas enteras. Sobrevenían con frecuencia en el momento en que tenía que dar teta a mi nena; pero no por eso abandonaba mi intervención pacificadora. Sufría espantosamente cuando llegaba la hora de la leche y me veía obligada a continuar diciendo a cada uno de aquellos artistas lo contrario de lo que ellos se decían. Me sentía, por momentos, muy fatigada. Mi salud se quebrantaba. Estas discusiones hacían dolorosa mi convalecencia. Pero en mi afán de que se realizara el gran acontecimiento artístico de ver unidos los nombres de Craig y Eleanora Duse en *Rosmersholm,* todos los sacrificios me parecían pequeños.

Craig se encerraba en el teatro y empezaba a pintar él mismo el decorado con muchos grandes botes de pintura y una gran brocha. No había encontrado obreros italianos que comprendieran lo que deseaba. Tampoco había podido encontrar la tela que necesitaba: cogió tela de sacos y se puso a unir los pedazos. Un gran número de viejas italianas se pasaban los días, sentadas

en corro, en el escenario, cosiendo los pedazos de tela. Por el escenario hormigueaban jóvenes pintores italianos, que intentaban ejecutar las órdenes de Craig, el cual, los largos cabellos en desorden, los insultaba, hundía sus pinceles en los botes de pintura, colocaba en posición peligrosa las escaleras, y vivía en el teatro todo el día y casi toda la noche. No venía a casa ni siquiera para comer. Si yo no le llevaba un pequeño almuerzo en una cesta, no comía absolutamente nada.

Había dado órdenes para que Duse no entrara en el edificio. «Si se presenta aquí, cogeré el tren y me marcharé.»

Duse ardía en deseos de ver lo que se hacía en el escenario. Me impuse la tarea de mantenerla alejada del teatro sin disgustarla. Daba con ella grandes paseos por los Jardines, donde las estatuas deliciosas y las exquisitas flores calmaban sus nervios.

Nunca olvidaré el espectáculo de Eleanora Duse paseando por aquellos jardines. No se parecía a ninguna mujer del mundo. Era como una imagen divina del Petrarca o del Dante, que hubiera, por azar infeliz, caído en la esfera terrestre. El pueblo le dejaba paso y nos miraba con respeto y curiosidad. Duse no gustaba de ofrecerse en las calles como un espectáculo. Para evitarlo, iba por las pequeñas avenidas y por los caminos apartados. No amaba como yo a la pobre Humanidad. Tenía a la mayoría de las gentes por «canalla», y en este sentido hablaba del pueblo.

Lo atribuyo a su naturaleza suprasensible, más que a otra cosa. Se imaginaba que la gente la criticaba. Pero la verdad es que cuando tenía ocasión de entrar en relación con el pueblo, no había nadie tan simpático y bondadoso como ella.

Siempre recordaré aquellos paseos por los Jardines, aquellos grandes cipreses, aquella magnífica cabeza de Eleanora Duse, pues, en cuanto nos quedábamos solas, se quitaba el sombrero, y su negra cabellera, que em-

pezaba a blanquear, se agitaba libre en la brisa. ¡Oh la maravilla de su frente inteligentísima, y el prodigio de sus ojos! Nunca los olvidaré. Eran tristes sus ojos; pero cuando el entusiasmo iluminaba su cara, no había expresión más deliciosa. Ni en ninguna obra de arte, ni en ningún rostro humano, he hallado nada semejante.

Las decoraciones de *Rosmersholm* avanzaban. Cada vez que iba al teatro a llevar a Craig su almuerzo o su comida, le encontraba en un estado intermedio entre la cólera y la alegría frenética. A veces creía él que su obra sería la más grande visión artística que había conocido el mundo. Y a continuación se quejaba amargamente porque no encontraba nada en aquel país, ni pinturas, ni buenos obreros, y porque él tenía que hacérselo todo.

Se acercaba el momento de que Eleanora viera el escenario montado por Craig: la había mantenido hasta entonces alejada del teatro por medio de maniobras que ya no podían continuar. Cuando llegó el día señalado, fuí a buscarla a la hora fijada y la llevé al teatro. Se hallaba en un estado de tan fuerte excitación nerviosa, que temí que estallara en cualquier momento la tempestad. Me esperaba en el vestíbulo del hotel. Llevaba un amplio manto de pieles y un sombrero negro, también de piel, semejante a la gorra de un cosaco ruso. Se colocaba el sombrero de lado y sobre los ojos, pues aunque la Duse, en ciertos momentos de su vida, y por consejo de sus amigos, frecuentó a los grandes modistos, no aprendió nunca el arte de vestirse y carecía totalmente de *chic*. Sus trajes subían de un lado y bajaban de otro. Sus sombreros no tenían nunca garbo. Por muy costosos que fueran sus vestidos, no parecía que los llevaba, sino que se avenía, por fuerza, a soportarlos.

Camino del teatro, mi nerviosismo era tal que apenas si podía articular palabra. Me costó gran traba-

jo—trabajo diplomático—impedir que entrara por la puerta de los artistas ; hice abrir la puerta principal y la conduje a un palco. Hubo una larga espera, durante la cual sufría indecibles suplicios al oírla exclamaciones como éstas : «¿ Estará mi ventana como yo he dicho ? ¿ Dónde están las decoraciones ?»

Yo la contenía, estrechando con fuerza sus manos o golpeándolas con suavidad, mientras le decía : «En seguida, en seguida. Pronto lo verá usted. Un poco de paciencia.» Pero me sobrecogí de espanto al pensar en su ventanita, en la ventanita que había adquirido, por obra de Craig, las más gigantescas proporciones imaginables.

De vez en cuando se oía la voz de Craig, con acentos desesperados, que intentaba expresarse en italiano, y que, al fin, rompía en inglés : «Por todos los demonios. ¿ Por qué no han puesto ustedes ahí eso que les he dicho ? ¿ Por qué no hacen lo que yo digo ?» Y de nuevo, el silencio.

Finalmente, después de una espera que nos pareció de horas, en el momento preciso en que yo creía que iba a estallar la indignación acumulada de Eleanora, se alzó lentamente la cortina.

¡ Oh ! ¿ Cómo describir lo que se descubrió ante nuestros atónitos ojos ? ¿ Puedo hablar de un templo egipcio ? Ningún templo egipcio se ha mostrado con tal belleza. Ninguna catedral gótica, ningún palacio ateniense. Nunca he visto un espectáculo tan encantador. A través de vastos espacios azules, de celestes armonías, de líneas ascendentes, de masas colosales, el alma era transportada hacia la luz de aquel gran ventanal, tras el cual se extendía, no ya una breve avenida, sino el Universo infinito. Dentro de estos espacios azules estaba todo el pensamiento, toda la meditación, toda la tristeza terrenal del hombre. Más allá del ventanal, todo el éxtasis, toda la alegría, todo el milagro de su imaginación. ¿ Era éste el salón de Rosmersholm ? Yo no sé lo que Ibsen hubiera pensado, pero probablemente

se hubiera quedado, como nosotras, sin palabras, en deleite.

Eleanora me cogió la mano. Su brazo me estrechó el cuerpo. Y luego me estrechó en un rapto de entusiasmo. Vi que las lágrimas corrían por su hermoso rostro. Quedamos un rato sentadas, cogidas del brazo y silenciosas : Eleanora, en poder de la admiración y emoción artísticas, y yo, radiante de alegría porque, al fin, tras mis dudas, la obra de Craig triunfaba ante Eleanora. Duse me cogió la mano y me condujo, a grandes pasos, como era su costumbre, a través de los corredores obscuros del teatro, hasta que dimos en el escenario. Y allí, en el escenario, con aquella voz que era tan suya, gritó : «¡ Gordon Craig ! ¡ Venga usted aquí !»

Craig salió de entre bastidores, tímido como un muchacho. Duse lo envolvió en sus brazos, y luego lanzó un torrente de palabras italianas de adulación, con tal velocidad que apenas si podía yo traducírselas a Craig. Fluían de sus labios como el agua de una fuente.

Craig no lloró de entusiasmo, como nosotras ; pero estuvo un rato en silencio, lo que era en él indicio de gran emoción.

Entonces Duse llamó a toda su compañía, que aguardaba tranquilamente detrás del escenario, y pronunció un apasionado discurso, de esta guisa :

«Mi Destino me ha hecho encontrar a este gran genio, Gordon Craig. Quiero consagrar el resto de mi carrera—*sempre, sempre*—a dar a conocer al mundo su gran obra.»

Y continuó, con renovada elocuencia, hablando de las tendencias modernas del teatro, de los escenarios modernos, de la concepción moderna de la vida y de la vocación del actor.

Tenía cogido a Craig de la mano mientras hablaba, y se volvía continuamente hacia él, exaltando su genio y la nueva gran resurrección del teatro. «Gracias únicamente a Gordon Craig—repetía—, nosotros, pobres

actores, podremos liberarnos de esta monstruosidad de este osario que es el teatro de hoy.»

Imagínense ustedes cuál sería mi júbilo. Yo era en tonces joven y sin experiencia, y creía, ¡ay!, que, e los momentos de gran entusiasmo, la gente expresab aquello que efectivamente sentía. Me imaginaba a Ele nora Duse colocando su genio espléndido al servicio d gran arte de Craig. Me imaginaba el porvenir como u triunfo indescriptible de Craig, un porvenir esplend roso para el arte del teatro. No contaba, ¡ay!, con l fragilidad del entusiasmo humano, y especialmente co la fragilidad del entusiasmo femenino. Y Eleanora r era, con todo su genio, sino una mujer, como vi má tarde.

En la primera representación de *Rosmersholm,* u inmenso y expectante público llenaba el teatro. Cuand se alzó la cortina hubo un grito de admiración. El re sultado no podía ser otro. Los aficionados al arte re cuerdan todavía en Florencia aquella representació única de *Rosmersholm.*

Duse, con su instinto maravilloso, se había puest un traje blanco, de grandes mangas que caían a lo la go de su cuerpo. Al aparecer en escena, se diría qu era una Sibila Délfica, y no una Rebecca West. Co su genio infalible supo adaptarse a las grandes líne del decorado y a los haces de luz que la rodeaban. M dificó todos sus gestos y movimientos. Iba y venía p el escenario como una profetisa que anunciara grand nuevas.

Pero cuando entraban los otros actores—Rosme por ejemplo, que llevaba las manos dentro de sus bo sillos—, parecían unos obreros del teatro que hubiera penetrado, por error, en el escenario. La impresión e positivamente desagradable. Unicamente el hombre qu representaba el papel de Brendel se adaptó perfect mente al maravilloso decorado, al decir: «Cuando bruma de los sueños de oro descendió a mí; cuand

nuevos, momentáneos y embriagadores pensamientos brotaron en mi cerebro, y sentí el soplo de sus alas, que me arrastraban con suavidad... los transformé en poesía, en visiones, en imágenes.»

Salimos del espectáculo con el mayor optimismo. Craig estaba radiante de júbilo. Veía su porvenir, veía una serie de grandes obras consagradas a Eleanora Duse, de quien hablaba ahora con tanto elogio como antes con indignación. ¡Ah, la fragilidad humana! Aquélla había de ser la única noche en que el genio de Duse se manifestara en un escenario creado por Craig, pues, como tenía un programa a base de repertorio, cambiaba todas las noches de comedias.

Tras de aquella excitación, una buena mañana, al ir al Banco, me dí cuenta de que se habían agotado por completo mis reservas. El nacimiento de la nena, los gastos de la escuela de Grünewald y nuestro viaje a Florencia habían dejado exhaustos mis fondos. Era absolutamente necesario pensar en la manera de rellenar mi depósito, y llegó muy a tiempo la invitación de un empresario de San Petersburgo, que me preguntaba si estaba de nuevo dispuesta a bailar, y me ofrecía un contrato para varias ciudades rusas.

Salí, pues, de Florencia, dejando a la nena al cuidado de María Kist, y a Craig, al cuidado de Eleanora, mientras que yo tomaba el tren expreso de San Petersburgo, vía Suiza y Berlín. Como pueden ustedes imaginarse, fué un triste viaje. La primera separación de mi bebé, y la separación de Craig y de Duse, se me hacían muy penosas. Además, mi salud era bastante precaria, y como la nena estaba a medio destete fué necesario consolarla artificialmente de la falta de mi leche. Espantosa prueba aquélla; me hizo llorar muchas veces.

Subiendo y subiendo hacia el Norte, corría el expreso. Contemplé nuevamente aquellas llanuras de nieve y de bosques, hoy más desoladas para mí que en el

viaje primero. Y, como me había entregado tanto al arte de la Duse y de Craig, apenas si pensaba en mi propio arte, y no me hallaba muy apercibida para la prueba de una *tournée*. Sin embargo, el buen público ruso me recibió con su habitual entusiasmo y tuvo la mayor indulgencia. De aquel viaje recuerdo solamente que, al bailar, afluía con frecuencia la leche de mis pechos, y, según caía por debajo de mi túnica, me producía una rara impresión de embarazo. ¡Qué difícil es para una mujer tener una carrera!

De aquel viaje a Rusia recuerdo muy poco. Inútil decir que mi corazón me arrastraba, con toda su fuerza, hacia Florencia. Abrevié lo más posible mi extrañamiento, y acepté un contrato para Holanda, con la idea de estar más cerca de mi escuela y de las personas queridas.

La noche de mi aparición en un escenario de Amsterdam sentí un raro malestar. Era, sin duda, algo relacionado con la leche, lo que se llama «la fiebre de leche», y después del espectáculo me desmayé en escena, y tuvieron que trasladarme al hotel, donde viví, días y semanas, en una habitación obscura, envuelta en barras de hielo. Padecía una neuritis, enfermedad contra la cual no han hallado aún remedio los doctores. Estuve varias semanas sin tomar alimentos de ninguna clase; me sostenía con leche y opio, delirante, y, por último, caí en un sueño pesado.

Craig vino rápidamente de Florencia, y me dió pruebas de abnegación. Estuvo a mi lado tres o cuatro semanas, cuidándome, hasta que un día recibió un telegrama de Eleanora, concebido en estos términos: «Voy a representar *Rosmersholm* en Niza. Escenario, insatisfactorio. Venga en seguida.»

Me hallaba entonces convaleciente; pero al ver este telegrama tuve rápidamente el presentimiento de lo que iba a suceder cuando los dos se hallaran frente a frente, sin mis oficios de intérprete para suavizar asperezas.

Craig apareció una mañana en el viejo Casino de Niza y se encontró con que habían partido su escenario en dos, sin que Eleanora tuviera de ello conocimiento. Naturalmente, cuando vió su obra de arte, su obra maestra, el hijo que él había concebido y alumbrado con tanto dolor en Florencia, cuando lo vió así amputado y destrozado, Craig estalló en una de esas terribles crisis de rabia de que era a veces víctima, y, dirigiéndose a Eleanora, que estaba en el escenario, exclamó:

—¿Qué ha hecho usted? Usted ha destruído mi obra. Usted ha destrozado mi arte. Usted, usted, de quien yo esperaba tanto...

Y así continuó sin piedad, hasta que Eleanora, que no estaba acostumbrada a que le hablaran en aquel tono, estalló también en cólera. Refiriéndome la escena, Eleanora me decía luego: «Nunca he visto a un hombre semejante. Nunca me han hablado de tal manera. Me dijo cosas espantosas, situado como estaba a una altura de seis pies, con los brazos cruzados, en un lenguaje de furia británica. Nadie me ha tratado como él. Naturalmente, yo no lo pude soportar. Le mostré la puerta, y le dije: «Vaya usted con Dios. No quiero volverle a ver nunca.»

Y este fué el final de su propósito de consagrar toda su carrera al genio de Gordon Craig.

* * *

Llegué a Niza en tal estado de debilidad, que tuvieron que apearme del tren. Era la primera noche de Carnaval, y en el trayecto hasta el hotel mi coche abierto fué asaltado por una banda de pierrots con máscaras de todas clases. Sus muecas me hacían el efecto de la Danza Macabra antes de la muerte suprema.

En un hotel cercano al mío yacía enferma Eleanora. Me envió muchos y muy tiernos mensajes. Me envió también a su médico, el doctor Emil Bosson, quien no

solamente me atendió con gran cariño, sino que, luego, se hizo uno de los mejores amigos de mi vida. La convalecencia fué larga ; estaba prisionera en una red de dolores.

Vino a verme mi madre y mi fiel amiga María Kist, con el bebé. La nena estaba más linda y más fuerte ; su belleza aumentaba diariamente. Nos trasladamos al monte Boron, desde donde contemplábamos, por un lado, el mar, y por el otro, la cima de la montaña donde Zarathustra meditó con su serpiente y su águila. En nuestra terraza soleada volví gradualmente a la vida. Pero era una vida cargada de dificultades económicas, y para hacerlas frente me vi obligada, en cuanto pude, a dar representaciones en Holanda. Pero estaba aún muy débil y abatida.

Yo adoraba a Craig. Lo amaba con todo el ardor de mi alma de artista, pero comprendía que era inevitable nuestra separación. Y, sin embargo, había llegado a ese estado de frenesí en que no podía vivir con él ni sin él. Vivir con él era renunciar a mi arte, a mi personalidad ; más aún, a mi vida acaso, a mi razón. Vivir sin él era vivir en un estado de continua depresión, torturada por los celos, por unos celos que, ¡ay!, ahora me parecen excesivamente justificados. Por la noche me atormentaba la visión de Craig, en toda su belleza, abrazado por otras mujeres, y no podía dormir. Veía a Craig explicando su arte a otras mujeres que le contemplaban con ojos de adoración. Lo veía gozar del placer de otras mujeres ; lo veía con aquella sonrisa encantadora—la sonrisa de Ellen Terry—, interesándose por ellas, acariciándolas y diciéndose a sí mismo : «Esta mujer me gusta. Después de todo, Isadora es imposible.»

Todo esto me sumía alternativamente en la cólera y en la desesperación. No podía trabajar, no podía bailar. No me preocupaba de si agradaba o no al público.

Comprendí que este estado de cosas debía tener un rápido fin. O el arte de Craig o el mío. Y renunciar a

mi arte era imposible ; hubiera desfallecido, hubiera muerto de pena. Se hacía preciso buscar un remedio, y pensé en la sabiduría de la homeopatía. Y como todo lo que deseamos con ardor llega, llegó, en efecto, el remedio.

Entró en mi casa una tarde : rubio, campechano, joven, elegante. Y me dijo :

—Mis amigos me llaman Pim.

Y le dije :

—Pim. ¡ Qué nombre tan encantador ! ¿ Es usted artista ?

Y me contestó, como si le hubiera acusado de un crimen :

—¡ Oh, no !

—Entonces, ¿ qué tiene usted ? ¿ Una gran idea ?

—¡ Oh, no, por favor ! Yo no tengo ideas.

—Pero ¿ cuál es su fin en la vida ?

—Ninguno.

—Pero ¿ qué hace usted ?

—¡ Oh, nada !

—Pero hay que hacer algo...

—Sí—replicó en un tono reflexivo—, tengo una hermosa colección de petacas del siglo XVIII.

Fué mi remedio. Había firmado un contrato para ir a Rusia. Era una larga y fatigosa *tournée,* no solamente por el Norte de Rusia, sino por el Sur y por el Cáucaso, y temía hacer sola estos viajes.

—Pim : ¿ quiere usted venir conmigo a Rusia ?

—¡ Oh ! ¡ Cuánto me gustaría hacer este viaje !—contestó rápidamente— ; pero ¿ y mi madre ? Y aun a mi madre podría convencerla, pero hay alguien más—y Pim se puso rojo— ; alguien que me quiere mucho... alguien que acaso no me dejaría marchar.

—Pero nos podemos ir clandestinamente.

Y así decidimos que, después de mi última función en Amsterdam, nos esperaría un automóvil en la puerta del escenario, y este automóvil nos llevaría al cam-

po. Convinimos que mi doncella saldría en el expreso con el equipaje, y que nosotros lo tomaríamos en la primera estación después de Amsterdam.

Era una noche muy fría y de mucha niebla, de una niebla que no nos dejaba ver el campo. El *chauffeur* no quería ir de prisa porque la carretera bordeaba un canal.

—Es muy peligroso—nos decía, y avanzaba lentamente.

Pero este peligro no era nada en comparación con el de sentirnos espiados. Pim miró atrás y exclamó:

—¡Dios mío! Ella nos persigue.

No necesité más explicaciones.

—Probablemente trae una pistola—exclamó Pim.

—*Schnell, schneller!*—dijo al *chauffeur*, y le señaló con el dedo el resplandor que perforaba la niebla y alumbraba las aguas del canal. Era una aventura muy romántica; pero, por último, logramos escapar de nuestros perseguidores, llegamos a la estación y nos detuvimos en el hotel.

Eran las dos de la mañana. Un portero viejo iluminó nuestras caras con su linterna.

—*Ein zimmer* (Una habitación) — dijimos a un tiempo.

—*Ein zimmer? Nein, nein. Sind sie verheirathet?* (¿Una habitación? No, no. ¿Están ustedes casados?)

—*Ja, ja* (Sí, sí)—replicamos.

—*Oh, nein, nein*—refunfuñó—. *Sie sind nich verheirathet. Ich weiss. Sie sehen aus viele zu glücklich.* (Oh, no, no. Ustedes no están casados. Lo conozco; lo sé. Tienen un aspecto demasiado feliz.)

Y, a pesar de nuestras protestas, nos separó en dos cuartos, a ambos extremos de un largo pasillo, y saboreó toda la noche la maligna delicia de permanecer sentado, con su linterna en las rodillas, entre las dos habitaciones. Cada vez que Pim o yo sacábamos la cabeza, levantaba su linterna y decía:

—*Nein, nein: nicht verheirathet. Nicht möglich.*

Nein, nein. (No, no. No están casados. No es posible. No, no.)

Por la mañana, un poco fatigados por nuestro juego del escondite, tomamos el rápido de San Petersburgo. Nunca he hecho un viaje más alegre.

Cuando llegamos a San Petersburgo, me quedé perpleja al ver que el mozo de equipajes sacaba dieciocho maletas del tren, marcadas todas con las iniciales de Pim.

—Pero ¿qué es eso?—exclamé.

—Mi equipaje—dijo Pim—. Esta maleta, para mis corbatas; ésas, para mi ropa interior; aquéllas, para mis trajes, y las otras, para mis zapatos. En cuanto a ésta, contiene mis chalecos suplementarios; de piel, porque estamos en Rusia.

El hotel Europa tenía una amplia escalera, y Pim la subía y bajaba, volando, a todas las horas del día y de la noche, vestido cada vez con un traje de distinto color y con una distinta corbata, en medio de la admiración de todos los huéspedes. Porque vestía siempre muy bien y era el árbitro de la elegancia de La Haya. El gran pintor holandés Van Vley estaba haciendo entonces su retrato, con un fondo de tulipas: tulipas de oro, tulipas rojas, tulipas rosas, y todo su aspecto tenía la frescura y el encanto de las tulipas primaverales. Sus cabellos de oro eran como un macizo de tulipas doradas; sus labios, como tulipas de rosa; y cuando me abrazaba sentía como si estuviera flotando sobre un jardín de millares de tulipas de la primavera de Holanda.

Pim era bonito—rubio, ojos azules—, sin complicaciones intelectuales. Su amor era un ejemplo de lo que decía Oscar Wilde: «Más vale el placer que dura un momento que la tristeza que dura toda la vida.» Pim me daba el placer que dura un momento. Hasta entonces el amor me había dado lo novelesco, lo ideal, el sufrimiento. Pim me traía el placer—el puro y delicioso placer—en el momento en que más lo necesitaba, pues

sin sus oficios hubiera caído en una neurastenia desesperada. La presencia de Pim me dió nueva vida y nueva vitalidad. Quizá por la primera vez conocí el placer de ser joven, sencilla y frívolamente. El reía de todo, saltaba y bailaba. Olvidé mi pena y viví el momento que pasa: era despreocupada y dichosa. El resultado fué que mis danzas se aligeraron con renovada vitalidad y alegría.

Entonces compuse el *Momento musical,* que tuvo tanto éxito en Rusia, al punto de que lo repetía cinco y seis veces cada noche. El *Momento musical* fué la danza de Pim. El «placer del momento». El *Momento musical.*

CAPITULO XXI

Si yo no hubiera visto la danza como un Solo, mi camino habra sido sencillísimo. Famosa ya, solicitada por todos los países, no me quedaba sino proseguir mi triunfal carrera. Pero, ¡ay!, estaba poseída por la idea de una escuela—un vasto conjunto—que bailara la *Novena Sinfonía* de Beethoven. De noche, no tenía más que cerrar los ojos y aquellas figuras que bailaban en mi imaginación con enorme aparato me pedían que les diera vida. «Aquí estamos. Tú eres la única que puede darnos vida.» (La *Novena Sinfonía: Millionen Umschlingen.*)

Estaba poseída por el sueño de la creación prometeica: a mi requerimiento surgirían de la tierra y descenderían de los cielos bailarinas como el mundo no había visto nunca. ¡Oh sueño orgulloso y tentador que ha conducido mi vida de catástrofe en catástrofe! ¿Por qué me poseíste, llevándome, como la luz de Tántalo, a las tinieblas y a la desesperación? Pero no. Todavía vacila la luz en las tinieblas y acaso me conduzca un

día a la Gloriosa Visión, por fin realizada. Lucecita brillante, que iluminas mis pasos temblorosos, todavía creo en ti, todavía te sigo. Tú me harás encontrar las criaturas sobrehumanas que en el Amor Armonioso bailarán la Gran Visión de Belleza que el mundo espera.

Con estos sueños regresé a Grünewald para dar lecciones al pequeño grupo, que había aprendido ya a bailar con tal belleza que acrecentaba mi fe en la suprema perfección de una orquesta de bailarinas: de una orquesta que sería al sentido de la vista lo que las grandes sinfonías al oído.

Ya comparándolas con los amores de los frisos pompeyanos, o con las jóvenes Gracias de Donatello, o con los etéreos vuelos de las compañeras de Titania, las enseñaba a unirse y a enlazarse, a separarse y aproximarse, en círculos y cortejos interminables.

Cada día estaban más fuertes y ágiles, y la luz de la inspiración y de la música divina brillaba en sus cuerpos y en sus rostros juveniles. El espectáculo de estas niñas era tan hermoso, que despertaba la admiración de todos los artistas y poetas.

Sin embargo, cada vez era más difícil hacer frente a los gastos de la escuela, y concebí el propósito de llevar a mis alumnas a diferentes países, para ver si había algún Gobierno que reconociera la belleza de esta educación infantil y me proporcionara la oportunidad que yo necesitaba de realizar mi experiencia en gran escala.

Al final de cada representación había un llamamiento al público para que me ayudara a buscar un medio de dar a los demás, con mi propia vida, el descubrimiento que yo había hecho y que iluminaría y liberaría a millares de vidas.

Cada vez aparecía más evidente que no encontraría en Alemania la ayuda que necesitaba para mi escuela. El criterio de la kaiserina era tan puritano, que cuando visitaba el estudio de un escultor enviaba por delante a

su mayordomo para que fuera cubriendo con velos las estatuas desnudas. El duro régimen prusiano me hacía imposible soñar por más tiempo en Alemania como en el país adecuado a mi trabajo. Pensé entonces en Rusia, pues había encontrado allí una comprensión tan entusiasta que había hecho una fortuna. Con la idea de fundar una escuela en San Petersburgo, hice otro viaje en el mes de enero de 1907, acompañada de Isabel y de un grupo de veinte alumnas. La tentativa no se logró. Aunque el público recibió con entusiasmo mi defensa del renacimiento de la danza verdadera, el *ballet* imperial estaba tan firmemente arraigado en Rusia, que hacía imposible todo cambio.

Llevé a mis pequeñas discípulas a que vieran el entrenamiento de las niñas de la Escuela de *ballets*, y sacaron la impresión de que eran como canarios enjaulados o mariposas que daban vueltas en el aire. Todavía no había sonado en Rusia la hora de una escuela de libres movimientos humanos. El *ballet*, que era la expresión intrínseca de la etiqueta zarista, existe aún, por desgracia. La única esperanza que tenía mi escuela en Rusia—una escuela de expresiones humanas más grandes y más libres—hubiera venido de los esfuerzos de Stanislavsky. Pero, aunque hizo cuanto pudo por ayudarme, no tenía los medios de instalarnos en su gran Teatro de Arte, que era lo que yo hubiera deseado.

Y así, no encontrando apoyo para mi escuela en Alemania ni en Rusia, decidí buscarlo en Inglaterra. En el verano de 1908 llevé a mi rebaño a Londres. Bajo la dirección de los famosos empresarios José Schumann y Carlos Frohman, danzamos varias semanas en el teatro del Duque de York. Los públicos de Londres vieron en mí y en mi escuela un divertimiento encantador, pero no encontré una ayuda efectiva para la fundación de mi futura escuela.

Habían transcurrido siete años desde que bailé por primera vez en la New Gallery. Tuve la alegría de re-

anudar mis antiguas amistades con Carlos Hallé y Douglas Aislie, el poeta. La grande y bella Ellen Terry venía con frecuencia al teatro. Amaba a las niñas. Un día se las llevó al Zoo, con gran júbilo de las pequeñuelas. La graciosa reina Alejandra honró dos veces nuestras representaciones con su presencia en un palco, y muchas damas de la nobleza inglesa, entre ellas la famosa lady de Grey, que fué más tarde lady Ripon, iban a saludarme entre bastidores, con sencillez, y me felicitaban de la manera más encantadora.

Fué la duquesa de Manchester quien me sugirió la idea de que mi escuela podría arraigar en Londres y que encontraría la ayuda necesaria. Con tal fin nos invitó a todos a su casa de campo, a orillas del Támesis, donde bailamos en presencia de la reina Alejandra y del rey Eduardo. Me sostuvo algún tiempo la esperanza ; pero, al final, ¡ otra vez la desilusión ! ¿ Dónde estaba el edificio, dónde el terreno y dónde el capital suficiente para realizar mis sueños en la gran escala que yo había imaginado ?

Como siempre, los gastos de mi pequeño rebaño eran enormes. Una vez más se había agotado la cuenta de mi Banco, y, por último, mi escuela tuvo que volver a Grünewald, mientras firmaba yo un contrato con Carlos Frohman para una *tournée* por América.

Me costó muchas angustias separarme de mi escuela, de Isabel y de Craig ; pero, sobre todo, me dolía la separación de mi nena Deirdre, que ya tenía casi un año, y era una niña rubia de mejillas rosas y ojos azules.

Y así sucedió que un día del mes de julio me encontré sola en un gran navío camino de Nueva York, a los ocho años justos de haber salido de allá en una embarcación de bestias. Había conquistado fama en Europa. Había creado un arte, una escuela y una nena. No estaba mal. Pero, desde el punto de vista económico, continuaba lo mismo.

Carlos Frohman, un gran director, no comprendía

que mi arte no era una manifestación teatral ordinaria. Yo no podía apelar sino a un número restringido de espectadores. Me presentó en pleno calor de agosto, y como una atracción de Broadway, con una orquesta pequeña e insuficiente, que intentaba tocar *Efigenia,* de Gluck, y la *Séptima Sinfonía* de Beethoven. Era de esperar : el fracaso fué completo. Los pocos espectadores que iban al teatro en aquellas noches tórridas, con una temperatura de noventa grados y aun más, quedaron desconcertados, y la mayoría descontentos de lo que veían en el escenario. Los críticos fueron pocos y malos. Me dí cuenta de que mi regreso a mi país natal había sido un gran error.

Una noche, estando sentada en mi cuarto, víctima del desaliento, oí una voz bella y calurosa que me saludaba, y vi aparecer en el umbral a un hombre, no muy alto, pero bien proporcionado, con una greña de cabellos rizados y castaños y una sonrisa encantadora. Me tendió su mano en un impulso de afecto, y me dijo tantas cosas agradables acerca del efecto que le había producido mi arte, que me sentí recompensada de todo lo que había sufrido desde mi llegada a Nueva York. Este hombre era George Grey Barnard, el gran escultor americano. Acudía todas las noches a mis representaciones, y llevaba a artistas, poetas y otros amigos, entre los cuales figuraban David Belasco, el genial productor escénico ; los pintores Robert Henri y George Bellows, Percy MacKaye, Max Eastman ; en suma, todos los jóvenes revolucionarios de Greenwich Village. Recuerdo también a los tres poetas inseparables que vivían juntos en un torreón debajo de Washington Square : E. A. Robinson, Ridgeley Torrence y William Vaughn Moody.

Esta acogida afectuosa y entusiasta de los poetas y artistas me fué enormemente agradable, y me compensó de la escasez y frialdad de los espectadores de Nueva York.

George Grey Barnard concibió por entonces la idea de hacer una estatua de la danza, que llamaría «América danzante». Walt Whitman ha dicho: «Oigo a América cantando», y en un espléndido día de octubre, en uno de esos días otoñales que sólo se conocen en Nueva York, ante su estudio de Washington Heighes, contemplábamos, Barnard y yo, el campo, y, extendiendo mis brazos, le dije: «Yo veo a América bailando.» Y así es como Barnard concibió la estatua.

Iba a su estudio todas las mañanas, y llevaba una cesta con el almuerzo. Pasábamos horas deliciosas hablando de proyectos de renovación del arte en América.

De su estudio recuerdo un torso encantador de muchacha, para el cual, según me dijo, había «posado» Evelyn Nesbit, antes de encontrar a Harry K. Thaw, cuando era una sencilla *girl* y cautivaba con su belleza a todos los artistas.

Naturalmente, aquellas conversaciones en el estudio y aquellos místicos éxtasis sobre la belleza, surtieron su efecto. Yo me hubiera dado de cuerpo y alma para inspirar la gran estatua de la «América danzante», pero George Grey Barnard era uno de los hombres que llevan la virtud hasta el fanatismo. Ninguno de mis jóvenes y tiernos encantos conmovieron su fidelidad religiosa. El mármol de sus estatuas no era más frío ni severo. Yo era lo efímero; él, lo eterno. ¿Por qué sorprenderse, pues, de que yo deseara ser modelada e inmortalizada por su genio? Con todos los átomos de mi sér aspiraba a convertirme en blanda arcilla, bajo sus manos de escultor.

¡Ah George Grey Barnard! Nos haremos viejos, moriremos, pero no morirán aquellos momentos mágicos que pasamos juntos, yo la Bailarina y usted el Mago que hubiera podido captar la danza a través de la reflexión de su flúido, usted el Maestro Poderoso que hubiera podido enviar su brillo deslumbrador has-

ta el fondo de la Eternidad. ¡Ah! ¿Dónde está mi obra maestra: la «América danzante»? Levanto los ojos y encuentro la mirada de la Piedad Humana, la mirada de aquella estatua colosal de Abraham Lincoln dedicada a América: frente grande, mejillas hundidas, hundidas por el torrente de lágrimas derramadas por la Piedad Humana y el Gran Martirio. Y yo... Yo soy la ligera y fútil silueta que baila ante ese ideal de fe y de virtud sobrehumanas.

Pero, por lo menos, no he sido Salomé. No he deseado la cabeza de nadie: no he sido nunca una vampiresa, sino una inspiradora. Si usted me negó «sus labios, Johannes», y su amor, yo tuve la gracia de desearle un buen viaje a su virtud; la gracia de la «Joven América». Buen Viaje, pero no Adiós, porque nuestra amistad ha sido una de las cosas más bellas y sagradas de la vida. La occidental ha dado acaso pruebas de mayor prudencia que su hermana oriental. «Yo quiero tu boca, Johannes, tu boca», pero no tu cabeza sobre un plato, porque ello sería un deseo de Vampiresa, y no de Inspiradora. «Tómame. ¡Ah! ¿No quieres? Entonces, adiós, y piensa en mí, y pensando en mí realizarás grandes obras futuras.»

La estatua de la «América danzante» tuvo un principio delicioso, pero, ¡ay!, sin desarrollo. Algún tiempo más tarde, por causa de una enfermedad rápida de la mujer de Barnard, tuvimos que abandonar las sesiones. Yo había pensado en ser su obra maestra, y no fuí yo la inspiradora de la obra maestra legada por Barnard a América, sino Abraham Lincoln, cuya estatua se ve ahora en el jardín sombrío ante la Westminster Abbey.

Carlos Frohman, juzgando que era desastrosa la actuación en Broadway, intentó una excursión por ciudades más pequeñas; pero fué una excursión tan mal organizada, que el fracaso resultó mayor que en Nueva York. Por último, perdí la paciencia, y fuí a ver a Car-

los Frohman. Lo hallé muy disgustado, pensando en el dinero que había perdido. «América no comprende su arte—me dijo—. Es considerablemente superior a las cabezas americanas, que nunca lo comprenderán. Lo mejor sería que volviera usted a Europa.»

El contrato con Frohman era por seis meses, con una garantía, tuviera o no buen éxito. Sin embargo, en un impulso de orgullo herido y de desprecio hacia sus malas artes de jugador, cogí este contrato y lo rompí ante sus ojos, diciendo: «En cualquier caso, esto le deja libre de toda responsabilidad.»

Siguiendo los consejos de George Barnard, que me repetía constantemente que estaba orgulloso de mí, como producto que era del suelo americano, y que lamentaría mucho que América no apreciara mi arte, decidí continuar en Nueva York. Tomé un estudio en el edificio de Bellas Artes; lo adorné con mis cortinas azules y mis tapices, y me dediqué a crear una nueva obra, bailando todas las tardes ante poetas y artistas.

En el *Sunday Sun* del 15 de noviembre de 1908 salió la siguiente descripción de una de estas veladas:

«Ella (Isadora Duncan) está vestida desde la cintura con un magnífico bordado chino. Sus cabellos cortos y negros están atados con un lazo por la nuca, partidos por delante como los de Madonna. La nariz es algo respingona, y los ojos, de un gris azul. Las noticias periodísticas dicen que es alta y estatuaria: un triunfo del arte, pues en realidad no mide sino cinco pies y seis pulgadas y pesa 125 libras.

»Sobre ella se proyectan las luces de reflejos ambarinos, y un disco amarillo esparce, desde el centro del techo, una claridad dulce que completa la armonía de los colores. Miss Duncan da excusas por la incongruencia de la música del piano.

«No debería haber música para esta danza—exclama—, a no ser una música como la de Pan, con un caramillo, junto al río, o con una flauta: y nada más.

Las otras artes—la pintura, la escultura, la música, la poesía—han ido dejando muy atrás a la danza. Es, prácticamente, un arte perdida, e intentar armonizarla con un arte tan avanzada como la música es difícil e inconsistente. A la resurrección de este arte perdida de la danza he consagrado mi existencia.»

»Al empezar su discurso estaba junto al grupo de poetas, y al terminar se halla en el otro extremo de la habitación. No se sabe cómo, pero lo cierto es que, viéndola, se piensa en su gran amiga Ellen Terry, por esa su negligente manera de ignorar el espacio.

»No es la mujer fatigada y triste que nos había invitado, sino un espíritu pagano que surge sencillamente de un mármol roto como si fuera la cosa más natural del mundo. Es Galatea, quizá, pues ciertamente Galatea bailó en los primeros momentos de su liberación. Es Dafne, con la cabellera flotante, escapando a las caricias de Apolo en los bosques délficos. Según caen sus cabellos, este paralelo se impone a la imaginación.

»No es sorprendente que se fatigara de permanecer tanto en aquella sala de mármol de Engin, expuesta a la contemplación de las gafas británicas, tras las cuales había unos ojos casi de desaprobación. Una larga serie de figuritas de Tanagra, las procesiones de los frisos del Partenón, las dolorosas guirnaldas de urnas y tablillas, el abandono de las bacantes pasan ante vuestros ojos, que parecen contemplarlas, pero que en realidad ven todo el panorama de la naturaleza humana en los tiempos en que no existía el artificio.

»Miss Duncan dice que toda su vida ha sido un esfuerzo para descubrir la sencillez, perdida en el dédalo de las generaciones.

«En esos días remotos—dice—que solemos llamar paganos, cada emoción tenía su movimiento correspondiente. El alma, el cuerpo, la inteligencia actuaban juntos, en una perfecta armonía. Contemplad a esos hombres y a esas vírgenes de Atenas, captados y apre-

sados vivos por la magia de la escultura, y no ya tallados y cincelados por el mármol resistente. Casi podéis adivinar lo que van a deciros cuando abran la boca, y si no la abren, ¿qué importa? Lo sabéis lo mismo.»

»Entonces se detiene para transformarse de nuevo en un espíritu danzarín, en una figurina de ámbar, que os ofrece el vino en un cáliz, arrojando rosas sobre el altar de Atenea, nadando sobre la cresta de las olas purpúreas del mar Egeo, mientras que los poetas la siguen con los ojos, el Profeta acaricia su barba hierática y una voz recita dulcemente el poema de John Keaths *Oda sobre una urna griega:*

Who are these coming to the sacrifice?
.....
Ye know on earth, and all ye need to know.
Ye know on earth, and all ye need to know.

(¿Quiénes son esos que vienen al sacrificio? La belleza es la verdad; la verdad es la belleza; y esto es todo lo que sabes en la Tierra, y todo lo que necesitas saber.)

»El director de una revista de arte *(Mary Fanton Roberts)* habla con entusiasmo de un estudio que, según miss Duncan, es el resumen más completo que se ha hecho de su arte.

»Cuando Isadora Duncan baila, el espíritu se remonta muy lejos, hasta el fondo de los siglos, hasta la primera mañana del Mundo, cuando la grandeza del alma encontraba su libre expresión en la belleza del cuerpo, cuando el ritmo del movimiento correspondía al ritmo del sonido, cuando la cadencia del cuerpo humano entonaba con el viento y el mar, cuando el ademán de un brazo de mujer era como el pétalo de una rosa que se expande, y la presión de un pie sobre el césped como una hoja que cae acariciando la tierra. Cuando todo el

fervor de la religión, del amor, del patriotismo, el sacrificio o la pasión se expresaba al ritmo de la cítara, del arpa o del tamboril ; cuando, en un éxtasis religioso, los hombres y las mujeres bailaban ante sus hogares de piedra y ante sus dioses, en los bosques, a la orilla del mar, por la alegría de vivir que había en ellos ; cuando así bailaban era porque los impulsos fuertes, grandes y buenos del alma humana se transfundían del espíritu al cuerpo en perfecta armonía con el ritmo del Universo.»

George Grey Barnard me había aconsejado que continuara en América, y yo celebraba haberlo escuchado. Porque un día sucedió que vino al estudio un hombre que iba a ser el instrumento para ganarme el entusiasmo del público americano. Era Walter Damrosch. Me había visto bailar en el Criterion Theatre una interpretación de la *Séptima Sinfonía* de Beethoven, con una orquesta mala y pequeña, y tuvo el presentimiento del efecto que causaría la misma danza con su magnífica orquesta y con su admirable dirección.

Mis estudios de piano y de la teoría de la composición orquestal quedaron, desde la niñez, en el dominio de la subconsciencia. Cuando estoy echada y cierro los ojos, puedo oír toda la orquesta tan claramente como si tocara ante mí, y por cada instrumento veo una figura de Dios en movimiento, de la más plena expresión. Esta orquesta de sombras bailó siempre en mi visión interior.

Damrosch me propuso para el mes de diciembre una serie de representaciones en la Metropolitan Opera House, y acepté con alegría.

Sucedió lo que él había previsto. Carlos Frohman pidió un palco para la primera representación, y quedó sorprendido al informarse de que no había localidades. Este ejemplo demuestra que, por muy grande que sea el artista, el arte más elevado se pierde si carece del marco que le es necesario. Este fué el caso de Eleanora

Duse en su primera *tournée* por América, cuando, por obra de una pobre dirección, trabajó en teatros vacíos y tuvo el sentimiento de que no se la admirara en los Estados Unidos. Y, sin embargo, cuando volvió en 1924 fué recibida, de Nueva York a San Francisco, con una ovación incesante. Sencillamente, porque esta segunda vez se encontró con Morris Gest, que tenía talento artístico para comprenderla.

Me sentía muy orgullosa de viajar con una orquesta de ochenta profesores, dirigidos por el gran Walter Damrosch. Esta excursión logró éxitos clamorosos : la orquesta nos testimoniaba, al director y a mí, los mejores deseos. Era tal mi simpatía hacia Walter Damrosch, que, según estaba bailando en medio del escenario, me sentía unida, por todas las fibras de mi cuerpo, a la orquesta y a su gran director.

¿Cómo podría describir la alegría de bailar con aquella orquesta? Ahí está, ante mí : Walter Damrosch levanta su batuta ; la miro, y a la primera nota surge en mí la sinfonía de todos los instrumentos combinados en uno solo. Un fiúido poderoso se eleva hacia mí y se hace el medium que condensa en una expresión unificada la alegría de Brunilda despertada por Sigfrido, o el alma de Iseo que busca su triunfo en la muerte.

Voluminosos, amplios, hinchados como velas al viento, los movimientos de mi danza me arrastran hacia adelante—hacia adelante y hacia arriba—, y siento en mí la presencia de un poder supremo que escucha la música y la difunde por todo mi cuerpo, buscando una salida y una explosión. A veces, este poder brotaba con furia, y otras bramaba y me golpeaba hasta que mi corazón se encendía de pasión, y yo pensaba que eran llegados mis últimos momentos de vida. Otras veces me acariciaba tristemente, y yo sentía de súbito una angustia tal, que elevaba al cielo mis brazos e imploraba ayuda de donde la ayuda no puede venir. Pensaba a menudo que era un error calificarme de bailarina :

yo era más bien un centro magnético que reunía las expresiones emotivas de la orquesta. De mi alma brotaban rayos ardientes que me enlazaban con la orquesta vibrante y tremante.

Había un flautista que tocaba tan divinamente el solo de las almas felices de *Orfeo,* que con frecuencia quedaba inmóvil en escena, mientras corrían de mis ojos las lágrimas : el escucharle me producía éxtasis, y la misma sensación me producían por momentos los violines y toda aquella orquesta, cuyas sinfonías se elevaban al cielo inspiradas por su admirable director.

Luis de Baviera tenía la costumbre de sentarse solo a escuchar la orquesta de Bayreuth ; pero si él hubiera bailado al ritmo de esta orquesta, hubiera conocido un deleite mucho mayor.

Entre Damrosch y yo existía una gran simpatía, y cada uno de sus gestos tenía en mí una vibración instantánea y correlativa. Según aumentaba el volumen del *crescendo,* subía a mí la vida y se desbordaba en gestos ; a cada frase musical, traducida en un movimiento musical, todo mi sér vibraba en armonía con el suyo.

Algunas veces, cuando desde lo alto del escenario miraba a la orquesta y veía la frente amplia de Damrosch inclinada sobre la partitura, tenía la impresión de que mi danza era semejante al nacimiento de Atenea cuando salió armada de la cabeza de Zeus.

Esta excursión por América constituyó probablemente la época más feliz de mi vida. Pero sufría la nostalgia de mi hogar, y cuando bailaba la *Séptima Sinfonía* creía ver a mi alrededor las figuras de mis alumnas tal como llegarían a ser cuando interpretaran conmigo aquella sinfonía. No era un goce completo, pero tenía la esperanza de un goce futuro más grande. Quizá no hay goce completo en la vida, sino únicamente esperanza. La última nota del canto de amor de Iseo pare-

ce un goce completo, pero lo que representa es la muerte.

En Wáshington fuí acogida con una verdadera tempestad de entusiasmo. Algunos ministros del Señor habían protestado contra mis danzas en términos violentos.

Y he aquí que, con general estupefacción, se presenta un día en su palco, por la tarde, el presidente Roosevelt en persona. Parecía entusiasmado del espectáculo y daba la señal de los aplausos a la terminación de cada baile. Luego escribió a un amigo:

«¿Qué mal pueden encontrar esos ministros en las danzas de Isadora? Me parece tan inocente como una niña que bailara en un jardín, bajo los rayos del sol, y que fuera recogiendo las bellas flores soñadas por su fantasía.»

Las palabras de Roosevelt fueron reproducidas en los periódicos, sonrojaron mucho a los pastores y contribuyeron al éxito de mi *tournée*. En realidad, esta *tournée* fué una de las más felices y fructíferas desde todos los puntos de vista; nadie hubiera deseado un jefe de orquesta más amable y un compañero más encantador que Walter Damrosch, que tenía el temperamento de un artista verdaderamente grande. En los momentos de descanso conocía el placer de una buena mesa y tocaba el piano horas enteras, siempre incansable, siempre genial, alegre, ligero y delicioso.

Cuando regresamos a Nueva York tuve la satisfacción de recibir una nota de mi Banco, en que me comunicaban que mi cuenta había crecido considerablemente. Si no hubiera sido por el afán irreprimible de mi corazón, que me ordenaba ir a ver a la nena y a las alumnas de mi escuela, nunca hubiera salido de América. Pero una mañana dejé en el muelle a un pequeño grupo de amigos—María y Billy Roberts, mis poetas, mis artistas—, y emprendí el regreso a Europa.

CAPITULO XXII

Isabel fué a París a recibirme en la estación, con la nena y las veinte discípulas de la escuela. Imaginad mi alegría: ¡no había visto a mi hijita desde hacía seis meses! Cuando me vió me miró de una manera muy rara y empezó a llorar. Yo también lloré. Me parecía tan extraño y tan delicioso tenerla de nuevo en mis brazos... Y allí estaba igualmente mi otra hija: mi escuela. Las alumnas habían crecido. Formaban un grupo espléndido, y aquella tarde estuvimos bailando y cantando juntas sin cesar.

El gran artista Lugné Poe se encargó de organizar mis representaciones en París. El había traído a París a Eleanora Duse, a Susanne Desprès y a Ibsen. Comprendió que mi trabajo necesitaba un escenario especial, y contrató para mí la Gaiété Lyrique y la orquesta Colonne, con Colonne mismo como director. El resultado fué que tomamos París por asalto. Poetas como Henri Lavedan, Pierre Mille y Henri de Régnier escribieron artículos entusiastas.

París me devolvía su apoyo sonriente.

En cada una de mis representaciones, el teatro se llenaba de un público de *élite*, reclutado entre el mundo artístico e intelectual. Me pareció llegado el momento de realizar mi sueño, y que mi escuela iba, por fin, a convertirse en un hecho.

Alquilé dos grandes pisos en el número 5 de la calle de Danton. Yo vivía en el primer piso, y en el segundo instalé a todas las niñas de la escuela con sus institutrices.

Un día, poco antes de una *matinée*, tuve un gran susto. Mi hijita, sin ningún síntoma previo, empezó a atragantarse y a toser. Pensé que era el crup tan te-

mido, y tomando un taxi recorrí París en busca de un médico. Encontré a un notable especialista en enfermedades infantiles, vino conmigo a casa y, después de examinarla atentamente, me aseguró que no era nada grave. Un sencillo catarro.

Llegué al teatro con media hora de retraso. Colonne había entretenido al público tocando trozos de música. Toda aquella tarde, mientras bailaba, estuve temblando de aprensión. Adoraba en mi hija, y sentía que si le ocurriera algo yo no podría sobrevivirla.

¡Cuán fuerte, egoísta y feroz es el amor de la madre! No creo que sea muy admirable. Sería infinitamente más admirable poder amar a todos los niños.

Deirdre corría ya, y bailaba. Era un encanto, una perfecta miniatura de Ellen Terry. Cuando progrese la Humanidad, todas las madres serán aisladas, antes del nacimiento de sus hijos, en un lugar apacible donde estarán rodeadas de estatuas, cuadros y música.

El acontecimiento de la temporada en París fué el baile Brisson, al que se invitó a todos los artistas y literatos de renombre. Cada uno llevaba un traje que representaba el título de una obra. Yo me vestí de bacante de Eurípides, y allí me encontré a Mounet-Sully, que iba vestido a la manera griega: parecía el mismo Dyonisos. Estuve bailando con él toda la noche, o mejor dicho, bailé cerca de él, porque Mounet-Sully desdeñaba los pasos modernos. Pero se hizo correr la voz de que nuestra conducta era extremadamente escandalosa. Fué, en realidad, muy inocente; proporcioné a este gran artista las horas de diversión que él merecía. Me pareció muy extraño que mi inocencia americana sorprendiera de tal modo a París.

Los recientes descubrimientos sobre telepatía han demostrado que las ondas mentales pasan a través de ciertos agentes simpáticos y alcanzan su destino, sin que a veces tengan de ello conciencia las personas que las envían.

Había llegado a una situación en que era inevitable el derrumbamiento. Era imposible afrontar con mis propios recursos los gastos crecientes de mi escuela. Con el dinero que había ganado con mi trabajo adopté a cuarenta niñas, de cuya instrucción y alimentación me había encargado; veinte vivían en Alemania y las otras veinte en París. Además tenía a mi cargo a otras personas. Un día dije, en broma, a mi hermana Isabel:

—Esto no puede seguir así. Mi cuenta en el Banco se ha agotado. Si ha de continuar la escuela, tenemos que encontrar a un millonario.

Y una vez así formulado, este deseo se convirtió en una obsesión.

«Tengo que encontrar a un millonario», me repetía a mí misma cien veces diarias, al principio en broma, y luego, según el sistema de Coué, con avidez.

Una mañana, después de una representación particularmente triunfal en la Gaiété Lyrique, estando sentada ante mi espejo, con traje de casa, recordando que tenía que rizarme el pelo para la próxima representación y pensando que mis cabellos estaban todavía envueltos en un gorro de puntilla, la doncella me trajo una tarjeta de visita, en la cual leí un nombre muy conocido, y en seguida cantó en mi cerebro: «Aquí está mi millonario.»

—Dígale que entre.

Y entró, alto y rubio, cabellos y barba rizados. Mi primer pensamiento fué: Lohengrin. *Wer will mein Ritter sein?* (¿Quién quiere ser mi caballero?) Hablaba con una voz encantadora, pero parecía tímido. «Parece un gran chico disfrazado con barba», pensé.

—Usted no me conoce—me dijo—, pero yo he aplaudido mucho su arte admirable.

Entonces se apoderó de mí un curioso sentimiento. Yo había visto antes a este hombre. ¿Dónde? Como en sueños recordaba los funerales del príncipe de Polignac: yo, casi una niña, iba llorando amargamente;

no estaba acostumbrada a los funerales franceses ; una larga hilera de parientes se alineaba a la puerta de la iglesia. Alguien me dió un empellón. «Il faut serrer la main!», murmuraron a mi lado. Y yo, víctima de un sincero dolor por el amigo ido, dí la mano a cada uno de los parientes. Y recordaba que había clavado mis ojos en uno de ellos. Era el hombre alto que ahora tenía frente a mí.

Nos habíamos encontrado la primera vez en una iglesia, ante un féretro. No era, ciertamente, una profecía de dicha. Sin embargo, comprendí entoces que éste era mi millonario, el millonario que mis ondas mentales habían ido a buscar. Era *Kismet,* por mandato del Destino.

—Admiro su arte y el valor que representa su ideal de fundar una escuela. He venido a ayudarla. ¿Qué puedo hacer? ¿Querría usted, por ejemplo, ir con todas esas niñas bailarinas a una pequeña villa de la Riviera, junto al mar, para componer allí nuevas danzas? No tendría usted que preocuparse de los gastos. Corren todos de mi cuenta. Usted ha hecho una gran obra. Usted debe estar cansada. Ahora descanse usted en mí.

Una semana más tarde, toda mi tropa salía, en un coche de primera, hacia el mar y hacia el sol. Lohengrin nos esperaba en la estación. Estaba radiante, vestido de blanco. Nos alquiló una villa junto al mar. Desde la terraza nos indicó su *yacht* de alas blancas.

—Se llama *Lady Alicia*—nos dijo—; pero ahora cambiaremos su nombre por el de *Iris.*

Las niñas bailaban bajo los naranjos, con sus leves túnicas azules, las manos llenas de flores y frutas. Lohengrin era todo amabilidad y encanto para ellas, y no cesaba de pensar en su comodidad. En su dedicación a las niñas hallé nuevos motivos de confianza y de gratitud. El contacto diario con aquel hombre transformó esa confianza y esa gratitud en sentimientos más

fuertes y profundos. En aquel tiempo, sin embargo, yo le miraba únicamente como mi caballero, digno de ser venerado a distancia, de una manera casi espiritual.

Las niñas y yo vivíamos en una villa de Beaulieu, pero Lohengrin se hospedaba en un hotel de moda de Niza. De vez en cuando me invitaba a cenar con él. Recuerdo que fuí con mi sencilla túnica griega y que quedé muy turbada al encontrarme allí con una mujer vestida con un traje de colores deliciosos y cubierta de diamantes y perlas. En seguida percibí que aquella mujer era mi enemiga. Me llenó de miedo, de un miedo que más tarde había de tener su justificación.

Una noche, Lohengrin dió, con su característica generosidad, un baile de Carnaval en el Casino. Entregó a cada uno de los invitados un traje de Pierrot de satín liberty. Era la primera vez que me ponía un traje de Pierrot, la primera vez que asistía a un baile público de máscaras. Fué una fiesta muy alegre. Para mí no hubo sino una sombra, y fué que la dama de los diamantes acudió también al baile, vestida, como todos, de Pierrot. Cuando la miraba sufría torturas. Pero recuerdo que un poco más tarde bailé con ella frenéticamente—hasta tal punto es el amor contiguo al odio—, hasta que el mayordomo nos tocó en el hombro y nos informó de que no estaba permitido aquello.

En medio de tanta locura, me llamaron al teléfono. Alguien me dijo desde la villa de Beaulieu que Erica, la niña más niña de nuestras alumnas, sufría un crup muy grave, quizá mortal. Me precipité desde el teléfono a la mesa donde Lohengrin entretenía a sus huéspedes. Le pedí que acudiera en seguida al teléfono. «Tenemos que llamar a un médico.» Y fué allí, cerca de la cabina del teléfono, bajo el peso de aquel pánico común por un sér que nos era conocido, fué allí donde vencimos nuestras resistencias y donde nuestros labios se encontraron por primera vez. Pero no perdimos ni un segundo. El automóvil de Lohengrin esta-

ba en la puerta. Tal como íbamos, vestidos de Pierrots, salimos en busca de un médico, y con él llegamos en seguida a Beaulieu. La pequeña Erica estaba sofocada, con el rostro completamente negro. El médico la examinó. Nosotros—dos Pierrots espantados—esperábamos su dictamen cerca de la cama. Dos horas más tarde, cuando el alba se insinuaba por la ventana, el médico dijo que la niña estaba salvada. Las lágrimas descendían por mis mejillas y fundían la grasa de mi pintura, pero Lohengrin, cogiéndome en sus brazos, me decía: «Valor, querida. Volvamos con nuestros huéspedes.» Y durante el regreso, en el automóvil, me estrechaba contra su pecho, y murmuraba: «Querida mía: aunque sólo fuera por esta noche, por este solo recuerdo, ya no podría olvidarte nunca.»

Había volado el tiempo tan rápidamente en el Casino, que la mayoría de los invitados no habían advertido nuestra ausencia.

Una, sin embargo, había contado todos sus minutos: la dama pequeña de los diamantes, que había vigilado nuestra salida con ojos de celo, y que, a nuestro regreso, agarró un cuchillo de la mesa y se lo hubiera arrojado a Lohengrin si éste, por fortuna, no se hubiera dado a tiempo cuenta de sus intenciones y, cogiéndola por las muñecas, no la hubiera elevado en el aire sobre su cabeza. En esta guisa la condujo hasta el tocador como si todo aquel incidente no fuera más que una broma que formaba parte del Carnaval. La entregó a las criadas, con la simple advertencia de que sufría un pequeño ataque de histerismo y necesitaba quizá un vaso de agua. Después de lo cual volvió al baile completamente tranquilo y con excelente buen humor. La alegría general fué en aumento, y alcanzó su culminación a las cinco de la mañana, hora en la cual me puse a bailar las emociones violentas y diversas de aquella noche en un tango apache con Max Dearley.

Cuando—ya de día—terminó la fiesta, la dama de los

diamantes se marchó sola a su hotel, y Lohengrin quedó conmigo. Su generosidad hacia los niños, su ansiedad y su pena verdadera al conocer la enfermedad de Erica habían conquistado mi amor.

A la siguiente mañana le propuse una fuga en el *yacht,* que acababa de ser rebautizado. Cogimos a mi hija y, dejando la escuela al cuidado de las institutrices, salimos para Italia.

* * *

Todo dinero lleva consigo la maldición, y la gente que lo posee no puede ser dichosa veinticuatro horas.

Si yo hubiera sabido que el hombre que me acompañaba tenía la psicología de un niño mimado, que todas mis palabras y todas mis acciones debían ser cuidadosamente preparadas para complacerle, todo hubiera ido a las mil maravillas. Pero yo era demasiado joven e ingenua para comprenderlo, y no hacía más que hablar, explicándole mis ideas sobre la vida, sobre la *República* de Platón, sobre Carlos Marx y sobre una reforma general del mundo, sin pensar un momento en los trastornos que estaba causando. Este hombre, este hombre que me había dicho que me amaba por mi valor y por mi generosidad, empezó a alarmarse cuando descubrió que llevaba a bordo de su *yacht* a una ardorosa revolucionaria. Poco a poco fué comprendiendo que no podría conciliar mis ideas con la paz de su espíritu. Pero el colmo sobrevino cuando me preguntó cuál era mi poema favorito. Le traje, encantada, mi *livre de chevet,* y le leí la *Song of the Open Road,* de Walt Whitman. Llevada de mi entusiasmo, no advertí el efecto que esta lectura le producía, y cuando le miré de frente me quedé sorprendida al encontrar su hermoso rostro congestionado de rabia.

—¡Qué tontería!—exclamó—. Ese hombre nunca hubiera podido ganarse la vida.

—Pero ¿no comprendes que tenía la visión de la América Libre?—grité yo.

—Maldita visión.

Y en seguida comprendí que *su* visión de América era la de las docenas de fábricas que hacían su fortuna. Pero es tal la perversidad de la mujer, que, después de estas y otras disputas semejantes, me arrojaba a sus brazos y lo olvidaba todo bajo la brutalidad de sus caricias. También me consolaba con la idea de que pronto abriría los ojos y vería, y de que entonces me ayudaría a fundar aquella gran escuela para las hijas del pueblo.

Y, entretanto, el magnífico *yacht* bogaba por el azul Mediterráneo.

Puedo ver todo como si hubiera sido ayer: el gran puente del *yacht,* la mesa puesta con los cristales y la plata para el almuerzo, y Deirdre, con su túnica blanca, bailando a nuestro lado. Estaba enamorada y era feliz. Y, sin embargo, pensaba sin cesar, con pena, en los fogoneros que trabajaban en las máquinas, en los cincuenta marineros del *yacht,* en el capitán y en su segundo, en todos aquellos gastos inmensos hechos para el placer de dos personas. Subconscientemente sentía malestar a medida que transcurrían los días, cada vez más distante de mi ruta. Y algunas veces contrastaba desfavorablemente la facilidad de esta vida de lujo, de fiestas continuas, de entrega absoluta al placer, con las luchas amargas de mi primera juventud. Y entonces volvía a sentir la impresión que en otro tiempo producía sobre mi cuerpo y sobre mi alma la luz de la aurora que se transformaba en ardientes melodías. ¡Mi Lohengrin, mi Caballero del Graal, vendría también a compartir la gran idea!

Pasamos un día en Pompeya, y Lohengrin tuvo la idea romántica de verme bailar en el templo de Pesto a la luz de la luna. En el acto contrató una pequeña orquesta napolitana y dijo a los músicos que fueran al templo y que esperaran nuestra llegada. Pero pre-

cisamente aquel día se desencadenó una tormenta de verano y un verdadero diluvio. Ni aquel día ni al siguiente pudo salir el *yacht* del puerto, y cuando por fin llegamos a Pesto, nos encontramos a los músicos empapados de agua y en una situación miserable, sentados en las escaleras del templo, donde habían estado esperando veinticuatro horas.

Lohengrin pidió algunas docenas de botellas de vino y un cordero «à la Pélicaire», que comimos con los dedos, a la usanza árabe. La famélica orquesta comió y bebió abundantemente, y los músicos estaban tan fatigados por su larga espera en el templo, que no pudieron tocar. Y como empezaba a diluviar, nos fuimos todos al *yacht* y pusimos las velas hacia Nápoles. La orquesta hizo un bravo esfuerzo por tocar en el puente; pero como el navío empezó a balancearse, los músicos cambiaron de color y, uno a uno, se retiraron a sus camarotes, enfermos.

¡Y he ahí el desenlace de la romántica idea de una danza a la luz de la luna en el templo de Pesto!

Lohengrin deseaba continuar navegando por el Mediterráneo, pero le recordé que tenía un contrato con mi empresario de Rusia, y, sorda a todos sus discursos, y aunque me costaba mucho trabajo, decidí cumplir mi contrato. Lohengrin me llevó a París. Quería venir conmigo a Rusia, pero temía las dificultades del pasaporte. Llenó de flores mi cuarto y nos despedimos tiernamente.

Es un hecho extraño el que, cuando abandonamos a un sér querido, aunque experimentemos el mayor tormento, sintamos a la vez una curiosa sensación de liberación.

Aquella excursión por Rusia fué tan triunfal como las anteriores, pero se distinguió por un suceso que hubiera podido ser trágico, aunque se convirtió en cómico. Una tarde vino Craig a verme, y por un breve momento estuve a punto de pensar que no existía nada

ara mí—ni la escuela, ni Lohengrin, ni nada—si no ra el placer de volver a verle. (A pesar de todo, un ras- o dominante de mi carácter es la fidelidad.)

Craig vivía uno de sus mejores momentos; estaba reando su *Hamlet* para el teatro de Stanislavsky. To- as las actrices de la compañía de Stanislavsky se ha- ían enamorado de él. Los actores estaban encantados on su belleza, su genialidad y su extraordinaria vita- dad. Los lanzaba a cualquier hora discursos sobre el rte del teatro, y ellos hacían lo posible por seguir sus antasías e imaginaciones.

Cuando lo vi sentí de nuevo todo el encanto y fas- inación de otra vez, y las cosas hubieran ocurrido de tro modo si no hubiera tenido yo a mi lado a una be- ísima secretaria. La última noche, a punto de salir ara Kieff, dí una pequeña comida a Stanislavsky, a raig y a la secretaria. En medio de la comida, Craig ne preguntó si quería o no continuar con él, y como yo o podía contestarle, estalló en uno de sus arrebatos e cólera, y cogiendo a la secretaria de la silla, se la lle- ó a otra habitación y se encerró con llave. Stanislavs- y quedó muy sorprendido, e hizo cuanto pudo por per- uadir a Craig para que abriera la puerta; pero cuan- o nos convencimos de que todo era inútil, nos marcha- nos a la estación, y en la estación nos informamos de ue el tren había salido diez minutos antes.

Volví con Stanislavsky a su casa, e intentamos ha- lar tristemente del arte moderno, para evitar la con- ersación de Craig, pero me daba perfecta cuenta de ue la conducta de éste había trastornado a Stanis- avsky.

Al día siguiente tomé el tren de Kieff, adonde llegó, ocos días después, mi secretaria, pálida y agitada. Le regunté si deseaba continuar en Rusia con Craig, e contestó rotundamente que no; en vista de lo cual olvimos ambas a París, donde esperaba L., que tenía

en la plaza de los Vosgos un departamento extraño obscuro.

Me llevó a él y, echándome en una cama Luis XIV me devoró con sus caricias. Allí supe por primera ve cómo se transforman los nervios y las sensaciones. Pa recía como si volviera a la vida de una manera nueva estimulante que yo desconocía.

Como Zeus, se transformaba en muchas figuras y fo mas ; le vi convertido en toro, en cisne y en Lluvia d Oro, y fuí por su amor elevada sobre las ondas ; m acariciaba delicadamente con blancas alas, y me sentí raramente seducida y venerada en una nube de oro.

Entonces conocí verdaderamente los buenos restau rantes de la ciudad de París, donde L. era recibido co respeto y tratado como un rey. Todos los *maîtres d'h tel* y todos los cocineros rivalizaban en serle agrada bles—y no era chocante, pues distribuía el dinero d una manera regia. Por primera vez supe también diferencia entre un *poulet cocotte* y un *poulet simpl* y la diferencia de valor de las verduras, las trufas y la setas. Los nervios dormidos de mi paladar se despe taron, y aprendí a conocer las diferentes clases de vi y supe que, según fueran sus años y su solera, así era de exquisitos al paladar y al olfato. Aprendí estas otras muchas cosas que yo ignoraba.

Por primera vez visité entonces a un modisto d moda, y caí en la seducción fatal de las telas, los col res y las formas. E incluso de los sombreros. Yo, qu había llevado siempre una pequeña túnica blanca, d lana en invierno y de tela en verano, sucumbí a la te tación de lucir los más bellos vestidos. Sólo tenía u excusa. El modisto no era un modisto cualquiera, si un genio : Paul Poiret, que vestía a una mujer como creara una obra de arte. Pero aquello era para mí transformación del arte sagrado en un arte profano.

Todos estos halagos tenían sus reveses, y hubo dí

en que hablamos de esta fantástica enfermedad : la neurastenia.

Recuerdo que durante un exquisito paseo con Lohengrin, por el Bosque de Bolonia, de mañana, advertí en su rostro una expresión lejana y trágica, una expresión que me daba miedo, y como le preguntara el motivo :

—Siempre tengo presente—me contestó—la cara de mi madre en su féretro ; dondequiera que esté, veo su cara muerta. ¿A qué vivir, puesto que todo termina en la muerte?

¡Y comprendí que la riqueza y el lujo no crean la alegría! Es, sin duda, muy difícil para la gente rica emprender algo serio en la vida. El *yacht* del puerto es una continua invitación a bogar y bogar por los mares azules.

CAPITULO XXIII

Aquel verano lo pasamos visitando en el *yacht* la costa bretona. La mar se ensoberbecía de vez en cuando, y yo entonces seguía en automóvil a lo largo del mar. L. no salía de su barco ; pero como no era muy buen marinero, se ponía enfermo con frecuencia y su rostro tomaba un color verde obscuro. ¡Así son los placeres de los ricos!

En el mes de septiembre fuí a Venecia con mi hija y la *nurse*. Estuve sola con ellas varias semanas. Un día, hallándome sola, sentada en la Catedral de San Marcos, contemplando el azul y oro de la cúpula, me pareció ver la cara de un muchacho pequeño, que era también la cara de un ángel de grandes ojos azules, con una aureola de cabellos dorados.

Fuí al Lido, y allí, sentada con mi pequeña Deirdre, que jugaba en la playa, pasé algunos días de medita-

ción. Lo que había soñado en la Catedral de San Mau
cos me llenaba de alegría y de intranquilidad al mism
tiempo. Amaba, pero ahora ya sabía lo que era la ligc
reza y el capricho egoísta de eso que los hombres lla
man amor, y sabía también lo que este sacrificio repre
sentaba para mi arte, sacrificio que era quizá fatal par
mi obra. Empecé a sufrir una fuerte nostalgia por m
arte y por mi obra—mi escuela—. ¡La vida me parecí
tan pesada al lado de mis sueños de arte!

Creo que en cada vida hay una línea espiritual, un
curva ascendente, y todo lo que se adhiere a esta líne
y la fortalece es nuestra vida real. Lo demás no es sin
la broza que cae de nosotros según vamos progresan
do. Una línea espiritual de esta clase es mi arte. M
vida no ha conocido más que dos motivos: el Amor
el Arte. El Amor destruyó a veces al Arte, y con fre
cuencia el imperioso llamamiento del Arte puso un trá
gico fin al Amor. Pero nunca llegaron ambos a un acue
do, sino que sostuvieron constantes batallas.

En este estado de indecisión, de angustia mental, fu
a Milán a ver a un médico amigo, a quien había llama
do para plantear mi problema.

—Pero ¿por qué?—me dijo—. Usted, una artist
única, va a correr de nuevo el riesgo de hacer que
mundo pierda su arte. Es completamente imposible. I
ruego que siga mi consejo y evite semejante crime
contra la Humanidad.

Le escuchaba indecisa, en un estado de angustios
vacilación. Tan pronto me sublevaba contra la idea
una nueva deformación de mi cuerpo, que era el in
trumento de mi arte, como me torturaba el llamamie
to, la esperanza, la visión de aquel rostro de ángel q
tenía cara de niño.

Pedí a mi amigo que me dejara una hora para dec
dir. Recuerdo la alcoba del hotel, una alcoba muy son
bría. Frente a mí contemplé súbitamente el retrato
una rara mujer, vestida con un traje del siglo XVIII, c

yos ojos, hermosos, pero crueles, se clavaban fijamente en los míos. Yo me puse a mirar aquellos ojos, y parecía como si se burlaran de mí. «Cualquier cosa que decidas—me decían—, es igual. Mira mi belleza, que deslumbró hace tantos años. La muerte se traga todo, todo... ¿Para qué sufrir de nuevo trayendo una vida al mundo, una vida que será tragada también por la muerte?»

Sus ojos eran más crueles, más siniestros ; mi angustia, más terrible. Oculté mis ojos de los suyos, con las manos. Quería pensar y decidir. Imploraba a aquellos ojos a través de la niebla de mis lágrimas, pero ellos no parecían conmoverse ; se reían incesantemente de mí. Vida o muerte : pobre criatura, estás cogida en un lazo del que no se escapa.

Por último, me levanté y hablé a aquellos ojos. «No, no me atormentéis más. Creo en la vida, en el amor, en la santidad de las leyes de la Naturaleza.»

¿Fué mi imaginación, o es que realmente la luz de una risa burlona y terrible no volvió a brillar en aquellos dos ojos?

Cuando regresó mi amigo, le dí cuenta de mi decisión, y desde entonces nada pudo alterarla.

Volví a Venecia, y, cogiendo a Deirdre en mis brazos, le dije al oído :

—Vas a tener un hermanito.

—¡Oh!—exclamó Deirdre, riendo y golpeándose las manitas con alegría—. ¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

Envié un telegrama a L., y vino en seguida a Venecia. Parecía encantado, lleno de júbilo, de amor y de ternura. El demonio de la neurastenia desapareció completamente durante un tiempo.

Había firmado un segundo contrato con Walter Damrosch, y salí en octubre para América.

L. no había visto nunca América y tenía muchos deseos de visitarla, porque en sus venas corría sangre americana. Hicimos un viaje de encanto. Lo mejor del

trasatlántico era para nosotros ; teníamos todas las noches un *menu* especialmente impreso. Fué una travesía de personajes regios. Viajar con un millonario simplifica las cosas. Tomamos un magnífico departamento en el Plaza, cruzando siempre entre dos hileras de espinas dorsales.

Hay en los Estados Unidos un prejuicio y una ley que no permiten a dos amantes viajar juntos. El pobre Gorky y su querida, con la que vivía hacía diecisiete años, iban de la Ceca a la Meca, y sus vidas eran un verdadero tormento. Pero cuando uno es tan rico, no existen las pequeñas molestias.

Aquella *tournée* por América fué una de las más felices, triunfales y fructíferas, porque el dinero llama al dinero. Pero un día entró en mi camerino una dama muy nerviosa, que exclamó : «Pero, querida miss Duncan... Se ve perfectamente desde la primera fila... Usted no puede continuar así.»

Y yo repliqué : «¡ Oh, querida señora X ! Eso es precisamente lo que yo quiero expresar con mi danza : el Amor, la mujer, la formación, la primavera, el cuadro de Botticelli, ¿ sabe usted ?, la tierra fecunda, las tres Gracias bailando encinta ; la Madonna y los céfiros, encinta también... Todo lo que se estremece, todo lo que promete una nueva vida. Esto es lo que significa mi danza...» A lo cual la señora X puso una cara muy estrambótica.

Sin embargo, pensamos que lo mejor sería poner un término a la excursión y regresar a Europa, pues mi bendito estado era verdaderamente muy visible.

Tuve la gran alegría de que Agustín y su hija regresaran con nosotros. Acababa de separarse de su mujer, y pensé que el viaje le distraería.

* * *

—¿Qué te parecería si remontáramos el Nilo en un *dahabieh* todo el invierno? Huir de este cielo gris y encapotado hacia un sol brillante: visitar Tebas, Denderah, todo lo que quieras... El *yacht* está dispuesto a salir para Alejandría, el *dahabieh* tiene una tripulación de treinta marineros, y nosotros, un cocinero de primera clase. Hay suntuosas cabinas, alcobas con baños...

—Ah, pero ¿y mi escuela? ¿Y mi obra?

—Tu hermana Isabel dirige muy bien la escuela, y eres tan joven que tienes mucho tiempo para hacer tu obra.

Y pasamos todo el invierno bogando sobre el Nilo. Aquéllo hubiera sido un sueño de felicidad—y casi lo fué—a no ser por el mismo monstruo de la neurastenia, que aparecía de vez en cuando, como una mano negra que cubriera el sol.

Mientras el *dahabieh* remontaba lentamente el Nilo, el alma retrocedía mil, dos mil, cinco mil años, retrocedía a través de las nieblas del pasado hasta dar con las puertas de la Eternidad.

¡Qué tranquilo y bello aquel viaje, en un tiempo en que llevaba dentro de mí la promesa de una nueva vida! Templos que hablaban de los reyes antiguos de Egipto, penetrando a través de las arenas doradas del desierto hasta las profundidades misteriosas de los Faraones. La pequeña vida que se agitaba en mis entrañas parecía barruntar aquel viaje a la tierra de la obscuridad y de la muerte. Una noche de luna, en el templo de Denderah, creí que todos los ojos y todos los rostros mutilados de la diosa Hathor, la Afrodita egipcia, reproducida con insistencia alucinante a lo largo del templo, se volvían hacia mi niño innato.

Es especialmente maravilloso el Valle de la Muerte, y más que todo, para mí, la sepultura de un pequeño príncipe que no vivió lo bastante para ser un gran Faraón o Rey. ¡Morir a tan tierna edad! ¡No ser a

través de las centurias sino el niño muerto! Y una pensaba en los seis mil años que reposaba allí. Pero, si hubiera vivido, tendría seis mil años de edad.

¿Qué es lo que recuerdo de aquel viaje a Egipto? La púrpura de las auroras; la escarlata de las puestas de sol; las arenas doradas del desierto; los templos; los días de sol pasados en el patio de un templo soñando en la vida de los Faraones, soñando en el hijo que iba a venir; las mujeres campesinas que iban a la orilla del Nilo con sus jarros sobre las bellas cabezas; sus cuerpos voluminosos, que se balanceaban bajo sus ropajes negros; la esbelta figura de Deirdre bailando en el puente; Deirdre paseando por las antiguas calles de Tebas; la niña mirando a los antiguos dioses mutilados.

Cuando vió la Esfinge, exclamó: «¡Oh mamá, esta muñeca no es bonita, y me da miedo.»

Entonces estaba aprendiendo las palabras de tres sílabas.

El niño delante de los templos de la eternidad; el principito en las tumbas de los Faraones; el Valle de los Reyes, y las caravanas que pasan hacia el desierto; el viento que mueve la arena ondulante por todo el desierto, ¿hasta dónde?

La aurora en Egipto nace con una intensidad extraordinaria a eso de las cuatro de la mañana. Después de esta hora es imposible dormir porque empiezan los lamentos monótonos de los *sakieh* chupando las aguas del Nilo. Empieza, también, la procesión de los labradores por la costa sacando agua, labrando el campo, conduciendo los camellos, y así sin interrupción hasta que el crepúsculo de la tarde refresca la atmósfera. Eran cuadros vivientes y dinámicos.

El *dahabieh* bogaba lentamente al canto de los marineros, cuyos cuerpos bronceados se alzaban y se hundían con los remos. Nosotros contemplábamos todo aquello con alegría, como sencillos espectadores.

Las noches eran bellas. Teníamos un piano Steinway y una joven artista inglesa, de mucho talento, que tocaba trozos de Bach y de Beethoven, cuyos solemnes ritmos armonizaban perfectamente con el espacio y los templos de Egipto.

Pocas semanas después llegamos a Wadi Halfa y penetramos en Nubia, donde el Nilo es tan estrecho que casi se pueden tocar las dos orillas desde cada lado. Al llegar aquí, los hombres de la tripulación se marcharon a Khartoum, y quedé sola en el *dahabieh* con Deirdre, y pasé las dos semanas más pacíficas de mi vida en aquel maravilloso país, donde las penas y las inquietudes parecen cosas completamente fútiles. Se diría que nuestra embarcación era mecida por el ritmo de las edades. Para los que puedan proporcionarse este placer, un viaje por el Nilo en un *dahabieh* bien aprovisionado es la mejor cura de reposo del mundo.

Egipto es para nosotros una tierra de ensueño, y una tierra de trabajo para el pobre *fellah,* pero también la única tierra que he conocido donde la labranza es bella. El *fellah,* que se alimenta con una sopa de lentejas y con pan sin levadura, tiene un cuerpo bello y ágil, y cuando se inclina sobre el campo o cuando extrae agua del Nilo ofrece un busto de bronce que sería la delicia de cualquier escultor.

* * *

Regresamos a Francia, y echamos pie a tierra en Villefranche. L. arrendó en Beaulieu una magnífica «villa» por toda la estación, con terrazas que daban al mar. Con su característica impetuosidad, se divertía comprando terrenos en Cap Ferrat, donde quería construir un gran castillo italiano.

Hicimos viajes en automóvil para visitar las torres de Avignon y los muros de Carcassonne, que debían también servir de modelo a su castillo. Hoy existe en

Cap Ferrat un castillo, pero, como tantas otras de sus fantasías, no está terminado.

En aquella época estaba obsesionado por un afán anormal de movimiento. Cuando no iba al Cap Ferrat para comprar terrenos, tomaba el rápido de París en lunes y volvía en miércoles. Yo quedaba tranquilamente en el jardín, junto al mar azul, meditando en la rara diferencia que separa a la vida y al arte y pensando si una mujer puede ser realmente una artista, ya que el arte es un amo que exige una absoluta dedicación, y la mujer que ama ha de entregarse por completo a la vida. De cualquier forma, heme aquí por segunda vez completamente separada de mi arte, e inmovilizada.

El primero de mayo, en una mañana en que el mar estaba azul, en que brillaba el sol y toda la Naturaleza se estremecía de júbilo con el brote de sus flores, nació mi hijo.

Al revés del estúpido doctor aldeano de Nordwyck, el inteligente Dr. Bosson supo aliviar mis sufrimientos con dosis razonables de morfina, y esta segunda prueba fué muy diferente de la primera.

Deirdre vino a mi alcoba con una carita encantadora llena de una precoz maternidad.

—¡Oh qué niño tan hermoso, mamá! No te preocupes. Yo le tendré siempre en mis brazos y le cuidaré.

Recordé estas palabras, años más tarde, cuando vi muerta a mi hijita, cuando la vi estrechando con sus bracitos blancos y ya rígidos al hermano que ella vió venir al mundo. ¿Por qué los hombres acuden a Dios, si Dios, en el caso de que exista, no se da cuenta de todo esto?

Una vez más me encontré, viviendo junto al mar, con un bebé en los brazos. En lugar de la blanca y pequeña «Villa María» sacudida por el viento, era una mansión palaciega, y en lugar del mar del Norte, sombrío y levantisco, el azul Mediterráneo.

CAPITULO XXIV

Cuando regresé a París, L. me preguntó si me gustaría dar una fiesta para todos mis amigos, y me pidió que preparara el programa, para el cual me daba «carta blanca». Me parece que la gente rica nunca sabe cómo divertirse. Si dan una comida en el jardín, no es muy diferente a la comida dada por un pobre portero. Yo he pensado siempre que, si una tuviera dinero suficiente, daría unas fiestas inigualadas. Y he aquí cómo me las arreglé.

Se rogó a los invitados que llegaran a Versalles a las cuatro de la tarde, y allí, en el parque, se instalaron mesas con toda clase de refrescos, desde el caviar y el champagne hasta el té y los pasteles. En un vasto espacio, donde se había erigido unas tiendas, la orquesta Colonne, bajo la dirección de Pierné, nos dió un programa de obras de Ricardo Wagner. Recuerdo la maravilla del idilio de Sigfrido, a la sombra de los grandes árboles, en aquella espléndida tarde de verano, y recuerdo la solemnidad de los acentos de la *Marcha fúnebre* de Sigfrido, mientras el sol se ponía.

Después del concierto, un magnífico banquete ofreció a los invitados placeres más materiales. Este banquete, compuesto por manjares tan variados como exquisitos, duró hasta media noche; y los jardines estaban iluminados, y, a los acordes de una orquesta vienesa, se bailó hasta las primeras horas del día.

He ahí cómo pensaba yo que un hombre rico podía gastar su dinero para entretener a sus amigos. A esta fiesta vino toda la *élite* y todos los artistas de París, que se divirtieron mucho.

Pero la parte rara de todo esto fué que, aunque organizada para complacer a L., a quien le costó la bro-

ma cincuenta mil francos (¡francos de antes de la guerra!), L. no estuvo presente en la fiesta.

Una hora antes recibí un telegrama en que me decía que había sufrido una congestión y que se encontraba bastante mal para ir a la fiesta, pero que recibiera yo a los invitados en su ausencia.

No es de admirar que yo me sienta inclinada al comunismo cuando veo con tanta frecuencia que es tan difícil para un hombre rico encontrar la felicidad como para Sísifo intentar salir de la roca del infierno.

Aquel mismo verano, a L. se le puso en la cabeza que nos teníamos que casar, a pesar de que yo estaba siempre protestando contra el matrimonio.

—Es estúpido que un artista se case—le decía—. Mientras yo consumo mi vida haciendo excursiones por el mundo, ¿cómo ibas tú a consumir la tuya sentado en un palco y admirándome?

—Si estuviéramos casados, tú no tendrías que hacer excursiones—me respondía.

—Entonces, ¿qué haríamos?

—Pasaríamos el tiempo en mi casa de Londres, o en mi finca de campo.

—Y luego, ¿qué haríamos?

—Luego, tenemos el *yacht*.

—Pero, luego, ¿qué haríamos?

L. me propuso que probáramos durante tres meses esta vida.

—Si luego no te agrada, me sorprenderá muchísimo.

Fuimos, pues, aquel verano a Devonshire, donde poseía un delicioso castillo, que había construído según el modelo de Versalles y del Petit Trianon, con muchas alcobas y salas de baño, y otras habitaciones; todo a mi completa disposición, con catorce automóviles en el garaje y un *yacht* en el puerto. Pero yo no había contado con la lluvia. En un verano inglés llueve durante todo el día. La gente inglesa no se preocupa lo más mínimo. Se levanta y toma un primer desayuno de hue-

vos y jamón, y de jamón y riñones y potaje. Luego se pone un impermeable y se va a pasear por el campo húmedo, hasta la hora del almuerzo, en que come muchos platos y termina con una crema de Devonshire. Y desde que concluye el almuerzo hasta las cinco de la tarde, se dedica, al parecer, a despachar la correspondencia, aunque yo creo que, en realidad, se marcha a dormir. A las cinco baja a tomar su té, consistente en toda clase de pasteles, y pan y manteca, y té y jamón. Después de lo cual se reúne con el pretexto de jugar al *bridge,* hasta que llega el momento de realizar el asunto más importante de la jornada : vestirse para la comida, en la cual aparece con espléndidos trajes de noche : las señoras, muy descotadas, y los caballeros, con camisa almidonada, y todo ello para devorar una comida de veinte platos. Cuando termina este asunto trascendental, entabla alguna ligera conversación sobre política, o ataca algún problema filosófico, hasta que llega la hora de retirarse. Pueden ustedes imaginar lo que me agradaría esta vida. Al cabo de dos semanas era víctima de la mayor desesperación.

En el castillo había un espléndido salón de baile con tapices de los Gobelinos y un cuadro de David : *La coronación de Napoleón.* Parece que David hizo dos cuadros semejantes, uno de los cuales está en el Louvre y otro en el salón de baile de la casa que L. tenía en Devonshire.

Dándose cuenta de mi creciente desesperación, L. me dijo :

—¿ Por qué no bailas de nuevo ? ¿ Por qué no bailas en el salón ?

Pensé en la tapicería de los Gobelinos y en el cuadro de David.

—¿ Cómo podría hacer los gestos más sencillos delante de todo eso, y en un piso encerado y reluciente ?

—Si es todo esto lo que te molesta—respondió—, manda por tus cortinas y tus tapices.

Hice traer, en efecto, mis cortinas, que fueron colgadas sobre los tapices y coloqué el mío sobre el suelo resplandeciente.

—Pero necesito un pianista.

—Pues haz venir a un pianista—dijo Lohengrin.

Entonces telegrafié a Colonne: «Estoy pasando el verano en Inglaterra y tengo que trabajar; mándeme un pianista.»

En la orquesta Colonne había un primer violinista que era un hombre de aspecto muy raro, con una cabeza muy grande que oscilaba sobre un cuerpo mal hecho. Este violinista tocaba también el piano, y Colonne me lo había enviado algunas veces; pero me era tan antipático, que me producía una absoluta repugnancia física cuando lo miraba o cuando estrechaba su mano. Yo había suplicado muchas veces a Colonne que no lo pusiera delante de mi vista, y Colonne me decía que él—el violinista—me adoraba, a lo que contestaba yo que no podía dominar la repugnancia, porque era superior a mí. Una tarde, Colonne se puso enfermo y, como no pudo dirigir su orquesta en la Gaiété Lyrique, designó a aquel hombre como sustituto. Era superior a mis fuerzas, y no pude por menos de exclamar:

—Yo no puedo bailar si ese hombre dirige.

Vino a mi camerino, y mirándome con lágrimas en los ojos, me dijo:

—Isadora: la adoro; déjeme dirigir la orquesta por una vez.

Le miré fríamente:

—No. Debo confesarle que le aborrezco físicamente.

A lo cual estalló en sollozos.

El público estaba esperando, y Lugné Poe convenció a Pierné para que tomara la batuta.

Pues bien; en un día particularmente lluvioso recibí un telegrama de Colonne, que decía: «Envío al pianista. Llegará tal día, a tal hora.»

Fuí a la estación, y ¡cuál no sería mi sorpresa al ver que aquel caballero X se apeaba del tren!

—Pero ¿cómo es posible que Colonne le haya enviado a usted? El sabe que le odio y le detesto.

—*Je vous demande pardon, madame; le cher maître m'a envoyé*—dijo tartamudeando.

Cuando L. se informó de quién era el pianista, exclamó:

—Por lo menos no tengo motivos de celos.

L. estaba aún sufriendo los efectos de lo que él creía que había sido una congestión, y tenía en el castillo un médico y una enfermera, los cuales me habían trazado autoritariamente una línea de conducta. Me instalé en una habitación lejana, a un extremo de la casa, y me encargaron que bajo ningún pretexto fuera a molestar a L., el cual pasaba todos los días aislado varias horas en su habitación, alimentándose únicamente con arroz, macarrones y agua. A cada momento entraba el doctor a tomarle el pulso. A horas determinadas lo metían en una especie de jaula que habían traído de París, y en la que se sentaba para que le transmitieran millares de voltios. Se colocaba con un aire muy patético, y decía:

—Esperemos que esto me hará bien.

Todo ello, más mi estado de nerviosismo, unido a la lluvia incesante, puede acaso explicar los acontecimientos extraordinarios que se siguieron.

Para desterrar mi aburrimiento y disipar mis disgustos, empecé a trabajar con X, aunque me desagradara su presencia; pero cuando se ponía al piano lo encerraba en un biombo y le decía:

—Es usted tan terriblemente feo, que no puedo mirarle.

En el castillo vivía la condesa A., que era una vieja amiga de L.

—¿Cómo puede usted tratar de tal modo a ese pobre pianista?—me decía.

Y un día insistió en que le invitara a venir con nos-

otras en un automóvil cerrado, en el que solíamos pasear todas las tardes después del almuerzo.

De muy mala gana accedí, e invité al pianista. El automóvil no tenía más que un asiento, que ocupamos la condesa a la derecha, X a la izquierda y yo en el centro. Como de costumbre, llovía a cántaros. Apenas habíamos avanzado un trecho por el campo, cuando se apoderó de mí el sentimiento de repugnancia hacia X, y, golpeando en el cristal, llamé al chófer y le dije que regresara a casa. Asintió con la cabeza, y, para complacerme mejor, dió una vuelta rápida. La carretera estaba llena de surcos, y al dar la vuelta fuí a caer en los brazos de X, el cual me estrechó por la cintura. Retrocedí, le miré y sentí súbitamente brotar de todo mi sér, como si fuera una hoguera de paja, llamas que me devoraban. Nunca he sentido tal violencia. Pero, de repente, al mirarlo sentí espanto. ¿Cómo no le había visto yo antes? Su rostro era perfectamente hermoso, y en sus ojos brillaba la luz del genio. Desde aquel momento comprendí que era un gran hombre.

Durante todo el trayecto hacia la casa le estuve contemplando con una especie de arrobamiento apasionado, y cuando entramos en el vestíbulo del castillo me cogió de la mano y, ocultando sus ojos de los míos, me llevó gentilmente detrás del biombo del salón de baile. ¿Cómo es posible que de una antipatía tan violenta nazca un tan violento amor?

El único estimulante permitido entonces a L. era el famoso descubrimiento que hoy se vende por millares de botellas, y que, según parece, activa los fagocitos. El sumiller tenía orden de entregar todos los días este estimulante a los huéspedes con los mejores cumplidos de L., y aunque yo supe más tarde que la dosis era tan sólo de una cucharilla de café, L. insistía en que lo tomáramos como si fuera vino helado.

Desde aquel día del automóvil no teníamos más que una obsesión: estar solos en el invernadero, en el jar-

dín o en los senderos enfangados por donde paseábamos largamente. Pero estas pasiones violentas tienen violentos desenlaces, y llegó un día en que X tuvo que salir del castillo para no volver nunca. Hicimos este sacrificio para salvar la vida de un hombre de quien se decía que estaba moribundo.

Algún tiempo después, oyendo la hermosa música de *El espejo de Jesús,* he comprendido que tenía razón al creer que aquel hombre era un genio. Y el genio tuvo siempre una fatal atracción para mí.

Pero aquel episodio me demostró que yo no estaba hecha para la vida doméstica, y en el otoño salí para América de una manera mucho más triste y prudente que la vez anterior ; iba a cumplir mi tercer contrato. Entonces, por centésima vez, tomé la firme decisión de consagrar mi vida entera al arte, el cual, pese a sus duras exigencias, es cien veces más gustoso que los hombres.

En esta excursión por América hice un definitivo requerimiento a mi país para que me ayudase a fundar mi escuela. Mis tres años de vida de rica me convencieron de que esta vida es egoísta, desesperada y estéril, y me demostraron que no podemos encontrar una alegría verdadera si no es en una expresión universal. Aquel invierno arengué al público de los palcos del Metropolitano, y los periódicos publicaron una referencia con títulos tan escandalosos como éste : «Isadora insulta a los ricos.» Yo les había dicho algo semejante a esto :

«Se ha dicho que yo he pronunciado palabras desagradables para América. Quizá sea cierto, pero esto no quiere decir que yo no ame a América. Quizá signifique que la amo demasiado. Una vez conocí a un hombre que estaba enamorado apasionadamente de una mujer, y ésta, que no tenía ninguna queja, le trataba bastante mal. El escribía diariamente una carta insultándola, y cuando ella le preguntaba : «¿ Por qué me escribe us-

ted cosas tan brutales?», él contestaba: «Porque la amo locamente.»

»Un psicólogo daría la explicación de este fenómeno, y probablemente eso es lo que a mí me pasa con América. Yo amo a América. ¿No son esta escuela y estas niñas los frutos espirituales de Walt Whitman? Y esta danza, que ha sido calificada de griega, también es de América. Ha brotado de América y es la danza de la América futura

»¿De dónde han venido todos estos movimientos? Han surgido de la gran naturaleza de América, de Sierra Nevada, del Océano Pacífico, que baña las costas de California; de los grandes espacios de las Montañas Rocosas, del Valle Yosemita, de las cataratas del Niágara.

»Hemos ido a East-Side y hemos dado representaciones gratuitas. Alguien me ha dicho: «Si usted representa una sinfonía de Schubert en el East-Side, el pueblo no le hará caso.» Pues bien; hemos dado una representación gratuita. El teatro estaba atestado. El pueblo se sentía transportado, con lágrimas que corrían por sus mejillas, y se ha preocupado por nuestro arte. En el pueblo de East-Side hay muchas reservas de vida, de poesía y de arte que están esperando la mano que las despierte. Construíd para ellos un gran anfiteatro, la única forma democrática del teatro, donde todos puedan ver lo mismo, sin palcos ni plateas. Mirad ahí arriba a la galería. ¿Creéis justo que se coloque a seres humanos en el techo, como moscas? Y ¿queréis que así aprecien el arte y la música?

»Construíd un teatro sencillo y bello. No es necesario que lo cubráis de oro, ni de adornos costosos. El arte bello viene del espíritu humano y no necesita ornamentos exteriores. En nuestra escuela no tenemos ni trajes ni adornos, sino únicamente la belleza que brota del alma humana exaltada y del cuerpo, que es su símbolo, y si mi arte os ha enseñado algo aquí, espero que os lo

enseñará también en otro sitio. Tenemos que buscar y encontrar la belleza en los niños ; en la luz de sus ojos y en la gracia de sus manitas extendidas en adorables movimientos. Los habéis visto unidos por las manos, atravesando la escena, más bellos que todos los collares de perlas de todas las mujeres que suelen situarse en esos palcos. Son mis perlas y mis diamantes. No quiero otros. Dad la belleza, la libertad y la fuerza a los niños. Dad al pueblo el arte que necesita. La gran música no debe guardarse para el deleite de los hombres cultos. Debe darse gratuitamente a las masas : les es tan necesaria como el aire y el pan, porque es el vino espiritual de la Humanidad.»

Durante este viaje a América tuve la suerte de trabar amistad con un artista genial : David Bispham. Venía a todas mis representaciones y yo iba a todos sus recitales, y más tarde, en mi cuarto del Plaza, comíamos juntos y me cantaba *On the Road to Mandalay* o *Danny Deever,* y reíamos, y nos abrazábamos, y nos sentíamos dichosos uno al lado del otro.

Este capítulo podría llamarse «Una apología del amor pagano», pues desde que descubrí que el amor puede ser un pasatiempo y una tragedia, me entregué a él con pagana inocencia. Los hombres parecen tan sedientos de belleza y de ese amor que refresca e inspira sin temor ni responsabilidad... Después de las representaciones, vestida con mi túnica y con mi cabellera coronada de rosas, estaba adorable. ¿Por qué no hacer gozar a los demás de este encanto? ¡Qué lejanos los días en que vivía con un vaso de leche caliente y con *La crítica de la razón pura,* de Kant! Ahora, beber champagne y tener a mi lado alguna persona amable que se encargara de elogiar mi belleza, me parecía la cosa más natural del mundo. El divino cuerpo pagano, los labios apasionados, los brazos abandonados, el suave sueño refrescante sobre los hombros del sér amado : todos estos placeres me parecían deliciosos e inocentes. Habrá

quien se escandalice. Pero yo no sé por qué, si tenemos un cuerpo que nos proporciona cierta suma de dolores —la extracción de muelas, por ejemplo—, y si, por muy virtuosos que seamos, estamos sujetos a enfermedades—la gripe, etc.—, yo no sé por qué cuando la ocasión se presenta no vamos a extraer de este mismo cuerpo un máximo de placer. Un hombre que trabaja todo el día con su cerebro, preocupado por graves problemas y presa de la ansiedad, tiene derecho a ser abrazado por estos brazos hermosos y a encontrar un consuelo en la belleza y en el olvido. Espero que aquellos a quienes me entregué me recordarán con el mismo placer que yo les recuerdo. No tengo tiempo de aludir a todos en estas memorias, ni tampoco puedo en un solo volumen hablar de las horas deliciosas que he pasado en los bosques y en los campos, ni de la dicha inolvidable que me han dado las sinfonías de Mozart o de Beethoven, ni de todas las horas exquisitas que me han proporcionado artistas como Isaye, Walter, Rummel, Hener Skene y otros.

«Sí—exclamaba yo continuamente—, dejadme ser pagana, ser pagana» ; pero probablemente no he conseguido otra cosa que ser una puritana del paganismo o una pagana del puritanismo.

No olvidaré nunca mi regreso a París. Había dejado a mis hijos en Versalles con una institutriz. Cuando abrí la puerta, mi hijito vino corriendo hacia mí con sus bucles dorados que formaban una aureola sobre su hermosa cabeza. Yo le había dejado en la cuna hecho un bebé.

En 1908 compré el estudio de Gervex en Neuilly, donde había una sala de música semejante a una capilla, y ahora fuí a vivir allí con mis hijos. En este estudio trabajaba todo el día y algunas veces toda la noche con mi fiel amigo Hener Skene, que era un pianista de gran talento y un trabajador infatigable. Nos poníamos a veces a trabajar por la mañana, y, como la luz no pe-

netraba nunca en aquel estudio, que estaba obscurecido por unas cortinas azules y alumbrado por lámparas de arco, no teníamos idea del tiempo. Yo le decía algunas veces: «¿No tiene usted hambre?» «¿Y qué hora será?», y mirando al reloj comprobábamos que eran las cuatro de la mañana siguiente. Estábamos tan interesados en nuestro trabajo que caíamos en lo que llaman los indios *un estado de éxtasis estático*.

Tenía en el jardín un pabellón para los niños, para la institutriz y para la nodriza, desde donde no oían la música. Era un espléndido jardín, y en la primavera y el verano bailábamos con las puertas del estudio completamente abiertas.

En aquel estudio no solamente trabajábamos, sino que representábamos. L. sentía el placer de dar cenas y fiestas en el jardín, y el vasto estudio se convertía con frecuencia en un jardín tropical o en un palacio español adonde iban los artistas y la gente más conocida de París.

Recuerdo que una noche Cecil Sorel, Gabriel D'Annunzio y yo improvisamos una pantomima, en la cual D'Annunzio dió pruebas de un gran talento histriónico.

* * *

Durante muchos años tuve prejuicio contra él, debido a mi admiración a la Duse, a quien yo creía que no había tratado bien, y me negué a conocerlo. Un amigo mío me decía continuamente: «¿Puedo traer a D'Annunzio para presentárselo?» Y yo le contestaba: «No, no quiero, porque le trataría mal si me lo presentaran.» Pero, a pesar de mis protestas, se presentó un día con D'Annunzio.

Aunque no le había visto nunca, al hallarme en presencia de aquel sér extraordinario de luz y magnetismo, no pude menos de exclamar:

—*Soyez le bienvenu; comme vous êtes charmant!*

Cuando D'Annunzio me encontró en París en 1912, decidió conquistarme. No era un cumplido, pues D'Annunzio hacía el amor a todas las mujeres conocidas del mundo, y las ensartaba a su cintura como los indios ensartan sus trofeos. Pero yo me resistí, por culpa de mi admiración a la Duse. Pensaba yo que sería la única mujer que se le resistiría en todo el mundo. Fué un impulso heroico.

Cuando D'Annunzio hace el amor a una mujer, la envía todas las mañanas un pequeño poema con las flores aludidas en sus versos. Y, en efecto, todas las mañanas, a eso de las ocho, recibía yo esas flores, y tuve fuerzas para sostener mi heroico impulso.

Una noche—entonces tenía un estudio cerca del Hotel Byron—D'Annuncio me dijo con su peculiar acento:

—Iré a verla mañana a las doce.

Estuve todo el día preparando el estudio con un amigo. Lo llenamos de flores blancas y de azucenas—las flores que se emplean en los funerales—y lo alumbramos con centenares de velas. D'Annunzio quedó *ébloui* ante la iluminación de mi estudio, que parecía una capilla gótica, con todas aquellas velas encendidas y todas aquellas flores blancas. Entró, lo recibimos y lo llevamos a un diván lleno de cojines. Primero, bailé y luego le cubrí de flores y puse muchas velas a su alrededor, mientras iba y venía al ritmo de la *Marcha fúnebre* de Chopin. Gradualmente, una por una, fueron consumiéndose todas las velas, y sólo quedaron encendidas las que estaban sobre su cabeza y sus pies. Parecía un hipnotizado. Entonces, moviéndome todavía suavemente al ritmo de la música, cogí la luz que le alumbraba a los pies, y cuando avanzaba solemnemente para hacer lo mismo con la vela colocada sobre su cabeza, se levantó, haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad. Lanzando un grito de terror, huyó del estudio, mientras el pianista y

yo, sin poder contener la risa, nos abrazábamos como locos.

La segunda vez que resistí a D'Annunzio fué en Versalles. Le invité a cenar en el Trianon Palace Hotel. Era a los dos años de la broma que he relatado. Subimos en mi automóvil.

—¿Quiere usted que demos un paseo por el bosque antes de almorzar?—le dije.

—Con mucho gusto; es usted encantadora.

Llegamos en el automóvil hasta el Forêst de Marly, donde dejamos el coche para entrar solos en el bosque.

Estuvimos vagando un rato, y propuse:

—Ahora regresemos a almorzar.

Pero no podíamos encontrar el automóvil. Pensamos ir a pie hasta el hotel Trianon, y, en efecto, nos pusimos a pasear y a pasear, y no encontrábamos la puerta. Por último, D'Annunzio empezó a gritar como un chico:

—Quiero almorzar, quiero almorzar. Yo tengo un cerebro, y este cerebro necesita ser alimentado. Cuando tengo hambre, no puede andar.

Le consolé como pude, y encontramos, por fin, la puerta. En el hotel, D'Annunzio se tomó un magnífico almuerzo.

La tercera vez que resistí a D'Annunzio fué años más tarde, durante la guerra. Fuí a Roma y me hospedé en el hotel Regina. Por una casualidad, D'Annunzio tenía la habitación contigua. Cenaba todas las noches con la marquesa Casatti, y una de ellas me invitó a mí. Entré en el palacio y me senté en la antecámara para esperar la llegada de la marquesa. De repente oí las más violentas frases del lenguaje más vulgar que pueden ustedes imaginarse, dirigidas todas contra mí. Miré a mi alrededor, y vi a un loro verde, que no estaba encadenado. Me marché a otro salón cercano, donde continué esperando a la marquesa, y de repente surgió otro ruido: era un bull-dog blanco, que tampoco estaba

encadenado. En vista de lo cual me fuí a otro salón contiguo, un salón tapizado con espesos felpudos, y en cuyas paredes había cueros muy tupidos. Me volví a sentar en espera de la marquesa, y un sonido silbante me sorprendió de nuevo. Dirigí la mirada al lugar de donde salían los silbidos, y me encontré con una serpiente venenosa, encerrada en una jaula, colocada al extremo de la habitación. No tuve más remedio que marcharme a otro salón próximo, a un salón que estaba adornado con pieles de tigre y en el cual había un gorila que me enseñaba los dientes. Me fuí a otra habitación, que era el comedor, y allí me encontré con el secretario de la marquesa. Por último, bajó la marquesa vestida con un pijama dorado y transparente, y le dije :

—Veo que le gustan a usted los animales.

—Oh, sí, los adoro, y especialmente a los monos— contestó mirando a su secretario.

Por muy extraño que parezca, tras este excitante aperitivo, la cena se celebró con la mayor formalidad.

Al terminar la comida, nos fuimos con un orangután a otro salón, y la marquesa mandó llamar a su echadora de cartas, que nos predijo nuestro sino.

Y entonces llegó D'Annunzio. D'Annunzio es muy supersticioso y cree en todos los quirománticos y echadores de cartas. La de la marquesa le dijo cosas extraordinarias.

«Usted volará y hará hazañas terribles. Se caerá usted y estará a dos dedos de la muerte, pero vencerá usted a la muerte y vivirá usted su gran gloria.»

A mí me dijo :

«Usted va a despertar en las naciones una nueva religión y fundará usted templos en todo el mundo. Tiene usted la protección más extraordinaria, y, aunque le ocurrirá un accidente, los ángeles la guardarán. Vivirá usted mucho tiempo, vivirá usted siempre.»

Al terminar esta sesión regresamos al hotel. D'Annunzio me dijo :

—Voy a ir todas las noches a las doce a su cuarto. He conquistado a todas las mujeres del mundo, pero tengo que conquistar a Isadora.

Y todas las noches venía a las doce a mi cuarto.

Y yo me decía:

«Voy a ser la única. Voy a ser la única mujer del mundo que resista a D'Annunzio.»

Me contaba las cosas más extraordinarias de su vida, de su juventud y de su arte.

—*Isadore, je n'en peux plus! Prends moi, prends moi!*

Estaba tan trastornada por su genio, que en aquellos momentos no sabía nunca lo que hacía y lo acompañaba dulcemente hasta su habitación. La cosa se repitió por tres semanas, al cabo de las cuales me encontré tan trastornada que decidí ir a la estación y tomar el primer tren.

D'Annunzio me preguntaba frecuentemente:

—*Pourquoi ne peux-tu pas m'aimer?*

—*A cause d'Eleanore.*

En el hotel Trianon, D'Annunzio tenía un pez dorado, que era su gran amor. Estaba en una jarra de cristal, y D'Annunzio le daba de comer y le hablaba. El pez agitaba sus aletas, y abría y cerraba la boca como si quisiera contestar al poeta.

Un día pregunté al *maître d'hôtel* del Trianon:

—¿Dónde está el pez de D'Annunzio?

—¡Ah señora, es una triste historia! D'Annunzio se fué a Italia y nos dijo que tuviéramos mucho cuidado. «Este pez de oro—fueron sus palabras—es mi amor y el símbolo de toda mi felicidad», y solía telegrafiarnos: *¿Cómo está mi querido Adolphus?* Un día Adolphus murió. Lo cogí y lo tiré por la ventana. Pero entonces nos llegó un telegrama de D'Annunzio que decía: *Examinen a Adolphus, porque no está bien.* Yo le mandé un radiograma, donde decía: *Adolphus muerto última*

noche. D'Annunzio contestó: *Entiérrelo en el jardín. Arregle su sepultura.* Cogí una sardina, la envolví en papel de plata, la enterré en el jardín y puse en una cruz la siguiente inscripción: «Aquí yace Adolphus.» D'Annunzio, al regresar, me preguntó: «¿Dónde está la tumba de mi Adolphus?» Se la enseñé en el jardín, y trajo muchas flores y estuvo mucho tiempo llorando sobre la tumba de su pez.

* * *

Una de aquellas fiestas que dábamos en mi estudio de Gervex tuvo un trágico desenlace. Yo había arreglado el estudio como si fuera un jardín tropical, con mesas para dos personas que quisieran ocultarse entre el espeso follaje y las plantas raras. En aquel tiempo estaba algo iniciada en las intrigas de París y podía reunir a las parejas que yo sabía que lo deseaban, aunque ello provocara lágrimas de esposa. Los invitados estaban vestidos con trajes persas y todos bailábamos a los acordes de una orquesta de zíngaros. Entre otros, figuraban Henri Bataille y Berthe Bady, su admirable intérprete y mi amiga desde hacía muchos años.

Como he dicho antes, mi estudio era una especie de capilla, y en las paredes colgué, a unos quince metros de altura, mis cortinas azules. Pero arriba había una pequeña habitación que fué transformada por el arte de Poiret en un verdadero dominio de Circe. Las cortinas de terciopelo negro colocadas en las paredes se reflejaban en espejos dorados; un tapiz negro y un diván con cojines de tisú orientales completaban el adorno de aquella habitación, cuyas ventanas estaban siempre cerradas y cuyas puertas parecían raras tumbas etruscas. Como el mismo Poiret decía: *Voilà des lieux où on fe-*

rait bien d'autres actes et on dirait bien d'autres choses que dans les lieux ordinaires (1).

Era verdad. Aquel cuartito era hermoso, fascinador y, al mismo tiempo, peligroso. ¿No es cierto que los muebles tienen su carácter, y que existe una gran diferencia entre una cama virtuosa y un lecho criminal, entre sillas respetables y divanes pecaminosos? Lo que había dicho Poiret era muy cierto. En aquella habitación, una se sentía distinta y hablaba de muy diferente manera que en mi estudio-capilla.

Aquella noche a que me refiero, el champagne había corrido libremente, con la abundancia a que L. nos tenía acostumbrados en sus fiestas. A las dos de la mañana estaba yo sentada en un diván de la habitación de Poiret con Henri Bataille, y aunque éste había sido siempre para mí como un hermano, aquella noche, contagiado, sin duda, por la fascinación del lugar, habló y actuó de diferente manera. Y he aquí que aparece L. Cuando nos vió a Henri Bataille y a mí en el diván dorado, que se reflejaba en los espejos interminables, corrió al estudio y empezó a apostrofarme ante los invitados, diciéndome que se marchaba y que no volvería nunca.

Sus palabras produjeron a todos el efecto de una ducha, pero mi humor convirtió la comedia en tragedia.

—Pronto—dije a Skene— ; toque *La muerte de Iseo*, para que la fiesta no se enturbie.

Me quité rápidamente la túnica bordada y me puse un traje blanco, mientras Skene tocaba al piano más maravillosamente que nunca. Y así estuve bailando hasta la hora del alba.

El desenlace fué trágico.

A pesar de nuestra inocencia, L. no quedó convencido y juró que nunca me volvería a ver. Me defendí en vano,

(1) He aquí un lugar donde se realizarían muchos otros actos y donde se dirían muchas otras cosas que en los lugares corrientes.

y Henri Bataille, que estaba perplejo, llegó incluso a escribir una carta a L. Todo en vano.

L. accedió únicamente a verme en un automóvil. Sus maldiciones cayeron sobre mis oídos como el ruido sordo de campanas diabólicas. Súbitamente cesó en sus maldiciones, y abriendo la puerta del automóvil me arrojó al arroyo en plena madrugada. Estuve caminando sola, a lo largo de las calles, durante varias horas, como una loca. Los hombres me hacían señas y me murmuraban proposiciones equívocas. El mundo me pareció repentinamente transformado en un infierno obsceno.

Dos días más tarde supe que L. había salido para Egipto.

CAPITULO XXV

Hener Skene fué en aquellos días mi mejor amigo y mi más grande aliento. Tenía un carácter tan raro que despreciaba el triunfo y la ambición personal. Adoraba mi arte, y le agradaba mucho tocar para mí. Era el admirador más extraordinario que he tenido en mi vida. Como pianista, sus nervios maravillosos parecían de acero. Por las noches tocaba sinfonías de Beethoven, el ciclo entero del *Anillo,* el *Oro del Rhin* o el *Crepúsculo de los dioses.*

En enero de 1913 hicimos juntos una excursión por Rusia. De este viaje recuerdo un raro incidente. Al llegar a Kieff con el alba, tomamos un trineo hasta el hotel. Apenas me había despertado de mi sueño cuando vi muy claramente a ambos lados de la carretera dos filas de féretros, pero no de féretros ordinarios, sino infantiles. Cogí a Skene por el brazo.

—Mire—le dije— : todos los niños, todos los niños han muerto.

—Pero si no es nada—dijo.

—Pero qué, ¿no lo ve usted?

—No, no hay nada más que la nieve acumulada a ambos lados de la carretera. ¡Qué alucinación más extraña! Es, seguramente, el cansancio.

Para reposar y calmar mis nervios, fuí aquel día a un baño ruso. En las salas de baños de Rusia hay largas mesas de madera, en las cuales se echan los bañistas. Estaba yo echada en una de esas mesas y la criada acababa de salir del cuarto, cuando, súbitamente, al notar la presión del calor, caí desde la mesa al suelo de mármol. La criada me encontró desvanecida y me condujo al hotel. El médico diagnosticó una ligera conmoción cerebral.

—Tiene usted mucha fiebre. Probablemente no podrá usted bailar esta noche.

—Pero temo disgustar al público—le contesté.

E insistí en que me dejaran ir al teatro.

El programa era de Chopin. Al terminar los bailes anunciados dije a Skene:

—Toque la *Marcha fúnebre* de Chopin.

—Pero ¿por qué?—me preguntó—. Usted no la ha bailado nunca.

—No lo sé. Tóquela.

Insistí con tanto afán, que accedió a mi deseo, y bailé la *Marcha*. Imaginaba a una criatura que llevara en sus brazos a su hijo muerto, con pasos lentos y vacilantes, hacia el último lugar de reposo. Bailé el descendimiento a la tumba y la resurrección del espíritu escapando de la presión de la carne, y subiendo, subiendo hacia la luz.

Cuando terminé y cayó la cortina, se produjo un curioso silencio. Miré a Skene. Estaba mortalmente pálido y tembloroso, y apretó mis manos en las suyas, que parecían heladas.

—No me vuelva a pedir que toque esto. He conocido ahora a la muerte. He aspirado el olor de las flores

blancas y funerarias, y he visto féretros de niños, muchos féretros.

Estábamos los dos temblorosos y sin fuerzas, y creo que algún espíritu nos advirtió aquella noche lo que iba a ocurrir.

Cuando regresé a París en abril de 1913, Skene tocó de nuevo esta *Marcha* en el Trocadero al final de una larga representación. Después de un religioso silencio, en que el público parecía aterrorizado, brotaron frenéticamente los aplausos. Algunas mujeres lloraron y otras sufrieron ataques de nervios.

Probablemente, el pasado, el presente y el futuro son como una larga carretera. Más allá de cada vuelta la carretera continúa, pero como no podemos verlo pensamos que es el futuro, y el futuro nos está esperando siempre.

Desde la visión de la *Marcha fúnebre* en Kieff empecé a tener el presentimiento extraño de una desgracia y me hallaba muy deprimida. Dí algunas representaciones en Berlín, y de nuevo me asaltó la idea de componer el baile de un hombre que avanzara por la vida y a quien un golpe terrible abatiera de súbito. Luego, el hombre herido se levantaba y renacía quizás a una nueva esperanza.

Mis hijos, que habían quedado con Isabel durante mi viaje a Rusia, vinieron a verme a Berlín. Su salud era espléndida, y bailaban y reían con una constante expresión de júbilo. Regresamos juntos a París, a mi gran casa de Neuilly.

Una vez más estaba en Neuilly, viviendo con mis hijos. Sorprendí con frecuencia a Deirdre bailando danzas de su fantasía en el jardín. Bailaba también poemas que ella misma componía. ¡Oh, aquella figurita infantil, en el gran estudio azul, cuando me decía con su voz suave: «Ahora soy un pájaro y vuelo muy alto, hasta las nubes», y «Ahora soy una flor que ve a un pájaro y que se balancea en su rama, así, así!» Contemplando su gra-

cia exquisita y su belleza, soñaba que quizá fuera ella quien llevara mi escuela por el camino que yo imaginaba. Era mi mejor alumna.

Patrick empezaba también a bailar con una extraña música que él componía. Se negaba rotundamente a recibir mis lecciones, y me decía con solemnidad : «No ; Patrick bailará él solo los bailes de Patrick.»

Viviendo en aquella casa de Neuilly ; trabajando en el estudio ; leyendo muchas horas en mi biblioteca ; jugando en el jardín con mis niños y enseñándoles a bailar, me sentía completamente feliz y temía que vinieran nuevas excursiones a separarme de ellos. Cada día eran más guapos, y cada día se me hacía más difícil dejarlos. Siempre he soñado con un gran artista que combinara en un solo arte la música y el baile, y cuando veía bailar a mi hijo me parecía que él sería el creador de la nueva danza, nacida de la nueva música. Estaba ligada a aquellos dos niños adorables, no solamente por los lazos de la carne y de la sangre, sino también por otros más elevados, casi sobrehumanos : por los lazos del arte. Los dos amaban con pasión la música, y nos rogaban que les dejáramos en el estudio cuando Skene tocaba o yo trabajaba, y se quedaban allí tan calladitos, con unas caras tan expresivas, que a veces me asustaba el verlos tan serios y tan atentos.

Recuerdo que una tarde estaba el gran artista Raul Pugno tocando un trozo de Mozart. Los niños entraron de puntillas, y se quedaron inmóviles a ambos lados del piano, mientras él tocaba. Cuando terminó, pasaron sus cabezas rubias debajo de los brazos del pianista y le contemplaron con tal admiración, que él quedó sorprendido y exclamó : «¿ De dónde vienen estos ángeles, estos ángeles de Mozart ?», a lo cual se echaron a reír y se montaron sobre sus rodillas, ocultando sus rostros entre la barba del artista.

Yo contemplaba aquel hermoso grupo con tierna emoción. ¡ Ah, si hubiera sabido entonces qué cerca es-

tábamos los tres de esa tierra de sombras «de donde no regresa ningún viajero» !

Esto era en el mes de marzo. Bailaba alternativamente en el Châtelet y en el Trocadero ; pero aunque todo lo que me rodeaba en la vida me hablaba de felicidad, yo padecía de continuo una rara opresión.

En el Trocadero bailé de nuevo una noche la *Marcha fúnebre* de Chopin, que Skene tocó en el órgano, y sentí otra vez en mi frente aquel mismo aliento helado y aspiré aquel mismo perfume intenso de las blancas tuberosas y de las flores funerarias. Deirdre, que me veía bailar desde un palco, donde su blanca figurita parecía más encantadora, rompió a llorar, como si su corazoncito se quebrara, y gritó : «¿ Por qué está mi mamá tan triste ?»

Fué aquélla la primera nota lúgubre del preludio de la tragedia que había de poner un fin a todas las esperanzas de felicidad de mi vida. Y para siempre. Creo que, aunque parezca que continuamos viviendo, hay dolores que matan. El cuerpo puede arrastrarse a lo largo de los caminos dolorosos de la Tierra, pero el espíritu queda aniquilado. Y aniquilado para siempre. He oído hablar a muchas gentes acerca de la influencia ennoblecedora de la tristeza. Puedo únicamente decir que aquellos últimos días de mi vida, aquellos días que precedieron a la tragedia, fueron, en realidad, los últimos días de mi vida espiritual. Desde que sobrevino la tragedia, yo no tuve más que un deseo : huir, huir, huir. Huir de su horror, y mi vida no fué sino una serie de fugas de todo, semejante al triste judío errante ; y toda mi vida ha sido después como un buque fantasma sobre un océano fantasma.

Por una rara coincidencia, los acontecimientos psíquicos se reflejan a menudo en los objetos materiales. Cuando Poiret pintó aquel exótico y misterioso cuartito de que he hablado, colocó en cada una de sus puertas una doble cruz negra. Al principio encontré la idea muy

original y bizarra ; pero, poco a poco, aquellas dobles cruces negras empezaron a afectarme de una manera muy curiosa.

Como ya he dicho, aunque todo parecía sonreírme en la vida, vivía bajo una rara opresión : una especie de siniestro presagio. Una noche me desperté sobresaltada, con un sentimiento de terror. Dormía desde entonces con una lucecita encendida, y una noche vi surgir de la doble cruz negra colocada frente a mi cama una figura que se movía, que estaba vestida de luto y que se acercaba a los pies de la cama y me contemplaba con ojos piadosos. El horror debió transfigurarme algunos momentos. Encendí luego todas las luces de la alcoba, y la figura se desvaneció ; pero aquella curiosa alucinación—la primera de aquel género que experimentaba en mi vida—se presentó más veces, y a intervalos.

Estaba tan trastornada por aquel fenómeno, que una noche, en el curso de una comida dada por mi bondadosa amiga la señora Rachel Boyer, no pude por menos de contárselo. Quedó muy impresionada, y con su bondad habitual se empeñó en llamar a su médico. «Porque —decía—usted debe tener alguna enfermedad nerviosa.»

Llegó el joven y guapo doctor René Badet, a quien conté mis visiones.

—Sus nervios están evidentemente fatigados, y debe usted marcharse unos días al campo.

—Pero si estoy dando recitales, en cumplimiento de un contrato, en París...—contesté.

—Bueno. Entonces, vaya a Versalles. Está tan cerca que puede usted hacer el viaje todos los días, y el aire de Versalles le haría mucho bien.

Al día siguiente conté todo esto al ama de mis niños, que recibió la noticia con alegría.

—Versalles será muy bueno para los niños—me dijo.

Liamos algunas maletas, y nos disponíamos a partir cuando apareció en la puerta y avanzó lentamente una esbelta silueta negra. ¿Eran mis nervios fatigados

o era en realidad aquella figura la misma que de noche salía de la doble cruz? Avanzó hacia mí.

—He venido únicamente para ver a usted. He estado pensando en usted todo este tiempo, y he sentido la necesidad de verla.

Entonces la reconocí. Era la ex reina de Nápoles. Pocos días antes había llevado a Deirdre a su casa para que la conociera.

—Deirdre: vamos a ver a una reina.

—¡Ah! Entonces tengo que ponerme mi traje de fiesta—dijo Deirdre, que calificaba así a un vestidito que Poiret le había confeccionado, y que era un vestidito muy complicado, con muchos adornos y bordados.

Estuve mucho tiempo enseñándola a hacer una verdadera reverencia de corte, y parecía encantada; pero al final estalló en lágrimas y dijo: «¡Oh, mamá: tengo mucho miedo de ver a una reina de verdad!»

La pobrecita Deirdre creía que iba a entrar en una corte verdadera, como en una pantomima de hadas; pero cuando llegamos a un casita, junto al Bosque, y vió a una mujer exquisita de cabellos blancos trenzados en corona, hizo un bravo esfuerzo para saludar a la manera cortesana, y luego se echó a reír y saltó a los brazos regios. Ya no tenía miedo a la reina, que era todo bondad y gracia. Aquel día, cuando se presentó con su velo de luto, la expliqué que íbamos a salir para Versalles y le dí mis razones. Dijo que le agradaría mucho ir con nosotros. «Será una aventura», añadió. Por el camino, haciendo un gesto súbito de ternura, cogió a mis dos hijos en sus brazos y los estrechó contra su pecho. Pero cuando vi yo aquellas dos cabecitas rubias envueltas en negro, experimenté de nuevo la rara opresión que con tanta frecuencia me asaltaba en los últimos días.

Tomamos alegremente el té en Versalles con los niños, y acompañé a la reina de Nápoles hasta su casa. Nunca he encontrado un alma tan dulce, tan simpá-

tica y tan inteligente como la hermana de la infortunada Isabel.

Al día siguiente, al despertarme en el delicioso parque del Trianon Hotel, mis temores y mis presagios se habían disipado. El doctor tenía razón : lo que yo necesitaba era el campo. ¡Ah, si hubieran estado allí los coros de la tragedia griega! Hubieran citado otro ejemplo de la historia del infeliz Edipo y nos hubieran enseñado que con frecuencia, al huir de la desgracia, nos encaminamos directamente a ella. Si yo no hubiera ido nunca a Versalles para escapar de la visión profética de la muerte que se cernía sobre mí, los niños no hubieran encontrado, tres días más tarde, a la misma muerte en la carretera.

¡Qué bien recuerdo aquella noche, en que bailé como nunca había bailado! Ya no era una mujer, sino una llama de gozo, un fuego, chispas y humo que brotaban y ascendían del corazón del público. Y para despedirme, después de una docena de llamadas al escenario, bailé por último el *Momento musical,* y al bailar me parecía que había algo que cantaba en mi corazón. «La vida y el amor, el éxtasis más elevado : todo es mío y todo me ha sido dado para que yo lo dé a quienes lo necesitan.» Y de repente me pareció como si Deirdre estuviera sentada en uno de mis hombros y Patrick en el otro, en perfecto equilibrio y en perfecta felicidad, y como si yo los viera a un lado y a otro mientras bailaba, y como si rieran con sus rostros llenos—¡oh la risa de los niños!—, y como si mis pies no se cansaran nunca.

* * *

Al terminar la función tuve una gran sorpresa. Lohengrin, a quien no había visto desde su salida para Egipto, algunos meses antes, vino a mi cuarto. Parecía profundamente afectado por mis danzas de aquella no-

che y por nuestro encuentro, y me propuso que fuéramos a comer a la habitación de Agustín en el hotel de los Campos Elíseos. Estuvimos, Agustín y yo, esperándole con la mesa puesta. Pasaron algunos momentos, pasó una hora, y Lohengrin no venía. Esta actitud me puso en un estado de cruel nerviosismo. Aunque sabía perfectamente que no había hecho el viaje a Egipto solo, experimenté una gran alegría al verle, porque le amaba todavía y porque quería mostrarle a su hijo, el cual durante la ausencia de su padre había crecido mucho y se había puesto muy guapo. Pero cuando dieron las tres sin que él se presentara, salí hacia Versalles a reunirme con mis hijos, amargamente decepcionada.

La emoción del teatro y el nerviosismo de aquella espera me dejaron destrozada, y, al llegar a casa, apenas caí en la cama, quedé profundamente dormida.

A la mañana siguiente me desperté muy temprano ; mis hijos entraron, como de costumbre, y se echaron en mi lecho entre grandes carcajadas. Como siempre, tomamos juntos el desayuno, en mi cama.

Patrick estaba más bullicioso que nunca, y se divertía derribando las sillas y lanzando gritos de júbilo cada vez que una silla nos atronaba con su ruido.

Entonces sucedió una cosa rara. La noche anterior, alguien, alguien que no he podido nunca identificar, me envió dos bellos ejemplares atados de las obras de Barbey d'Aurevilly. Extendí mi mano y cogí uno de aquellos volúmenes, colocados en la mesita de noche. Iba a regañar a Patrick por meter tanto ruido, cuando, por azar, abrí el libro y mis ojos cayeron sobre el nombre «Niobe» y sobre estas palabras :

«Como eras bella y madre de unos hijos dignos de ti, sonreías cuando te hablaban del Olimpo. Para castigarte, las flechas de los dioses alcanzaron las cabezas abnegadas de tus hijos, a quienes no protegía tu seno descubierto.»

El ama gritaba entretanto :

—Patrick : haz el favor ; no metas tanto ruido, que molestas a mamá.

Era una mujer dulce y bonísima, la mujer más paciente del mundo, y sentía adoración por los dos niños.

—¡ Oh, déjelos !—exclamé—. Piense en lo que sería la vida sin su ruido.

Y entonces pensé yo : «¡ Qué vacía y obscura sería la vida sin ellos, porque más que mi arte y mil veces más que el amor de todos los hombres han llenado y coronado mi vida de felicidad !» Continué leyendo :

«Cuando no quedó por hendir más pecho que el tuyo, te volviste ávidamente del lado de donde venían los golpes... y esperaste. Pero fué en vano, noble e infortunada mujer. El arco de los dioses estaba tenso, y se reía de ti.

»Así esperaste toda una vida con una desesperación tranquila y sombríamente contenida. No lanzaste a los pechos humanos los gritos familiares. Te hiciste inerte, y se dice que te trocaste en roca para expresar la inflexibilidad de tu corazón.»

Y entonces cerré el libro, pues sentí en mi pecho un temor repentino. Abrí los brazos y llamé a mis dos hijos, y teniéndolos estrechados en ellos, me brotaron las lágrimas. Porque recuerdo todas las palabras y todos los gestos de aquella mañana. ¡ Cuántas veces, en noches de insomnio, he vuelto a vivir todos aquellos momentos, y cuántas veces he pensado desesperadamente por qué no hubo entonces una visión que me advirtiera lo que iba a ocurrir !

Era una mañana gris y apacible. Las ventanas estaban abiertas sobre el parque, donde los árboles se cubrían con sus primeros brotes. Sentí por primera vez en aquel año el torrente de júbilo que penetra en nosotros con los primeros días primaverales, y entre la delicia de la primavera y la contemplación de mis hijos, tan rosados, tan adorables, tan dichosos, experimenté una emoción de placer, y salté de la cama y empecé a

bailar con ellos, y ellos y yo estallamos en risas locas. Y también el ama reía al mirarlos. De repente sonó el teléfono. Era la voz de L., que me pedía que fuera a París y le llevara los niños. «Quiero verlos.» No los había visto desde hacía cuatro meses.

La idea de que este encuentro nos traería la reconciliación tan deseada por mí, me produjo un gran júbilo, y en voz baja comuniqué la noticia a Deirdre, la cual gritó:

—¡Eh, Patrick! ¿A que no sabes dónde vamos a ir hoy?

¡Cuántas veces he oído luego aquella voz infantil y aquellas palabras: «¿A que no sabes dónde vamos a ir hoy?» ¡Mis pobres, frágiles y hermosas criaturas! ¡Oh, si yo hubiera sabido aquel día el destino cruel que os acechaba! ¿Dónde, dónde os fuisteis aquel día?

Y entonces el ama dijo:

—Señora. Me parece que va a llover. Quizá fuera mejor que se quedaran aquí.

¡Cuántas veces, como en una terrible pesadilla, he oído su advertencia y he maldecido el no haberla comprendido! Pero yo pensaba que el encuentro con L. sería mucho más sencillo si los niños estaban presentes.

Por el camino, en el automóvil, durante aquella última excursión de Versalles a París, con los cuerpecitos en mis brazos, estaba llena de una nueva esperanza y confianza en la vida. Sabía que cuando L. viera a Patrick olvidaría sus sentimientos personales contra mí, y soñaba que nuestro amor llegaría a crear algo verdaderamente grande.

Antes de salir para Egipto, L. había comprado un vasto terreno en el centro de París, con el propósito de construir en él un teatro para mi escuela, un teatro que sería un centro de reunión y un abrigo para todos los grandes artistas del mundo. Yo pensaba que la Duse encontraría allí un marco adecuado a su divino arte, y que allí Mounet-Sully realizaría su antigua y querida

ambición de representar la trilogía de *Edipo*, *Antígona* y *Edipo en Colonna*. Camino de París iba yo pensando en todo esto, y mi corazón se regocijaba con las grandes esperanzas artísticas. Estaba escrito que aquel teatro no se construiría nunca, que la Duse no encontraría un templo digno de ella y que Mounet-Sully moriría sin ver realizado su deseo de representar la trilogía de Sófocles. ¿Por qué la esperanza del artista es casi siempre un sueño irrealizado?

Sucedió como yo pensaba. L. quedó encantado al ver de nuevo a su hijo y a Deirdre, a quien amaba tiernamente. Almorzamos alegremente en un restaurante italiano, donde comimos muchos *spaghetti*, bebimos Chianti y hablamos de nuestro futuro y maravilloso teatro.

—Será el teatro de Isadora—dijo él.

—No—repliqué—. Será el teatro de Patrick, porque Patrick será el gran compositor, el que creará la danza de la música futura.

Cuando terminamos el almuerzo, L. dijo:

—Me siento hoy tan feliz... ¿Por qué no vamos al Salón de Humoristas?

Pero yo tenía ensayo. Lohengrin se llevó a su amigo H. de S., que estaba con nosotros, y yo volví a Neuilly con los niños y el ama. Cuando llegamos a la puerta, dije al ama:

—¿Quiere usted esperarme aquí con los niños?

Pero ella me contestó:

—No, señora. Creo que sería mejor volver. Los niños necesitan descansar.

Entonces los besé, y les dije:

—Yo regresaré en seguida.

Al dejarlos en el coche, mi Deirdre colocó sus labios contra los cristales de la ventanilla. Yo me incliné y besé el cristal en el sitio mismo donde ella tenía colocados sus labios. El frío del cristal me produjo una rara impresión.

Entré en mi gran estudio. No era todavía la hora del ensayo. Quise descansar un momento y subí a mi cuarto, donde me acosté en un diván. Había flores y una caja de bombones que alguien me había enviado. Cogí uno y me lo comí perezosamente, mientras pensaba: «Después de todo, soy muy dichosa, acaso la mujer más dichosa del mundo. Tengo mi arte, el triunfo, la fortuna, el amor y, sobre todo, tengo dos hermosos hijos.»

Y estaba así, comiendo perezosamente mis bombones y sonriéndome, mientras pensaba: «L. ha vuelto; todo se pone bien», cuando vino a mis oídos un grito extraño y sobrehumano.

Volví la cabeza. L. estaba allí, en la puerta, tambaleándose, como un borracho. Sus rodillas flaqueaban, y cayó al suelo, frente a mí, y de sus labios salieron estas palabras:

«¡Los niños, los niños han muerto!»

* * *

Recuerdo que se apoderó de mí una calma extraña. Mi garganta me quemaba como si hubiera tragado carbones encendidos. Pero no podía comprender. Le hablé muy dulcemente. Intenté calmarlo. Le dije que no podía ser verdad.

Entonces vino más gente, pero yo no podía concebir lo que pasaba. Y entró un hombre de barba negra, y me dijeron que era un médico.

—No es verdad—decía este médico—. Yo los salvaré.

Y yo le creí. Quise ir con él, pero la gente me lo impidió. Ahora sé que me lo impidieron porque no querían decirme que ya no había esperanza. Temían que la impresión me produjera una enfermedad, pero me hallaba en aquel momento en un estado de elevada exaltación. Veía a todos llorando a mi alrededor, y yo no lloraba. Al contrario: sentía un inmenso deseo de con-

solar a todos. Cuando miro hacia atrás, me es difícil comprender mi raro estado espiritual de entonces. ¿No sería que me encontraba realmente en un estado de clarividencia, y que supe que la muerte no existe, que aquellas dos frías imágenes de cera no eran mis hijos, sino únicamente sus envolturas rotas? ¿Que el alma de mis hijos vivía en la luz y en la eternidad?

Dos veces tan sólo he sentido aquel grito de la madre que una oye como si fuera ajeno a una misma: al dar a luz y a la hora de la muerte. Porque cuando sentí aquellas manitas frías en las mías, aquellas manitas que ya nunca me volverían a estrechar, oí mis gritos: los mismos gritos que había oído cuando nacieron. ¿Y por qué los mismos, siendo uno grito de suprema alegría y otro de tristeza? No sé por qué, pero sé que son el mismo grito. ¿No será que en todo el Universo no hay sino un grito que exprese la Tristeza, el Júbilo, el Extasis y la Alegría: el Grito de Creación de la Madre?

* * *

¿Cuántas veces, yendo por la mañana de paseo, nos ha ocurrido encontrar el cortejo negro y siniestro de un entierro cristiano? Nos estremecemos y pensamos en todos nuestros seres queridos, pero descartamos el pensamiento de que un día seremos los enlutados de un negro cortejo semejante.

Desde mi infancia más temprana sentía yo una gran antipatía hacia todo lo que se relacionaba con la Iglesia y con el dogma. Las lecturas de Ingersholl y Darwin y la filosofía pagana habían fortificado esa antipatía. No soy partidaria del código moderno del matrimonio, y creo que la idea moderna de los funerales es tan fea y tan espantosa que llega a un grado de barbarismo. Como yo había tenido el valor de rechazar el matrimonio y de negarme a que fueran bautizados mis hijos, me negué también a que, una vez muertos, se les hiciera ob-

jeto de esa mascarada que llaman el entierro cristiano. Yo no tenía más que un deseo, y era que el terrible accidente se transformara en belleza. La desgracia era demasiado grande para las lágrimas. Yo no podía llorar. Muchedumbre de amigos venían a mí llorando, pero yo no quería llorar. Yo me limité a manifestar el deseo de que toda aquella gente que había venido a expresarme su simpatía, vestida de negro, se transformara en belleza. Yo no me vestí de negro. ¿Para qué cambiar de traje? Siempre he pensado que el luto es absurdo e innecesario. Agustín, Isabel y Raimundo se inclinaron ante mi deseo, y amontonaron en el estudio flores y flores. Cuando tuve conciencia de lo que sucedía, la primera cosa que oí fué la orquesta Colonne tocando las bellas lamentaciones del *Orfeo* de Gluck.

Pero ¡qué difícil es cambiar en un día los instintos horrorosos y trocarlos en belleza! Si yo hubiera podido realizar mis deseos, no hubieran venido ninguno de aquellos siniestros hombres de sombrero negro, ni aquellos caballos, ni aquella horrible e inútil mojiganga, ni todo lo que hace de la Muerte un horror macabro en lugar de una exaltación. ¡Qué espléndido acto aquel de Byron, cuando quemó el cuerpo de Shelley en una pira, junto al mar! Pero en nuestra civilización yo no podía encontrar sino la belleza inferior del crematorium. ¡Cuánto hubiera deseado un último resplandor al abandonar para siempre los restos de mis hijos y de su dulce ama! Seguramente llegará un día en que la inteligencia del mundo se subleve contra estos ritos horribles de la Iglesia, para crear alguna ceremonia final de belleza, en homenaje a sus muertos. El crematorium es ya una gran ventaja, en comparación con la espantosa costumbre de meter los cuerpos en la tierra. Debe de haber muchos que piensen como yo; pero mi conducta, al expresar lo que sentía, fué criticada y censurada por muchos religiosos ortodoxos, los cuales pensaban que, al querer despedirme de mis seres amados

con Armonía, Color, Luz y Belleza, y al llevar sus cuerpos al crematorium en lugar de colocarlos en la tierra para que fueran devorados por los gusanos, era una mujer terrible y sin corazón. ¿Cuánto tendremos que esperar para que la inteligencia prevalezca entre nosotros, en la Vida, en el Amor y en la Muerte?

Llegué a la cripta lúgubre del crematorium, y vi frente a mí los féretros que encerraban las cabezas de oro, las manos caídas, frágiles como flores; los piececitos ligeros: todo lo que yo amaba. Las llamas iban a devorarlos. Dentro de poco no serían sino un patético haz de cenizas.

Volví a mi estudio de Neuilly. Tenía el vago proyecto de terminar mi propia existencia. ¿Cómo podía yo continuar viviendo después de haber perdido a mis hijos? Pero me despertaron las palabras de las niñas de mi escuela, que me rodeaban diciéndome: «Isadora: vive para nosotras. ¿No somos también nosotras tus hijas?» Y sus voces despertaron en mí el deseo de calmar la pena de aquellas otras niñas que lloraban, con el corazón partido, la muerte de Deirdre y de Patrick.

Si esta desgracia hubiera venido más pronto en mi vida, hubiera podido vencerla; si más tarde, no hubiera sido tan terrible. Pero en aquel momento, en plena madurez de la vida, destruyó completamente mi fuerza y mi poder. ¡Si por lo menos me hubiera envuelto un gran amor y este amor me hubiera llevado lejos...! Pero L. no respondía a mis requerimientos.

Raimundo y su mujer, Penélope, habían salido para Albania, donde trabajaban entre los refugiados. Me convencieron para que fuera a su lado, y salí con Isabel y Agustín hacia Corfú. Cuando llegamos a Milán, donde nos detuvimos a pasar la noche, vi la misma habitación donde cuatro años antes pasé algunas horas meditando acerca del nacimiento del pequeño Patrick. Y Patrick, que había nacido, que había venido a mí con la

cara del ángel de mi sueño en San Marcos, Patrick se había marchado.

Cuando miré de nuevo los ojos siniestros de la señora del retrato, que parecían decirme: «¿No ha sucedido lo que yo predije? ¿No conduce todo a la muerte?», experimenté un horror tan violento, que eché a correr por el pasillo y supliqué a Agustín que me llevara a otro hotel.

Tomamos el barco de Brindisi, y poco después, en una deliciosa mañana, llegamos a Corfú. Toda la Naturaleza estaba alegre y sonreía, pero yo no encontraba alivio. Las personas que estuvieron aquellos días a mi lado me dijeron luego que me pasaba las horas sentada y con los ojos inmóviles, clavados en el espacio. No me daba cuenta del tiempo. Había penetrado en una tierra lúgubre, de grises, donde no existe la voluntad de vivir ni de moverse. Cuando el Destino nos trae una pena verdadera, no hay gestos ni expresiones. Como Niobe, trocada en piedra, me quedé muda, inmóvil, sorda e impenetrable, y anhelaba la aniquilación de la muerte.

L. estaba en Londres. Pensé que si viniera a mi lado quizá su presencia ahuyentaría la terrible y mortal agonía. Quizá sintiendo sus brazos cálidos y amorosos volvería yo a vivir.

Un día exigí que nadie fuera a molestarme. Me eché en mi cama con las manos cruzadas sobre mi pecho, cerré las ventanas y quedé a obscuras. Había llegado al último límite de la desesperación, y repetía sin cesar el mismo mensaje, dirigido a L.: «Ven, ven; te necesito. Estoy muriendo. Si no vienes, me marcharé con mis hijos.»

Repetía esto, como si fuera una letanía, una y otra y otra vez. Cuando me levanté me dí cuenta de que eran las doce de la noche. Después, dormí penosamente.

A la siguiente mañana, Agustín me despertó. Tenía un telegrama en la mano.

«Por el amor de Dios, enviadme noticias de Isadora. Salgo en seguida para Corfú.—*L.*»

En los días que siguieron estuve aguardando los primeros resplandores de esperanza que habían de brillar en mis tinieblas.

Una mañana llegó L., pálido y agitado.

—Creí que habías muerto—me dijo.

Y entonces me contó que la tarde aquella en que yo le había enviado mi mensaje aparecí ante él, en una visión vaporosa, al pie de su cama y le dije aquellas mismas palabras de mi mensaje : «Ven, ven ; te necesito. Si no vienes, me muero», aquellas palabras que yo había repetido tanto.

Cuando tuve la prueba de este lazo telepático entre nosotros, sentí la esperanza de que, por un gesto espontáneo de amor, la desgracia del pasado podría ser reparada. Y que mis hijos volverían a consolarme en la Tierra. Pero aquello no debía ser... Mi intensa espera y mi dolor eran demasiado fuertes para que L. los soportara. Una mañana me dejó bruscamente, sin avisarme. Vi alejarse el barco de Corfú, y supe que él iba a bordo. Vi alejarse el barco por las aguas azules, y una vez más me encontré sola.

Entonces me dije a mí misma : «Es preciso que pongas inmediatamente un término a tu vida o que encuentres algún modo de vivir ahuyentando esa constante angustia que te devora día y noche.» Porque todas las noches, despierta o dormida, revivía aquella terrible mañana y oía la voz de Deirdre : «¿A que no sabes dónde vamos hoy?», y la voz del ama : «Señora : quizá fuera mejor no salir hoy», y oía que yo contestaba frenéticamente : «Tiene usted razón. Quédese con ellos, buen ama, quédese con ellos. No los deje salir hoy.»

Raimundo vino de Albania. Estaba, como de costumbre, lleno de entusiasmo : «Todo el país está necesitado. Las aldeas, devastadas ; los niños, muertos de hambre. ¿Cómo puedes quedarte aquí con tu pena

egoísta? Ven y ayúdanos a alimentar a los niños y a aliviar a las mujeres.»

Su discurso fué eficaz. Me puse de nuevo mi túnica griega y mis sandalias, y seguí a Raimundo a Albania. Tenía un método muy original de organizar un campo de socorro para los refugiados albaneses. Iba al mercado de Corfú y compraba lana en bruto. La cargaba en un vaporcito que había alquilado y la transportaba a Santi Quaranta, que era el puerto principal de los refugiados.

—Pero, Raimundo—le dije—, ¿cómo vas a alimentar a los hambrientos con lana bruta?

—Espera y verás. Si yo los llevara pan, no tendrían más que para un día; pero les llevo lana, que les sirve para el porvenir.

Tomamos tierra en la costa rocosa de Santi Quaranta, donde Raimundo había organizado un centro. Un gran cartel decía: «Quien quiera hilar lana recibirá un dracma diario.» Se formó en seguida una fila de pobres, esqueléticas y famélicas mujeres; con el dracma recibirían el maíz que el Gobierno griego vendía en el puerto.

Raimundo volvió a Corfú con su embarcación. Ordenó a los carpinteros que le hicieran unos telares, y, al volver a Santi Quaranta, puso este letrero: «Quien quiera tejer lana recibirá un dracma diario.» Acudían al trabajo multitud de hambrientos. Raimundo les proporcionaba dibujos de vasos griegos antiguos, que servían de modelos. En seguida se encontró con una fila de mujeres que hilaban junto al mar, y las enseñó a cantar al compás del trabajo. Cuando los dibujos estaban tejidos, hacían magníficos cobertores, que Raimundo enviaba a Londres y los vendía con un cincuenta por ciento de beneficio. Con este beneficio estableció una panadería donde vendía pan blanco cincuenta céntimos más barato que el maíz del Gobierno griego, y de este modo fundó su aldea.

Vivíamos en una tienda junto al mar. Todas las mañanas, con el alba, nadábamos en la playa. De vez en cuando Raimundo tenía un excedente de pan y de patatas, y entonces íbamos por las colinas a los pueblos y distribuíamos alimentos entre los famélicos.

Albania es un extraño y trágico país. Allí estaba el primer altar a Zeus Tonante. Se le llamaba Zeus Tonante porque en este país, en invierno y en verano, llueve y truena continuamente. Atravesábamos estas tormentas con nuestras túnicas y nuestras sandalias, y entonces me dí cuenta de que es mucho más agradable sentir correr la lluvia por las espaldas que pasear con un impermeable.

Presencié muchos espectáculos trágicos: Una madre sentada bajo un árbol, con su bebé en los brazos y tres o cuatro niños hambrientos y sin hogar subiéndose por sus rodillas. Casas quemadas, el marido y el padre asesinados por los turcos, rebaños robados, cosechas destruídas. Y allí estaba la pobre madre con los hijos que le quedaban. Entre ellas distribuía Raimundo muchos sacos de patatas.

Volvimos a nuestro campo muy cansados, pero una extraña dicha cantaba en mi alma. Mis hijos se habían ido, pero había otros, hambrientos y enfermos. ¿No debía yo vivir para ellos?

En Santi Quaranta no había peluqueros, y allí fué donde por primera vez me corté los cabellos, que arrojé al mar.

Cuando volvieron mi salud y mi fuerza, esta vida entre los refugiados se me hizo imposible. No hay duda: existe una gran diferencia entre la vida del artista y la del santo. Mi vida de artista se despertó en mí, y comprendí que era completamente imposible contener, con la limitación de mis medios, aquel desbordamiento de miseria representada por los refugiados albaneses.

CAPITULO XXVI

Un día me dí cuenta de que era preciso salir de aquel país de montañas, de grandes rocas y de tempestades. Y dije a Penélope :

—No puedo presenciar más tiempo esta miseria. Desearía sentarme en una mezquita, a la luz de una sencilla lámpara. Desearía colocar tapices persas para mis pies. Estoy cansada de estas carreteras. ¿Te agradaría huir conmigo hasta Constantinopla ?

Penélope estaba encantada. Trocamos nuestras túnicas por trajes ordinarios, y tomamos el barco de Constantinopla. Durante el día me quedaba en mi camarote, en el puente, y por la noche, cuando dormían los otros pasajeros, me colocaba una banda sobre la cabeza y salía a mi puerta a la luz de la luna. Apoyada a un lado del barco o contemplando la luna, una figura toda blanca, con las manos enguantadas en blanca cabritilla, la figura de un hombre joven, que llevaba en la mano un librito negro, en el que parecía leer de vez en cuando para rezongar luego una especie de invocación ; una figura bizarra, me llamó una noche la atención. Su rostro, blanco y fatigado, se iluminaba con dos magníficos ojos obscuros y se coronaba con una cabellera de azabache.

Al acercarme, el extranjero me dijo :

—Me tomo la libertad de hablarla porque tengo una pena tan grande como la de usted y voy a Constantinopla a consolar a mi madre, que sufre una gran aflicción. Hace un mes tuvo noticias del trágico suicidio de mi hermano mayor, y hace apenas dos semanas que sobrevino en mi familia otra tragedia : el suicidio de mi segundo hermano. Soy el único que le queda. Pero ¿cómo podré yo consolarla ? Porque yo también me encuentro

en una situación moral de tal desesperación, que lo mejor que podría hacer sería seguir a mis hermanos.

Nos pusimos a hablar, y me dijo que era actor y que el librito que llevaba en la mano era *Hamlet*, cuyo papel estaba estudiando.

Nos encontramos en el puente a la siguiente noche, y, como dos fantasmas infortunados, cada cual se sumió en sus propios pensamientos, cada cual hallaba cierto alivio en la presencia del otro, y así estuvimos hasta el alba.

Cuando llegamos a Constantinopla vi que una mujer vestida de riguroso luto, una mujer alta y hermosa que le esperaba, le abrazó.

Penélope y yo nos hospedamos en el Peira Palace Hotel, e invertimos los dos primeros días de nuestra visita en deambular por Constantinopla, sobre todo por la parte vieja, entre calles estrechas. Al tercer día tuve una visita inesperada. Era la madre de mi triste amigo de a bordo, la mujer que le había recibido al desembarcar. Se presentó a mí con la mayor angustia. Me mostró los retratos de los dos hermosos hijos que había perdido, y me dijo:

—Se han ido; ya no puedo traerlos, pero vengo a pedir a usted que me ayude a salvar al último, a Raúl, porque creo que va a seguir a sus hermanos.

—¿Qué puedo hacer yo, y dónde está el peligro?—pregunté.

—Ha salido de la ciudad y se halla en la aldea de San Stéfano, completamente solo en una «villa», y de la desesperada expresión que tenía cuando se marchó, deduzco que hay motivos para temer algo malo. Usted le produjo tan profunda impresión, que creo que podría usted hacerle ver la crueldad de su acción y el dolor de su madre, y devolvérmelo a la vida.

—Pero ¿cuál es el motivo de su desesperación?—le pregunté.

—No lo sé, como tampoco sé la razón del suicidio de

sus hermanos. Eran bellos, jóvenes y dichosos. ¿Por qué fueron en busca de la muerte?

Muy conmovida por aquella súplica de madre, le prometí ir al pueblo de San Stéfano y hacer lo posible por traer a Raúl a la razón. El portero del hotel me indicó que el camino era agreste y casi imposible para un automóvil. Decidí ir al puerto y alquilar una pequeña embarcación. Hacía mucho viento y las aguas del Bósforo estaban muy agitadas, pero llegamos a salvo a la aldea. Siguiendo la dirección de la madre, encontré la «villa» de Raúl. Vivía en una casa blanca, rodeada de un jardín, en un lugar solitario, junto a un viejo cementerio. No había campanilla. Llamé con los nudillos, y no contestó nadie. Empujé la puerta y la encontré abierta. Entré. El vestíbulo estaba vacío. Subí por una breve escalera, y, abriendo otra puerta, encontré a Raúl, en una pequeña habitación blanca y muy enjalbegada. Todo era blanco: las puertas, las paredes y el suelo. Estaba echado en un diván blanco, vestido como yo le había visto a bordo, con su traje blanco y sus inmaculados guantes blancos. Junto al diván había una mesita, y sobre ella un vaso de cristal, con un lirio, y, al lado, un revólver.

Se diría que el muchacho, que, según creo, no había comido en dos o tres días, se hallaba en una tierra lejana adonde mi voz apenas si podía alcanzarle. Procuré despertarlo a la vida, hablándole de su madre, diciéndole cómo aquel pobre corazón femenino quedó lacerado por la muerte de sus hermanos, y, finalmente, me las arreglé de modo que, cogiéndole de la mano, conseguí arrastrarlo hasta mi embarcación, cuidando mucho de dejar allá dentro su revólver.

Durante el viaje no cesó de llorar. Se negaba a ir a casa de su madre. Le convencí para que viniera a mis habitaciones del Peira Palace, donde intenté arrancarle el motivo de su gran pena, pues a mí me parecía que ni

aun la muerte de sus hermanos bastaba a justificar su estado. Finalmente, murmuró :

—No. Tiene usted razón. No es la muerte de mis hermanos. Es Sylvio.

—¿ Quién es Sylvio ? ¿ Dónde está ella ?—le pregunté.

—Sylvio es el sér más bello del mundo—me contestó—. Está en Constantinopla, con su madre.

Cuando supe que Sylvio era un muchacho, me quedé atónita ; pero como siempre he sido una estudiante de Platón y considero que su *Fedra* es el más delicado canto de amor que se ha escrito en el mundo, no me sorprendí como se hubiera sorprendido mucha gente. Creo que el más elevado amor es una llama puramente espiritual, que no depende necesariamente del sexo.

Estaba decidida a salvar a toda costa la vida de Raúl, y, en lugar de hacerle ninguna observación, me limité a preguntarle :

—¿ Cuál es el número del teléfono de Sylvio ?

Al poco rato oía la voz de Sylvio a través de los hilos : una voz suave, que me parecía venir de un alma suave también.

—Venga usted pronto al hotel—le dije.

Al poco rato aparecía Sylvio. Era un joven encantador, de unos dieciocho años. Así debió de ser Ganimedes cuando trastornó de emoción al mismo poderoso Zeus.

«Y cuando este sentimiento acrece, y él se acerca a Ganimedes y le abraza, en los ejercicios gimnásticos o dondequiera que se encuentren, el manantial de aquella corriente, a la que Zeus, enamorado de Ganimedes, llama Deseo, rebasa del amor, y una parte de aquella corriente se introduce en su alma, y cuando Zeus está henchido del Deseo, la corriente brota de él ; y de la misma manera que la brisa y el eco rebotan en la roca pulida y vuelven al sitio de donde nacieron, así la corriente del Deseo, atravesando los ojos, que son los mirado-

res del alma, retorna a Ganimedes cuando Zeus se halla henchido, y llenan el alma del sér amado. Y así ama, pero no sabe lo que ama ; no comprende ni puede explicar su estado ; uno y otro aparecen como ciegos ; el amante es su espejo, un espejo en el cual se mira él mismo sin darse cuenta.» (Jowett.)

Cenamos y pasamos juntos toda la noche. Luego, en el balcón que daba al Bósforo, tuve el placer de ver a Raúl y a Sylvio en amorosa y confidencial conversación, y me convencí de que la vida de Raúl estaba salvada por el momento. Telefoneé a su madre, y le conté el triunfo de mis esfuerzos. La pobre señora quedó tan emocionada, que apenas si pudo expresarme su gratitud. Aquella noche, al despedirme de mis amigos, sentí que había realizado una buena acción salvando la vida de aquel guapo mozo. Pero algunos días más tarde vino de nuevo a mí la madre, trastornada.

—Raúl ha vuelto a su «villa» de San Stéfano. Sálvemelo otra vez.

Pensé que era pedir demasiado a mi bondad natural, pero no pude resistir a los requerimientos de la pobre madre. Esta vez, sin embargo, como la travesía en barco me había parecido excesivamente molesta, me arriesgué a ir en automóvil. Fuí a buscar a Sylvio y le dije que viniera conmigo.

—¿Cuál es la razón de toda esta locura?—le pregunté.

—Pues no lo sé. El es así. Yo amo a Raúl, pero como no puedo decir que le amo tanto como él a mí, cree que lo mejor es morir.

Salimos con el alba, y tras muchos tumbos y sacudidas llegamos a la «villa», en la que entramos de improviso, y cogimos al melancólico Raúl para llevárnoslo al hotel, donde estuvimos, con Penélope, discutiendo hasta muy tarde, en busca de un remedio eficaz para la extraña enfermedad que atacaba a Raúl.

Al día siguiente, Penélope y yo paseábamos por las viejas, obscuras y estrechas calles de Constantinopla, y Penélope me indicó un letrero. Estaba escrito en armenio, lenguaje que ella conocía, y era el anuncio de una adivinadora.

—Vamos a consultarla—me dijo Penélope.

Entramos en una casa muy vieja, y, después de subir por unas escaleras de caracol y de atravesar varios inmundos y desmoronados pasillos, dimos en una habitación negra, donde encontramos a una mujer vieja, acurrucada ante un fuego que despedía extraños olores. Era armenia, pero hablaba griego, y, como Penélope lo comprendía, me pude enterar de que durante la última matanza por los ejércitos turcos había presenciado desde aquella misma habitación la espantosa muerte, por estrangulación, de todos sus hijos, de sus hijas y de sus nietos, y que entonces adquirió el don de la clarividencia que le permitía ver el futuro.

—¿Qué ve usted en mi futuro?—le pregunté por medio de Penélope.

La vieja miró algún tiempo el humo de su fuego y pronunció algunas palabras, que Penélope me tradujo:

—Te saluda como a una hija del sol. Has sido enviada a la tierra para proporcionar una gran alegría a todos los hombres. De esta alegría saldrá una religión. Después de muchas vicisitudes, al final de tu vida, construirás templos en todo el mundo. Con el tiempo volverás a esta ciudad, donde también construirás un templo, y todos estos templos serán dedicados a la belleza y a la alegría, porque eres la hija del sol.

Entonces me pareció muy curiosa esta profecía poética, porque me encontraba en un estado de tristeza y de desesperación.

Penélope preguntó:

—¿Cuál es mi futuro?

La adivinadora habló a Penélope, y advertí que ésta palidecía y se llenaba de espanto.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues lo que me ha dicho es muy inquietante—respondió Penélope—. Dice que tengo un corderito, sin duda por mi hijo Menalkas, y añade: «Usted está deseando otro corderito», y sin duda se refiere a la hija que espero en vano, pero agrega que este deseo no se realizará nunca, y dice también que pronto recibiré un telegrama anunciándome que una persona a quien yo amo está muy enferma y que otra, también amada, está moribunda. Y, además, dice que mi vida no será muy larga, pero que en un lugar elevado, dominando al mundo, haré mi última meditación y abandonaré esta esfera.

Penélope parecía muy inquieta. Dió algún dinero a la vieja y, sin decirle adiós, me cogió de la mano y, corriendo por los pasillos y por la escalera, salimos a la calle estrecha, y allí estuvimos hasta que encontramos un coche que nos llevó al hotel.

Al llegar al hotel, el portero se adelantó para entregarnos un telegrama. Penélope se apoyó en mi brazo, casi desvanecida. Tuve que llevarla a su habitación, donde abrí el telegrama, que decía: «Menalkas, muy enfermo. Raimundo, muy enfermo. Regresa en seguida.»

La pobre Penélope estaba destrozada. Metimos a toda prisa nuestra ropa en las maletas y preguntamos a qué hora salía un barco para Santi Quaranta. El portero nos dijo que había uno que salía con el alba, pero como teníamos mucha prisa, me acordé de la madre de Raúl y la escribí: «Si quiere usted salvar a su hijo del peligro que le amenaza, debe abandonar inmediatamente Constantinopla. No me pregunte por qué, pero si le es posible tráigalo al barco en que salgo yo esta tarde a las cinco.»

No recibí contestación; pero cuando el barco iba a salir de Constantinopla, llegó Raúl con una maleta, y, mirándome más muerto que vivo, subió a bordo. Le pregunté si tenía su billete o un camarote, y me contestó

que no había pensado en nada. Mas como en estos barcos de Oriente los trámites se hacen por manera amistosa y cómoda, pude arreglármelas con el capitán de suerte que, no habiendo ningún camarote libre, Raúl durmiera en una habitación contigua a la mía, pues sentía realmente por este muchacho una inquietud de madre. Al llegar a Santi Quaranta encontramos a Raimundo y a Menalkas con una fuerte fiebre. Hice cuanto pude por convencer a Raimundo y a Penélope de que dejaran aquella triste tierra de Albania y volvieran conmigo a Europa. Pedí al médico del barco que influyera sobre ellos ; pero Raimundo se negó a abandonar a los refugiados de su aldea y Penélope no quiso dejar solo a Raimundo. Me vi, pues, obligada a abandonarlos en aquella roca desolada, donde no tenían otro abrigo que una pequeña tienda, sobre la cual soplaba violentamente el huracán.

El barco siguió hacia Trieste. Raúl y yo éramos muy desgraciados. El no cesaba de llorar. Telegrafié pidiendo que fuera a buscarme a Trieste mi automóvil, pues temía el contacto con los otros pasajeros del tren, y, atravesando las montañas de Suiza, nos dirigimos hacia el Norte.

Nos detuvimos algún tiempo en el lago de Ginebra. Formábamos una curiosa pareja, sumido cada uno en su propia pena, y quizá por esta razón nos era a los dos agradable la compañía. Pasamos días enteros en un barco sobre el lago y, por fin, pude arrancar a Raúl la promesa sagrada de que renunciaría al suicidio, en atención al amor de su madre.

Y así una mañana subimos juntos al tren. Volvió a su teatro. Yo no le he vuelto a ver ; pero he oído decir que tuvo una carrera brillantísima y que su caracterización de *Hamlet* produjo una gran impresión. Lo comprendo perfectamente, porque ¿quién mejor que Raúl podía recitar el monólogo «Ser o no ser» ? Era tan joven, que debió encontrar luego la dicha.

Sola, en Suiza, se apoderó de mí un sentimiento de cansancio y de melancolía. No podía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y devorada por la inquietud viajé por toda Suiza en mi automóvil, y, finalmente, siguiendo un impulso irresistible, caí en París. Estaba completamente sola, pues me parecía insoportable cualquier compañía, aun la de mi hermano Agustín, que fué a verme a Suiza y que no tuvo influencia para apartarme de mi tristeza. Había llegado a ese extremo en que el sonido de la voz humana me parecía una cosa dolorosa y en que las personas que me visitaban se me antojaban lejanas e irreales. Llegué, pues, una noche a la puerta de mi casa de Neuilly. El lugar estaba desierto, con la sola excepción de un viejo que cuidaba del jardín y que habitaba en el cuarto del portero junto a la verja. Entré en mi gran estudio, y la contemplación de mis cortinas azules me recordó mi arte y mi obra. Decidí hacer un esfuerzo para volver a ellas, y con este fin mandé llamar a mi amigo Hener Skene, para que tocara en mi piano. Pero los aires de aquella música familiar tuvieron por efecto provocar en mí una crisis de lágrimas. Era la primera vez que lloraba. Todo lo que veía a mi alrededor me recordaba los días de dicha. Tuve al poco rato la alucinación de oír los gritos de mis hijos en el jardín, y, cuando un día quise entrar en la casita que ellos habitaban, vi sus vestidos y sus juguetes desparramados en desorden, y quedé tan emocionada que comprendí que me era completamente imposible permanecer en Neuilly. Hice, sin embargo, un nuevo esfuerzo y llamé a otros amigos.

Pero no podía dormir por las noches. El río estaba muy cercano a la casa y era un peligro. Un día, no pudiendo soportar por más tiempo aquella atmósfera, cogí mi automóvil y emprendí la ruta del Sur. Cuando iba a setenta u ochenta kilómetros por hora, me dí cuenta de que únicamente en el coche encontraba alivio a la angustia indescriptible de aquellos días y de aquellas noches.

Subí a los Alpes, llegué a Italia y continué viajando, unas veces en góndola, por los canales venecianos, pidiendo al gondolero que remara toda la noche, y otras en la antigua ciudad de Rimini. Pasé una noche en Florencia, donde vivía Craig, y estuve a punto de llamarle ; pero como sabía que se había casado y que llevaba una vida hogareña, pensé que mi presencia podría causarle algún trastorno, y renuncié.

Un día, estando en una pequeña ciudad junto al mar, recibí un telegrama que decía : «Isadora, sé que está usted por Italia. Le ruego que venga a verme. Haré lo posible por consolarla.» Estaba firmado por Eleanora Duse. Nunca supe cómo descubrió mi paradero para enviarme el telegrama ; pero al leer aquel nombre mágico, comprendí que Eleanora Duse era la única persona a quien yo deseaba ver. El telegrama procedía de Viareggio, precisamente al lado opuesto del lugar donde yo estaba. Dirigí hacia allá mi automóvil, después de enviar una respuesta agradecida a Eleanora, anunciándole mi llegada.

La noche de mi entrada en Viareggio había una gran tormenta. Eleanora vivía en una pequeña «villa» lejos del pueblo, pero había dejado en el Gran Hotel una carta pidiéndome que fuera a su casa.

CAPITULO XXVII

Fuí a la siguiente mañana a ver a la Duse, que vivía en una «villa» de color rosa, detrás de un viñedo. Como un ángel glorioso, vino a mi encuentro por una avenida cubierta de viñas. Me cogió en sus brazos, y sus ojos de ensueño se iluminaron con tal amor y ternura, que sentí la misma impresión que debió sentir el Dante cuando encontró en el Paraíso a la divina Beatriz.

Desde entonces viví en Viareggio, y en el brillo de los ojos de Eleanora encontré el valor que me faltaba. Me mecía en sus brazos, consolando mi pena, pero no

solamente consolándome, sino que se diría que mi tristeza laceraba su propio pecho. Entonces me dí cuenta de que, si no podía soportar la sociedad del mundo, era porque el mundo representaba la comedia de divertirme para que olvidara. Eleanora me decía : «Háblame de Deirdre y de Patrick.» Y me hacía repetir los dichos de mis hijitos, y me hacía que imitara sus gestos y que le mostrara sus fotografías, sobre las cuales lloraba Eleanora, besándolas. Nunca me dijo : «Deja de llorar», sino que sufría conmigo mi propio dolor. Por primera vez desde la muerte de mis niños, sentí que no estaba sola. Eleanora era un supersér, un sér superior y excepcional. Su corazón era tan grande, que en él cabía la tragedia del mundo. Su espíritu era el más radiante que ha iluminado las obscuras tristezas de este mundo. Mientras paseaba con ella, junto al mar, me parecía que su cabeza tocaba las estrellas y que sus manos alcanzaban la cima de los montes.

Mirando a las montañas me dijo una vez :

—Mira los flancos ásperos y salvajes del Croce. ¡Qué sombríos e inaccesibles parecen junto a las escarpaduras cubiertas de árboles del Ghilardone, junto a las viñas soleadas y a los adorables árboles en flor! Pero si contemplas la cúspide sombría del Croce advertirás la claridad del mármol blanco que espera al escultor que le dé inmortalidad. Mientras que Ghilardone produce únicamente aquello que el hombre necesita para sus necesidades terrenales, Croce le proporciona sueños. Así es la vida del artista : obscura, sombría, trágica, pero productora del mármol blanco de donde nacen las aspiraciones del hombre.

Eleanora amaba a Shelley, y algunas veces, en los últimos días de septiembre, cuando atronaba la tormenta y los relámpagos rompían la sombría obscuridad, sobre las olas, me mostraba con el dedo el mar y me decía :

—Mira : es la luz de las cenizas de Shelley. Ahí está paseando sobre las olas.

Acabaron por molestarme los extranjeros que me miraban en el hotel como a una cosa rara, y tomé una «villa», pero ¿por qué razón escogí aquel sitio? Era una gran casa de ladrillos rojos, al fondo de un bosque de pinos melancólicos y rodeada de un gran muro. Si el exterior era triste, el interior tenía una melancolía de imposible descripción. Según una leyenda muy conocida en el pueblo, la casa había estado habitada por una dama que, después de una pasión desgraciada hacia un personaje de alto rango en la corte austriaca—algunos decían que el mismo Francisco José—, tuvo la desgracia de que se volviera loco el hijo de aquellos amores. En el último piso de la «villa» había una habitación con ventanas de reja, paredes pintadas con dibujos fantásticos y una pequeña abertura cuadrada en la puerta, por la cual introducían, sin duda, los alimentos para el joven loco en los días de crisis peligrosas. El techo era una gran loggia abierta, que daba al mar por un lado y por el otro a la montaña.

Esta triste casa, en la que había sesenta habitaciones, fué la casa que tuve el capricho de alquilar. Creo que lo que me atrajo fué el bosque denso de pinos y la maravillosa vista desde la loggia. Pregunté a Eleanora si no le gustaría vivir conmigo en la «villa», pero rehusó cortésmente, si bien se mudó de casa, y alquiló una «villa» blanca cerca de la mía.

En materia de correspondencia, la Duse tenía la más extraordinaria peculiaridad. Si estaba usted en otro país, se limitaba a enviarle un extenso telegrama de vez en cuando, cada tres años ; pero si vivía usted cerca, le enviaba casi todos los días una cartita encantadora, y a veces dos o tres diarias. Nos veíamos con frecuencia y paseábamos a la orilla del mar, por lo cual solía decir la Duse : «La danza trágica pasea con la musa trágica.» Un día yendo la Duse y yo por la playa,

se volvió a mí, y contemplándome durante un rato, mientras el sol poniente formaba sobre su cabeza una aureola encendida :

—Isadora—me dijo con voz sorprendente—. No busques, no busques de nuevo la dicha. Tienes en tu frente la señal de los que están predestinados a los grandes infortunios en la tierra. Lo que te ha ocurrido no es sino el prólogo. No tientes más al Destino.

¡Ah, Eleanora, si yo hubiera escuchado tu advertencia! Pero la esperanza es una planta que difícilmente puede destruirse, y no importa que haya muchas ramas destrozadas. Siempre echa nuevos retoños.

La Duse era entonces una criatura magnífica, en la plenitud de su vida y de su inteligencia. Cuando paseaba a lo largo de la playa, daba zancadas como yo no he visto a ninguna otra mujer. No usaba corsé. Sus formas, que eran entonces muy amplias y robustas, hubieran disgustado a un amante de la moda, pero expresaban una noble grandeza. Todo revelaba en ella un alma grande y torturada. Me leía con frecuencia las tragedias griegas, o de Shakespeare, y cuando le oía leer los versos de *Antígona* pensaba que era un crimen que el mundo no presenciara aquella espléndida interpretación. No es cierto que la larga ausencia de la Duse del teatro, cuando se hallaba en la plenitud y madurez de su arte, fuera debida, como muchos han pensado, a un amor desgraciado o a cualquier otra razón sentimental, ni tampoco a una salud precaria, sino únicamente al hecho de que no tenía la ayuda ni el capital necesarios para realizar sus ideas personales del arte. Esta era la única y vergonzosa verdad. Las gentes que «aman el arte» dejaron que la más grande actriz del mundo rumiara su dolor en la soledad y en la pobreza durante quince años. Cuando Morris Gest lo comprendió así y arregló una *tournée* de la Duse por América, era demasiado tarde : Eleanora murió durante la excursión, cuan-

do hacía esfuerzos patéticos para amasar el dinero que necesitaba la obra soñada durante tanto tiempo.

* * *

Alquilé un gran piano en mi «villa», y envié un telegrama a mi fiel amigo Skene pidiéndole que viniera a acompañarme. Eleanora era una amante apasionada de la música, y tocaba todas las noches trozos de Beethoven, Chopin, Schuman y Schubert. A veces cantaba con una voz suave y bien tiembrada, cantaba aquella canción favorita : *In questa tomba oscura, laschia mia pianga,* y al llegar a las últimas palabras—«ingrata, ingrata»—, su acento y su rostro tenían una expresión tan profundamente trágica y tan llena de reproches, que no era posible mirarla sin llorar.

Un día, a la hora del crepúsculo, me levanté súbitamente y pedí a Skene que tocara al piano. Bailé ante él el adagio de la *Sonata patética* de Beethoven. Era mi primera danza desde el 19 de abril, y la Duse, cogiéndome los brazos y besándome, me dió las gracias.

—Isadora—dijo—, ¿qué haces aquí? Debes volver a tu arte. Es tu única salvación.

Eleanora sabía que, días antes, había recibido yo una oferta de contrato para ir a la América del Sur.

—Acepta ese contrato—me decía, apremiándome—. ¡Si vieras qué breve es la vida y qué largos pueden ser los años de aburrimiento! Huye de la tristeza y de la monotonía. Huye.

Fuir, fuir, decía, pero mi corazón estaba muy abrumado. Podía hacer algunos gestos delante de Eleanora, pero trabajar con público me parecía imposible. Todo mi sér estaba torturado, y cada latido de mi corazón lloraba por mis hijos. Junto a Eleanora sentía alivio ; pero de noche, en la soledad de mi «villa», con los ecos de las habitaciones vacías y tristes, me pasaba las horas esperando al sol, y cuando salía, me levan-

taba para bañarme en el río. Pensaba nadar tan lejos, tan lejos que no pudiera volver, pero mi cuerpo volvía siempre a la orilla : tal es la fuerza de la vida en un cuerpo joven.

Una tarde gris de otoño estaba paseando sola por la playa cuando repentinamente vi que se alzaban ante mí las figuras de mis hijos Deirdre y Patrick, cogidos de la mano. Los llamé, pero huyeron, riéndose, cuando iba ya a alcanzarlos. Corrí tras ellos, los llamé y desaparecieron entre la espuma del mar. Me invadió una terrible aprensión. Aquella visión de mis hijos... ¿Sería que estaba loca? Tuve durante algunos momentos la sensación clarísima de que me hallaba en la linde que separa la locura de la razón. Ante mí veía el manicomio, la vida de espantosa monotonía, y, con amarga desesperación, caí de bruces sobre la tierra y me puse a llorar.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquella postura, pero recuerdo que una mano piadosa me tocó la cabeza. Alcé los ojos y creí ver a una de las bellas figuras de la Capilla Sixtina. Era una figura que venía del mar, y que estaba allí, inmóvil, diciéndome :

—¿Por qué lloras continuamente? ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

Le miré fijamente.

—Sí—contesté— ; sálvame, sálvame algo que vale más que mi vida : la razón. Dame un hijo.

Aquella noche la pasamos juntos en la terraza de mi «villa». El sol se ponía más allá del mar. La luna salía e inundaba de luz temblorosa el mármol de las montañas. Al sentir sus brazos juveniles y robustos rodeando mi cuerpo y sus labios sobre los míos, cuando toda su pasión italiana descendía a mí, me pareció que me rescataba del dolor y de la muerte y me conducía a la luz. Al amor, de nuevo.

A la siguiente mañana conté a Eleanora todo lo sucedido, y no pareció muy sorprendida. Los artistas vi-

ven continuamente en una tierra de leyenda y fantasía, y cuando dije a Eleanora que Miguel Angel había salido del agua le pareció muy natural, y, aunque odiaba el contacto con la gente extraña, accedió gustosamente a que le presentara a mi joven Angel, y visitamos su estudio. Porque era escultor.

—¿Crees, realmente, que es un genio?—me preguntó, después de examinar sus obras.

—Sin duda—contesté—, y seguramente será un Miguel Angel.

La juventud es deliciosamente dúctil. La gente joven cree en todo, y yo casi creí que mi nuevo amor iba a desterrar mi tristeza. Estaba yo entonces tan cansada de mi horrible y constante dolor... Hay un poema de Víctor Hugo que yo solía leer entonces, y que en aquella ocasión acabó por convencerme: «Sí, volverá; está esperando un poco para volver a mí.» Pero, ¡ay!, esta ilusión no fué muy larga.

Parece que mi amante pertenecía a una austera familia italiana, y que debía casarse con una muchacha perteneciente a otra austera familia italiana. No me lo había dicho, pero un día me lo explicó en una carta y se despidió. No le guardé el menor rencor. Había salvado a mi razón, y ya no estaba sola. Otra vida se iba formando en mis entrañas. Desde aquel momento entré en una fase de intenso misticismo. Tenía la sensación de que el espíritu de mis hijos vagaba junto a mí y que volverían a consolarme en la tierra.

Como se acercaba el otoño, Eleanora se trasladó a Florencia y yo también dejé mi «villa» sombría. Fuí primero a Florencia y luego a Roma, donde pensé pasar el invierno. Las Navidades me sorprendieron en Roma. Fueron unas Pascuas tristes, pero yo solía decirme: «Menos mal que no estoy en la tumba ni en una casa de locos. Estoy aquí.» Y mi fiel amigo Skene seguía a mi lado. Nunca me interrogaba. Nunca dudaba. Me daba siempre su amistad, su adoración y su música.

Roma es una ciudad maravillosa para un alma triste. En un tiempo en que la claridad brillante y la perfección de Atenas habían hecho mi dolor más agudo, Roma, con sus grandes ruinas, sus tumbas y sus monumentos inspirados, testigos de muchas generaciones muertas, actuó de calmante. Gustaba de pasear por la Via Appia a hora muy temprana, cuando, entre las largas hileras de tumbas, llegaban de Frascati los carros de los vendimiadores con sus carreteros dormidos como faunos fatigados que se reclinaran sobre los barriles de vino. Me parecía que el tiempo dejaba de existir. Era como un fantasma que vagara por la Vía Appia durante miles de años, con las grandes llanuras de la Campagna a mi alrededor, y sobre mi cabeza el gran arco del cielo de Rafael. Algunas veces elevaba mis brazos al cielo y bailaba : una figura trágica entre las hileras de tumbas.

Por la noche, Skene y yo vagábamos a la ventura, y nos deteníamos a menudo junto a las muchas fuentes que no cesarán nunca de de manar y que nacen en los pródigos manantiales de la montaña. Me gustaba sentarme junto a ellas y oír el ruido del agua murmuradora y salpicante. Me quedaba allí un gran rato, llorando en silencio, mientras mi gentil compañero estrechaba mis manos con simpatía.

De aquellos tristes paseos desperté un día gracias a un telegrama que me envió L., el cual me rogaba, en nombre de mi arte, que volviera a París. Influída por este llamamiento, tomé el tren de París. En el trayecto, pasamos por Viareggio. Vi el techo de ladrillos rojos de la «villa», entre los pinos, y pensé en los meses de desesperación y de esperanza alternativas que allí pasé con mi divina amiga Eleanora, a quien acababa de abandonar.

L. había dispuesto para mí una serie de magníficas habitaciones en el Crillon, sobre la plaza de la Concordia, llenas todas ellas de flores. Cuando le conté mi vida

en Viareggio y mis sueños místicos de la reencarnación de mis hijos, ocultó su cabeza entre las manos y después de un gran esfuerzo dijo :

—Vine a verte por primera vez en 1908 para ayudarte, pero nuestro amor nos ha llevado a la tragedia. Ahora, creemos tu escuela, tal como tú la deseas. Creemos alguna belleza para los demás en esta triste tierra.

Luego me dijo que había comprado el gran hotel de Bellevue, cuyas terrazas dominaban el viejo París y cuyos jardines se extendían hasta el río. Había habitaciones para mil niños. De mí dependía únicamente el que la escuela tuviera una existencia eterna, «si te avienes—añadía—a dar de lado todo sentimiento personal y a vivir únicamente para una idea».

Pensando en la red inextricable de penas y de catástrofes que la vida me había proporcionado, en la cual únicamente brilló sobre todas las cosas la luz de mi idea, terminé por acceder.

A la mañana siguiente, visitamos Bellevue, y en seguida empezaron a trabajar, bajo mi dirección, decoradores y mueblistas, los cuales transformaron un hotel superficial en un Templo de la Danza del Futuro.

Teníamos cincuenta nuevas aspirantes, escogidas en un concurso que se celebró en el centro de París, y teníamos también a las alumnas de la primera escuela y a las institutrices.

Las salas de baile eran los comedores del viejo hotel, y en ellas colocamos mis cortinas azules. En el centro de una larga habitación construí una plataforma con una escalera que a ella subía, y en esta plataforma pensamos que se situarían los espectadores o los autores que vinieran a ensayar sus obras. Llegué a la conclusión de que la languidez y monotonía características de las escuelas ordinarias proceden en gran parte de que todos los pisos están al mismo nivel. Para evitarlo, hice construir entre las habitaciones unos pasillos que subían por una parte y bajaban por otra. El comedor fué dispues-

to a la manera de la Cámara de los Comunes de Londres, con hileras de asientos en gradas a cada uno de los lados ; los asientos más altos eran para las alumnas más antiguas, y los de abajo, para las niñas.

En medio de esta vida agitada y afanosa, hallé de nuevo aliento para la enseñanza. Mis discípulas aprendían con la más extraordinaria rapidez. En tres meses, desde que se abrió la escuela, habían hecho tales progresos que provocaban la admiración de todos los artistas que venían a verlas. El sábado era el Día de los Artistas. Dábamos por la mañana, de once a una, una lección pública para ellos, y después, con la usual prodigalidad de L., se servía un gran almuerzo en que los espectadores alternaban con las niñas. En el buen tiempo utilizábamos el jardín, y después del almuerzo teníamos sesiones de música, de poesía y de danzas.

Rodin, que habitaba en la colina opuesta, en Meudon, nos hacía frecuentes visitas. Se sentaba en el salón de baile, y hacía dibujos de las discípulas mientras bailaban. Una vez me dijo :

—Si yo hubiera tenido estos modelos cuando era joven... Modelos que pueden moverse y que se mueven conforme a las leyes de la Naturalza y de la Armonía. He tenido bellos modelos, es verdad, pero ninguno que comprendiera, como sus alumnas, la ciencia del movimiento.

Compraba yo a las niñas capas de infinitos colores, y cuando salían de la escuela paseaban por los bosques, bailando y corriendo, y parecían una bandada de pájaros maravillosos.

Creía que aquella escuela de Bellevue sería permanente y que en ella pasaría yo todos los años de mi vida, para legar a mis alumnas los resultados de mi trabajo.

En el mes de junio dimos un festival en el Trocadero. Me senté en un palco para ver el trabajo de mis discípulas. Hubo partes del programa que levantaron al público de sus asientos y le hicieron rugir de entusias-

mo. Al final aplaudieron con tal insistencia, que parecía que no querían marcharse. Creo que aquel entusiasmo por unas niñas que no eran bailarinas ni artistas de oficio se debía en particular a la esperanza en un nuevo movimiento de la Humanidad que yo había previsto vagamente. Tales fueron, además, los gestos que vió Nietzsche :

«Zarathustra, el bailarín ; Zarathustra, el ingrávido, que hace señas con sus piñones, ya dispuestos para el vuelo ; que hace señas a todos los pájaros, apercibido y a punto de lanzarse, espíritu ligero y lleno de gracia.»

Estas fueron las futuras danzarinas de la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

CAPITULO XXVIII

La vida empezaba en Bellevue con una explosión de júbilo. Se oía el ruido de los piececitos que corrían por los pasillos y de las voces infantiles que cantaban a coro. Cuando bajaba yo, las encontraba en el salón de baile, y, al verme, gritaban : «Buenos días, Isadora.» ¿Cómo estar triste en aquella atmósfera? Y aunque frecuentemente, al buscar entre ellas dos caritas perdidas, tenía que retirarme a llorar sola en mi cuarto, hallaba en mí todos los días valor para enseñarlas. La gracia adorable de sus bailes me infundía aliento.

En el año 100 antes de Jesucristo, en una de las colinas de Roma, se erigió una escuela llamada «El Seminario de los Bailarines Sagrados de Roma». Los alumnos de aquella escuela eran escogidos entre las familias aristocráticas, y había algo más, y era que los alumnos debían pertenecer a un árbol genealógico ancestral, conocido muchos centenares de años atrás, sin que tacha ninguna hubiera caído sobre sus nombres. Aunque se les enseñaba todas las artes y filoso-

fías, el baile era la expresión primordial. Bailaban en el teatro, en las cuatro estaciones del año : primavera, verano, otoño, invierno. Cuando bailaban tenían que descender desde su colina hasta Roma, y en Roma participaban de ciertas ceremonias, y bailaban ante el pueblo para la purificación de aquellos que los contemplaban. Y los muchachos lo hacían con tal ardor gozoso y con tal pureza que su danza influía sobre la muchedumbre y la elevaba, como una medicina para almas enfermas. En estos bailes soñaba yo cuando, por vez primera, formé mi escuela, y creía que Bellevue, situado en una Acrópolis, junto a París, tenía la misma significación que aquella ciudad donde floreció la Escuela de los Bailarines Sagrados de Roma.

Una bandada de artistas llegaba todas las semanas a Bellevue, con sus carnets de dibujos, pues la escuela era ya una fuente de inspiración, de la cual salieron centenares de diseños y muchos modelos de figuras danzantes que existen todavía. Soñaba yo que de aquella escuela brotaría el nuevo ideal de las relaciones entre el artista y su modelo, y que, por obra de la influencia de los cuerpos de mis alumnas—aquellas alumnas que se agitaban al ritmo de la música de Beethoven y de César Franck, que bailaban los coros de la tragedia griega y que recitaban los versos de Shakespeare—, bajo la influencia de sus cuerpos ingrávidos, el modelo del pintor dejaría de ser una pobre criatura inmóvil y muda, sentada en el estudio, para convertirse en el ideal viviente y dinámico de la más elevada expresión de la vida.

Para realizar aquellas esperanzas, L. estudiaba la posibilidad de construir el teatro cuyo proyecto se había interrumpido tan trágicamente. El teatro se erigiría en Bellevue ; estaría dotado de una orquesta sinfónica y los parisienses lo visitarían todos los días de fiesta.

Una vez más llamé al arquitecto Luis Sue, y los pla-

nos del teatro, abandonados en otro tiempo, volvieron a ocupar un lugar en la biblioteca. Se trazaron incluso los cimientos. Con este teatro esperaba yo realizar mi sueño, reuniendo, en sus formas más puras, las artes de la música, de la tragedia y del baile. Mounet-Sully, Eleanora Duse y Suzanne Després representarían allí *Edipo, Antígona* y *Electra,* mientras mis alumnas bailarían los coros. Allí esperaba yo celebrar el centenario de Beethoven, con la *Novena Sinfonía,* interpretada por un millar de discípulas. Me imaginaba el día en que las niñas bajarían de la colina, como en las Panatenas, se embarcarían en el río, y, bordeando los Inválidos, continuarían hasta el Panteón su sagrado cortejo, y en el Panteón celebrarían la memoria de algún gran hombre de Estado o de algún héroe glorioso.

Instruyendo a mis alumnas me pasaba varias horas diarias, y, cuando me sentía fatigada y no podía continuar en pie, me acostaba en un diván y las enseñaba, dirigiendo sus movimientos con mis manos y mis brazos. Mi potencia de profesora llegaba hasta el límite de lo maravilloso. No hacía sino extender mis manos hacia las niñas, y las niñas bailaban. Se diría que no las enseñaba a bailar, sino que les abría el camino en el cual desarrollarían ellas mismas el espíritu de la danza.

Estábamos preparando una representación de *Las Bacantes,* de Eurípides, y mi hermano Agustín, que iba a encarnar el tipo de Dionysos, cuyo papel conocía de memoria, nos leía todas las noches obras de Shakespeare o el *Manfred,* de Byron. D'Annunzio, que estaba entusiasmado con mi escuela, almorzaba o comía con nosotros.

El pequeño grupo de alumnas de la primitiva escuela, formado por muchachas mayores, me ayudaba en la tarea de instruir a las niñas, y era para mí un espectáculo conmovedor contemplar cómo habían cam-

biado y con qué seguridad y ciencia transmitían a las pequeñuelas las enseñanzas que yo les había dado.

Pero en el mes de julio de aquel año de 1914 la tierra se estremeció con una insólita angustia. Yo la sentí, y las niñas también la sintieron. Cuando contemplábamos, desde la terraza, la ciudad de París, mis niñas quedaban en silencio y como sobrecogidas. En el cielo se apelotonaban inmensas nubes negras. Una calma inusitada parecía suspenderse sobre la tierra. La sentía yo, y me parecía que los movimientos del hijo que llevaba en mis entrañas eran más débiles y no tan decididos como los de los otros dos.

Supongo que me hallaba muy fatigada por el esfuerzo que había tenido que hacer para cambiar la pena y el luto en una nueva vida. Como el mes de julio avanzaba, L. me propuso que enviara a mis discípulas a Inglaterra, para que pasaran las vacaciones en su casa de Devonshire. Y una mañana mis pequeñas entraron, de dos en dos, a verme y a decirme adiós. Iban a pasar el mes de agosto junto al mar, para regresar en septiembre. Cuando todas se hubieron marchado, la casa me pareció muy vacía, y, aunque hice muchos esfuerzos para evitarlo, caí víctima de una profunda depresión. Estaba muy fatigada. Pasaba muchas horas sentada en la terraza que dominaba a París. Y me parecía que cada vez más se cernía un peligro procedente del Este.

Una mañana llegó la noticia siniestra del asesinato de Calmette, que sumió a todo París en un estado de inquietud y aprensión. Era un trágico suceso, precursor de la más grande tragedia. Calmette había sido siempre un buen amigo de mi arte y de mi escuela, y aquella noticia me produjo contrariedad y tristeza.

Me sentía llena de inquietudes y temores. Con la ausencia de las niñas, Bellevue me parecía tan vasto y tan callado... Y la gran sala de baile me parecía tan melancólica... Quise acallar mis temores pensando que

pronto nacería mi hijo, que las niñas retornarían pronto y que Bellevue sería de nuevo un centro de vida y de júbilo. Pero las horas se deslizaban lentamente. Una mañana, mi amigo el doctor Bosson, que era entonces nuestro huésped, entró con una cara pálida. Llevaba en la mano un periódico, y en él leímos en grandes titulares la noticia del asesinato del archiduque. Empezaron los rumores, y en seguida la certidumbre de la guerra. ¡Qué cierto es que los acontecimientos venideros proyectan su sombra ante nosotros con anticipación a su realidad! Comprendí que la sombra obscura que en el último mes había barruntado suspendida sobre Bellevue era la guerra. Mientras yo planeaba el renacimiento del Arte y del Teatro; mientras yo preparaba festivales de gran júbilo y exaltación humanas, otras fuerzas planeaban la guerra, la muerte y el desastre, y, ¡ay! ¿qué significaban mis débiles fuerzas ante el empuje de las otras?

El primer día de agosto sentí los primeros dolores del alumbramiento. Bajo mi ventana gritaban las noticias de la movilización. Era un día caluroso; los balcones estaban abiertos. Mis gritos, mis dolores, mis angustias eran acompañados por el redoblar de los tambores y por las voces de los pregoneros.

Mi amiga María metió en mi cuarto una cuna, una cuna adornada con muselina blanca, una cuna de la cual no aparté un momento mis ojos. Estaba convencida de que Deirdre y Patrick iban a volver a mi lado. Los tambores redoblaban. ¡Movilización! ¡Guerra! ¡Guerra! «¿Es la guerra?», me preguntaba yo. Pero iba a nacer mi hijo, ¡y le costaba tanto trabajo venir al mundo...! Como mi amigo Bosson recibió la orden de partir y de unirse a su ejército, vino un doctor extranjero, el cual no cesaba de repetir: «Courage, madame.» ¿Por qué decir «valor» a una pobre criatura quebrantada por terribles sufrimientos? Mejor hubiera sido decir: «Olvídese de que es una mujer. Olvídese de que ha de sopor-

tar un dolor noble y toda suerte de miserias. Olvídese de todo, y grite, y chille, y aúlle, y gima...» Y aún mejor: hubiera sido más humano darme un poco de champagne. Pero el médico tenía su sistema, y su sistema consistía en decir: *Courage, madame* (Valor, señora). La enfermera estaba conmovida, y no cesaba de decirme: *Madame, c'est la guerre, c'est la guerre.* ¡La guerra, la guerra! Yo pensaba: «Mi bebé se hará muchacho, pero será todavía muy joven para ir a la guerra.»

Finalmente oí el grito del niño. Gritaba: vivía. Aquel terrible año había sufrido grandes horrores, pero todos fueron ahuyentados por un inmenso soplido de júbilo. El luto, la pena, las lágrimas, la espera larga y los dolores: todo, todo desapareció en un gran momento de alegría. No hay duda: si existe Dios, es un gran director de escena. Todas aquellas horas de luto y de pánico se transformaron en alegría cuando contemplé en mis brazos a un hermoso niño.

Pero los cañones continuaban. ¡Movilización! ¡Guerra! ¡Guerra!

«¿Es la guerra?—pensaba—. ¿Y qué me importa a mí? Aquí está mi niño, seguro, en mis brazos. Que hagan la guerra ahí afuera. ¿Qué me importa?»

Tan egoísta es la alegría humana. Junto a mis ventanas, junto a mi puerta, un vaivén incesante: voces; sollozos de mujer; llamamientos; discusiones en torno a la movilización... Pero yo tenía a mi niño, y, frente a aquel desastre general, me atrevía a sentirme gloriosamente feliz, y me sentía transportada a los cielos con el gozo trascendental de estrechar a mi niño en mis brazos.

Vino la noche. Mi habitación se llenó de gente que se alegraba al ver en mis brazos a mi nene.

—Ahora—me decían—serás otra vez feliz.

Luego, uno a uno, se marcharon, y me quedé sola con el bebé. Yo murmuraba: «¿Quién eres: Deirdre o Pa-

trick? Has vuelto a mí.» De repente la criaturita fijó en mí sus ojos y respiró penosamente, como si sintiera una opresión en el pecho, y de sus labios helados salió un largo silbido. Llamé a la enfermera. Vino; miró el niño; lo cogió bruscamente, y, alarmada, en sus brazos se lo llevó. De la habitación vecina llegaban a mí voces que pedían oxígeno, agua caliente...

Después de una hora de angustiosa espera, Agustín entró en mi cuarto y me dijo:

—¡Pobrecita Isadora! Tu hijito... tu hijito... ha muerto.

Creí que en aquel momento alcanzaba la cima de todos los dolores que pueden sobrevenirnos en la tierra, porque en aquella muerte era como si de nuevo murieran mis otros dos hijos. Era como una repetición de la primera agonía. Con algo más de añadidura.

Entró mi amiga María y se llevó, llorando, la cuna. De la habitación contigua llegaban a mí los ruidos de un martillo que clavaba la cajita que había de ser la única cuna de mi hijito. Estos martillazos parecían golpear en mi corazón las últimas notas de la desesperación suprema. Y estando en mi cama, desamparada y deshecha, fluyó en mí un triple manantial de lágrimas, de leche y de sangre.

Vino a verme un amigo y me dijo:

—¿Qué significa tu pena personal? La guerra reclama ya centenares de vidas. Ya están llegando heridos y muertos del frente.

Entonces me pareció natural ceder Bellevue para que se convirtiera en hospital.

Porque en aquellos días de la guerra todos sentían el mismo entusiasmo. ¿Quién puede decir si fué razonable o erróneo aquel maravilloso mensaje de desafío, aquel espléndido entusiasmo que había de tener por resultado tantos cementerios y tantos kilómetros de tierra devastada? Sin duda: en el momento presente parece que ha sido más bien inútil, pero ¿quién puede juzgar? Y Ro-

main Rolland se situó en Suiza, por encima de todo, y atrajo sobre su pálida y pensativa cabeza el odio de unos y la bendición de otros.

En aquel momento, todos éramos llama y fuego, y aun los artistas decían: «¿Qué es el arte? Los mozos están dando su vida, los soldados están dando su vida. ¿Qué es el arte?» Si en aquella época hubiera conservado yo la inteligencia, hubiera dicho: «El arte es más grande que la vida», y hubiera continuado en mi estudio creando arte. Pero me fuí con el resto del mundo y dije: «Tomad todas esas camas, tomad esta casa que fué hecha para el arte, y haced un hospital para cuidar a los heridos.»

Un día entraron en mi cuarto dos camilleros, y me preguntaron si quería ver el hospital. Como no podía andar, me colocaron en una camilla y fuí visitando todas las habitaciones, en cada una de las cuales vi que mis bajorrelieves de bacantes, faunos, ninfas y sátiros habían sido arrancados de las paredes, al mismo tiempo que las cortinas y tapices. En su lugar habían colocado unas efigies baratas de Cristos negros y de cruces doradas, suministradas por unos almacenes católicos que fabricaron millares durante la guerra. Pensé en el primer despertar de los pobres soldados heridos: mucho más grato hubiera sido para ellos contemplar las habitaciones tal como estaban antes. ¿Por qué habían de ver aquel pobre Cristo negro extendido en su cruz dorada? ¡Qué espectáculo tan melancólico para los heridos!

De mi deliciosa sala de baile desaparecieron las cortinas azules y había unas hileras de catres esperando a los hombres dolientes. Mi biblioteca, en cuyos anaqueles estaban los poetas para lectura de iniciados, se había convertido en una sala de operaciones, en espera de los mártires. En el estado de debilidad en que me encontraba entonces, todo aquel espectáculo me afectó profundamente. Sentí que Dionysos había sido completamente

derrotado. Era el reino de Cristo después de la Crucifixión.

Pocos días después oí los primeros pasos pesados de los camilleros que traían a los heridos.

¡ Bellevue ! Mi Acrópolis, mi Acrópolis, que debía haber sido un manantial de inspiración, una academia para una vida más elevada, inspirada en la filosofía, en la poesía y en la gran música. Desde aquel día se desvanecieron el Arte y la Armonía. Dentro de tus paredes se oyeron mis primeros gritos : los gritos de la madre herida y del niño que fué amedrentado por los tambores de la guerra cuando entró en este mundo. Allí donde yo había soñado acordes de música celeste, no había sino roncos gritos de dolor.

Bernard Shaw dice que, mientras los hombres torturen y maten a los animales para comerse la carne, tendremos guerras. Creo que todas las personas sanas y pensantes serán de su opinión. Los niños de mi escuela eran vegetarianos, y crecían fuertes y hermosos con un régimen de legumbres y de frutas. Algunas veces, durante la guerra, cuando oía los gritos de los heridos, pensaba en los gritos de los animales en el matadero, y pensaba que así como nosotros torturábamos a aquellas pobres criaturas indefensas, así los dioses nos torturaban a nosotros. ¿ Quién ama esa cosa terrible que es la guerra ? Probablemente los que se alimentan con carne, los cuales, habiendo matado, sienten la necesidad de matar, de matar pájaros y animales, de matar a los tiernos venados heridos y de cazar zorras.

El carnicero, con su mandil ensangrentado, incita a la efusión de sangre, al asesinato. ¿ Por qué no ? De la estrangulación de un cordero a la de nuestros hermanos y hermanas no hay más que un paso. Mientras sirvamos nosotros mismos de sepulcros vivientes de animales asesinados, ¿ cómo podemos esperar condiciones ideales en la tierra ?

* * *

Cuando pude moverme salimos de Bellevue para el mar. Atravesamos la zona de guerra, y al dar mi nombre fuí tratada con la mayor cortesía. Cuando un centinela decía : «Es Isadora ; que pase», sentía que era éste el mayor honor que había recibido en mi vida.

Fuí a Deauville, y nos hospedamos en el hotel Normandie. Estaba muy cansada y enferma, y me agradó hallar aquel puesto de reposo. Pero pasaban las semanas y yo estaba en un estado tal de languidez y debilidad, que apenas si podía ir a la playa para respirar la brisa fresca del Océano. Por último, como me sintiera realmente enferma, mandé llamar al médico del hospital.

Me sorprendió mucho que no viniera y que enviara una respuesta evasiva. Como no tenía a nadie que me cuidara, me quedé en el hotel Normandie, y tan enferma que no podía hacer proyectos para lo futuro.

En aquella época el hotel era un refugio de muchos distinguidos parisienses. Cerca de nuestra habitación estaban las de la condesa de la Berandière, quien tenía como huésped al conde Robert de Montesquieu. Al terminar la comida, oíamosle recitar sus poemas con una vocecita de falsete, y entre las continuas noticias de guerra y exterminio era delicioso escucharle proclamando el éxtasis del poder de la belleza.

Sacha Guitry figuraba también entre los huéspedes del Normandie, y todas las noches nos daba en el *hall* una encantadora velada de anécdotas y murmuraciones.

Pero cuando llegaban del frente las noticias de la Gran Tragedia, era una hora siniestra de realidad.

Aquella vida se me hizo muy pronto odiosa, y, como estaba muy enferma para viajar, alquilé una «villa» amueblada. Esta «villa» se llamaba «Negro y Blanco», porque en su interior no había sino blancos y negros : alfombras, cortinas, muebles. Cuando la alquilé me pareció muy elegante, y hasta que no fuí a vivir a ella no comprendí todo lo deprimente que era.

Estaba, pues, lejos de Bellevue, lejos de la esperanza de mi escuela, de mi arte, de mi futura nueva vida, en aquella casita blanca y negra, junto al mar, sola, enferma, desolada. Pero lo peor de todo era, probablemente, la enfermedad. Apenas si encontraba fuerzas para dar un paseo por la playa. Vino el otoño con las tormentas de septiembre. L. me escribió que habían instalado mi escuela en Nueva York, con la esperanza de hallar allí un refugio durante la guerra.

Un día, sintiéndome más desolada que de costumbre, fuí al hospital en busca del médico que se había negado a venir a verme. Encontré a un hombre menudo, de barba negra, y, ¿fué mi imaginación, o es que, realmente, quiso huir al verme? Me acerqué y le dije:

—¿Qué tiene usted contra mí, que no ha querido ir a verme cuando le he llamado? ¿No sabe usted que estoy muy enferma y que le necesito?

Murmuró algunas excusas, con un aspecto algo raro, y me prometió ir al otro día.

A la mañana siguiente empezaron las tormentas del otoño. El mar se enfurecía, la lluvia caía a torrentes. Vino el doctor a la «villa» «Negro y Blanco».

Estaba sentada, intentando vanamente encender un fuego de madera, pero la chimenea funcionaba muy mal. El doctor me tomó el pulso y me hizo las preguntas de ritual. Le conté mis penas de Bellevue, le hablé del hijito que se me había muerto a poco de nacer, y él no cesaba de mirarme de una manera alucinante.

De repente, me estrechó en sus brazos y me cubrió de caricias.

—Usted no está mala—me dijo—; su alma es la que está enferma, y enferma de amor. La única cosa que puede curarle es el amor, el amor y el amor.

Sola, cansada y triste, sentí gratitud por aquel estallido apasionado y espontáneo de afecto. Miré los ojos del extraño doctor y en ellos leí amor, un amor que le

devolví con toda la fuerza dolorosa de mi cuerpo y de mi alma heridos.

Al terminar su tarea en el hospital venía a verme todos los días a mi «villa». Me contaba los sucesos que presenciaba en el hospital, los padecimientos de los heridos, las operaciones desesperadas ; todos los horrores de la horrible guerra.

Algunas veces le acompañé, de noche, al amplio hospital del casino, que dormía, y en cuyas salas no había sino una lucecita en el centro. Aquí y allá, un mártir desvelado daba vueltas en su cama, suspirando y gimiendo. El médico los veía uno a uno, y les decía palabras de aliento, o les daba a beber alguna cosa, o les aplicaba una anestesia, esperada como un regalo de Dios.

Y tras aquellas duras jornadas y aquellas noches de piedad, el extraño doctor necesitaba un poco de amor y de pasión, patéticos y feroces a la vez. Mi cuerpo salía curado de aquellos ardorosos abrazos y de aquellas horas de loco placer, al punto de que pude en seguida reanudar mis paseos a la orilla del mar.

Una noche pregunté al extraño doctor por qué se había negado a verme cuando le requerí por primera vez. No me contestó, y asomó a sus ojos tal expresión de pena y de tragedia, que tuve miedo de insistir. Pero aumentaba mi curiosidad. Allí había algún misterio. Sentí que mi pasado estaba de algún modo relacionado con su negativa a contestar a mi pregunta.

El primero de noviembre, el Día de Todos los Santos, me hallaba en la ventana de la «villa», cuando me fijé en que el jardincito, de piedras negras y blancas, tenía el aspecto de dos sepulturas. Esta apariencia del jardín se convirtió en una especie de alucinación, y desde entonces no pude dirigir allí la mirada sin estremecerme. Parecía presa en una red de sufrimientos y de muerte, sola todo el día en la «villa» o vagando por la playa, fría ya y desolada. Los trenes llegaban incesantemente

a Deauville, con su trágica carga de heridos y muertos. El casino elegante, el casino que había resonado en la temporada última con risas y *jazz-band,* se había transformado en una posada del dolor. La melancolía empezó a apoderarse de mí, y la pasión de Andrés se hacía cada vez más sombría en su fantástica intensidad. A menudo, cuando tropezaba con su desesperada mirada, que era la mirada de un hombre perseguido por un terrible recuerdo, me decía, respondiendo a mis preguntas:

—Cuando lo sepas todo, tendremos que separarnos. No debes preguntarme.

Al despertarme una noche, lo encontré inclinado sobre mí, observando mi sueño. La desesperación en sus ojos era tan terrible que no pude soportarla por más tiempo.

—Dime lo que sea—le rogué—. No puedo sufrir por más tiempo este siniestro misterio.

Avanzó algunos pasos hacia mí, e inclinando la cabeza me contempló fijamente. Era un hombre pequeño, cuadrado, de barba negra.

—¿No me conoces?—preguntó.

Le miré. La niebla se disipó. Dí un grito. Recordé. ¡Aquel día terrible! Era él: el doctor que vino a darme una esperanza. El médico que intentó salvar a mis hijos.

—Ahora sabes—dijo—cuánto sufro. Cuando duermes te pareces tanto a tu hijita muerta... y yo intenté salvarla por todos los medios. Quise con mi boca transmitirle, durante dos horas, mi aliento, mi vida, por aquella boquita. Quise darle mi vida.

Sus palabras me produjeron una pena terrible, y me pasé toda la noche llorando sin cesar, y me pareció que su desgracia era igual a la mía.

Desde aquella noche comprendí que amaba a este hombre con una pasión que yo misma había ignorado; pero, según crecía nuestro amor y nuestro deseo, crecía

también su alucinación, hasta que, de nuevo, me desperté una noche y topé con aquellos terribles ojos de tristeza que me contemplaban, y conprendí que la obsesión que le poseía nos llevaría a ambos a la locura.

Al día siguiente estuve paseando por la playa, alejándome cada vez más, con un terrible deseo de no volver ni a la melancólica «villa» «Negro y Blanco» ni al amor mortal que me esperaba. Y fuí tan lejos, que me sorprendió la noche, y cuando me rodeaba la obscuridad más completa pensé que debía volver. La marea me alcanzaba, y llegué a caminar sobre las olas de la playa. Aunque hacía mucho frío, sentía un gran deseo de afrontarlas y de pasear en dirección del mar, adelante, adelante, sobre el agua, para acabar definitivamente con aquella angustia intolerable, que no podía hallar consuelo en el arte, ni en el nacimiento de un hijo, ni en el amor. A cada esfuerzo que hacía para huir, tropezaba con la destrucción, con la agonía, con la muerte.

A medio camino de la «villa», me encontré a Andrés, el cual había visto en la playa mi sombrero, que yo dejé por olvido, y venía muy agitado porque temía que hubiera yo buscado en las olas un fin a mis penas. Y al verme, después de una carrera de varios kilómetros, al verme viva, lloró como un niño. Volvimos a la «villa», e intentamos consolarnos mutuamente ; comprendimos que, si queríamos escapar a la locura, era necesaria una separación, pues nuestro amor, con toda su terrible obsesión, no podía conducirnos sino a la muerte o al manicomio.

Sucedió otra cosa que hizo más viva aún mi desolación. Había pedido a Bellevue que me enviaran una maleta con los trajes de verano. Un día llegó la maleta a la «villa» ; pero se habían equivocado, y, cuando la abrí, hallé que contenía los trajes de Deirdre y de Patrick. Cuando los vi allí, ante mis ojos ; cuando vi aquellos trajecitos que llevaron antes de morir—¡ aquellas capitas, aquellos zapatitos, aquellos sombreritos !—, dí de

nuevo el mismo grito que lancé cuando murieron—un raro, largo, angustioso grito, en el que no reconocía mi propia voz, sino la voz del animal cruelmente herido de cuya garganta sale un rugido de muerte.

Cuando vino Andrés me encontró en un estado de inconsciencia, derribada sobre la maleta abierta, con los trajecitos apretados entre mis brazos. Me condujo a una habitación contigua, y se llevó la maleta, que no volví a ver más.

CAPITULO XXIX

Cuando Inglaterra entró en la contienda, L. transformó su castillo de Devonshire en hospital, y, para poner a salvo a las niñas de mi escuela, que eran de todas las nacionalidades, las envió a América. Agustín e Isabel, que fueron con ellas a Nueva York, me enviaban frecuentes telegramas pidiéndome que me marchara. Y así lo decidí.

Andrés me llevó a Liverpool, y me puso a bordo de un navío de la Cunard, hacia Nueva York.

Estaba tan triste y fatigada, que hice todo el trayecto sin salir de mi camarote. Unicamente de noche, cuando dormían todos los pasajeros, me decidía a pasear por el puente. Cuando Agustín e Isabel me vieron en Nueva York, quedaron muy sorprendidos de mi aspecto enfermizo. ¡Había cambiado tanto!...

Encontré mi escuela instalada en una «villa». Formaban mis alumnas un núcleo feliz de refugiadas de guerra. Tomé un amplio estudio en la Cuarta Avenida y en la calle 23.ª Colgué mis cortinas azules y empecé a trabajar de nuevo.

Como llegaba de la heroica y ensangrentada Francia, me indignaba la aparente indiferencia de América, y una noche, al terminar mi función en la Metropo-

litan Opera House, me enrollé al cuerpo un chal rojo e improvisé *La Marsellesa*. Era un requerimiento a los mozos de América para que se alzaran y protegieran la civilización más elevada de nuestro tiempo, la cultura que Francia había traído al mundo. A la siguiente mañana los periódicos daban reseñas entusiastas. Uno de ellos decía:

«Miss Isadora Duncan logró una gran ovación al final de su programa cuando interpretó apasionadamente *La Marsellesa,* que el auditorio escuchó en pie, aclamando a la artista durante varios minutos. Las posturas exaltadas de miss Isadora Duncan constituyeron una imitación de las figuras clásicas del Arco de Triunfo de París. Sus espaldas estaban desnudas, y desnudo también, hasta el talle, un costado, en actitud que estremecía a los espectadores por la perfección con que representaba las hermosas figuras de Rude en el famoso Arco. El público prorrumpió en bravos y aclamaciones al terminar aquella representación viviente de arte noble.»

Mi estudio se convirtió en seguida en el lugar de cita de todos los poetas y artistas. Reconquisté mi valor, y viendo que el reciente Century Theatre estaba libre, lo alquilé por toda la temporada y procedí a crear mi *Dionysion*.

Pero me estorbaba la construcción moderna del teatro, y, con el propósito de transformarlo en un teatro griego, quité todas las butacas de orquesta y coloqué en ellas un tapiz azul sobre el cual pudieran circular los coros. Cubrí los palcos, feísimos, con grandes cortinas azules y, ayudada por una compañía de treinta y cinco actores, ochenta músicos y un centenar de cantantes, representé la tragedia de Edipo, en que mi hermano encarnaba el papel del protagonista y mis alumnas hacían los coros.

El auditorio estaba en su mayor parte integrado por gente del East-Side, que son los verdaderos amantes del arte en la América de hoy. La admiración del East-

Side me conmovía tanto, que hice un viaje con toda mi escuela y una orquesta, y dí representaciones gratuitas en el Yidish Theatre. Si hubiera dispuesto de medios, hubiera continuado allí bailando en homenaje a aquel público, que tiene un alma hecha para la música y la poesía. Pero, ¡ay!, aquella gran aventura fué muy costosa y me dejó sin un cuarto. Cuando apelaba a alguno de los millonarios de Nueva York, se limitaban a decirme: «Pero ¿por qué desea usted dar representaciones de tragedia griega?»

En aquel momento, todo Nueva York bailaba locamente *jazz*. Mujeres y hombres de la mejor sociedad, jóvenes y viejos, invertían su tiempo en los grandes salones de hoteles, como el de Biltmore, bailando el *fox-trot*, a los acordes de los gritos y los ladridos bárbaros de una orquesta negra. Fuí invitada a uno o dos bailes de gala, y no pude reprimir mi indignación al ver que aquello ocurría mientras Francia se desangraba y necesitaba la ayuda de América. Como la atmósfera de 1915 me producía disgusto, decidí volver a Europa con mi escuela.

Pero carecía del dinero necesario para pagar nuestros billetes. Yo me había reservado el de regreso en el *Dante Alighieri*, pero no tenía dinero para pagar el pasaje de las discípulas. Tres horas antes de que saliera el barco me encontraba sin los fondos necesarios, e inusitadamente entró en mi estudio una joven americana, severamente vestida, la cual me preguntó si íbamos a salir aquel día para Europa.

—Como usted ve—le dije, señalándole a las niñas con sus trajes de viaje—, todas estamos preparadas; pero no hemos encontrado el dinero para completar el pago de los pasajes.

—¿Cuánto necesita usted?—me preguntó.

—Unos dos mil dólares—contesté.

Y aquella joven extraordinaria sacó una cartera, co-

gió dos billetes de mil dólares y colocándolos en la mesa dijo:

—Me satisface ayudar a usted en una cosa tan pequeña.

Miré con sorpresa a aquella desconocida, a quien no he vuelto a ver, la cual, sin pedirme un recibo, puso a mi disposición una suma tan importante. Me imaginaba que era alguna millonaria desconocida, pero luego supe que no. Había vendido todo el capital que tenía en acciones y obligaciones para ser útil a mi escuela.

Acudió con otras muchas personas a despedirnos al embarcadero. Se llamaba Ruth, como aquella mujer bíblica que dijo: «Tu pueblo será mi pueblo, tus caminos mis caminos.» Y como una Ruth se portó conmigo.

Como nos habían prohibido la representación de *La Marsellesa* en Nueva York, decidimos colocarnos todas en el puente. Cada una de mis alumnas llevaba oculta en la manga una banderita francesa, y, cuando sonaron los silbidos y el barco salía del puerto, dí la orden, y todas hicieron ondear sus banderas, cantando *La Marsellesa,* con gran júbilo para nosotras y azoramiento de los oficiales.

Mi amiga María fué a despedirme al embarcadero; pero a última hora, no pudiendo soportar la idea de una separación, subió al puente, sin equipaje ni pasaporte, y se unió a nuestra canción.

Y así, a los acordes de *La Marsellesa,* dejamos la rica América de 1915, amante del placer, y salimos para Italia con mi escuela nómada. Llegamos a Nápoles en un día de gran entusiasmo. Italia había decidido entrar en la guerra. Nos sentíamos felices. Dimos en el campo una fiesta encantadora, en la que recuerdo que, dirigiéndome a una muchedubre de campesinos y obreros, exclamé: «Dad gracias a Dios por haberos hecho hijos de este hermoso país y no envidiéis a América. Aquí, en vuestra maravillosa tierra de cielos azules, de vides

y olivos, sois más ricos que todos los millonarios americanos.»

En Nápoles deliberamos acerca de nuestro próximo destino. Yo deseaba ir a Grecia y acampar en Kopanos hasta que terminara la guerra ; pero aquella idea amedrentó a mis más antiguas alumnas, que viajaban con pasaportes alemanes, y entonces decidí buscar refugio en Suiza, donde sería posible dar una serie de representaciones.

Con tal finalidad llegamos a Zurich. En el hotel Bar du Lac se hospedaba la hija de un conocidísimo millonario americano. Pensé que era aquélla una excelente oportunidad para interesarla en mi escuela, y una tarde hice que las niñas bailaran en su presencia, al aire libre. Era un espectáculo tan adorable que creí que le iba a emocionar ; pero cuando me acerqué a ella y le pregunté su opinión, contestó :

—Sí, quizá sean adorables, pero no me interesan. Ahora no me interesa más que el análisis de mi propia alma.

Estaba estudiando desde hacía años con el doctor Yung, el discípulo del famoso Freud, e invertía muchas horas diarias en escribir los sueños que había tenido por la noche.

Aquel verano fuí al hotel Beau Rivage, en Ouchy, con objeto de estar cerca de mis alumnas. Tenía habitaciones bonitas, con un balcón que daba al lago. Alquilé una especie de inmensa barraca, que había servido de restaurante, y colgando mis cortinas azules, fuente infalible de inspiración, transformé la barraca en un templo donde enseñaba a mis niñas, y bailaba yo, tarde y noche.

Un día tuvimos la alegría de recibir a Weingartner y a su esposa, y en su presencia estuvimos bailando toda la tarde y toda la noche obras de Gluck, Mozart, Beethoven y Schubert.

Desde mi balcón solía ver todas las mañanas, en otro

amplio balcón fronterizo, que daba también al lago, a un grupo de hermosos muchachos vestidos con brillantes kimonos de seda. Parecían rodear a un hombre algo más viejo, alto, rubio y parecido a Oscar Wilde. Me sonreían desde su balcón, y una noche les invité a comer. Eran unos chicos encantadores, todos refugiados de guerra, y entre ellos figuraba el joven y hermoso duque de S.

Varias noches me condujeron en una embarcación de motor por el romántico lago de Leman. El barco iba repleto de champagne. Tomábamos tierra a las cuatro de la mañana en Montreux, donde un misterioso conde italiano nos daba de comer. Era el tal conde hombre guapo, aunque de una belleza algo dura y macabra. Se pasaba el día durmiendo y se levantaba por la noche. Sacaba con frecuencia de su bolsillo una jeringa de plata, y todos los demás hacían como que no le veían inyectarse con ella en su brazo blanco y delgado. Al concluir esta operación, su ingenio y alegría no tenían límite. Pero se murmuraba que por el día sufría terribles dolores.

La divertida sociedad de aquellos jóvenes encantadores entretenía mucho mi estado de tristeza y soledad; pero su evidente indiferencia a los encantos femeninos llegó a picar mi amor propio. Decidí poner a prueba mi potencia de seducción, y lo hice tan bien, que una noche, acompañada únicamente por un joven amigo americano, salí en un soberbio «Mercedes» con el director de aquella banda. Bordeando el lago Leman llegamos hasta Montreux, y como yo no cesaba de gritar: «Más lejos, más lejos», nos encontramos a la hora del alba en Viege. Yo quería ir más lejos, y atravesamos la nieve y el Paso de St. Gotthard.

Me regocijaba la idea de pensar en la banda de mis jóvenes, hermosos y encantadores amigos cuando advirtieran por la mañana la fuga de su sultán, y la fuga con una persona del sexo aborrecido. Yo ponía en acti-

vidad todas mis seducciones. Llegamos en seguida a Italia, pero no nos detuvimos hasta Roma, y de Roma marchamos a Nápoles, donde la presencia del mar me puso en deseo de ver nuevamente Atenas.

Tomamos un pequeño barco italiano, y heme otra vez de mañana subiendo por los blancos mármoles de los Propíleos, hacia el templo de la divina y prudente Atenea. Recordaba tan vivamente el tiempo que había pasado en aquel mismo sitio, que sentí vergüenza al pensar en mi alejamiento de la sabiduría y de la armonía. Pero ¡a qué precio de dolores había pagado las pasiones humanas!

La ciudad moderna estaba sublevada. El día anterior a nuestra llegada se proclamó la caída de Venizelos, y se creía que la Familia Real iba a inclinarse del lado del káiser. Aquella noche dí una comida, y entre mis invitados figuraba el secretario del rey, señor Melas. En el centro de la mesa coloqué rosas rojas, y debajo de ellas, oculto, un pequeño gramófono. En la misma habitación había un grupo de oficiales berlineses de categoría. Repentinamente oímos el brindis de su mesa : *Hoch der Kaiser.* Entonces quité las rosas y apareció mi gramófono, que empezó a tocar *La Marsellesa,* a la vez que yo proponía el brindis de *Vive la France!*

El secretario del rey me miró algo alarmado, pero en realidad le encantó mi travesura, porque era, como yo, entusiasta de los aliados.

Nuestras ventanas daban a una plaza donde precisamente se había agrupado entonces la muchedumbre. Con el retrato de Venizelos sobre mi cabeza, y pidiendo a mi joven amigo americano que me siguiera con el gramófono, que no cesaba de tocar *La Marsellesa,* llegamos hasta el centro de la plaza, y allí la música de mi pequeño aparato y las canciones de la multitud entusiasta me pusieron en el trance de bailar el *Himno de Francia.* Luego arengué al público diciendo :

—Tenéis un segundo Pericles, que es el gran Venizelos. ¿Por qué permitís que se le moleste? ¿Por qué no le seguís? El no desea otra cosa que llevar a Grecia a la grandeza.

Formamos un cortejo que llegó hasta la casa de Venizelos, y bajo sus ventanas cantamos alternativamente el *Himno griego* y *La Marsellesa,* hasta que los soldados, con las bayonetas caladas, dispersaron groseramente nuestra reunión.

Después de este episodio, que realmente me deleitó, tomamos el barco para Nápoles, y continuamos nuestro viaje hasta Ouchy.

Desde entonces hasta la terminación de la guerra hice desesperados esfuerzos para mantener a mi lado a mis alumnas, pensando que la guerra terminaría y que podríamos regresar a Bellevue. Pero la guerra continuaba, y tuve que pedir dinero a prestamistas, al cincuenta por ciento, para conservar en Suiza mi escuela.

Con tal finalidad, en 1916 acepté un contrato para ir a la América del Sur, y me dirigí a Buenos Aires.

Según voy avanzando en estas memorias me doy cuenta de la imposibilidad de relatar mi propia vida, o, mejor dicho, la vida de todas las gentes distintas que yo he sido. Aquí no pueden figurar con las proporciones necesarias incidentes que me parecieron como si duraran una vida entera, y que ocupan muy pocas páginas, ni intervalos que me parecieron de millares de años de pena y dolor, y de los cuales el instinto de defensa extrajo una persona diferente para ir viviendo. Me pregunto a menudo con desesperación: «¿Qué lector será capaz de cubrir con carne el esqueleto que le estoy presentando?» Quiero escribir la verdad, pero la verdad huye y se me oculta a mí misma. ¿Dónde encontrar la verdad? Si yo fuera una literata y hubiera escrito veinte novelas durante mi vida, me hallaría cerca de la verdad. Y entonces, después de haber compuesto esas novelas, podría escribir la historia de la artista, una historia

que sería completamente diferente de las demás. Porque mi vida de artista y mis pensamientos sobre el arte brotaban separadamente y crecían como un organismo distinto, con absoluta independencia de lo que yo llamo mi voluntad.

Y aquí estoy intentando escribir la verdad de todo lo que me ocurrió y temerosa de ofreceros un manjar desagradable ; pero me estáis esperando, y ya que he empezado la imposible tarea de relataros mi vida en un papel, llegaremos hasta el final, aunque oiga las voces de todas las sedicentes buenas mujeres del mundo que me dicen : «Una historia sin ninguna gracia.» «Todos sus infortunios son el pago debido a sus pecados.» Pero yo no tengo conciencia de haber pecado. Nietzsche dice : «La mujer es un espejo», y yo no he hecho sino reflejar y representar a la gente y a las fuerzas que me han apresado, y, como las heroínas de las *Metamorfosis,* de Ovidio, he cambiado de forma y de carácter según el decreto de los dioses inmortales.

Cuando el barco se detuvo en Nueva York, Agustín, que no quería que viajara sola y tan lejos, en tiempo de guerra, se unió a mí, y su compañía me sirvió de gran alivio. En el barco había algunos jóvenes boxeadores dirigidos por Ted Lewis, que acostumbraban a levantarse a las seis de la mañana para el entrenamiento, y que se bañaban en un gran baño de agua salada que había a bordo. Yo me entrenaba con ellos por la mañana, y bailaba para ellos de noche. El viaje fué muy alegre, y no nos pareció muy largo. Maurice Dumesnil, el pianista, me acompañó durante toda la travesía.

Bahía fué la primera ciudad semitropical que conocí. Me pareció muy suave, verde y húmeda. Aunque llovía continuamente, las mujeres iban por las calles con trajes de percal empapados de agua y adheridos a sus formas ; parecían no hacer ningún caso de la lluvia ni de si estaban secas o mojadas. Fué también la primera vez que vi mezcladas las razas negra y blanca. En el

restaurante donde cenábamos había un negro sentado a la mesa con una muchacha blanca, y en otra mesa, un hombre blanco con una chica negra. En una iglesia pequeña vimos entrar a mujeres que llevaban en brazos a cristianar a unos niños mulatos desnudos.

En todos los jardines crecían los rojos hibiscos. Y en toda la ciudad de Bahía triunfaba el amor promiscuo de las razas negra y blanca. En algunos barrios de la ciudad negra, mujeres blancas y amarillas se inclinaban perezosamente sobre las ventanas de una casa de mala nota, y no tenían aquí esa mirada ojerosa y furtiva que caracteriza a las prostitutas de las grandes ciudades.

* * *

Pocas noches después de nuestra llegada a Buenos Aires fuimos a un cabaret de estudiantes : una sala espesa por el humo, de techo bajo y largas dimensiones, una sala de las que allí se estilan, con jóvenes morenos enlazados a chicas igualmente morenas, bailando todos el tango. Yo no había bailado nunca el tango, pero un mozo argentino que me servía de guía me obligó a intentarlo. A mis primeros pasos tímidos sentí que mis pulsaciones respondían al incitante ritmo lánguido de aquella danza voluptuosa, suave como una larga caricia, embriagadora como el amor bajo el sol del mediodía, cruel y peligrosa como la seducción de un bosque tropical. Sentía todo esto mientras el brazo de aquel mozo de ojos negros me guiaba estrechándome confidencialmente, y ahora, como entonces, me atraviesa la mirada de sus ojos osados, que se incrustaban en los míos.

Fuí en seguida reconocida y rodeada por los estudiantes, que me dijeron que estaban celebrando la noche de la Libertad de la Argentina, y me rogaron que bailara su himno. Como siempre me ha gustado complacer a

los estudiantes, accedí, y después de oír la traducción de las palabras argentinas del himno, me envolví en su bandera e intenté simbolizar los sufrimientos de su colonia cuando era esclava y el júbilo de la libertad cuando se desprendió del tirano. Mi éxito fué eléctrico. Los estudiantes, que no habían visto nunca una danza de aquel género, gritaron entusiasmados, y me pidieron que repitiera una y mil veces el himno, mientras ellos cantaban.

Llegué al hotel radiante por mi éxito y enamorada de Buenos Aires; pero, ¡ay!, me alegré demasiado pronto. A la siguiente mañana mi empresario vino furioso a leerme la reseña sensacional que habían publicado los periódicos y a informarme de que, según la ley, consideraba roto mi contrato. Todas las familias de Buenos Aires habían anulado su abono y declararon el boicot a mis funciones. Aquella velada tan deliciosa con los estudiantes fué la ruina de mi viaje a Buenos Aires.

El arte da forma y armonía a lo que en la vida es caos y discordia. Una buena novela llega artísticamente hasta una crisis determinada, pero no nos habla de la anticrisis, de las reacciones subsiguientes a la crisis aguda. El amor en arte termina, como en *Iseo,* con una trágica y hermosa nota final; pero la vida está llena de anticrisis, de reacciones posteriores a la crisis culminante, y un conflicto de amor en la vida real termina generalmente con una discordia. Es como si dijéramos que en medio de una frase musical hubiera una disonancia clamorosa y patente. En la vida real sucede a menudo que un conflicto amoroso revive al cabo de su culminación para morir de una muerte miserable, en la tumba de las reclamaciones judiciales y de las minutas de los leguleyos.

Había iniciado aquella *tournée* con la esperanza de obtener fondos suficientes para costear mi escuela durante la guerra. Imaginaos mi consternación al re-

cibir un cable de Suiza en que me decían que mi cable enviando dinero había sido retenido por culpa de las restricciones de guerra.

Como la dueña de la pensión donde se hallaba instalada la escuela no quería albergar gratis a mis niñas, vivían éstas en peligro de ser arrojadas a la calle. Con mi impetuosidad de costumbre, pedí a Agustín que saliera inmediatamente para Ginebra provisto de los fondos necesarios para salvar a mis alumnas. Aquello me costó quedarme sin el dinero preciso para pagar mi cuenta del hotel, y como mi iracundo empresario salió para Chile con una compañía de ópera cómica, en Buenos Aires quedamos, a la deriva, Dumesnil, mi pianista y yo.

El público era muy frío, pesado e incomprensivo. En realidad, el único éxito que conseguí en Buenos Aires fué la noche del cabaret, cuando bailé el *Himno de la Libertad*. Tuvimos que dejar nuestro equipaje en el hotel para continuar nuestra *tournée* hacia Montevideo. Por fortuna, mis túnicas no tenían ningún valor para los propietarios del hotel.

En Montevideo nos hallamos con un público totalmente distinto al de Buenos Aires, un público frenéticamente entusiasta. Las ganancias nos permitieron seguir a Río de Janeiro, adonde llegamos sin dinero y sin equipaje. Pero el director del Teatro Municipal fué tan amable, que inmediatamente nos arregló un programa y actuamos ante públicos inteligentes, vivaces y comprensivos, los mejores públicos que puede desear un artista. Allí conocí al poeta Juan de Río, a quien adoraba toda la juventud brasileña. En Río de Janeiro sucede, además, que todos los jóvenes son poetas. Cuando paseábamos juntos, nos seguía una muchedumbre de mozos que gritaban: «¡Viva Juan de Río!» «¡Viva Isadora!»

* * *

Como Dumesnil creyó que la capital brasileña no merecía una despedida tan rápida, lo tuve que dejar allí y volví a Nueva York. Hice un viaje, triste y sola, pensando con ansiedad en mi escuela. Alguno de los boxeadores que me acompañaron en la ida a la Argentina regresaban en el mismo barco como camareros, pues habían fracasado y no tenían un céntimo. Entre los pasajeros conocí a un americano llamado Wilkins, que siempre estaba borracho y que todas las noches, a la hora de la comida, exclamaba, con gran sorpresa de todos: «Llevad esta botella de Pommery 1911 a la mesa de Isadora Duncan.»

Cuando llegamos a Nueva York, nadie fué a recibirme, porque mi cable no había sido cursado, debido a las dificultades de la guerra. Por fortuna, llamé a un gran amigo, Arnold Genthe, que era no solamente un genio, sino un nigromante. Había abandonado la pintura por la fotografía, pero su fotografía era un arte oculta y mágica. Para hacer sus retratos colocaba, como todos, a sus clientes ante la máquina fotográfica; pero los retratos no eran fotografías, sino imágenes psíquicas. Me hizo a mí muchos; no eran representaciones de mi sér físico, sino representaciones de las condiciones de mi alma. Uno de ellos es mi propia alma.

Había sido siempre gran amigo mío, y al hallarme sola en el muelle, decidí llamarlo por teléfono. ¡Cuál no sería mi sorpresa al notar que me respondía una voz familiar, que no era la voz de Arnold, sino la de Lohengrin, de Lohengrin, que por una rara coincidencia había ido a ver a Genthe aquella misma mañana! Cuando supo que me hallaba sola en los muelles, sin dinero y sin amigos, se ofreció inmediatamente para ayudarme.

Llegó a los pocos minutos. Al ver de nuevo aquella figura arrogante e imperiosa, tuve una sensación de confianza y me creí salvada. Me encantó verle, y a él verme a mí.

(Entre paréntesis : supongo que vais advirtiendo por esta autobiografía que he sido siempre fiel a mis amores, y probablemente no los hubiera dejado si ellos hubieran sido también fieles. Sin duda tuve muchos, pero culpa fué de la veleidad de los hombres y de la crueldad del Destino.)

Decía, pues, que tras aquellos desastrosos viajes, sentí la alegría de ver a mi Lohengrin, que, una vez más, venía en mi auxilio. Con su habitual aire imperioso, sacó inmediatamente mi equipaje de la aduana y me llevó al estudio de Genthe, y los tres fuimos a almorzar a Riverside Drive, frente a la tumba de Grant.

Como sentíamos la alegría de hallarnos juntos de nuevo, bebimos mucho champagne. Mi vuelta a Nueva York se hacía bajo los más dichosos augurios. L. vivía uno de sus momentos más amables y generosos. Inmediatamente después del almuerzo fué a alquilar la Metropolitan Opera House, e invirtió la tarde y la noche en la tarea de enviar invitaciones a todos los artistas para una gran representación gratuita de gala. Fué ésta una de las funciones más hermosas de mi vida. Acudieron a ella todos los artistas, actores y músicos de Nueva York, y sentí el júbilo de bailar sin la opresión de la taquilla. Al terminar mi programa, siguiendo la costumbre que me había impuesto durante la guerra, terminé con *La Marsellesa,* y me hicieron una ovación delirante, que se dirigía a Francia y a los aliados.

Cuando dije a L. que había enviado a Agustín a Ginebra y cuando le conté mi ansiedad por la escuela, se apresuró, con su extraordinaria generosidad, a enviar por cable los fondos necesarios para traer la escuela a Nueva York. Pero el dinero llegó demasiado tarde. Todas mis alumnas habían huído en busca de sus padres o habían puesto casa. Esta dispersión de la escuela, donde había dejado el sacrificio de tantos años de trabajo, me produjo un gran dolor, del que me alivió un poco

la llegada de Agustín y de las seis alumnas más antiguas.

L. continuaba con su mejor y más generoso humor, y nada había tan grato para mis niñas y para mí. Alquiló un gran estudio sobre Madison Square Garden, donde trabajábamos todas las tardes. Por la mañana nos llevaba a pasear por el Hudson en pequeñas barcas. A todos hacía regalos. La vida se me ofreció entonces en todo su esplendor, gracias al mágico poder del dinero.

Pero como avanzaba el riguroso invierno de Nueva York, flaqueó mi salud, y L. me sugirió la idea de hacer un viaje a Cuba en compañía de su secretario.

Tengo los recuerdos más deliciosos de Cuba. El secretario de L. era un joven poeta escocés. Mi salud no me permitió dar ninguna función. Las tres semanas que pasamos en La Habana las invertimos en pasear a caballo por la costa, contemplando sus pintorescos alrededores. De nuestra estancia allí recuerdo un incidente tragicómico.

A unos dos kilómetros de La Habana había un antiguo lazareto, rodeado de un alto muro, pero no tan alto que nos impidiera ver las caras horrorosas de los leprosos que nos miraban. Las autoridades comprendieron entonces la improcedencia de tener aquel lazareto a la entrada misma de la ciudad y decidieron cambiarlo de sitio. Pero los leprosos se negaron. Se subieron a las puertas y a las paredes, y algunos al tejado, y hasta se decía que hubo quien se escapó y vivía oculto en La Habana. El traslado de aquel asilo de leprosos me pareció siempre como una comedia rara y fantástica de Maeterlinck.

Visitamos otra casa, que estaba habitada por una dama de las más rancias familias cubanas, la cual tenía la manía de los monos y de los gorilas. El jardín de su casona estaba lleno de jaulas, donde guardaba a sus animales favoritos. Era esta casa uno de los sitios más curiosos para visitantes. La dueña dispensaba a

éstos la más pródiga hospitalidad, recibiéndolos con un mono sobre el hombro y con un gorila conducido de la mano : los animales más domesticados de su colección, en la que había algunos que no eran tan dóciles y que, cuando las visitas pasaban por delante de sus jaulas, se agarraban a los barrotes, lanzaban chillidos y hacían toda clase de muecas. Le pregunté si eran peligrosos, pero me dijo desenfadadamente que, aparte alguna que otra escapada de sus jaulas y algún que otro guardián muerto, eran completamente inofensivos. La noticia me intranquilizó y apresuré mi marcha.

Lo raro de esta señora es que era muy guapa, con grandes ojos expresivos, culta e inteligente. En su casa se reunían las lumbreras del mundo literario y artístico. ¿Cómo, pues, explicarse su fantástico afecto a los monos y gorilas? Me dijo que en su testamento dejaba toda la colección de monos al Instituo Pasteur, para los experimentos relacionados con el cáncer y la tuberculosis. Me pareció una manera muy singular de demostrar a aquellos animales su cariño póstumo.

Tengo de La Habana otro recuerdo interesante. En una noche de fiesta en que todos los cafés y cabarets estaban llenos de animación, después de nuestro paseo habitual a orillas del mar y por la pampa, llegamos a un café típico de La Habana. Eran las tres de la mañana, aproximadamente. Encontramos allí el habitual abigarramiento de morfinómanos, cocainómanos, fumadores de opio, alcohólicos y otros desechos de la vida. Tomamos asiento en una mesita de una habitación de piso bajo, mal alumbrada y con una atmósfera cargada por el humo del tabaco. Dirigí la mirada a un hombre pálido y de aspecto alucinado, mejillas cadavéricas y ojos feroces. Con sus largos y finos dedos tocaba las teclas de un piano. Me sorprendió oír allí los *Preludios* de Chopin, tocados con maravilloso arte. Le contemplé durante un rato y luego me acerqué a él, pero no podía pronunciar sino palabras incoherentes. Mi ademán lla-

mó la atención de todo el café, y como sabía que era completamente desconocida, me entró el deseo fantástico de bailar para aquel raro concurso. Me envolví en mi capa, dí algunas instrucciones al pianista y bailé al ritmo de algunos de los *Preludios*. Los bebedores fueron quedándose en silencio, y como yo continuara bailando, advertí que no solamente había conquistado su atención, sino que muchos de ellos lloraban. El mismo pianista despertó de su embriaguez de morfina y tocó con más inspiración.

Estuve bailando hasta la mañana siguiente, y cuando salí me abrazaron. Me sentía más orgullosa que en ningún teatro, porque comprendía que aquella era una prueba efectiva de mi talento, sin el concurso de ningún empresario ni de anuncios que llamaran la atención del público.

A los pocos días, mi amigo el poeta y yo tomamos el barco de Florida, y recalábamos en Palm Beach, desde donde envié un telegrama a Lohengrin, el cual se unió a nosotros en el Breakers Hotel.

* * *

Lo más terrible de una gran tristeza no es el principio, cuando el dolor nos pone en un estado tal de exaltación que actúa como una anestesia, sino más tarde, mucho más tarde, cuando la gente dice : «¡ Oh, ha podido superar su dolor : ya se encuentra muy bien ! Ha podido sobrevivir a la desgracia» ; cuando, por ejemplo, se encuentra una en lo que se llama una alegre comida en el jardín y se siente que una mano helada oprime el corazón, o cuando la angustia aprieta nuestra garganta con su garra abrasadora. Una pretende sobreponerse al frío y al fuego, al infierno y a la desesperación, y levantando su vaso de champagne procura ahogar su miseria en el olvido, en un olvido posible o imposible.

Este era el estado en que yo me encontraba. Todos

mis amigos me decían : «Ha olvidado, ha sobrevivido» ; pero la contemplación de cualquier niño que entraba en mi cuarto súbitamente llamando a su mamá, me atenazaba el corazón, torcía todo mi sér con tal angustia, que el cerebro llamaba en su auxilio al Leteo, al olvido, en una forma u otra. Con este horrible sufrimiento aspiraba yo a crear una nueva vida y un nuevo arte. ¡ Ah, cómo envidio la resignación de esas beatas que rezan con labios pálidos, murmurando incesantes plegarias toda la noche ante los féretros de gente desconocida ! Estos caracteres son la envidia de los artistas, que se sublevan y gritan : «Quiero amar, amar ; quiero crear goces y goces.» ¡ Qué infierno !

L. me trajo a Palm Beach al poeta americano Percy MacKaye, y estando un día los tres sentados, L. trazó el plan de una futura escuela de acuerdo con mis ideas, y me comunicó que había comprado Madison Square Garden, que era precisamente el terreno necesario a la escuela. Aunque entusiasmada con todo aquel proyecto, no me parecía oportuno realizarlo en medio de la guerra. Y esto fué lo que acabó de irritar a L., de tal modo que con la misma prontitud con que había comprado el Garden canceló la venta a su llegada a Nueva York.

Percy MacKaye había escrito, el año último, un admirable poema inspirado en los bailes de mis alumnas, un poema que era una evocación de las ciudades en guerra con Alemania y una exaltación de las «hijas del viejo mar latino», representadas por mis alumnas.

CAPITULO XXX

A principios de 1917 aparecí de nuevo en la Metropolitan Opera House. Entonces creía, como tantos otros, que la victoria de los aliados implicaba una esperanza de

libertad en el mundo, la regeneración y la civilización. Al terminar mis representaciones bailaba indefectiblemente *La Marsellesa,* y el público se ponía en pie. Esto no me impedía dar mis conciertos de música de Ricardo Wagner. Todas las personas inteligentes pensarán conmigo que fué estúpida e injusta la enemiga que durante la guerra se manifestó contra los artistas alemanes.

El día en que se anunció la revolución rusa, todos los amantes de la libertad experimentaron un júbilo de esperanza. Aquella noche bailé *La Marsellesa* con el verdadero espíritu revolucionario que la inspiró. Luego interpreté la *Marcha eslava,* en la cual figura el Himno al zar, y reflejé la humillación de los siervos bajo los chasquidos del látigo.

Esta antítesis, esta disonancia entre mis gestos y la música, provocaron una verdadera tormenta en el público.

Es raro que en toda mi carrera artística me hayan atraído más que ningún otro los movimientos de desesperación y de rebeldía. Con mi túnica roja he bailado constantemente la revolución y he llamado a las armas a los oprimidos.

La noche aquella de la revolución rusa bailé con júbilo feroz. Mi corazón estallaba dentro de mi pecho al sentir la liberación de todos aquellos que habían padecido, que habían sido torturados y que habían muerto por la causa de la Humanidad. No es de extrañar que L., que me contemplaba todas las noches desde su palco, manifestara cierta inquietud al concluir la función, y que me preguntara si aquella escuela de gracia y belleza de que él era dueño iba a convertirse en una cosa peligrosa que diera al traste con sus millones. Pero mi impulso artístico era tan fuerte que yo no podía contenerle ni aun para complacer a la persona amada.

L. dió en mi honor una fiesta en su casa de Sherry. Empezó con una comida, siguió con un baile y conclu-

yó en un banquete. Me obsequió con un collar de diamantes. Nunca había envidiado las joyas, ni las había usado, pero aquélla me pareció tan deliciosa que accedí a colocármela en el cuello. A la madrugada, cuando los invitados habían desparramado por todas partes el champagne, y mi cabeza se hallaba algo exaltada por los placeres del momento y la embriaguez del vino, tuve la infortunada idea de enseñar el tango apache — tal como lo había bailado en Buenos Aires—a un guapo mozo que estaba presente. Súbitamente sentí mi brazo retorcido por una garra de acero : era L., que estallaba de rabia.

Fué aquélla la única ocasión en que llevé mi pobre collar, pues al poco rato del incidente, L. desapareció en otro impulso de coraje. Quedé sola, con una enorme cuenta de hotel y con todos los gastos de mi escuela. Después de pedirle en vano su ayuda, pignoré el collar y nunca lo volví a ver.

Me quedé sin fondos en Nueva York, al final de la temporada, cuando ya no era posible ninguna actividad artística. Por fortuna, tenía en mi poder una capa de armiño y una estupenda esmeralda que L. había comprado al hijo de un maharajah en Monte Carlo, después de una partida de juego donde el indio perdió todo su dinero. Se decía que la esmeralda procedía de la cabeza de un famoso ídolo. Vendí la capa a una célebre soprano, y la esmeralda a otra mujer también célebre y también soprano. Alquilé para el verano una «villa» en Long Beach, y allí instalé a mis alumnas, en espera del otoño y de mis nuevos contratos.

Con mi habitual imprevisión, al verme con el dinero para la «villa», para el auto y para las necesidades diarias, no pensé en el porvenir. Como no tenía ni un céntimo, hubiera sido, sin duda, más prudente invertir el producto de mis joyas y pieles en valores públicos, pero estas cosas no se me podían ocurrir a mí, y pasé todo

el verano en Long Beach, recibiendo como de costumbre a los artistas. Entre los invitados que allí vivieron algunas semanas figuraba el genial violinista Isaye, que alegró nuestra «villa» con los acordes de su sabio violín. No tenía estudio, pero bailaba en la playa y daba fiestas especiales en honor de Isaye, que era un delicioso muchacho.

Después de los placeres de aquel verano regresamos a Nueva York, donde, como pueden ustedes imaginarse, me encontré sin fondos y, al cabo de dos meses de holganza, acepté un contrato para California.

En esta excursión llegué cerca de mi ciudad natal. Días antes, había sabido por los periódicos la noticia de la muerte de Rodin. Al pensar que no volvería a ver a mi gran amigo, me eché a llorar, y como en la estación se acercaran a interviuvarme los reporteros de Oakland, no deseando yo que me vieran con los ojos hinchados, me cubrí el rostro con un velo negro. Al día siguiente decían los periódicos que yo afectaba un aire misterioso.

Hacía veintidós años que había salido de San Francisco para mi gran aventura, y pueden ustedes imaginarse mi emoción al retornar a mi ciudad natal, donde todas las cosas habían cambiado a consecuencia del terremoto y del incendio de 1906. Tanto, que era una ciudad nueva y me costaba trabajo reconocerla.

Aunque el público escogido y rico del Columbia Theatre fué muy amable y comprensivo, y aunque los críticos me dedicaron elogios, no estaba satisfecha, porque yo quería bailar para el pueblo en un amplio escenario. Pero cuando pedí que me dejaran el Teatro Griego, se negaron las autoridades. Nunca supe por qué razón, ni si se trataba de una estrategia de mi empresario o de una mala voluntad que no podía comprender.

En San Francisco encontré de nuevo a mi madre, a quien no había visto hacía varios años, pues, por un inexplicable sentimiento de nostalgia, se negaba a vivir

en Europa. Me pareció muy vieja y muy gastada. Un día, cenando en la Cliff House, al contemplar nuestras figuras en un espejo, no pude por menos de comparar mi triste cara y los ojos hundidos y ojerosos de mi madre con aquellos dos espíritus aventureros que habían salido veinte años antes, henchidos de esperanza, para buscar la fama y la fortuna. Habíamos encontrado una y otra, pero ¡con qué trágico resultado! ¿Y por qué? Probablemente porque esta es la secuela natural de la vida en este globo imperfecto, donde las condiciones más elementales son hostiles al hombre. Había conocido en mi vida a los más grandes artistas y a la gente más culta y triunfadora, pero ninguno de ellos era feliz, aunque algunos lo simularan. Detrás de la máscara podía adivinarse, sin mucha clarividencia, la misma angustia y el mismo padecimiento. Y es que en este mundo no existe quizá la dicha. No hay sino momentos felices.

Y de estos momentos tuve algunos en San Francisco, al conocer a un alma gemela en materia musical: el pianista Harold Bauer. Con gran sorpresa y júbilo por por mi parte, le oí decir que yo era más música que bailarina y que mi arte le había mostrado la significación de algunas frases inescrutables de Bach, Chopin y Beethoven. Durante algunas semanas inolvidables estuvimos colaborando, porque, como él decía, si yo le había enseñado algunos secretos de su arte, él me mostraba algunas interpretaciones del mío con las que yo no había podido soñar.

Harold había vivido una vida sutil e intelectual, por encima de las multitudes. Distinto a casi todos los músicos, su radio no se limitaba a la música, sino que abarcaba una fina apreciación de todas las artes y un amplio conocimiento intelectual de la poesía y de las más profundas filosofías. Cuando se encuentran dos espíritus apasionados y dotados del mismo espíritu elevado de arte, se apodera de ellos cierta embriaguez. Nosotros vivimos varios días en un alto grado de borrachera—

sin vino—, en que cada una de nuestras fibras se estremecía de esperanza, y cuando nuestros ojos contemplaban la realización de esa esperanza, experimentábamos un deleite tan intenso que exclamábamos como si sufriéramos una pena :

—¿ Ha sentido usted también esa frase de Chopin ?

—Sí, tal como Chopin la expresa, y algo más. Quiero crear para usted el movimiento de esa frase.

—¡ Ah, qué interpretación ! Ahora, voy a tocarla para usted.

—¡ Ah, qué delicia ! ¡ Qué divino goce !

Así eran nuestras conversaciones, que llegaban a la más profunda comprensión de aquella música que ambos adorábamos.

Dimos juntos un concierto en el Columbia Theatre de San Francisco. Creo que aquella fué una de las tardes más felices de mi carrera. Mi encuentro con Harold Bauer me colocó una vez más en esa maravillosa atmósfera de luz y de alegría que únicamente viene de la asociación con almas tan iluminadas. Tuve la esperanza de que aquello continuaría y de que descubriríamos juntos un nuevo dominio de la expresión musical. Pero, ¡ ay !, no había contado con las circunstancias. Nuestra colaboración terminó con una separación dramática y forzada.

Durante mi estancia en San Francisco había trabado amistad con un eminente escritor y crítico musical : Redfern Mason. Después de uno de los conciertos de Bauer, estando los dos cenando juntos, me preguntó qué podría él hacer en San Francisco para complacerme. Le contesté diciendo que me prometiera que me concedería lo que yo le pidiera, fuese lo que fuese. Lo prometió, y, cogiendo un lápiz, escribí un elogio del concierto de Bauer, tomando como texto el soneto de Shakespeare que empieza así :

How oft, when thou, my music, music play'st
Upon that blessed wood whose motion sounds
With thy sweet fingers...
Do I envy those jacks that nimble leap
To kiss the tender inward of thy hand... (1).

y que termina :

Since saucy jacks so happy are in this,
Give them thy fingers, me thy lips to kiss (2).

Lo que yo le pedía era que publicara este elogio en su periódico. Redfern quedó muy atónito, pero era un jugador limpio, y cuando al siguiente día apareció la crítica firmada con su nombre, todos sus colegas se burlaron sin piedad de su repentina pasión por Bauer. Mi amable amigo sufrió estoicamente las ironías, y cuando Bauer salió de San Francisco fué mi mejor compañero y mi mejor alivio.

A pesar del entusiasmo de las escogidas muchedumbres que llenaban el Columbia, estaba decepcionada al ver que en mi ciudad natal no encontraba apoyo para mi futura escuela. Había multitud de imitadoras, y ya existían muchas escuelas tomadas sobre mi patrón, con las cuales estaban más satisfechos mis paisanos ; parecía como si temieran que el tipo más austero de mi arte pudiera causarles algún desastre. Mis imitadoras eran todo azúcar y suavidad. Propugnaban una parte de mi arte, que ellas se complacían en llamar «armonioso y bello», pero omitían todo lo que había de severo : omitían, en realidad, mis principios y la verdadera significación de mi arte.

---

(1) ¡Cuántas veces, cuando tú, música mía, música que tus dedos suaves arrancan al compás de los sonidos del bosque bendito, cuántas veces envidio yo a las teclas que saltan, ágiles, para besar la tierna palma de tu mano!...

(2) Y pues que así son tan felices las teclas desenfadadas, dales tus manos, pero bese yo tus labios.

En un momento de profético amor hacia América, Walt Whitman dijo : «Oigo a América cantando», y yo me imagino la canción potente que Walt oía, una canción que brotaba de las olas salvajes del Pacífico y que cruzaba por las llanuras : la canción que las voces de un inmenso coro de niños, mozos, hombres y mujeres elevaban a la Democracia.

Cuando leí este poema de Whitman, yo también tuve una visión : la misión de América bailando una danza que sería la expresión digna y paralela del canto que Walt oía cuando oía cantar a América. Esta música tendría un ritmo tan poderoso como la alegría, la vibración y la ondulación de las Montañas Rocosas. No tendría nada que ver con la jácara sensual del ritmo del *jazz* : sería como la vibración del alma americana, subiendo a las alturas, luchando por una vida armoniosa. Esta danza que yo soñaba no tenía ningún vestigio del *fox-trot* ni del *charleston* ; sería el brinco del niño que escala las alturas, hacia lo por venir, hacia una nueva gran visión de la vida, hacia una expresión de América.

Me sonreía irónicamente cuando oía hablar de mi danza griega, pues el origen de mi danza lo encontraba yo en los relatos que mi abuela irlandesa nos contaba de la época en que cruzó, el año 49, con mi abuelo, la llanura americana, en un carro de toldo. Ella tenía dieciocho años y él veintiuno, y su primer hijo nació en aquel carro durante un famoso combate con los pieles rojas. Mi abuela nos contaba que los indios fueron, por fin, derrotados, y que mi abuelo, con un fusil humeante en la mano, asomó su cabeza por la puerta del carro para saludar la llegada del recién nacido.

Cuando recalaron en San Francisco, mi abuelo construyó una de las primeras casas de madera. Yo recuerdo haber visitado esta casa siendo muy niña. Mi abuela, pensando en Irlanda, cantaba canciones irlandesas y bailaba jigas de su patria, pero presumo que en aquellas jigas irlandesas había algo del espíritu heroico

de los precursores y de la lucha contra los pieles rojas : probablemente, algo de los gestos de los mismos pieles rojas y un poco del Yankee Doodle, que mi abuelo, el coronel Thomas Gary, cantaba a su vuelta de la guerra civil. Mi abuela llevaba todo esto a su jiga irlandesa, y por ella misma lo supe. A esos bailes añadí yo mi propia aspiración de joven americana, y, finalmente, mi concepción espiritual de la vida, tomada de los versos de Walt Whitman. Y ved ahí el origen de lo que llamaban mi danza griega.

Este fué el origen, la raíz. Luego, al llegar a Europa, tuve tres grandes maestros, que fueron los tres precursores de la danza de nuestro siglo : Beethoven, Nietzsche y Wagner. Beethoven creó la danza en ritmos potentes ; Wagner, en forma escultural ; Nietzsche, en espíritu. Nietzsche fué el primer filósofo bailarín.

Me pregunto con frecuencia dónde estará el compositor americano que oiga el mismo canto de América que oyó Walt Whitman y que componga la música verdadera del baile americano, sin ritmos de *jazz*, sin ritmos de cintura abajo, sino del plexo solar—refugio temporal del alma—, hacia la bandera estrellada del gran cielo que domina las llanuras y las Sierras Nevadas, desde las Montañas Rocosas al Atlántico. Te lo suplico, joven compositor americano : crea la música de la danza que expresará la América de Walt Whitman—la América de Abraham Lincoln.

Me parece monstruoso que alguien crea que el ritmo del *jazz* expresa a América. El ritmo del *jazz* interpreta el salvajismo primitivo. La música de América tiene que ser completamente distinta. Está por escribir. Ningún compositor ha apresado este ritmo de América, que es demasiado potente para los oídos de la mayoría. Pero algún día se desbordará por la extensión de toda la tierra, caerá, como una lluvia, de los espacios celestes, y América tendrá su expresión en una especie de música titánica que dará forma armónica al caos. Los

muchachos y las chicas, de largas piernas y de salud reluciente, bailarán al ritmo de esa música, no las convulsiones simiescas y bamboleantes del *charleston*, sino un movimiento tremendo y sorprendente de ascensión, que se eleve sobre las pirámides de Egipto, más allá del Partenón de Grecia, una expresión de fuerza y de belleza como no ha conocido todavía ninguna civilización.

Y esta danza no tendrá la inane coquetería del *ballet* ni la convulsión sensual del negro. Será clara. Veo a América bailando, sosteniéndose con un solo pie sobre la cima más elevada de las Montañas Rocosas, con las dos manos extendidas del Atlántico al Pacífico, con su fina cabeza ondeando en el cielo, y su frente luminosa con una corona de un millón de estrellas.

¡Qué grotesco me parece que se estimule en América las escuelas de la pretendida cultura física, de gimnasia sueca y de *ballet*! El tipo del verdadero americano no será nunca un bailarín de *ballet*. Sus piernas son demasiado largas, su cuerpo demasiado ágil y su espíritu demasiado libre para esta escuela de gracia afectada y de pasitos sobre las uñas de los pies. Es notorio que todas las grandes bailarinas de *ballet* son mujeres menudas, de miembros pequeños. Una mujer alta y fina no bailará nunca el *ballet*. El tipo que mejor interprete a América no bailará nunca el *ballet*. La imaginación más desbordante no podría imaginarse a la Diosa de la Libertad bailando el *ballet*. ¿Por qué, pues, aceptar esta escuela en América?

Henry Ford ha expresado el deseo de que todos los niños de la Ciudad Ford sepan bailar. No aprueba las danzas modernas, pero dice que deben bailar los viejos bailes: vals, mazurka y minué. Pero los viejos bailes, el vals y la mazurka, son la expresión de un sentimentalismo malsano y novelero, que nuestra juventud ha vencido, y en cuanto al minué, es la expresión de la untuosa servidumbre de los cortesanos del tiempo de

Luis XIV y de los miriñaques. ¿Qué tienen que ver estos movimientos con la juventud libre de América? ¿No sabe Mr. Ford que los movimientos son tan elocuentes como las palabras? ¿Y por qué han de plegar nuestros niños sus rodillas en esa danza fastidiosa y servil que es el minué, o por qué han de dar vueltas en los laberintos del falso sentimentalismo del vals? Que marchen con largas zancadas, corriendo, saltando, brincando, la frente erguida y los brazos extendidos; que bailen el lenguaje de nuestros precursores, la entereza de nuestros héroes, la justicia, la bondad, la pureza de nuestros estadistas y todo el amor inspirado y toda la ternura de nuestras madres. Cuando los niños de América bailen así, realizarán bellas cosas, dignas del nombre de la más grande de las democracias.

Así será la América danzante.

CAPITULO XXXI

Hay días en mi vida que me parecen una leyenda dorada, tachonada de piedras preciosas, un campo florido de infinitos colores, una mañana radiante en que el amor y la dicha coronan todas las horas. No encuentro palabras para expresar el éxtasis y el júbilo de esos días de mi vida, en los cuales mi escuela me parecía un rayo de genio, y creí efectivamente que su triunfo, aunque no tangible, era un triunfo inmenso; días en que mi arte era una resurrección. Pero también hay días en que, al intentar repasar mi vida, me siento llena de un profundo disgusto y de un vacío absoluto. El pasado se me antoja una serie de catástrofes, y el futuro una calamidad segura, y mi escuela, la alucinación del cerebro de una mujer lunática.

¿Cuál es la verdad de una vida humana, y quién puede encontrarla? El mismo Dios quedaría perplejo. En

medio de todas estas angustias y deleites, en medio de tanta inmundicia y de tanta luminosa pureza, este cuerpo de carne se siente devorado por el fuego del infierno e iluminado por el heroísmo y la belleza. ¿Dónde está la verdad? Dios o el diablo lo sabrán, pero sospecho que ambos están perplejos.

Así, en algunos días imaginativos, mi cerebro es como los cristales de un ventanal, por los cuales viera bellezas fantásticas, formas maravillosas y los más ricos colores. Otros días, veo sólo a través de unos cristales empañados y grises, y todo es un hacinamiento de inmundicia, llamado Vida.

Si pudiéramos penetrar en nosotros mismos y extraer los pensamientos como el buzo extrae las perlas... ¡Preciosas perlas de las ostras cerradas del silencio, en las profundidades de nuestra subconsciencia!

Después de la larga lucha para conservar mi escuela, héme aquí, sola, el corazón destrozado, sin alientos, deseando volver a París para vender mi finca y sacar algún dinero. María regresó de Europa y me telefoneó desde Biltmore. Le dí cuenta de mi apuro, y me dijo:

—Mi gran amigo Gordon Selfridge sale mañana. Si se lo pido, sacará seguramente tu pasaje.

Estaba tan cansada de luchar, tenía tal desaliento, que acepté alegremente la idea de salir de Nueva York a la mañana siguiente. Pero la desgracia me perseguía, pues la primera noche de viaje, paseando por el puente, donde, por efecto de las condiciones de la guerra, todo estaba a obscuras, me caí desde una altura de quince pies y me herí gravemente. Gordon Selfridge puso galantemente a mi disposición su camarote, y con él su compañía, que era encantadora. Le recordé mi primera visita, hacía veinte años, cuando una niña famélica fué a pedirle a crédito una túnica para bailar.

Era la primera vez que entraba en contacto con un hombre de acción. ¡Qué sorprendida al verificar cuán distinta era su vida de la vida de los artistas y soñadores

que yo había conocido! Casi me parecía que era de otro sexo, y me hizo pensar que mis amantes habían sido, decididamente, hombres afeminados, y que mis compañeros en la vida fueron más o menos neurasténicos, sumidos todos en la más negra tristeza o en el júbilo más loco por obra del alcohol. Selfridge nunca bebió vino; me parecía el hombre más extraordinario y alegre que había conocido. Hasta entonces no comprendí la existencia de gentes que hallaran agradable la vida en sí, la vida por la vida misma. Había creído siempre que el futuro no guardaba sino algunos rayos de goce efímero, nacidos del arte o del amor. Pero aquel hombre hallaba la felicidad en la vida misma.

Cuando llegué a Londres, con los dolores de mi caída, me encontré sin dinero para ir a París, y fuí a hospedarme en Duke Street. Telegrafié a muchos amigos de París, pero de ninguno recibí respuesta, creo que por culpa de la guerra. Pasé varias semanas, completamente derrotada, en aquella terrible y sombría casa de huéspedes, sola, enferma, sin un céntimo. La escuela estaba destruída y la guerra parecía interminable. Solía sentarme a la obscura ventana de mi cuarto y contemplar el vuelo de los aviones. Deseaba que una bomba cayera sobre mí y pusiera término a mis desdichas. ¡El suicidio es tan tentador...! En él pensaba con frecuencia, pero siempre había algo que me hacía retroceder. Si en las farmacias se vendieran unos sellos para el suicidio, como se venden, por ejemplo, medicinas profilácticas, creo que los hombres inteligentes de todos los países desaparecerían de la noche a la mañana.

Completamente desesperada, envié un cable a L., pero no tuve contestación. Un empresario había contratado algunas funciones para mis alumnas, que andaban por América buscándose un porvenir. Se presentaban con el nombre de «Bailarinas de Isadora Duncan», pero a mí no llegó ningún beneficio de aquellas representaciones. Hallándome en la más desesperada situación, encontré,

por casualidad, a un miembro de la Embajada francesa, quien vino en mi ayuda y me llevó a París. En París alquilé una habitación en el Palais d'Orsay, y recurrí a los usureros para tener algún dinero.

Todas las mañanas, a las cinco, me despertaba el brutal zumbido de la «gruesa Berta», principio muy adecuado a las noticias siniestras que en el curso del día llegaban del frente. Muerte, sangre, carnicería... Las horas se colmaban de miseria, y por la noche oíamos el silbido que avisaba la proximidad de los aeroplanos.

Un recuerdo brillante de aquella época fué mi encuentro con el famoso «as» Garros, en una casa amiga, donde tocaba él trozos de Chopin y yo bailaba. Desde Passy al Quai d'Orsay, íbamos juntos muchas veces, y a pie. Una noche estuvimos contemplando un vuelo de aviones, y bajo aquella impresión bailé yo en la plaza de la Concordia, mientras él me miraba, sentado en la taza de una fuente, con aquellos ojos obscuros, que iluminaba, de vez en cuando, el estallido de un cohete que caía junto a nosotros. Aquella noche me dijo que deseaba y buscaba la muerte. Poco después el Angel de los Héroes se lo llevó de esta vida que él no amaba.

Transcurrían los días con espantosa monotonía. Quise hacerme enfermera, pero comprendí la futilidad de añadir un esfuerzo superfluo, cuando había tantas que esperaban en hileras interminables. Pensé entonces volver a mi arte, si bien mi corazón estaba tan pesado que creí que mis pies no podrían sostenerle.

Hay una canción de Wagner que yo adoro—«El Angel»—, en la cual se dice que un Angel de Luz fué a calmar a un espíritu que se hallaba triste y desolado. Pues un ángel análogo se presentó a mí, en aquellos días amargos, en la persona de Walter Rummel, el pianista.

Cuando entró a verme, creí que era un retrato de Listz joven escapado del marco : alto, fino, con una guedeja bruñida sobre la frente elevada, y ojos claros como

un manantial de luz deslumbradora. Tocó para mí al piano. Yo le llamaba mi Arcángel.

Trabajábamos en el vestíbulo del teatro, que Réjane nos cedió galantemente, y, mientras zumbaba la «gruesa Berta», entre los ecos de las noticias de guerra, tocaba él «Los pensamientos de Dios en la soledad», o «San Francisco hablando a los pájaros», de Listz, y componía yo nuevas danzas, inspiradas en sus interpretaciones al piano, bailando oraciones llenas de luz y de dulzura. Mi espíritu volvió una vez más a la vida, resucitado por las melodías celestiales que cantaban bajo sus dedos. Este fué el principio del más sagrado y etéreo amor de mi vida.

Nadie ha interpretado a Listz como mi Arcángel, porque tenía la visión de Listz. Leía más allá de las notas escritas, leía un frenesí, transmitido diariamente por los ángeles.

Era todo gentileza y dulzura, pero su alma ardía de pasión. Hacía el amor con un delirio que se imponía a él mismo. Sus nervios le consumían, pero su alma se rebelaba al deseo. No daba libre curso a la pasión, con el espontáneo ardor de la juventud, sino que, por el contrario, su repugnancia era tan evidente como el deseo irresistible que le poseía. Era como un santo bailando en un brasero con carbones ardiendo. Amar a este hombre era tan peligroso como difícil. Su repugnancia por el amor podía fácilmente convertirse en odio al agresor.

¡Cuán extraño y terrible es aproximarse a un sér humano a través de la envoltura de la carne y encontrar un alma! ¡Encontrar a través de la envoltura de la carne el placer, la sensación, la ilusión, lo que los hombres llaman felicidad! ¡Encontrar a través de la envoltura de la carne, de la apariencia y de la ilusión, eso que los hombres llaman Amor!

El lector no debe olvidar que estas memorias se refieren a muchos años, y que cada vez que sentía un nuevo amor, en forma de Demonio, de Angel o de hombre

sencillo, creía que era el único amor por el cual había estado esperando tantos años, y que este amor sería la resurrección final de mi vida. Pero sospecho que el amor trae siempre consigo este convencimiento. Cada confiicto amoroso de mi vida hubiera podido ser materia de una novela ; todos terminaron muy mal. He estado siempre esperando la pasión que no tuviera fin, como en las películas optimistas.

El milagro del amor consiste en la variedad de motivos y de teclas con que puede desarrollarse, y el amor de un hombre es, con relación al de otro hombre, tan distinto como la música de Beethoven comparada a la de Puccini. La mujer, el instrumento que responde a la maestría de los ejecutantes. Y tengo para mí que una mujer que no ha conocido sino a un solo hombre es como una persona que sólo hubiera oído a un compositor.

Como avanzaba el verano, buscamos un sitio apacible en el Midi. Allí, junto al puerto de San Juan, en Cap Ferrat, en un hotel casi desierto, hicimos nuestro estudio en un garaje vacío, y pasábamos todas las tardes tocando y bailando.

¡ Qué época tan deliciosa, embellecida por mi Arcángel ! Vivía rodeada por el mar, consagrada únicamente a la música. Era como el sueño de muerte de los católicos, cuando piensan ir al cielo. ¡ Qué péndulo el de la vida ! Cuanto más profundo es el dolor y cuanto más elevado es el éxtasis, más bajo caemos en la tristeza y más alto ascendemos en la alegría.

De vez en vez, salíamos de nuestro retiro para dar una función a beneficio de los desgraciados o un concierto para los heridos. Casi siempre estábamos solos. A través de la música y del amor, a través del amor y de la música, mi alma vivía en las alturas de la dicha.

En una «villa» cercana habitaban un venerable sacerdote y su hermana, madame Giraldy. El había sido misionero en el Africa del Sur. Se hicieron muy amigos

nuestros, y yo bailaba ante ellos la divina música de Listz. Pero, a fines del verano, encontramos un estudio en Niza, y, cuando se firmó el armisticio, regresamos a París.

La guerra había terminado. Contemplamos el desfile, bajo el Arco de Triunfo, de los ejércitos victoriosos, y exclamamos: «El mundo está salvado.» En aquellos momentos todos éramos poetas; pero, ¡ay!, así como el poeta despierta y busca el pan y el queso para su amada, así el mundo despertó a sus necesidades comerciales.

Mi Arcángel me cogió de la mano, y marchamos a Bellevue. Encontramos la casa en ruinas, y en su reconstrucción invertimos algunos meses engañosos, tratando de buscar dinero para esta difícil empresa.

Por último, nos convencimos de su imposibilidad, y aceptamos una razonable oferta de compra que nos hizo el Gobierno francés, el cual opinaba que aquel edificio era admirable para una fábrica de gases asfixiantes, con destino a la guerra próxima. Después de haber visto a mi Dionysion transformado en hospital de guerra, comprendí que estaba condenado a convertirse en una fábrica de instrumentos bélicos. La pérdida de Bellevue me produjo un gran dolor. ¡Bellevue! La vista era, realmente, tan bella...

Cuando, por último, se efectuó la venta y tuve el dinero en el Banco, compré en la rue de la Pompe una casa que había sido Sala de Beethoven, y en la que hice mi estudio.

Mi Arcángel tenía un dulce sentido de la piedad. Parecía sentir todas las penas que pesaban sobre mi corazón, penas que me hacían interminables las noches de insomnio y de lágrimas. Y me miraba en esas horas con tal piedad y con ojos tan luminosos, que me sentía algo aliviada.

En el estudio, nuestras dos artes se fundían en una sola. Bajo su influencia, mis danzas se hacían etéreas. El fué quien primero me inició en la significación espi-

ritual de las obras de Franz Listz, con cuya música compusimos un recital entero. En la calma de la sala de música de Beethoven empecé a estudiar algunos frescos en movimiento y con luz, sacados de *Parsifal*.

Pasábamos allí horas benditas. Nuestras dos almas, fundidas, se elevaban por la fuerza misteriosa que nos poseía. Según bailaba yo y él tocaba ; según elevaba yo mis brazos y según salía el alma de mi cuerpo, en el amplio vuelo de los acordes de plata del Graal, me parecía como si hubiéramos creado una entidad espiritual ajena a nosotros mismos ; y mientras que sonidos y gestos ascendían hasta el Infinito, otro eco nos respondía de lo alto.

Creo que, con la fuerza física de este momento musical, cuando nuestros dos espíritus se unían en la energía divina del amor, escalábamos los límites del otro mundo. Nuestros públicos sentían la fuerza de este poder combinado, y, con frecuencia, advertía yo en el teatro una curiosa atmósfera que me era desconocida. Si mi Arcángel y yo hubiéramos continuado nuestros estudios, no hay duda que hubiéramos llegado a la creación espontánea de movimientos de tal fuerza espiritual que equivaldrían a una revelación para la Humanidad. ¡Qué pena que una pasión terrenal pusiera fin a aquella divina persecución de la más alta belleza! Porque, así como la leyenda dice que el hombre nunca está contento, pero que abre, sin embargo, la puerta al hada mala y ésta introduce toda clase de disgustos, así yo, en vez de contentarme con la dicha que había encontrado, sentí volver mi viejo afán de rehacer la escuela, y con ese fin envié a América un cable a mis alumnas.

Cuando las vi a mi lado, reuní a algunos fieles amigos y les dije : «Vamos juntos a Atenas, a la Acrópolis, porque todavía podemos fundar en Grecia una escuela.»

¡Cómo son mal interpretadas nuestras intenciones!

Un escritor, hablando en *The New Yorker* de este viaje, decía: «Su extravagancia no conoce límites. Cogió una partida familiar, y, empezando por Venecia, llegó a Atenas.»

¡Ay de mí! Mis alumnas llegaron: jóvenes, bonitas y triunfadoras. Mi Arcángel las vió y cayó, cayó enamorado de una de ellas.

¿Cómo describir este viaje, que fué para mí un calvario de amor? Me dí cuenta por primera vez en el hotel Excelsior de Lido, donde nos detuvimos algunas semanas, y adquirí la certeza yendo embarcados hacia Grecia. La seguridad de aquella pasión empañó para siempre mi visión de la Acrópolis a la luz de la luna. Estas fueron las estaciones de mi Calvario de Amor.

A nuestra llegada a Atenas, todo nos parecía propicio a la escuela. Gracias a la amabilidad de Venizelos, tuvimos a nuestra disposición el Zappeion, donde instalamos nuestro estudio y donde trabajaba yo todas las mañanas con mis alumnas, procurando inspirarlas una danza digna de la Acrópolis. Mi proyecto era instruir a mil niñas para organizar luego festivales dionisíacos en el Stadium. Ibamos todos los días a la Acrópolis, y, recordando mi primera visita, en 1904, me era particularmente conmovedor el espectáculo de las formas juveniles de mis alumnas, que realizaban, en parte por lo menos, el sueño que acariciaba desde dieciséis años atrás. Iba, por fin, a poder crear en Atenas la escuela tanto tiempo deseada.

Mis alumnas habían llegado de América con afectaciones y amaneramientos que me disgustaron; pero los perdieron bajo el maravilloso cielo de Atenas y bajo la inspiración de aquel magnífico panorama de montañas, de mar y de arte grande.

El pintor Edward Steichen, que formaba parte de nuestro grupo, hizo muchos cuadros admirables en la Acrópolis y en el Teatro de Dionysos. Estos dibujos eran ya un anticipo de lo que yo anhelaba crear en Gre-

cia. Encontramos a Kopanos en ruinas, habitado por pastores con sus rebaños de cabras. La cosa no me inmutó, y decidí limpiar en el acto aquel terreno y reconstruir la casa. Empezó de nuevo la obra. Los escombros acumulados allí año tras año fueron barridos, y un joven arquitecto emprendió la tarea de colocar puertas, ventanas y un techo. Extendimos un tapiz de baile en la habitación más elevada, e hicimos traer un gran piano. Todas las tardes, ante la vista espléndida del sol que se ponía detrás de la Acrópolis, esparciendo rayos de oro y de suave púrpura sobre el mar, mi Arcángel tocaba al piano trozos de Bach, Beethoven, Wagner y Listz. Al anochecer, cuando se refrescaba la atmósfera, coronábamos nuestras frentes de pálidas y adorables flores de jazmín, compradas en la calle a los chicos de Atenas, e íbamos a cenar al cabo de Falena, junto al mar. Entre aquella bandada de doncellas coronadas de flores, mi Arcángel parecía Parsifal en el jardín de Kundry. Empecé a advertir en sus ojos una expresión que hablaba más de cosas terrenales que celestiales. Había llegado a creer tan poderoso nuestro amor, defendido en su fortaleza espiritual e intelectual, que necesité algún tiempo para que la verdad se me impusiera y para que viera que las alas deslumbradoras de mi Arcángel se habían transformado en dos ardientes brazos capaces de coger y estrechar el cuerpo de una driada. De nada me servía mi experiencia. Fué un choque terrible. Desde entonces se apoderó de mí una pena insoportable, y a despecho de mí misma empecé a acecharlos y a espiarlos, para dar con las señales de su creciente pasión. Los celos llegaron a despertar en mí al demonio del asesinato.

Una tarde, a la puesta del sol, cuando mi Arcángel, que cada vez se parecía más a un sér humano, acababa de terminar la Gran Marcha de *Götterdämmerung*, cuyas últimas notas morían en el aire mezclándose a los rayos purpúreos que llegaban del Himeto e ilumina-

ban el mar, sorprendí súbitamente la mirada que se dirigían los dos amantes, una mirada tan inflamada y ardorosa como el mismo crepúsculo.

Al advertirlo se apoderó de mí una rabia tan violenta, que me estremecí. Tuve que alejarme de su lado, y vagué toda la noche por las colinas cercanas al Himeto, presa de una desesperación frenética. Evidentemente, había conocido ya en la vida a este monstruo de ojos verdes, cuyas garras inspiran los peores sufrimientos; pero nunca en aquel grado me había sentido poseída por tan terrible pasión como ahora. Amaba y a la vez odiaba a los dos. Entonces comprendí y tuve una gran simpatía por esos seres infortunados que, perseguidos por la tortura inimaginable de los celos, matan a quien aman. Para evitar esta desgracia, cogí a un grupo de mis alumnas, y con mi amigo Edward Steichen subimos por la ruta maravillosa que atraviesa la antigua Tebas hasta Chalcis, donde vi las arenas de oro en las cuales me había representado a las vírgenes de Eubea bailando en honor de las bodas desgraciadas de Efigenia.

Pero de momento las glorias de la Hélade no podían librarme del infernal demonio que me poseía, el cual llenaba constantemente mi imaginación con el cuadro de los dos amantes que había dejado en Atenas. El recuerdo maceraba y roía, como un ácido, mi corazón y mi cerebro. Al regresar a Atenas los vi en un balcón, frente a la ventana de nuestra alcoba; los vi radiantes de juventud y de mutuo ardor, y aquello completó mi miseria. Hoy no comprendo mi pasión, pero entonces me sentía tan dominada por los celos, que me era tan imposible escapar a ellos como quien pretendiera escapar a la fiebre escarlatina o a la viruela. Y, a pesar de todo, continuaba instruyendo diariamente a mis alumnas y continuaba la realización de mi escuela en Atenas. Desde este punto de vista, todo parecía son-

reírme. El Ministerio de Venizelos favorecía mis proyectos, y el pueblo de Atenas estaba entusiasmado.

Un día fuimos todos invitados a una gran manifestación en honor de Venizelos y del joven rey, manifestación que se celebró en el Stadium. Cinco mil personas y toda la Iglesia griega tomaron parte en ella, y cuando el rey y Venizelos entraron en el Stadium recibieron una ovación calurosa. La procesión de los patriarcas con sus trajes de brocados, rígidos con sus bordados de oro, que brillaban al sol, fué un espectáculo sorprendente. Al entrar yo en el Stadium, vestida con mi peplo y seguida de un grupo de figuras vivientes de Tanagra, el amable Constantino Melas vino hacia mí y me regaló una corona de laurel, diciendo:

—Usted, Isadora, nos retrotrae a la belleza inmortal de Fidias y a la época de la grandeza griega.

Yo le contesté:

—Ayudadme a crear un millar de magníficos bailarines para que bailen en este Stadium de una manera tan maravillosa que el mundo entero venga aquí a verlos con pasión y admiración.

Al pronunciar estas palabras me dí cuenta de que el Arcángel sujetaba amorosamente la mano de su favorita, y por primera vez sentí indiferencia. «¿Qué eran las mezquinas pasiones humanas al lado de mi gran visión?» Y los perdoné con amor; pero aquella misma noche, cuando los vi desde mi balcón con sus dos cabezas juntas, iluminadas por la luna, me sentí de nuevo víctima del sentimiento mezquino y humano, y este sentimiento provocó en mí tal crisis, que estuve horas y horas caminando sola y pensando en un suicidio desde las rocas del Partenón, un suicidio que fuera digno de Safo. No hay palabras para describir el sufrimiento de la pasión torturadora que me consumía, y la dulce belleza que me rodeaba no hacía sino acrecentar mi infortunio. Me parecía que no había salida para esta situación. ¿Podrían las complicaciones de

una pasión mortal hacernos abandonar los proyectos inmortales de una gran colaboración musical? No me era posible expulsar de la escuela a la alumna, y la alternativa de contemplar diariamente su amor y de refrenar la expresión de mi pena me parecía insoportable. Estaba en un callejón sin salida. Quedaba únicamente la posibilidad de elevarme hacia alturas espirituales por encima de todo aquello ; pero, a pesar de mi infortunio, el ejercicio constante de la danza, las largas excursiones por las colinas, los diarios baños de mar me daban un gran apetito y una violencia de emoción humana difícil de dominar.

Y así continué, y, mientras procuraba enseñar a mis discípulas la belleza del paisaje, la filosofía y la armonía, yo me veía interiormente torturada por el tormento más mortal. No sabía adónde podríamos llegar en aquella situación.

Mi único recurso era fingir una alegría exagerada e intentar sofocar mi pena por las noches, cuando íbamos a cenar a la playa y tomábamos los vinos generosos de Grecia. Sin duda había remedios más nobles, pero yo no era capaz de encontrarlos. Sean como sean, ahí tenéis mis pobres experiencias humanas, y lo que yo quiero es relatarlas sinceramente. Dignas o indignas de recordación, quizá puedan servir y enseñar a los otros «lo que no hay que hacer», pero sospecho que a todos les pasa lo mismo y que todos procuran consolar sus propias angustias y tormentos por los medios de que disponen.

Esta situación insostenible terminó con un extraordinario golpe de azar, producido por cosa tan liviana como la mordedura de un pequeño mono malicioso : el mono cuya mordedura fué tan fatal para el joven rey. Durante varios días estuvo entre la vida y la muerte, y luego vino la triste noticia de su fallecimiento, que provocó un estado de excitación revolucionaria y que hizo precisa la huída de Venizelos y de su partido, e inciden-

talmente nuestra propia huída, pues éramos en Grecia simples invitados del presidente del Consejo, y caímos víctimas de la situación política. Perdido todo el dinero que habíamos empleado en la reconstrucción de Kopanos y en el arreglo del estudio, y obligados a abandonar el sueño de una escuela en Atenas, tomamos el barco y regresamos por Roma a París.

¡Qué raro y torturador recuerdo tengo de esta última visita a Atenas en 1920, y del retorno a París, y de la angustia renovada, y de la separación final, y de la salida de mi Arcángel y de mi alumna cuando me abandonaron para siempre! Aunque creía ser mártir de estos sucesos, mi discípula opinaba lo contrario, y me censuraba acremente por mi falta de resignación. Al encontrarme, por fin, sola en la casa de la rue de la Pompe, con la Sala de Beethoven preparada para el arte de mi Arcángel, mi desesperación no tuvo límites. No podía ya vivir en aquella casa, donde había sido tan feliz, y deseaba escapar, escapar de ella y del mundo, pues entonces creía yo que el mundo y el amor habían terminado para mí. ¡Cuántas veces llegamos en la vida a esta misma conclusión! Y, sin embargo, si pudiéramos ver lo que existe detrás de la próxima colina, comprenderíamos que nos espera un valle de flores y de dicha. Llegué a la conclusión, admitida por muchas mujeres, de que después de los cuarenta años de edad una vida digna debe excluir el amor. ¡Oh, qué error tan profundo!

¡Y qué cosa tan misteriosa sentir la vida del cuerpo a través de todas estas duras jornadas en la tierra! Primero es el cuerpo tímido, gracioso, ligero, de la muchacha que se transforma en una osada amazona; luego, la bacante coronada de pámpanos, empapada en vino, la bacante que cae suavemente y sin resistencia al empuje del sátiro. Y el desarrollo de la carne, dulce y voluptuosa; los senos que se hacen tan sensibles a la más leve emoción amorosa y comunican un estremecimiento de placer a todo el sistema nervioso. El amor que se trans-

forma en una rosa abierta, cuyos pétalos de carne se cierran con violencia sobre su presa. Yo vivo en mi cuerpo como un espíritu en una nube : una nube de fuego rosa y de estremecimientos voluptuosos.

¡Qué tontería cantar sólo el amor y la primavera! En el otoño, los colores son más espléndidos y variados, y los goces, infinitamente más poderosos, terribles y bellos. ¡Qué lástima me dan esas pobres mujeres cuyo credo triste y pálido les aleja de los magníficos y generosos dones del amor de otoño! Así fué mi pobre madre, y a este mezquino prejuicio atribuyo la prematura vejez y la enfermedad de su cuerpo, en la época en que debía estar más espléndida, y los colapsos parciales de un cerebro que hubiera debido ser magnífico. Yo fuí una vez la presa tímida y luego la bacante agresiva, pero ahora me cerraba sobre mi amante como el mar sobre un nadador osado, estrechándolo y ahogándolo en olas de nube y de fuego.

* * *

En la primavera del año 1921 recibí el siguiente telegrama del Gobierno de los Soviets :

«El Gobierno ruso es el único que puede comprenderla. Venga a nosotros. Haremos su escuela.»

¿De quién procedía este mensaje? ¿Del Infierno? No ; pero de un lugar que se parecía mucho al Infierno, de un país que era para Europa equivalente al Infierno : del Gobierno de los Soviets de Moscú, y al contemplar a mi alrededor la casa vacía, sin mi Arcángel, sin esperanza y sin amor, contesté :

«Sí, iré a Rusia y enseñaré a vuestros niños, sin ninguna condición, salvo la de que me proporcionéis un estudio y el dinero preciso para mi trabajo.»

La respuesta fué afirmativa, y un día tomé un barco en el Támesis y salí de Londres para Reval y Moscú.

Antes de emprender el viaje, fuí a ver a una hechicera, la cual me dijo :

—Sale usted para un largo viaje. Le sucederán cosas muy raras. Tendrá usted dolores y se casará.

Pero a esta última palabra me eché a reír. Yo, que había protestado toda mi vida contra el matrimonio, ¿iba a caer ahora en sus redes? No ; yo no me casaría nunca. Pero la hechicera contestaba :

—Espere y verá.

En el camino hacia Rusia experimenté la sensación de que mi alma se despegaba de mi cuerpo, como después de la muerte ; sensación que estaba justificada por la índole del viaje. Iba hacia otra esfera. Detrás de mí dejaba para siempre todas las formas de la vida europea. Creía yo, efectivamente, que el Estado ideal, soñado por Platón, Carlos Marx y Lenin, había sido, por milagro, implantado en la tierra. Con toda la energía de mi sér, decepcionado en sus tentativas de realizar sus visiones artísticas en Europa, me hallaba dispuesta a ingresar en el dominio ideal del comunismo. No llevaba ropa. Me figuraba que iba a pasar el resto de mi vida con una blusa de franela roja, entre camaradas igualmente vestidos con sencillez y llenos de amor fraternal.

A medida que el navío avanzaba, miraba hacia atrás con desprecio y piedad, recordando las viejas instituciones y costumbres de los burgueses europeos. En adelante sería yo una camarada entre los camaradas y desenvolvería un vasto plan de trabajo para la regeneración de la Humanidad. ¡Adiós, pues, la inigualdad, la injusticia y la brutalidad del Viejo Mundo, que había hecho imposible mi escuela! Cuando, por último, llegó el barco, mi corazón dió un salto de júbilo. ¡He aquí el bello Nuevo Mundo que acababa de ser creado! ¡He aquí el mundo de los camaradas, el sueño nacido de la cabeza de Buda, el sueño que resonaba en las palabras de Cristo, el sueño que había sido la última esperanza de to-

dos los grandes artistas, el sueño que Lenin había convertido en realidad, en virtud de un poder mágico. Y yo entraba ahora en este sueño, del que mi obra y mi vida participarían con su gloriosa promesa.

¡Adiós, Viejo Mundo! ¡Salud para el Mundo Nuevo!

9-13-31

El manuscrito de este libro lo terminó Isadora Duncan a mediados de 1927, algunos meses antes del accidente de automóvil que la costó la vida. Los detalles de su fin trágico, ocurrido en Niza el 14 de septiembre de 1927, fueron relatados de la siguiente forma por la Prensa:

«Niza, 14.—Ha sido víctima de un trágico accidente de automóvil Isadora Duncan. La famosa bailarina norteamericana paseaba en automóvil, y hallándose en el Pasco de los Ingleses, el cabo de un «echarpe» que llevaba al cuello se enganchó en una de las ruedas traseras del coche y el tirón la hizo caer hacia atrás estrangulada. Al ser recogida por los transeúntes que acudieron en su auxilio, se vió que tenía rota la columna vertebral. La muerte debió ser instantánea.

(*El Sol*, 15 de septiembre de 1927.)

Isadora Duncan no tuvo la satisfacción de releer las pruebas ni de corregir su manuscrito. Presentamos estas Memorias tal y como fueron escritas. Terminan con la partida de Isadora Duncan para Rusia en 1921. Fué en Moscú donde conoció al poeta Sergio Essenin. Se casaron y después de recorrer juntos Europa y los Estados Unidos volvieron a Rusia. Los esposos se separaron al poco tiempo. Isadora Duncan volvió a Francia, para residir en Niza. Sergio Essenin se volvió a casar, y terminó suicidándose en diciembre de 1925 en un hotel de Leningrado.

Isadora Duncan tenía el proyecto de escribir, con el título de «Mis dos años en Rusia bolcheviques», un complemento a sus Memorias. La muerte impidió la realización de este deseo.

Este libro se acabó
de imprimir en la
imprenta ARGIS
el día 30 de abril
de 1929

Exclusiva para la venta en librerías:

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.

LIBRERÍA FERNANDO FE

PUERTA DEL SOL, 15

MADRID

Precio: 6 pesetas